

GUILLERMO BARRANTES • VÍCTOR COVIELLO

Buenos Aires es leyenda 3

Mitos urbanos
de una ciudad
misteriosa



Lectulandia

Un lobizón con su maldición a cuestras, una bruja que enamora a sus víctimas, un descendiente de alquimistas que atesora el secreto de la eterna juventud, teléfonos que reciben llamadas del más allá, un dentista psicópata que se divierte con sus pacientes, un mago que hace desaparecer a un niño para siempre.

Guillermo Barrantes y Víctor Coviello volvieron a desandar las calles de Buenos Aires en busca de más mitos urbanos, más historias increíbles para sumarlas a las que nos entregaron en el primero y segundo volumen de *Buenos Aires es leyenda*.

Y la ciudad no los defraudó: como enterada del significado de este libro, el que cierra la escalofriante trilogía, les entregó una flora y una fauna mitológica alucinantes, un Olimpo aterrador y mágico, un Cosmos de ensueño al que, a través de estas páginas, los autores arrastran, una vez más, al lector.

«La mitología porteña no nos da tregua», dicen los autores, «está en constante movimiento. Hay mitos que nacen en el lugar menos pensado, y mitos que se hunden en la oscuridad del más profundo de los callejones, mitos que resucitan, mitos que gritan su historia, pero, sobre todo, mitos que evolucionan, que mutan para sobrevivir en nuestra salvaje Buenos Aires».

Lectulandia

Guillermo Barrantes - Víctor Coviello

Buenos Aires es leyenda 3

Mitos urbanos de una ciudad misteriosa

ePUB v1.0

pigpen 28.08.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Buenos Aires es leyenda 3*

© 2008, Guillermo Barrantes y Víctor Coviello

Diseño de portada: Departamento de Arte de Editorial Planeta

Editor original: pigpen (v1.0)

ePub base v2.0

*A los que llegaron: Dante y Luca.
A los que se fueron: Augusto y Teresa.
A las que siempre están: María Eugenia y Romina.*

PARTE I

Criaturas de la noche



Caminar por las calles de Versalles lo llena a uno de paz y tranquilidad.

Tal vez sea su flora, con sus tilos, sus jazmines, sus jacarandas, con sus paraísos, sus palos borrachos, sus damas de noche.

Tal vez sea su silencio: según mediciones oficiales, es el barrio menos ruidoso de la Ciudad.

Tal vez sean sus breves y pintorescas edificaciones, las cuales, de estilo inglés, no pueden exceder los tres pisos de altura por tratarse de una zona residencial, conformando así una de las densidades de población más bajas de Buenos Aires.

Tal vez sean sus plazas: es el barrio con la mayor cantidad de espacios verdes por habitante.

O tal vez se trate de todos estos detalles al mismo tiempo. La cuestión es que Versalles, por todas estas características, bien puede ser visto como el equivalente a una Arcadia porteña.

Arcadia. Aquella tierra que idealizó el poeta Virgilio (71 a.C.-19 a.C.) en sus *Bucólicas*, aquel país imposible donde sus habitantes vivían en la más profunda comunión con la naturaleza, donde reinaban el amor, la sencillez y la música. Allí donde la juventud era eterna.

Pero hasta la utópica Arcadia esconde un costado oscuro: por sus paisajes pastoriles, cuenta la tradición, se pasearon los primeros hombres-lobo. Y, al parecer, sobre Versalles, nuestra Arcadia, pesa la misma maldición.

ASCENSIÓN T. (puesto de revistas): «¿Un lobisón suelto en el barrio? Yo nunca lo vi, pero a decir verdad, con tanto árbol, con tanto verde... ¿hay un lugar mejor que este para semejante bestia? Tiene carne fresca, tiene lugares donde esconderse. Definitivamente, si hay un lobisón en Buenos Aires, está acá, en Versalles».

JOSÉ MARÍA C. (almacén): «Eso dicen, que cuando hay luna llena sale el bicho ese a matar gente. Muchos juran haberlo visto. Y está el borracho "Satanás", que dice haberlo enfrentado y todo: le asegura a Dios y a María Santísima que lo peleó mano a mano en la plaza. Pobre, el alcohol ya se le metió en la cabeza. Seguro que se peleó con un linyera barbudo por un vino y dice que fue contra el lobisón. Su palabra no tiene ningún valor».

Lo del valor del testimonio del presunto alcohólico estaba por verse. Por lo pronto, y ante el misterio del paradero del tal «Satanás», nos dirigimos a la susodicha plaza. José María nos comentó que se trataba de la plaza «Ciudad de Banff», la más

importante del barrio. Delimitada por las calles Arregui, Lascano, Lisboa y Bruselas, este espacio verde toma su nombre de una ciudad escocesa que, allá por el año 1824, declaró ciudadano honorario al General San Martín.

Una vez allí, y luego de un par de intentos fallidos, abordamos a dos jovencitas que jugaban a las cartas sobre uno de los bancos del parque.

LAURA F.: «No sé si será verdad todo lo que se dice, pero de lo que estoy segura es de que algo raro tiene esta plaza. No sé qué es, pero ahí está. Quédense un día, cuando caiga el sol, y lo podrán sentir ustedes mismos».

XIMENA Y.: «Hay ruidos extraños todo el tiempo. De día uno se los atribuye al viento, a los pájaros, a las hojas secas. Pero de noche se hacen más nítidos, y muchos de ellos se oyen como voces».

Pero si la plaza les despertaba semejantes sospechas, ¿qué hacían allí? Laura y Ximena nos respondieron que estaban acostumbradas a aquellas sensaciones, que era parte de ellas, que todos eran un poco brujos en Versalles.

Con respecto a este último comentario debemos decir que nos provocó un fugaz *déjà vu* de aquello que sentimos en Parque Chas (ver «Perdidos en Parque Chas» en *Buenos Aires es leyenda 2*), como si nuestras entrevistadas no nos estuvieran diciendo todo lo que sabían.

También nos recordó un rumor que conocíamos de antemano, uno que hablaba de la existencia de ciertas brujas en este barrio, rumor que intuimos relacionado con la relativamente cercana bruja de Puente Alsina (ver «La bruja del puente» en este mismo libro). ¿Y con nuestra leyenda no podría estar relacionado? Preguntamos.

—De noche no sólo los ruidos se acrecientan —nos respondió Laura con tono pausado y sombrío, como si les estuviera leyendo una fábula a un grupo de niños—, sino que las sombras se multiplican, y cuando hay luna llena muchos dicen poder identificar a una de esas sombras, la sombra de ese a quien ustedes buscan, la sombra de un lobo... de un hombre-lobo.

—Dicen que la bestia pasó por Versalles cuando todavía se la llamaba Versailles —interrumpió Ximena con el mismo aire siniestro de su compañera—. Se dirigía hacia el Centro, vaya uno a saber para qué, pero sucedió que escuchó el canto de nuestras brujas, y quien escucha ese canto no puede abandonar el barrio. Nunca más.

Ahora la que interrumpió fue Lama, y nos entregó su epílogo:

—Son cosas que se cuentan, nada más, como ese rumor que se escucha últimamente, ese que dice que Barrantes y Coviello se pasean por el barrio investigando algún mito.

Sin saber bien qué contestarles a estas singulares muchachas, les sonreímos, agradecemos sus testimonios y nos dispusimos a continuar nuestro recorrido. Ellas retornaron a su juego de cartas que, ahora vimos, no se trataban de naipes españoles: eran cartas con figuras extrañas, con símbolos y criaturas inclasificables, como las de

tarot.

Lama y Ximena sabían quiénes éramos, aquel último comentario no había sido obra de la casualidad, sus miradas daban fe de eso.

En las jornadas siguientes fuimos recogiendo otras versiones con respecto al mito del licántropo barrial.

Algunas se referían al viejo Mercado Municipal que se ubicaba en Bruselas y Arregui. Inaugurado en 1932, parte de su estructura fue traída de Inglaterra, y, dicen, un hombre-lobo vino con ella, sin que los transportistas se dieran cuenta, aterrorizando a todo Versailles. Una de las tantas víctimas de esta bestia importada (las demás habrían muerto o emigrado a otras latitudes), es quien ahora carga con la maldición y anda suelta por el barrio en noches de luna llena.

Otros aseguran que el mito nació en los años 50, cuando un perro rabioso, más precisamente un husky siberiano, se escapó de la perrera y vagó por el barrio durante un buen tiempo. Por aquellos años aquella raza no era tan popular como lo es ahora, y su aspecto lobuno habría promovido cierto pánico entre los vecinos.

También se cuenta que algunos de los que participaron en la filmación de la famosa comedia *Esperando la carroza*, la cual se rodó en Versailles, dijeron haber visto en cierta ocasión «una figura extraña, como la de un perro enorme, que pasó corriendo a unos veinte metros de donde estábamos trabajando». Están los que especulan con que este comentario fue la chispa que encendió el mito. O puede pensarse, igualmente, que el rumor ya existía, y alguno de los cineastas, influenciado por el mismo, lanzó la alarma ante el primer gran danés que pasó corriendo.

Decidimos investigar los mismos orígenes del barrio y ver si allí hallábamos algo que guardara relación con nuestro mito.

Encontramos un dato: se cree que en tiempos remotos, cuando la tierra que hoy forma parte del barrio estaba habitada únicamente por yuyos y gauchos matreros, existía un gran osario donde se enterraban a aquellos que carecían de familia y a los excluidos de la sociedad. Esta creencia no solo habría generado ciertas historias, muy recientes algunas de ellas, acerca de luces malignas y fantasmas rondando lo que habría sido aquel enorme sepulcro, sino que también sería la culpable de propagar el mito del lobisón.

Ya hemos citado las *Bucólicas* de Virgilio. En la número VIII puede leerse:

Muchas veces he visto a Meris convertirse con ellos en lobo y esconderse en los bosques, sacar muchas veces las almas de las tumbas profundas y cambiar de sitio las mieses sembradas.

Los cementerios están relacionados con los hombres-lobo de manera directa, al

menos en las viejas tradiciones.

Se dice que los licántropos, si tienen la posibilidad de elegir, optan por mutar de hombre a lobo sobre la tierra de un camposanto, habiendo defecado previamente entre los sepulcros. También se los suele describir hurgando las tumbas con sus pezuñas hasta desenterrar los huesos e incluso, una vez expuestos, revolcándose sobre ellos como un perro sobre el césped.

Una estructura traída de Inglaterra, un husky rabioso, unos cineastas supersticiosos o una antigua necrópolis bajo los pies de los habitantes de Versalles.

Un mito, muchos caminos. Un axioma en el universo de las leyendas urbanas.

«Satanás»

Lo encontramos en nuestra segunda visita al barrio, revolviendo un tacho de basura en la plaza Ciudad de Banff, como un lobisón hurga una sepultura.

Estaba borracho. La persona que nos lo había señalado, un anciano que esperaba sentado en un banco del parque a que la Muerte lo pasara a buscar (esas fueron sus palabras), nos dijo que difícilmente halláramos a «Satanás» en otro estado que no fuera ese.

Entonces no esperamos más y lo abordamos mientras exprimía sobre su rostro vuelto hacia el cielo un cartón de vino que había sacado del tacho.

—Putá madre —el borracho hablaba arrastrando las palabras, como era de esperar, pero se le entendía bastante bien. Parecía conversar con la retorcida cajita de vino—. Antes te tiraban por la mitad, amiga, pero ahora no te dejan ni una gota adentro. ¿Cómo hacen? Te meten un papel secante y después se lo chupan. ¡Qué tiempo de miseria!

—Perdón, ¿usted es a quien llaman «Satanás»? —fue nuestra entrada.

—Así no me llaman —respondió—. Así me llamo. El hijo de puta de mi padre me fue a inscribir con un pedo de novela, y me puso así. Y nunca me pidió perdón. Bue', tampoco vivió tanto para hacerlo.

—Nos dijeron que usted asegura haber visto, en esta plaza, a una criatura un tanto especial...

—¿Criatura? Yo le digo «criatura» a los bebés. Ustedes hablan del bicho ese, del lobisón. No sólo lo vi: me cagué a trompadas con esa fiera. Pero acá nadie me cree. Piensan que como tomo digo boludeces. Y no se dan cuenta de que es todo lo contrario. Un curda es el tipo más honesto del mundo. Hecho mierda, pero honesto.

—A nosotros nos encantaría escucharlo.

—Mmmm... forasteros —nos dijo mirándonos de arriba abajo con sus ojos vidriosos. Aquella palabra sonó extraña en la oscilante boca del ebrio—. Bien,

amigos, si me invitan una copita, les cuento todo.

«Satanás» arrojó el irreconocible envase de cartón carente del preciado néctar y se puso en marcha, supusimos, hacia algún bar de su agrado. Cuando pasó junto a nosotros pudimos distinguir, asomando de uno de los bolsillos del roto blazer que vestía, lo que parecían las hojas ajadas y amarillentas de un libro ya sin tapa.

Seguimos al hombre, o al hedor a alcohol y suciedad que dejaba tras él, unas pocas cuadras. Se sentó en un bar sobre la calle Álvarez Jonte. Nosotros lo imitamos. Por suerte había solo dos mesas ocupadas y estaban en la otra punta del salón. Igualmente vimos la incomodidad que despertó nuestro acompañante en las caras de los mozos. Uno de ellos nos miró con el ceño fruncido, luego le dijo algo a la persona que estaba detrás de la barra y empezó a caminar hacia nuestra ubicación. Nos iban a pedir ¿amablemente? que nos retiráramos, no había dudas. El bar ya se había llenado de perfume a «Satanás».

—¿Qué se van a servir? —preguntó el mozo para nuestro asombro, aunque sin cambiar su gesto de disgusto.

Nosotros pedimos un té y un café. «Satanás» pidió un vaso del tinto de la casa.

—No me pueden echar de acá. Me deben un favor —nos confió nuestro interlocutor con una enorme sonrisa, después de que el mozo se retirara.

Cuando nos trajeron las infusiones y el vaso de vino, los otros clientes ya habían abandonado el bar.

«Satanás» bebió de un sorbo la mitad de su vaso.

—¡Ah! Esto sí es jugo de uva —dijo mientras se secaba la boca con el dorso de la mano—. Y ahora, a lo nuestro. Les dije que el borracho es el tipo más honesto del mundo, así que vaya cumplir con mi promesa. Esto, amigos míos, es lo que pasó el otro día. Hice algo que no se debe hacer: quedarse de noche en la plaza Ciudad de Banff. Todos en el barrio saben que ahí pasan cosas raras. Se escuchan voces, se ven duendes y se juntan las brujas; y me refiero a brujas en serio, con escoba y todo. Pero tenés que tener mucha mala leche para encontrarte al hombre-lobo. Es que para verlo se deben dar muchas cosas: tiene que haber luna llena, el viento tiene que soplar del sur, y qué sé yo cuántas boludeces más. A lo sumo se aparece dos o tres veces al año, no más que eso. Esas noches te conviene rajar. Acá en el barrio no queda nadie.

—Por miedo al lobisón —dijimos aprovechando que «Satanás» apuraba la segunda mitad del vaso.

—No, si va a ser por miedo a que se les caiga la luna encima. ¡Claro, queridos, rajan para que no se los morfe la bestia peluda! Pero como yo me quedé dormido en un banco de la plaza y después me dio fiaca irme, la ligué.

—Entonces es verdad lo del enfrentamiento.

—¿Ustedes qué piensan, que es todo una joda esto? Me desperté y estaba ahí, soplándome en la cara, mostrándome los dientes. Y si creen que yo tengo feo olor, ni

se imaginan el tufo que despide ese bicho, hasta me dio ganas de vomitar, y mirá que yo metí el naso en cada cosa.

Silencio.

—¿Y? —preguntamos.

—¿Quieren que siga? Pídanme otro vasito, pero que sea de blanco esta vez.

Cuando llegó el vino, «Satanás» volvió a tomarse la mitad de un sorbo. Mientras lo hacía, su rostro, a través del vaso lleno de la bebida alcohólica, se veía deformado, como si estuviéramos entrevistando a un monstruo.

—Cuando abrí los ojos y me encontré con esa carita peluda, casi me agarra un infarto. Pero como no me agarró, me dije «loco, ya estás en el baile, así que bailá». Y ahí nomás nos trenzamos. Yo fui boxeador, así que le acerté un par de trompadas que lo hicieron chillar como cuando pisás a un perro. Igual el turro me sacó un par de pedazos, miren.

«Satanás» nos mostró dos grandes costras de sangre seca, una en el cuello, semicubierta por el blazer; la otra, a la altura de las costillas, se la veía a través de un agujero en la camiseta que llevaba debajo del abrigo.

No pudimos evitar ser presa de otro *déjà vu*: El loco Sandoval mostrándonos sus heridas en un bar frente al cementerio de Chacarita (ver «El último taxi» en *Buenos Aires es leyenda*).

Nuestro compañero de mesa continuaba con su relato:

—... primero pensé que no me había despertado todavía, que seguía soñando, pero con los golpes me despabilé del todo. De lo que estaba seguro era de que el vino no tenía nada que ver. Yo me despierto bien enterito. Recién levantado te puedo recitar todos los poemas de Prost; así que al hombre-lobo no me lo imaginé ni nada por el estilo, como dicen algunos. Estaba ahí y punto.

Nos abstuvimos de preguntar algún dato biográfico acerca del poeta citado, dejamos que «Satanás» vaciara su vaso con un nuevo sorbo, y continuamos escuchándolo.

—Zafé porque las brujas lo llamaron. ¿Ya les dije que esa plaza es rara, que viven brujas y todo eso, no? Bien. Las brujas dominan al hombre-lobo, él les hace caso, como si fuera su mascota. ¡Otra que un rotweiler! Igual no se crean que lo llamaron para salvarme, ni en pedo. Seguro que lo querían para otra cosa y conmigo estaba perdiendo el tiempo. Tenían que hacer lo que pensaban hacer antes de que la bestia se transformara de vuelta en un cristiano, así que cada minuto contaba.

—¿Y usted sabe para qué tipo de cosas lo usan al lobisón?

—Para hacer el trabajo pesado, el bicho es carne de cañón. Las hijas de puta hacen maldades, como las que le hicieron a mi esposa y a mis hijos. Para eso son brujas, ¿no?

De repente los ojos de «Satanás» se pusieron más vidriosos que nunca. Era el

brillo de las lágrimas, del dolor. No hizo falta que dijera nada más. Acabábamos de conocer la razón de su alcoholismo.

—¿Y tiene idea de quién puede llegar a ser el hombre-lobo? ¿Quién en el barrio lleva a cuevas la maldición?

—Se señalaron a muchos, pero nunca se supo la verdad. Hasta yo caí en la volteada. Algunos dicen que no es de acá, que las brujas lo traen de otro lado. ¡Qué sé yo! Una cosa es segura: el bicho ese es más viejo que el barrio.

«Satanás» se levantó. La mirada angustiada surgida luego de nombrar a su familia aún estaba ahí.

—Bueno, señores, ha sido un gusto. Me voy con mi canto a otra parte. Pero antes, como me cayeron simpáticos, les dejo un dato más —el hombre sacó de su bolsillo aquel libro ajado y sin tapa que en un comienzo nos había llamado la atención. Nos exhibió el ejemplar como un vendedor ambulante exhibe una guía «Filcar»—. Acá está la última prueba de que el cuento del hombre-lobo de Versalles no es ningún cuento. ¿Vieron cómo juego con las palabras, no?

En aquella gastada primera hoja se leía el título de la obra: *Investigaciones acerca del universo*. El nombre del autor debía haber estado en el pedazo que le faltaba a la página.

—¿Ustedes se creen eso de que al barrio le pusieron Versailles en honor al palacio francés? Sí, Versailles con «i». Ahora, en la era de las abreviaturas, le dicen Versalles, pero el nombre original es con «i». Les vuelvo a preguntar: ¿se creen esa versión del porqué del nombre? Es muy pintoresca, nadie la pone en duda; pero dos tipos como ustedes deberían dudar de todo. Hasta de lo que yo digo, porque recién les mentí: el primer nombre del barrio no fue Versailles, no. Los primeros habitantes le decían de otra manera. «Versipelles», le decían. Ese primer nombre es la prueba de que ya en aquel tiempo el lobisón visitaba estas tierras. Después llegó Guerrico, le sacó dos letras, le agregó una y listo, todos dejaron de hablar de la bestia peluda para llenarse la boca con el palacio franchute.

«Satanás» había dejado la mesa y se acercaba a la puerta de salida.

—¿Pero qué significa «Versipelles»? —preguntamos a coro.

—¡Epa! ¿Y el espíritu investigador, muchachos? ¡Que no se diga! Búsquenlo ustedes que son los expertos, no sean cómodos. Y mientras tanto... disfruten del misterio.

Y se fue. «Satanás», tambaleando, cruzó el umbral y se alejó, llevándose, como él dijo, su canto (y su hedor) a otra parte.

No fue fácil rastrear el libro, pero finalmente llegamos hasta él. O hasta lo que pudimos conseguir de él. *Investigaciones acerca del universo* (aunque muchos lo conocen con el nombre más general de *Historia natural*) fue escrito hace mucho tiempo por Plinio el Viejo (27-79 d.C.). Sólo conseguimos unas cuantas páginas

amarillentas y olorosas. Sí, olorosas, como si el mismo «Satanás» las hubiera hojeado dejando su «firma aromática» en ellas.

Nos sentamos en uno de los bancos de la plaza Ciudad de Banff, con nuestro «hallazgo a medias» dentro de un folio. Eran las siete de la tarde. Pasaríamos la noche en la plaza, estudiando aquellas páginas, rogando que lo que buscábamos no estuviera en las hojas restantes. Aquella sería noche de luna llena. Estábamos bien abrigados y habíamos llevado dos buenas linternas y pilas de recambio.

Ante la escasez de balas de plata en el mercado, uno de nosotros cobijaba, en el bolsillo interno del saco, un cuchillo con un crucifijo en el mango, regalo de cierto entrevistado en una vieja investigación.

De todas maneras, nuestra idea era, una vez leídas las páginas del libro, quedamos despiertos toda la noche. A lo sumo, si el cansancio nos ganaba, turnamos para dormir. Siempre uno alerta. Ante la mínima amenaza estaríamos prestos a huir.

A las 21 ya no quedaba nadie en la plaza. Llevábamos leído un cuarto de manuscrito y nada. A la hora y media agradecemos el haber llevado dos linternas: una de ellas dejó de funcionar y, por más que le cambiamos las pilas, ya no prendió.

El silencio fue casi absoluto hasta pasadas las 23, cuando nos llegó un extraño silbido, como el de un globo desinflándose. Eso sí, el globo debería ser enorme, pues el silbido no se detenía. Seguimos leyendo a la luz de la linterna que nos quedaba.

A cinco minutos de la medianoche, y con el ininterrumpido rechiflar de fondo, lo encontramos.

En el Libro VIII, donde se describen animales terrestres, leímos:

«Podemos creer que es mentira que los hombres puedan transformarse en lobos y volver nuevamente a sus antiguas formas o, de lo contrario, darles crédito a todos esos relatos que, durante tanto tiempo, nos han parecido meras y fabulosas falsedades. Pero a tal punto esa opinión fue la primera y llegó a instalarse tan firmemente que, cuando le dedicamos a un hombre las palabras más oprobiosas le decimos que es un *versipelles*».

Allí estaba la palabra, entonces, utilizada, según Plinio *el Viejo*, como una especie de sinónimo de «hombre-lobo», aunque en realidad, según confirmaríamos luego, su significado original abarcaría a todo aquello que cambia de forma.

¿Habrían utilizado este término los primeros habitantes del barrio para darle un nombre al mismo y para advertir a su vez que aquella era tierra de lobisones? La teoría de «Satanás» no se opone a la versión oficial que asegura que el Doctor José Guerrico, médico del Ferrocarril del Oeste, enamorado del Palacio de Versailles, sugiere ese mismo nombre para aquella nueva estación más allá de Villa Luro; sino que propone pensar en este nombramiento más como si fuera un reemplazo de

designación que como si se tratara de un bautismo original.

No sabemos bien en qué momento nos quedamos dormidos, pero ambos nos despertamos con la sensación de que algo nos laceraba los tobillos... ¡las pezuñas, los colmillos de la bestia!

Era de día. Las pezuñas eran un bastón, la bestia era un anciano que aullaba:

—¡Vagos! ¡Asquerosos! —el abuelo no dejaba de golpearnos con su bastón—. ¡Que esta plaza no se hizo para el cachondeo de homosexuales como ustedes! ¡Vayan a una pensión de mala muerte si no tienen plata para un hotel, pero no jodan la vida de la gente normal!

Escapamos al trote de aquel apaleamiento, todavía mareados, desorientados por el repentino y violento despertar.

Sin saber bien cómo, terminamos en el mismo bar donde habíamos entrevistado a «Satanás». Encargamos dos desayunos... y entonces nos dimos cuenta: ¡el manuscrito de Plinio el Viejo! Nos habíamos olvidado de él, víctimas de aquel impetuoso despertar. Lo habíamos dejado atrás, en el banco de la plaza. Pero sucedió que uno de nosotros palpó instintivamente su abrigo y descubrió el incompleto libro en uno de sus bolsillos. Ninguno de los dos recordaba haberlo guardado allí. De entre sus ajadas hojas cayó algo. Lo levantamos del piso. Era un naípe. Como los de Tarot, pero diferente. El reverso estaba escrito. Rezaba:

«Esta noche se salvaron. Estamos muy apuradas».



Esta leyenda urbana tiene como epicentro geográfico al Jardín Botánico.

Nadie sabe bien por qué este parque, diseñado por el paisajista francés Carlos Thays e inaugurado en 1898, cobijó y cobija infinidad de gatos.

Hay varias explicaciones: la más convincente es que, dado el nivel socioeconómico de la zona, hay una alta densidad de mascotas. Cuando algunas gatas quedan preñadas, los dueños no quieren las crías. Generalmente, las regalan pero otras veces terminan en el Jardín Botánico. Por lo tanto, este parque de 70.000 metros cuadrados y más de 5.500 especies arbustivas, arbóreas y herbáceas, está superpoblado de felinos.

La historia más usual cuenta que empleados municipales que realizaban tareas de mantenimiento fueron los responsables de una (o varias) matanzas de gatos que casi terminan con la población estable. Y que los fantasmas de estos animales asustarían a la gente del parque, inclusive que les llegarían a infligir rasguños y marcas de colmillos.

Fuimos directamente al grupo que más contacto tiene con los animalitos: las *gateras* o *gatófilas*, como algunos les dicen. Aunque ellas prefieren no darse nombres. Son, en general, mujeres de mediana edad, en su mayoría viudas, que vienen prácticamente todos los días a alimentarlos.

Accedimos al parque por la entrada de República Árabe Siria.

El grupo de mujeres estaba a escasos metros de las puertas.

—¿No han tenido inconvenientes con las autoridades, teniendo en cuenta que no son animales deseados en el Jardín? —preguntamos.

—Uff, muchas veces —nos contestó Rosa, una mujer de unos 60 años, de manos curtidas y palabras duras—. Pero nosotras siempre volvemos.

Decidimos adentrarnos en la leyenda.

—¿Matanzas? —contestó Nilda, una mujer mayor que Rosa, muy delgada y totalmente canosa—. Yo vengo desde hace mucho y siempre esos hijos de puta se la agarraron con los pobrecitos.

A esta altura se había congregado una cantidad importante de gatos alrededor de nosotros. Lo más curioso es que las mujeres los llamaban por sus diferentes nombres.

Vimos cómo Rosa sacaba de un changuito de los que se pliegan, un recipiente estilo *tupper* con carne picada y un envase de gaseosa lleno de leche.

En eso, hizo su aparición una mujer joven, Luchi.

—Hice una promesa y por eso estoy acá. Estos bichitos salvaron a mi familia y a mí de morir por un escape de gas. Yo tenía una gata que se llamaba Alexia. Un día se apagó la estufa y empezó a salir el gas. Todos dormíamos. La gata trató de despertarnos pero ya estábamos mareados por el escape. Entonces, no sé cómo, se las arregló para abrir la puerta. Uno podría pensar que quería rajarse. No. Se puso en la puerta del vecino a maullar de tal manera que lo despertó. Al seguirla detectaron el olor y nos sacaron de ahí. Entonces me enteré de los gatos del Botánico y empecé a venir. Ahora lo hago porque me gusta, siempre me encuentro un ratito. Son como criaturas. Ya las criaturas, cuando hacen travesuras, a veces se las castiga. Pero acá se las castiga con maldad.

Llamó a un gato manchado. Como si supiera, el ejemplar acudió al llamado. Luchi nos mostró las diferentes heridas que tenía el felino. Una, claramente, hecha con un objeto cortante.

—Cuando están en celo, se dan de lo lindo —aclaró Rosa, totalmente cercada de gatos maullantes que se peleaban por la comida—, pero esa herida se la hizo alguien. Eso es seguro.

Creímos que ese era el momento oportuno para ir de lleno sobre los gatos fantasmas.

Se hizo un silencio increíble. Hasta los felinos, por un segundo, dejaron de maullar.

—Yo te puedo decir —afirmó Luchi—, que ellos como me ayudaron a mí, ayudan. Eso te puedo decir. No me preguntes más.

—¿Pero lastimar es ayudar?

—Les dije que no me pregunten más. ¿Soy clara?

Continuamos la recorrida dentro del Jardín propiamente dicho, buscando otros testimonios.

FELISA M.: «Yo soy vecina y algo escuché de las matanzas, inclusive salió en el diario varias veces. Me parece una crueldad porque son animalitos limpios, realmente no molestan, pero sé que hay gente que nos los puede ver. Me acuerdo que me contaron de una persona que venía al Jardín y tallaba en los árboles el número 666 porque decía que con eso les sacaba el mal a los gatitos. Creo que a ese hombre lo metieron preso. Yo llegué a ver esos números en el árbol de corcho de la entrada de Malabia (República Árabe Siria). Ahora casi se borró, pero si se mira con atención algunas marcas quedan. ¿Gatos fantasmas? No creo en esas cosas. Igual, antes de hacerse de noche, me voy. Por los robos».

ANTONIO H.: «Son mejores que mis nietos. Por lo menos, los llamo y vienen. A mí me han rasguñado muchas veces, pero bueno, son animales. Si los jodés, se defienden. Me acuerdo que en una época venía un pibe medio bobito. Se ve que en la casa no lo soportaban y lo largaban acá. Este nene tenía la idea fija con los gatos y el

agua. Se los llevaba cerca de la escuela (de Jardinería Cristóbal M. Hicken) en donde hay como un pequeño arroyito. Los metía en el agua y los estrujaba como un trapo. Así ahogó unos cuantos. Bueno, un día uno se le retobó y casi le saca un ojo».

Recorriendo el Jardín, llegamos a la pequeña biblioteca. Allí nos encontramos con un empleado de unos 50 años, de barba blanca y anteojos.

Para entrar en conversación le pedimos algún tipo de material sobre la historia del Botánico y nos ofreció un pobre folleto de dos páginas.

—¿Tendrá algunas fotos viejas de...?

—No —fue su respuesta tajante y siguió hojeando un libro que ya tenía cuando llegamos.

Había una persona más. Una mujer bastante joven y muy extraña; movía la cabeza casi permanentemente, lo que nos hacía recordar a esos muñequitos típicos de los taxis.

No dejaba de mirarnos con sus ojos grandes, unos ojos de un color extraño, un verdoso muy marcado, de reptil.

—Sólo libros de botánica —agregó el empleado y se levantó buscando algo.

Nosotros no nos movíamos. La mujer no se cansaba de observarnos y su cuello, como de goma, se balanceaba constantemente.

Escuchamos algo que decía el empleado detrás de una estantería. Era una expresión en un idioma rarísimo. De inmediato, vimos pasar un gato delante de nosotros. El empleado se apresuró a explicarnos, ante los gestos de asombro que exhibíamos, que al entrar habíamos dejado la puerta de metal abierta y el animal se había metido. Y si llegaba a orinar, el olor sería insoportable. Aprovechamos para preguntarle si sabía por qué había tantos gatos. Dio la explicación estándar: los tiran cuando tienen cría.

Le agradecemos. La mujer nos acompañó con la mirada hasta que desaparecimos de su campo visual.

Seguimos hasta el Invernadero o Invernáculo número 1. Famoso por sus dimensiones y su origen, fue traído de Francia a principios del siglo XX y es único en su tipo.

Nos detuvimos delante de él. Estaba cerrado. Es más, tenía aspecto de estar siempre así, cerrado. Justo frente al Invernadero se alzaba otro llamativo edificio de ladrillos: la Administración del Jardín. De estilo inglés es cariñosamente llamado *Castillo de Chocolate* por los viejos habitantes de Palermo.

Accedimos a sus oficinas.

Después de comentar que estábamos haciendo un trabajo sobre la historia del Jardín Botánico, un amable empleado nos hizo una rápida recorrida por las dos plantas. Hubo un cuarto que enseguida nos atrajo la atención. Era un ambiente pintado de otro color. Inclusive, la puerta era diferente, más chica que las otras.

Preguntamos qué función cumplía.

—Bueno —dijo el calvo empleado municipal—, nosotros la utilizamos como archivo pero tengo entendido que hace mucho era un dormitorio de huéspedes o de los guardias.

Había un fuerte olor a humedad mezclado con otro como de azufre. El piso de madera estaba repleto de cajas.

—¿Qué hay en esas cajas? —interrogamos sin poder reprimir nuestra curiosidad.

—Qué no hay, querrán decir. Básicamente libros viejos, revistas, juegos.

Con el permiso del empleado, revolvimos varias y, efectivamente, encontramos muchos libros y publicaciones viejas, en su mayoría de botánica, pero también otras que eran inquietantes. Por ejemplo, volúmenes sobre espiritismo en encuadernaciones caseras, al igual que libros como *Dagón* y *La llamada del Cthulhu*, se destacaban claramente.

Antes de despedimos intentamos averiguar algún dato más sobre los habitantes del Parque.

—A mí particularmente no me molestan —aclaró el empleado—, pero los guardias se quejan de los maullidos a la noche. Acá tuvimos un guardia que se jubiló hace unos años que le tenía terror a los gatos, no los podía ver. Decía que eran malignos y que tenían algo contra él. Inclusive que se juntaban acá, frente al «1» (Invernáculo) y se lo quedaban mirando. Me acuerdo y me da risa. Tenía una cantidad enorme de estampitas, no sé de dónde las sacaba. Las noches de luna llena eran las peores. Me contaron que un día apareció todo rasguñado pero con una cara de felicidad como nunca.

Ese dato, aunque anecdótico, sustentaba las versiones de las matanzas, pero no la otra parte, es decir, la que afirmaba que el alma de los gatos asesinados venía a perturbar a sus victimarios. La información era insuficiente.

Costó mucho entrevistar a los guardias del Botánico.

Nadie quería hablar.

—Se intentó de todo con los gatos —declaró JUAN L., el único que accedió a nuestra petición— hasta vinieron a esterilizados. Pero los siguen tirando o algunas veces aparecen solos, nomás.

—Tenemos datos muy confiables de que esas matanzas existieron.

—Para empezar, yo no trabajo hace tanto tiempo en el Botánico, además, a mí me parece que los bichos se van muriendo, como todo.

Le mencionamos rápidamente el mito y pensó un largo rato. Nos comentó sobre un empleado de apellido Torres que podía saber algo al respecto y que trabajaba en la Escuela de Jardinería, la que está dentro del predio.

—Ahora si me permiten, tenemos que cerrar —dijo el guardia y extrajo un silbato de entre sus ropas y comenzó a alejarse de nosotros arrastrando una cojera que antes

no habíamos notado.

Al día siguiente, nos dirigimos a la Escuela de Jardinería Cristóbal M. Hicken.

A pesar de su edad, este hombre de 24 años estaba totalmente canoso, inclusive las cejas. Algunas venas se le hacían visibles en los pómulos y tenía unos quistes debajo del mentón.

Nos sentamos en un par de sillas de madera, mientras que él optó por sentarse frente al sol. A simple vista era evidente que Torres estaba muy alterado, al borde del colapso.

—No quiero sombra, nada de sombra —aclaró—. *Ellos* son los dueños de las sombras.

Le pedimos que se calmara para poder hablar.

—Es que acá pasa algo muy malo, y alguien tiene que pararlo —dijo enfáticamente mientras su mano derecha temblaba visiblemente.

Enseguida nos referimos a las matanzas de gatos.

—Eso no es nada.

—Los gatos fantasmales entonces.

Se rio y notamos una extraña deformación de sus encías, como si hubieran crecido desmesuradamente.

—Si fueran unos fantasmitas, me cagaría de risa. Esto es algo peor, mucho peor y está pasando. Hay que hacer algo.

Le preguntamos si se lo había planteado al director del Jardín Botánico.

—Yo tengo tres pibes. No me puedo dar el lujo de que me echen. Además, ellos saben algo.

—¿Quiénes?

—Las autoridades. ¿Ven esta reja que está acá?, ¿la que rodea la Escuela? Antes no estaba. Dicen que se roban material, pero eso es mentira, es por lo que pasa. Se están haciendo fuertes, cada vez tienen más poder. Y los que dejan que vengan creen que pueden dominarlos. Por eso les pido, hagan algo. Ustedes me preguntaron por los gatos. Gracias a esos bichos, la cosa no se pone peor. No, no sé cómo se llaman, los nombres no son de este mundo. Ustedes deben conocer gente. Les suplico, hagan algo.

Así dio por terminada la entrevista. Dijo que era peligroso seguir hablando. Finalmente, cuando le dimos la mano, percibimos otra peculiaridad. Lo que al principio nos pareció un callo, terminó siendo una uña, una protuberancia gris en medio de la palma.

Como era previsible, quisimos entrevistar al director del Botánico pero las dos veces que lo intentamos o estaba en una reunión o simplemente no se encontraba.

Teníamos que reorganizar la investigación. Como en muchas leyendas, a medida que uno se adentra en ellas, las versiones tuercen la historia hacia diferentes lugares.

¿Adónde nos estaba llevando esta?

Había unos cuantos elementos que nos orientaban a alguien en especial: Howard Phillips Lovecraft, autor de *Dagón* y *La llamada del Cthulhu*, los dos libros que encontramos en las oficinas de la Administración del Parque. Sin embargo, era otro libro de su autoría el que nos interesaba.

Este extraño escritor ya de por sí es un caso especial dentro de la literatura del siglo XX. Personaje taciturno y esquivo, su fama se acrecentó después de su muerte. La mayoría de sus trabajos rescatan la figura de lo que él llama «Los Antiguos», seres malignos de antes que existiera el hombre y que están siempre al acecho para acceder a nuestro mundo. Basaba gran parte de su estructura en un libro escrito supuestamente por Abdul Alhazred —el árabe loco— en el siglo VIII en la ciudad de Damasco. Ese libro se llama *El Necronomicón*.

Recurrimos, entonces, a un catedrático experto en el estudio de religiones antiguas, que exigió no divulgar su identidad:

«Posiblemente se basó en las muy lejanas, por cierto, creencias de los sumerios, que habitaban la zona de los ríos Tigris y el Éufrates. Lo que hoy sería Irak y parte de Arabia Saudita. Hay toda una caracterología donde encontramos demonios mayores y menores. Lo que agrega Lovecraft es que estas entidades desean ingresar a nuestro mundo y volver a tener el poder que antes poseían. Este pasaje se invocaría a través de distintos conjuros ubicados en este libro, *El Necronomicón*. Vendrían desde un lugar subterráneo e invadirían nuestro mundo, degenerándolo, torciéndolo, volviéndolo monstruoso, a imagen y semejanza de su propia naturaleza. Ahora bien, no es casualidad que yo haya señalado a imagen y semejanza. Como bien se sabe, en la tradición cristiana, por ejemplo, se dice que el hombre es imagen y semejanza de Dios. Por lo tanto, y más allá del talento de un artista, nos encontramos delante de un sistema de creencias que no necesariamente es mera ficción. Noten que yo no mencioné a ninguno de estos engendros, porque el solo hecho de nombrarlos es una forma de invocación. Así como también un Padre Nuestro es una invocación al Señor, estas fórmulas, que he estudiado desmenuzándolas hasta su raíz, contienen elementos que para alguien profundamente creyente como yo, son peligrosas».

Después de semejante declaración, no vimos el momento de buscar este polémico libro. Lovecraft menciona que un ejemplar se hallaba en la Biblioteca de la Universidad de Buenos Aires, allá por los lejanos años 20. No dimos con él, o al menos nadie nos supo informar de su existencia. Pero encontramos en una librería, una versión fragmentada del supuesto libro, publicado por la editorial Edaf. Las introducciones se llevan una gran parte del libro y no se saca gran cosa de él, pero las invocaciones están allí.

La investigación se espesaba con más datos que nos llegaban de diferentes lugares. Según se cuenta, el fallecimiento del escritor no se había dado solamente a

causa de un cáncer que terminó con su vida en 1937 a la edad de 47 años. Se decía que estaba poseído por «Los Antiguos». En este punto hallamos un dato para nosotros desconocido: su casa se habría poblado de gatos, que él mismo llevaba. Oficialmente, el escritor alegaba que eran de «gran compañía» y que su belleza y gracia lo hacían olvidar del «horror del mundo». Para algunos, una forma de contener el mal. Otro dato curioso era que en el momento de su muerte y con sus últimas fuerzas hizo rellenar con material el sótano de su vieja casa. ¿Podría ser que el poder de la ficción se devorara a su creador? ¿O era un último gesto desesperado de un artista frustrado para llamar la atención del mundo creando una verdadera mitología lovecraftiana?

Centrándonos en nuestro mito, volvimos a revisar los archivos históricos, y descubrimos que, bajo el Jardín Botánico, hay túneles de la época de Juan Manuel de Rosas. Algunos fueron identificados, cerca del sector que da a la Avenida Las Heras, pero la reconstrucción arqueológica se interrumpió abruptamente. Eso nos remite inevitablemente a un relato urbano que analizamos en el primer libro: «El pozo sin Fin» donde se describe un pozo de profundidad indeterminada ubicado en el viejo barrio de San Telmo. En esa historia se hacen presentes una serie de hechos oscuros producidos en los tiempos del Restaurador de las Leyes.

Ahora podíamos analizar ese mito y este desde otra perspectiva: hay algo en las profundidades que, supuestamente, pugna por salir.

Entonces, con esa importante cuota de información y ansiedad, cometimos una imprudencia: tomamos la decisión de metemos en el Botánico en plena noche para «experimentar» el mito.

Era una noche fría. No una noche cualquiera, sino una de luna en cuarto creciente o luna cornuda, porque según *El Necronomicón*, es el momento en donde las bestias innombrables tienen más posibilidades.

Aprovechamos que no hubiera ningún movimiento en la Avenida Las Heras y nos trepamos a la verja del perímetro exterior del Botánico en una parte donde hay una saliente de ladrillos y que permite alcanzar la parte superior con facilidad.

Debíamos andar con mucho cuidado. No queríamos pensar en las consecuencias de que nos detuvieran.

Apenas estuvimos adentro se nos pegó un gato negro que nos acompañó todo el trayecto hacia nuestro objetivo: el Invernáculo 1.

Atravesábamos el pequeño bosque y nuestras fantasías se disparaban hacia cualquier lugar: desde ser devorados por una especie desconocida y nocturna de planta carnívora, o simplemente encontrarnos cara a cara con un «Antiguo». Por suerte, nuestras mentes racionales intentaban filtrar esos temores y nos permitían seguir adelante. Como así también una cantidad considerable de felinos que se sumaban al gato negro.

Para no ser detectados, no fuimos por los caminos tradicionales, sino por el centro del parque. Dada la escasa visibilidad, nos tropezamos varias veces.

Lo más curioso es que todo el tiempo nos sentíamos observados. La noche estaba llena de ojos felinos, unas bolitas que flotaban en todas direcciones.

Maullidos. Cuando llegamos tan cerca como pudimos del Invernáculo 1, los maullidos se incrementaron notablemente. No sacamos la vista de ahí. Tal vez esperábamos ver tentáculos o algún otro miembro inhumano salir de las profundidades de ese lugar.

Por el frío, los vidrios estaban empañados pero no podíamos arriesgarnos a ir más cerca.

Más maullidos y gatos subiéndose directamente a las paredes del Invernáculo. Dos, peleándose, y un fuerte olor a orín.

Miramos el cielo. La luna era una guadaña afilada sobre nuestros cuellos.

Estábamos en cuclillas y en silencio. Observando, registrándolo todo. Los ruidos lejanos de la Avenida Santa Fe nos tranquilizaban un poco.

El gato negro sentado frente a nosotros azotaba la cola.

Y en eso... una forma humana.

Primero, vimos una sombra que agitaba los brazos; después, palabras.

No parecía una mujer sino más bien un hombre por el timbre de voz. Al verlo llegar, algunos felinos lo miraron instantáneamente. Tenía algo en la mano. Imaginamos otra vez cualquier cosa.

Nuestras miradas se dividían entre observar el Invernáculo y la forma humana. Por un segundo, uno de nosotros creyó ver algo que se movía dentro. Solo fue un segundo.

Y entonces vimos quién era.

Ni más ni menos que un guardia en ropa de dormir y con un palo.

—¡Dejen de hacer quilombo, carajo! —se escuchó por fin y bien claro.

El empleado mostró varias veces el palo y logró dispersar a unos cuantos gatos.

Estuvimos un largo rato más y finalmente, a las tres de la madrugada, emprendimos la vuelta. Treparse desde adentro del parque fue un poco más difícil porque la saliente solo estaba del lado de afuera.

Nos despedimos del gato negro que también custodió nuestro regreso y dejamos atrás el Botánico en un taxi.

Meditando al día siguiente las particularidades de nuestra excursión, con respecto a la cantidad de gatos en el Invernáculo, llegamos a una explicación sencilla: como la mayoría de la especies vegetales son de clima tropical, se trata de tener el ambiente lo más templado posible. Los felinos buscan calor. Los vidrios están tibios. Además, recordamos que en nuestra inspección diurna habíamos descubierto algunos vidrios rotos.

¿Qué vimos moverse ahí adentro? Lo más probable es que fuera la sombra proyectada de algún árbol.

¿Podía ser este un mito fabricado por los admiradores de Lovecraft? La increíble coincidencia de que una de las calles que da al Botánico se llame República Árabe Siria, lugar en donde se originaban los relatos de «Los Antiguos», parecería «ilustrar» muy bien la leyenda.

Al poco tiempo volvimos al Jardín. A excepción del empleado de la biblioteca no pudimos ubicar a ninguno más: la Administración estaba cerrada por un paro de actividades. Quisimos hablar con el muchacho de la Escuela de Jardinería. Nadie lo conocía. Prácticamente toda la dotación estable de la Escuela había sido trasladada o era nueva. Algo similar ocurría con el guardia que nos había dado el dato del muchacho: no lo tenían consignado en ninguna nómina de empleados. Si nos habían jugado una broma, era muy buena y los felicitábamos.

Si no...

PARTE II

¡ Maldición !

Aquel sonido también era magia. El sonido del aplauso. Era como una bandada de palomas batiendo las alas a su alrededor, palomas como las que él, el mago Equis, sacaba de su «pañuelo encantado». Y esos clamores que eran pájaros lo acariciaban con sus alas, lo mimaban, lo amaban.

Eran ellos, los espectadores, los dueños del mejor truco de la noche: el aplauso. Magia pura.

Su hijo estaba entre la multitud. Y le hacía caso: no aplaudía. «Ya sé que nadie sabe quién sos, pero no importa, no me aplaudas, sería como estar mintiendo», le decía, palabras más palabras menos, antes de cada show. Y Flavio, de cinco años, obedecía, aunque no entendiera muy bien las razones que le daba su padre. ¿Acaso no era para una gran mentira que lo tenía sentado ahí, mezclado con el auditorio?

Que nadie supiera la identidad de Flavio era clave. El acto final, el broche de oro de la performance, el truco que más aplausos arrancararía del público transportando al mago a lejanas cumbres de placer, dependía de aquel desconocimiento por parte de la gente.

Equis lo «saboreaba», lo percibía en el aire: ese era el momento. Pidió, entonces, un voluntario. Las manos en alto eran tantas que se confundían unas con otras. Por el contrario, el calvo al que avergonzó durante toda la noche, se encogió todo lo que pudo en su asiento. Estaba claro que no quería volver a hacer el papel de idiota. El mago, en cierta forma, lamentaba que aquel hombre la hubiera pasado tan mal, pero la ecuación era sencilla: bien valía el sacrificio de uno por la alegría de todos los demás. Esta vez, sin embargo, dejaría de lado al calvo. En aquel mar de manos ansiosas se alzaba, tal cual lo ensayado, la de Flavio. Equis eligió a su hijo como si en su vida lo hubiera visto. Flavio subió al escenario. El mago lo cubrió con una larga tela negra. Podía adivinarse el contorno de la pequeña silueta atrapada bajo el lienzo. De repente un chasquido, una explosión, humo... y la tela cayó lentamente al suelo sin resistencia alguna.

El «Ooooooh» del público estremeció a Equis. El mago sabía que se trataba del prólogo al éxtasis.

Flavio, «el niño voluntario» para los concurrentes, había desaparecido.

Equis pasó a enseñar el oscuro manto, de un lado, del otro, para que todos los presentes se percataran de que era eso simplemente, un trozo de tela. Luego lo volvió a extender sobre el suelo del escenario, exactamente en el mismo lugar de donde lo

había tomado. Dio un paso atrás, y con las manos dirigidas hacia el lienzo en reposo, las palmas hacia arriba, los dedos en un rictus apasionado, exclamó:

—Vuelve, vuelve.

Nada. La tela inmutable.

—Parece que está muy cómodo allá donde lo mandé —improvisó Equis.

Risas.

Las manos del mago adoptaron otra vez aquel movimiento espasmódico, como si estuvieran rasgando la trama dimensional por la que el niño debía volver a nuestro mundo.

—Vuelve, vuelve.

Nada. La tela negra parecía detenida en el tiempo.

«¿Qué le ocurre a Flavio? —pensó Equis—. Lo único que tenía que hacer era abrir la puerta-trampa oculta en el piso del escenario, la misma por la que se había metido para esconderse de la vista del público, y subir lentamente, sujetando los bordes del lienzo como él le había enseñado. Luego sería cuestión de levantar la tela y, ¡voilà! He ahí al niño».

—¡Vuelve, vuelve! —ahora el mago gritó la orden, sin poder disimular sus nervios. Tal vez el piso era demasiado grueso y Flavio no llegaba a escucharlo.

Su hijo siguió sin aparecer.

Equis lo intentó una cuarta vez, y una quinta, y luego una sexta.

La gente pasó de las risas al silencio, y de este al murmullo, a la inquietud.

No hubo caso. El mago tuvo que pedir perdón y el telón se cerró.

Oculto a la vista del auditorio, Equis abrió la puerta-trampa y descendió por la pequeña escalera. Allí adentro no había nadie, el habitáculo bajo el escenario estaba vacío.

Entonces surgió la voz. Provenía de más allá del telón.

—Te lo dije, Equis. Te iba a pesar.

El mago la reconoció. Era la voz del gitano. Seguramente había estado todo el tiempo sentado como un espectador más. Aun así no se dio por vencido, buscó a su hijo por cada rincón del escenario, tras bambalinas, por los pasillos. Pero todo fue en vano. Flavio no estaba en ninguna parte. ¿El maldito lo habría raptado? Equis, corriendo, atravesó el telón para increpar al gitano. Ya no quedaba nadie, se habían ido todos los concurrentes. Pensó que la idea del rapto era absurda: él vio bajar a su hijo por la escalerita, camuflado por la cortina de humo; él vio a Flavio cerrar la puerta-trampa. ¡Y el habitáculo no tenía otra salida más que esa!

Una mano en el hombro. El dueño del lugar.

—Entienda que no puedo pagarle lo que arreglamos. La gente se fue molesta. El truco no salió. Ya propósito, ¿su hijo? ¿Se quedó dormido ahí abajo?

—La maldición —fue la respuesta del mago—. ¡La maldición!

Montecastro, un barrio de árboles, de tierras altas y casas bajas. Y lo de tierras altas no es un dato menor: sus habitantes aseguran que pararse en la esquina de Segurola y Camarones es como hacerla en la misma punta del Obelisco.

Montecastro, un barrio de jardines azotados por poderosos vientos, vientos que, también según su gente, soplan aquí con más fuerza que en ningún otro barrio.

Pero sobre todo, Montecastro, es un barrio con magia. Una prueba fiel de este último atributo es el relato con el que abrimos este capítulo. La historia de la misteriosa desaparición de Flavio (Fabio en algunas versiones, Guillermo en otras) en manos de su propio padre, el mago Equis, es un clásico en algunos rincones de estos elevados parajes.

SEBASTIÁN H. (taller mecánico): «La historia tiene sus buenos años. Mi abuelo ya me la contaba de chico. Siempre que salía el tema de la magia, se largaba a contar la historia de Equis y su hijo».

ÁLVARO J. (jubilado): «Ningún mito, muchachitos. Pasan cosas extrañas bajo el sol, y la de ese desgraciado mago fue una de ellas. El chico desapareció en serio. No lo encontraron nunca».

FRANCISCA L. (ama de casa): «¿Cómo no me voy a acordar? No se habló de otra cosa durante semanas. Vinieron magos de muchas partes, hasta del extranjero. Uno podía percatarse porque iban por las calles del barrio vistiendo diferente. Habían llegado para intentar traer al chico de vuelta. Pero ninguno pudo».

Los testimonios que dan fe de los hechos detallados en el mito coinciden, por lo general, en la ubicación temporal de los mismos: fines de los años 20, comienzos de los 30.

Dicha época coincide con un marcado crecimiento barrial en lo que a tránsito de gente respecta; crecimiento que fue impulsado por diferentes circunstancias, de las cuales las más importantes, tal vez, hayan sido las relacionadas con los medios de transporte.

Por un lado se impuso la línea N°1 de tranvías que llegaba hasta Liniers por Rivadavia, mientras que por otro hicieron su aparición por las calles del barrio los primeros colectivos. Y por una simple regla mítica, a más gente, más historias. ¿Estaría entre esas nuevas historias el embrión de lo que luego sería el mito que tratamos? ¿Se deberá a esto que a la desafortunada función de Equis se la identifica con esta época?

También por aquellos años, más específicamente a fines de 1929, lo que convocó a personas de todos los rincones de la ciudad fue la inauguración, por parte de la familia Corradini, del «Cine Teatro Febo» en Álvarez Jonte al 4400, el cual no tenía nada que envidiarle a los modernos teatros del Centro. Por su escenario pasaron los más renombrados artistas de la época como Libertad Lamarque, Ignacio Corsini y Azucena Maizani, entre otros. Algunas versiones aseguran que entre esos *otros* se

encontraba el mago Equis, y que fue en este teatro en donde aconteció la misteriosa desaparición que relata el mito. Es más, los que esquivan la parte sobrenatural de la historia, dicen que Flavio se habría escondido en la fosa construida para la orquesta o en alguno de los camarines que se ubicaban en el subsuelo, y que luego escapó del edificio sin ser visto. Habría intentado huir así de su padre quien, dicen, lo maltrataba además de obligarlo, en contra de sus deseos, a participar del show.

Un dato interesante: en 1958 se venden las instalaciones del «Cine Teatro Febo», dejándole el lugar a un banco que abrió sus puertas durante dos décadas. Existe el rumor de que tanto empleados como clientes de dicho banco solían escuchar...

—... una voz pidiendo ayuda —según RÓMULO U., vecino de Montecastro—. Yo la escuché estando en el banco. Era la voz de un chico, y venía de abajo, como si estuviera enterrado bajo los cimientos. Cuando pregunté de quién era esa voz, me dijeron que era del chico ese que desapareció en un show de magia, que se lamentaba desde otra dimensión o algo así.

Como podemos apreciar, por más esfuerzo que hagamos, a una leyenda urbana no se la puede mantener durante mucho tiempo desprovista de su carga sobrenatural.

Sin embargo, fue un testimonio que no solo negó la realidad del costado quimérico del mito, sino que desestimó su total veracidad, el que nos condujo hacia una línea de investigación por demás interesante. Helo aquí:

RAFAEL L. (casa de antigüedades): «Equis nunca existió. Fue un invento de la gente de Montecastro para competir con Villa Luro. Es que ellos tenían a Baigorri».

Juan Baigorri Velar nació en Entre Ríos en 1891. Hijo de un militar, se recibe de ingeniero, y se especializa en Geofísica en la Universidad de Milán, Italia. Es contratado por diversas empresas petroleras, lo que lo lleva a viajar por diferentes partes del mundo. En 1929 vuelve a nuestro país ante el ofrecimiento de un cargo en YPF y se instala, con su esposa y su hijo, en Caballito, lugar en el que no duraría mucho ya que la humedad presente en el barrio no era buena para sus problemas bronquiales. Por consejo médico busca tierras más altas y es así que se muda a una casa en Ramón Falcón y Araujo, Villa Luro, barrio que limita con Montecastro que, como ya vimos, se alza sobre una de las zonas más elevadas de la Ciudad. Baigorri también elige la nueva casa por el altillo que esta posee, ideal para ubicar su laboratorio.

Algunos dicen que la inventó en Italia y la trajo en el equipaje, otros dicen que la perpetró en aquel altillo de Villa Luro; la cuestión fue que en 1938 Juan Baigorri Velar declara poseer una máquina que podía hacer llover en cualquier momento y lugar. El artilugio en sí consistía en una caja cúbica con dos antenas prominentes, la cual se conectaba a una batería. En su interior se alojaban, según su creador, una argamasa de reactivos químicos.

Para probar que lo que decía no era ninguna locura, viajó a Santiago del Estero, a

una estancia que había recibido su última lluvia 16 meses atrás. Una vez allí conectó su aparato, expandió las antenas... ya las pocas horas el agua comenzó a caer del cielo mojando la tierra agrietada.

El triunfo de Baigorri llegó a oídos del que era gobernador de la provincia, Pío Montenegro, quien inmediatamente solicitó su presencia en una estancia de su propiedad en la que no se registraban precipitaciones desde hacía ya tres años. El ingeniero se hace presente en el sitio indicado. Esta vez le cuesta tres días de trabajo, pero luego llueven 60 milímetros en dos horas.

A pesar de estas proezas, «el mago de Villa Luro» —como se lo comenzó a llamar a Baigorri— tenía numerosos detractores entre los que estaba el Director del Servicio de Meteorología Nacional, el señor A. Calmarini, quien llegó a decir que lo que hacía Baigorri era un atentado a la ciencia. Nuestro personaje le envió a modo de respuesta un paraguas con una tarjeta que decía: «Para que lo use el 2 de enero, a la madrugada». Se refería al segundo día del año 1939.

Aquellos festejos de año nuevo se realizaron dentro de un clima sofocante, con mucho calor y humedad, y con ninguna esperanza de lluvia, pues el cielo estaba totalmente despejado. En la mañana del 2 de enero la gente regresó a sus trabajos y, para asombro de todos, aparecieron las primeras nubes, raquílicas en un comienzo, luego corpulentas, oscureciendo el firmamento hasta ponerlo negro. No tardó en desatarse una tormenta eléctrica con el agua cayendo a cataratas. «Como lo pronosticó Baigorri, hoy llovió», titulaba el diario *Crítica* en su quinta edición de aquel día mágico.

Las gestas del «mago de Villa Luro» no terminan con el cumplimiento de aquella profecía. Entre muchas otras se le adjudica el haber hecho llover en la localidad de Carhué hasta desbordar la laguna, luego de tres años que no caía una gota; así como hacer lo propio en una zona de San Juan que no había recibido precipitaciones en los últimos ocho años.

Medios extranjeros, como *The Times* de Londres, viajaron a Buenos Aires para entrevistarlo. Hasta se dice que un ingeniero norteamericano le ofreció una suma millonaria por su máquina de hacer llover, pero Baigorri no la aceptó aludiendo que su invento era para fortalecer a su país.

El final de la historia de este mítico «mago» no puede ser más novelesco: muere en 1972, a los 81 años llevándose su secreto a la tumba, pues nada más se supo de su increíble creación. Algunos dicen que fue destruida junto a todos los papeles que guardaban alguna información sobre ella, otros afirman que fue entregada, en forma reservada, al ejército, amén de los vínculos que había mantenido su padre con el General Julio A. Roca.

Cuando la tapa del ataúd que contenía los restos del ingeniero recibió el golpe de la primera palada de tierra, comenzó a llover. Este detalle, arriesga la mayoría,

confirma que aquel misterioso discípulo que poseyera la tan deseada máquina en el momento en que enterraban a Baigorri, cumplió con la orden que este le diera en su último suspiro: «Ponla a funcionar cuando yo me esté yendo».

Regresemos ahora a Montecastro, al mito de este capítulo.

¿Será como dice Rafael? ¿La historia de Equis, el mago, solo fue ideada para no ser menos que el barrio vecino, al menos en lo que a personajes mágicos respecta?

Nuestra experiencia nos dice que sí, que es posible: el porteño ama su barrio, y no tiene dudas de que los relatos más extraordinarios ocurrieron allí, en su entorno, en sus calles. Y si algo amenaza aquella supremacía, el boca en boca se encargará de poner las cosas en su lugar, con algún rumor nuevo, algún mito.

Eso sí, esto no quita que la leyenda del mago Equis tenga una base real, algún acontecimiento que involucró a un mago, y que luego haya servido como disparador del mito que pasaría a competir con el de Villa Luro.

Aunque hay algunos que dan vuelta la cosa:

HORACIO E. (farmacéutico): «Fue al revés. Los de Villa Luro, envidiosos de la genial historia de Equis, agarraron al inventor ese de poca monta que tenían abandonado en un altillo, ese Baigorri Velar, y de un día para el otro lo ascendieron a la categoría de mago, exagerando el éxito de sus experimentos. Además, ¿mago?, ¿qué tipo de mago tiene un solo truco y lo hace mediante una maquinita? Equis te hacía desaparecer con una varita y un pedazo de tela, nada más. Y tenía doscientos trucos. Encima, los aciertos de Baigorri fueron pura casualidad, nadie habla de las veces que su aparato fracasó. Y fueron muchas».

De una o de otra manera, parece que en un pasado los mitos estuvieron relacionados. La coincidencia de que ambos «magos» no parecieran llevarse muy bien con su respectivo hijo (en el caso del de Villa Luro esta enemistad habría llevado a Baigorri a retraerse por largos períodos en la soledad de su altillo) quizá se trate de un vestigio de aquella abandonada simbiosis.

Además podemos resaltar un dato sospechoso: mientras algunas versiones de la historia de Equis, como ya dijimos, citan a su hijo bajo el nombre de Guillermo; el hijo de Baigorri Velar se llamaba William...

Otro posible vestigio de la relación entre las leyendas urbanas tiene que ver con el origen de la magia usada por ambos protagonistas.

Ciertos rumores que apuntan al ensamblaje de la famosa máquina que hacía llover, aseguran que su creador trajo de Italia todas las piezas del singular artilugio. Todas menos una. Esa pieza, la más importante, le habría sido entregada en Montecastro por un misterioso hombre de origen gitano. Supuestamente ese fragmento consistía en el componente «mágico» que le otorgaría a la máquina el don de la predicción pluvial.

Aires gitanos soplan también en la historia de Equis, pero con un matiz menos

feliz. Pero antes de profundizar en este punto, veamos una opción realmente interesante.

«La historia del mago que hace desaparecer a alguien y ya no lo puede recuperar es vieja como la historia de la magia. Sé que hay muchas versiones literarias...», nos dijo la escritora argentina Ana María Shua después de consultada por el tema. Y acudimos a ella porque una de esas versiones literarias a las que se refiere es justamente de su autoría. El cuento se titula «Fiestita con animación» y narra, con magistral pluma, el caso de una niña que, en la celebración de su cumpleaños, hace desaparecer a su hermanita siguiendo los pasos de un truco de magia que aprendió por televisión. El problema residía en que la agasajada no sabía cómo realizar la segunda parte del truco, el acto de aparición: le habían cambiado de canal antes de que lo explicaran.

Otra versión literaria del mismo tipo de historia lo encontramos en un capítulo de la novela de Stephen King, *Tommyknockers*, en el que es un muchacho el que hace desaparecer a su hermano mediante un truco similar.

Y los de estos dos escritores no son los únicos ejemplos de ficciones basadas en la misma idea. Como dice Ana María, hay muchos más. Esto demostraría lo atractiva que resulta esta extraña situación para la mayoría de nosotros, la del truco que se transforma en verdadera magia.

¿Puede estar, la historia de Equis y su hijo, basada en alguna obra de ficción? Existen testimonios que coquetean con esta posibilidad, como los que nos recuerdan el paso por el barrio de Roberto Arlt, nada menos.

Como a Baigorri, los médicos le recomiendan al escritor buscar tierras altas para vivir, a raíz de una bronconeumonía. Es así que Arlt se termina instalando en una casa sobre la calle Lascano, entre Segurola y Sanabria, en la que viviría entre 1924 y 1926 (nótese la coincidencia de estas fechas con las supuestas para los acontecimientos del mito).

Durante el tiempo que permaneció en Montecastro, el escritor estuvo sumergido en la escritura de lo que sería *El juguete rabioso*. Ahora bien, según algunas fuentes, entre capítulo y capítulo de la que sería su obra más famosa, habría escrito, solo a modo de ejercicio, para despejar la mente, un cuento corto acerca de un desgraciado mago que pierde a su hijo al hacerla desaparecer definitivamente en uno de sus trucos. Un cuento inédito, por supuesto, y del cual se perdió todo registro... salvo por alguien anónimo que tuvo acceso a él y comenzó a difundirlo oralmente, de manera tal que fue perdiendo su carácter ficticio, transformándose en la leyenda urbana que nos ocupa.

Un cuento hecho mito. Una posibilidad.

Volviendo a los gitanos y a su relación con la historia de Equis, debemos decir que a los integrantes de esta singular comunidad se los ve, en la actualidad,

deambular por las calles del barrio con su aire desenvuelto y —por qué no— mágico, como si supieran algo que el resto de los mortales desconocemos. Viven en terrenos en donde yacen apilados los cadáveres oxidados de decenas de autos, y entre los pastos y la chatarra van, vienen, hablan entre ellos, miran de reojo, sonrían.

Irrumpimos en una de estas locaciones y abordamos a un grupo de hombres que conversaban enérgicamente. En un principio pensamos que eran todos gitanos, pero luego percibimos que uno de los cinco allí reunidos era diferente, no tenía esos ojos vivaces, su vestimenta carecía de colorido, no sonreía en ningún momento. Definitivamente, no era gitano. Escuchaba al cuarteto que lo rodeaba con atención. Parecían querer venderle algo.

Nuestra intervención no fue bien vista. La eterna sonrisa se borró del rostro de los gitanos, y *el otro* dio un paso atrás, como si hubiera visto en nuestra aparición una oportunidad para escapar de aquel asedio.

Con variedad de gestos, ademanes y unas pocas frases que más que dichas fueron cantadas como si se trataran del estribillo de una extraña canción flamenca, los gitanos nos dieron a entender que de números de magia no sabían nada ni les interesaba, y que a los que les gustaría ver desaparecer era a nosotros.

Corrimos con una suerte similar en otros tres intentos de abordaje a otros tantos grupos de esta comunidad. Cuando nos retirábamos con las manos vacías de aquel ¿cementerio de autos?, ¿desarmadero?, detrás de nosotros surgió una voz temblorosa, pero potente, segura:

—¡Eh! ¡Manue'!

El singular llamado había sido pronunciado por una anciana ataviada con la tradicional ropa de gitana y sentada en una extraña mecedora. Como el tal Manue' no hizo su aparición, la anciana contraatacó:

—¡Eh! ¡Manue'!

Esta vez la mujer levantó una mano oscilante y su desteñido índice. Nos señaló. Manue' éramos nosotros. Luego nos enteramos que para Gioconda, tal el nombre de la anciana, Manue' era todo el mundo.

Al acercarnos descubrimos que la mecedora estaba confeccionada con trozos de chatarra. La mujer tenía los ojos entrecerrados, como si le molestara el sol.

De pronto, al dedo extendido se le unieron sus otros cuatro compañeros: Gioconda nos mostraba la piel arrugada de toda su palma, lo que entendimos como una señal de que debíamos detenemos, que a esa distancia de la anciana estábamos bien.

—¡El Equi sta marrdito! —gritó, entonces. La palma volvió a ser un dedo, nuevamente el índice extendido hacia nosotros, que ahora intuimos acusador—. ¡Se lo ha gana'o! ¡El Equi merecía marrdición!

Y sucedió que sus párpados se abrieron mostrándonos unos ojos blancos de ciega,

solo coloreados por algunos derrames brillantes. Y esta vez no gritó. Lo que dijo lo recitó como si fuera una sentencia. El índice apuntándonos:

—Si haces mal, mal hará a ti.

Yeso fue todo lo que pudimos obtener de aquella anciana, y de aquella comunidad. Por más que le insistimos a Gioconda sobre la historia de «El Equi», ella guardó su índice, cerró los ojos y comenzó a mecerse envuelta en un rítmico chirrido, como si, finalmente, hubiéramos desaparecido.

Algo se desprendió de la mecedora (¿el trozo retorcido de un caño de escape?), lo que provocó que la anciana detuviera inmediatamente su vaivén.

—¡Eh! ¡Manue'! —gritó, pero ya no se refería a nosotros, su dedo no nos señalaba. Habíamos dejado de existir para Gioconda.

Dábamnos nuestros últimos pasos en el barrio, pasos un tanto lentos, no sólo por las pocas ganas que teníamos de abandonar su mágica atmósfera, sino porque, amén a la mítica altura de Montecastro, suponemos, uno se fatiga más rápido que en otros barrios.

Un cielo cada vez más encapotado acompañó este último paseo, y justo cuando transpusimos los límites barriales se largó un chaparrón, abundante pero breve, al minuto ya no llovía más, repentino como si lo hubiera generado la máquina de Baigorri, oculta en las cercanías, y fugaz como si luego lo hubiera hecho desaparecer el mago Equis, enviándolo al mismo limbo secreto donde aún aguarda su hijo, aquel chiquito de cinco años que, según la vertiente más difundida del mito, fue víctima de una maldición gitana. ¡Si tan solo su padre no hubiera hecho aquello!

—¡La maldición! ¡La maldición!

El mago Equis no podía parar de repetir aquello. Ahí estaba, de rodillas en el escenario donde había visto a su hijo por última vez.

—¿Pero de qué maldición habla, hombre? —le preguntó el dueño de aquel lugar, de pie a su lado.

—¡La maldición gitana! El gitano ese me maldijo y ya nunca veré a mi hijo. Ha desaparecido para siempre.

Y entonces la mente del mago retrocedió a la semana anterior, al show que había dado en aquel salón sobre la calle Desaguadero. Aquella noche había elegido como eje de la mayoría de sus chistes a un hombre de grandes aros y pañuelo en la cabeza. Había divertido a todo el auditorio a costa del aspecto de ese sujeto, de su inconfundible condición de gitano. Como siempre, el truco final culminó con la aparición de Flavio. Luego, aplauso cerrado y caída del telón. Se cambió de ropa junto a su hijo en unos improvisados camarines, y mientras lo hacía le prometió a Flavio que con el dinero que juntaran en aquella temporada los llevaría de viaje, a él y a su madre, al lugar que ellos eligieran.

Afuera del salón los esperaba un sujeto. Equis lo reconoció: era el gitano que había tomado de punto. En un principio se asustó, pues el hombre tenía cara de pocos amigos. Estaba enfadado, sin dudas, y lo miraba fijamente con aquellos ojos extraños. Puso a su hijo detrás de él cubriéndolo con el cuerpo. Sin embargo trató de aparentar tranquilidad.

—Hola, mi amigo —lo saludó Equis—. ¿Qué le pareció la función?

El sujeto no respondió.

—Y usted ha sido uno de los protagonistas —continuó el mago—. Espero que haya sabido comprender la inocencia de mis bromas, todo ha sido con el mayor de los respetos. Supongo que lo ha sentido así, ¿no?

—Te maldigo —fue la tajante respuesta del hombre—. A ti, y por ti, a tu hijo.

—No le permito...

—Yo te permití toda la puta noche. Ahora tú me permites a mí. Así que escucha: si el mal haces, el mal volverá a ti.

Y entonces, inesperadamente, de los ojos del gitano brotaron lágrimas.

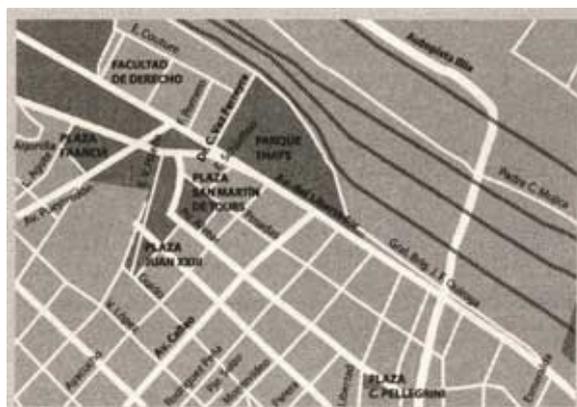
—¿Qué le ocurre? —preguntó Equis.

—Son por tu hijo. El pobre no tiene la culpa.

Sin dejar de llorar, el gitano clavó aún con mayor intensidad su mirada en la del mago.

—Te va a pesar —dijo, y luego se dio media vuelta y se fue.

Desapareció en la noche, como por arte de magia.



28 de octubre de 2151

CÁPSULA DE INFORMACIÓN D6-893: OBRAS EN PARQUE TAI

OBJETIVO: alzar Nuevo Planetario Flotante de Buenos Aires.

LUGAR: Parque Tai o Thays.

SERVICIOS/ATRACCIONES A OFRECER: robotguía personal, inyecciones de Glucosa 665 antiempalagante sin cargo, baños con sistema de volatilización V7, teletransportación con cargo reducido, acceso al sector «Museo Palpitante» (se exhibirán restos del asteroide J-C-Zubczuk caídos sobre nuestro país en 2093), experiencia virtual 6D «Cosmoconciencia».

DURACIÓN ESTIMADA DE OBRA: nueve jornadas Tierra-Luna a cargo de cyberobreros positrónicos.

EMPRESA RESPONSABLE: Miratus Xalapu S. A. 858585-W99 31/0.

COMENTARIO OPCIONAL EN IDIOMA NO ENCAPSULADO (SOLO DISPONIBLE PARA RECEPTORES SIN IMPLANTES DE METALENA): el nuevo coloso se levantará en un singular terreno de nuestra domo-ciudad Nueva Buenos Aires. Decimos singular porque sobre el denominado Parque Tai (Thays, para algunos historiadores) se encumbraron, según la creencia popular, los andamiajes de lo que fuera un gigantesco parque de diversiones, símbolo de aquel añejo Buenos Aires. Hoy en día casi se tiene la certeza de que aquel parque nunca existió, pues no se hallan referencias de él en ningún documento de la época. Además cuesta creer que allí, en medio de lo que fuera una ciudad altamente urbanizada, hubiera espacio suficiente para contener una kermés de semejante envergadura...

Si bien durante nuestras investigaciones hemos hallado artilugios de diferente índole, quédense tranquilos que no nos hemos topado con ninguna máquina del tiempo abandonada, ni la hemos usado para viajar al futuro y recoger la noticia que precede a estas líneas. Al menos, por ahora.

Pero no podemos negar que los párrafos que abren este capítulo conforman una posibilidad de lo que puede llegar a pasar. ¿O no es verdad que ya en nuestro presente resulta raro pensar que alguna vez existió el Itaipark en la intersección de las

Avenidas del Libertador y Callao?

Y sin embargo existió. Justo allí, donde hoy se alza el Parque Thays.

Creado en 1960 por Adelino y Luis Zanon, inmigrantes italianos, el Italtank llegó a tener unos treinta y cinco juegos electromecánicos, convirtiéndose, en la década del ochenta, en el parque de diversiones más importante de Sudamérica.

«Súper Indianápolis», «El pulpo», «El tren fantasma», «Monza», «Las tazas», «Dumbo», «Las sombrillas voladoras», «Cinerama», «La Interplanetaria», «Bonanza», «El Samba», eran solo algunas de las atracciones que aguardaban a los visitantes en aquel limbo porteño, en aquella tierra de fantasía.

El parque de los hermanos Zanon se convirtió en un referente ineludible de la Ciudad, incluso se vio convertido en escenario de varias películas nacionales, como *El tío disparate*, con Carlitos Balá, *Galería del terror*, con Porcel y Olmedo, y *Los Parchís contra el Inventor Invisible*, con Javier Portales y, por supuesto, *Los Parchís*. Estos films se transformaron, casi sin quererlo, en algunos de los pocos documentos que guardan imágenes del Italtank «vivo».

A treinta años de su inauguración, a este complejo de ensueño lo envolvería la tragedia.

Julio de 1990. Roxana Alaimo y Karina Benítez suben al juego denominado «Matter Horn». Antes de que termine la vuelta sucede lo inesperado: el carrito donde están las chicas se desprende del mecanismo central y sale despedido a una velocidad desesperante. El cubículo golpea contra la valla de contención del juego, y allí se queda. Roxana, de 15 años, muere instantáneamente. Karina, con heridas de importancia, sobrevive.

El que no sobrevivió fue el Italtank.

Luego del accidente, el parque se cierra provisoriamente para tareas de inspección y reparación. Pero ya nunca abriría sus puertas. A cuatro meses de la tragedia, el entonces intendente Carlos Grosso declaró al Italtank clausurado definitivamente.

Y, como pueden imaginar, fueron otras puertas las que se abrieron. Las que conducen al mito, a la leyenda.

—La tierra está maldita —nos aseguró SEGUNDA P., vecina de Retiro, refiriéndose a aquellos terrenos, y transformándose en la representante de una teoría que tiene muchos adeptos en el barrio.

—La primera desgracia no fue la del Italtank —continuó Segunda—. ¿O no saben lo que pasó con el Parque Japonés?

El Parque Japonés. Se inauguró en febrero de 1911 en el mismo lugar donde luego funcionaría la kermés de nuestro mito.

De características faraónicas para la época, este antecesor del Italtank poseía atracciones de todo tipo, desde réplicas del volcán Fujiyama y del Circo Romano, hasta una modernísima montaña rusa llamada «Looping the Loop», todo rodeado por

diferentes construcciones de un exótico aire oriental.

En diciembre de 1930, el Parque Japonés fue víctima de un terrible incendio que sentenció su final. Un dato que no es menor: jamás fueron aclaradas las causas que originaron aquel fuego abrasador.

Sesenta años después de aquel siniestro y como si alguna de las llamaradas que lo formaron se hubiera prolongado en el tiempo hasta chamuscar cierto engranaje vital del «Matter Horn», la tragedia volvería a condenar a la desaparición a un parque de diversiones.

El tiempo. Ya hablaremos del tiempo.

La tierra está maldita...

Nos llegaron muchos rumores acerca del porqué de esta maldición. Algunos hablan de, ¿cuándo no?, un antiguo cementerio indio bajo el suelo de Libertador y Callao; otros conjeturan acerca de una confluencia de energías negativas en la zona. Nosotros transcribimos la versión que nos entregó Segunda, ya que nos pareció la más original, la que mejor refleja la creatividad porteña. Aunque siempre existirá la posibilidad de que todo haya ocurrido tal cual nos lo contó esta vecina de Retiro:

—Al lugar lo maldijo Ordóñez, que fue amigo mío hasta que se mató hace unos quince años. Ordóñez era medio brujo, por no decir brujo del todo. No convenía pelearse con él. El tipo se calentaba de nada, te maldecía, y andá a cantarle a Gardel: te arruinaba la vida. En el Itaipark laburaba gente que venía de lejos y no sabían nada de esto, no conocían a Ordóñez. Entonces pasó que un empleado de esas casas de hamburguesas que estaban de moda...

—Había un *Pumper Nic* en el Itaipark —interrumpimos.

—Eso, nunca me sale el nombre, de lo que sí me acuerdo es de que estaba justo abajo del Teleférico. Bue', ¿en qué estábamos? Ah, sí, la pelea. Miren, es como si todavía escuchara las palabras de Ordóñez entre mate y mate, porque Ordóñez venía a tomar mate a casa, aunque van a escuchar por ahí que venía a otra cosa en realidad, pero es mentira, él venía por los mates y la charla, es que eran pocos los que se animaban a estar con Ordóñez, tenían miedo de que se calentara y..., perdón, perdón, los viejos nos vamos por las ramas siempre, la pelea, la pelea. Ordóñez me dijo: «Bien que la van a cagar. Maldije con toda la furia a ese... *Pumper* de mierda. Mirá que venir a decirme a mí dónde tengo que hacer la cola. Encima que les vaya pagar por sus sanguchitos patéticos, un pelotudo de gorrita me va a decir que me pare en la baldosa que a él se le ocurre. ¡Y encima me tocó el hombro! Ahí nomás eché la maldición, a todo ese parque para boludos se la eché, y a la misma tierra también. ¿Quién les manda a los Zanon a tener una casa de comidas como esa?». Palabra por palabra me acuerdo. Fue una de las últimas charlas que tuvimos.

Nuestra pregunta era lógica.

—¿Pero qué tiene que ver el viejo Parque Japonés con la maldición de Ordóñez?

—Es difícil de entender, pero si una vieja como yo lo entiende... Cuando Ordóñez decía que había maldecido con toda la furia, el tiempo no importaba. Él usaba una palabra... ¡atemporal! Su maldición era atemporal. Valía para todos los años.

Segunda hizo un gran esfuerzo para explicarnos a qué se refería con lo de «maldición atemporal». Creemos haberla interpretado: la maldición de Ordóñez fue lanzada con tanta «energía maligna» que la misma trasciende el flujo normal del tiempo, se expande tanto hacia el futuro como hacia el pasado. O sea, el viejo Parque Japonés se incendió... porque la tierra sobre la que se alzaba iba a ser maldecida por Ordóñez casi sesenta años más tarde. Increíble. Maravilloso.

—Después de la maldición de mi amigo, la desgracia cayó sobre toda la cadena de esas hamburguesas, y sobre el Italpark —comenzó su epílogo Segunda—. La tierra sigue maldita y lo va a estar siempre. Como les dije, cuando Ordóñez maldecía lo hacía en serio. ¿O por qué creen que no levantan ninguna construcción allí? ¿Por los caños que pasan bajo tierra? Mentira. ¿Cómo hicieron, entonces, para levantar dos parques de diversiones en el mismo lugar y no romper ningún caño? Tienen miedo, es por eso que no edifican.

Haya sido por un antiguo cementerio indio o por las palabras enfurecidas de un mortal indignado, la maldición, si es que realmente existe, parece no finalizar con el desmantelamiento de los parques de diversiones. Los mismos parques siguen atados a ella *post mortem*, de una manera que solo nuestro Olimpo porteño puede albergar.

Según nuestro análisis, todo habría nacido a partir de los comentarios de ciertas personas que, mientras paseaban por un poco concurrido Parque Thays, creyeron oír los sonidos de los juegos mecánicos, la risa de los chicos y el murmullo de una multitud, como si el Italpark aún estuviera allí. Luego, estos rumores derivaron hacia algo mucho más complejo e interesante, hacia una triste y no por ello menos hermosa fábula urbana. Júzguenla ustedes mismos:

Violetas, azules y naranjas, con las inscripciones de «Italpark» y «Hnos. Zanon», así eran las fichas que se usaban para entrar a los diferentes juegos del parque. Algunas de estas fichas, ante la repentina clausura, quedaron en poder de aquellas personas que, al no llegar a usarlas el día que las adquirieron; las guardaron para una próxima visita. Al verse privadas de esa «próxima visita», la mayoría las conservó como souvenirs, como recuerdos.

Y aquí viene el mito dentro del mito, la maldición dentro de la maldición.

Se dice que si aquel que posee alguna de estas viejas fichas de colores se detiene, de noche y con la ficha en la mano en el mismo lugar donde años atrás estaba la puerta de entrada al Italpark, Avenida del Libertador y Callao, sucederá lo imposible: el parque se materializará delante de sus ojos y, lentamente, la puerta se abrirá. Y así, el dueño de aquella ficha podrá ingresar al Italpark... una vez más.

Será como caminar por un pueblo fantasma. Los juegos, las boleterías, los puestos de comidas; estará todo bajo un deprimente estado de abandono, todo descascarado, oxidado, tapiado. El oprimente silencio se quebrará tan solo por el casual chirrido de alguna vieja carcaza movida por el viento. Entonces, el exclusivo visitante lo verá: el único juego abierto y en condiciones se tratará de aquel al que pertenece la ficha que lleva en la mano. Le deberá entregar la misma al pálido boletero que allí se encuentre, y así podrá jugar de nuevo a una atracción del Itaipark.

Una vez terminado el juego, el visitante deberá salir de él y dirigirse hacia la puerta principal, la misma por la que ingresó al parque. En este último tramo de su singular experiencia, la persona no debe dudar, no debe dejarse llevar por la curiosidad o por la añoranza o por ambas cosas y desviarse del camino hacia la salida. Mucho menos acercarse a echar un vistazo en alguno de esos juegos corrompidos por el olvido para los cuales no tiene fichas. Si lo hace, algo terrible, algo indescriptible de tan horroroso, le pasará. Nadie sabe bien qué, pero existe la seguridad de que se trata de una ley inquebrantable: aquel que no se retire del parque inmediatamente después de terminado el juego, que se prepare para lo peor.

Por otro lado, si el visitante sale del parque como se aconseja, sin titubear, el Itaipark desaparecerá a sus espaldas para siempre. Al menos para esa persona.

—El parque está obligado a aparecer de esa manera hasta que se use la última de las fichas —nos confesó JORGE C., empleado de la Terminal de Ómnibus de Retiro—. Mi abuelo, que Dios lo tenga en su gloria, me contaba una historia parecida pero con el Parque Japonés. Me juraba haber conocido a la persona que tuvo en su poder la última entrada enterita, sin uso. Creo que se trataba de un coleccionista o algo así. Bien, entonces, un día, cuando hacía años que el famoso incendio lo había destruido, el Parque Japonés se le apareció, al coleccionista quiero decir. El tipo no se acobardó, entró, jugó y la maldición terminó. Mi abuelo decía que, al fin, después de eso, el Parque descansó en paz. Todo puede ser un cuento de viejos pero, por las dudas, yo les pediría a todos aquellos que recuerden con felicidad al Itaipark y guarden alguna de esas fichas de colores, que vayan de noche a Libertador y Callao, y cumplan el ritual.

Pensemos por un momento que estamos ante algo real. ¿Por qué no pudimos dar, entonces, con alguien que haya vivido tan conmovedora experiencia? ¿Dónde está la gente gritando lo increíble, lo milagroso que resultó entrar y jugar una vez más en el Itaipark?

La leyenda urbana cubre todos los flancos: se dice, primero, que no son muchos todavía los que se animaron a verificar el mito. Segundo, que la mayoría de los que sí se animaron, o suponen que se trató de un sueño, o quedaron traumatizados y tratan de borrar el recuerdo de lo que vivieron. Y tercero y último, que los que cumplieron con el ritual y salieron del «fantasma» del Itaipark sin traumas mentales y sabiendo que lo

que habían experimentado era real, son los menos. Su testimonio solo alcanza para mantener vivo el mito y nada más. Y, por supuesto, no es fácil encontrarlos.

Luego de semejante panorama fabuloso, uno no podía hacer otra cosa más que suponer, en el caso de hallar a un ex empleado del Itaipark, que estaba ante una nueva fuente de historias asombrosas y sobrenaturales. Pero, para sorpresa de estos investigadores, sucedió todo lo contrario.

Carlos Barbagallo trabajó para el Itaipark durante la década del setenta. Empezó operando una calesita acuática llamada «Lagunare» (no confundir con el juego «Piraguas», aclara él mismo) y terminó tras los mandos de, quizá, la montaña rusa más famosa que funcionó en nuestro país: la «Super 8 Volante».

—Manejar la «Super 8» era lo más grande para nosotros —nos confesó Carlos—. Si lo hacías, te ganabas el respeto de todos.

Cuando le preguntamos por el aura sobrenatural que envolvía al Itaipark, Carlos fue terminante.

—Nunca escuché ninguna historia de fantasmas, aparecidos, almas en pena o tragedias por maldiciones con relación al Itaipark, y eso que nosotros dormíamos en el parque, en los juegos o en los vestuarios; es que terminábamos muy tarde a veces. Jamás, pero jamás, pasó nada raro, y eso que el lugar era grande y con muchos recovecos.

El mito nos muestra sus dos extremidades. Una tiene la cara de Segunda hablando de la maldición atemporal de Ordóñez, alternando con el rostro de aquel hombre de la Terminal de Ómnibus y la fábula barrial de las fichas sin usar; la otra tiene la cara de Carlos Barbagallo, el ex empleado del Itaipark y su tajante negativa a lo paranormal.

Usted decide a cuál de los dos semblantes le otorga el beso de la aceptación, si es que se decide por uno.

Pero no podemos dejar este mito sin un último dato que, tal vez, incline la balanza hacia el lado de la «maldición». O no.

El destino de los numerosos juegos mecánicos que dieron vida al Itaipark es en sí un misterio. Se dice que durante algún tiempo algunos pudieron ser vistos en Avellaneda, más precisamente en el Shopping Sur. Pero cuando este complejo también desapareció, a mediados de los 90, se les volvió a perder el rastro. Residentes de Mar del Plata aseguran que aún pueden verse algunos cadáveres de estos juegos entre las ruinas del parque que fuera la sucursal del Itaipark en aquella ciudad balnearia. También se afirma que muchos de estos ingenios se abandonaron en un predio de los hermanos Zanon en Pilar, mientras que otros fueron vendidos a Brasil. Incluso existe el rumor de que una gran cantidad de estos juegos los guarda, celosamente, la gente de los ferrocarriles de Retiro, en un sombrío «Hangar 39». ¿Por qué? Los Zanon no les habrían remunerado la importante participación que tuvieron en el desmantelamiento del parque.

Pero, quizá, la más firme de estas versiones sea la que ubica unas pocas de las viejas atracciones del Itaipark en un parque de diversiones que funciona en la localidad bonaerense de Luján. Y este dato cobró aún más firmeza luego de que este parque (llamado «Buenos Aires» y conocido también como Argenpark, tal su denominación anterior) fuera noticia a raíz de una nueva tragedia: el primer domingo de diciembre de 2007, Rodolfo «El Alemán» Herrneder, de 51 años, encargado del mantenimiento de los juegos, murió al caer desde lo alto de una montaña rusa, luego de ser embestido por uno de los carritos.

Aquellos que conocían a la víctima quedaron conmocionados y desconcertados porque, según le dijeron al personal policial, Rodolfo extremaba las medidas de seguridad ante cualquier situación que revistiera cierto riesgo para su persona, aunque se tratara de aquella montaña rusa, juego que conocía como la palma de la mano.

La montaña rusa de la que cayó «El Alemán», según las fuentes, no es otra más que la mítica «Super 8 Volante», la misma que estaba en Libertador y Callao.

Esta noticia fue recogida por algunos para presentarla como prueba de que la maldición del Itaipark no es ningún cuento, que los juegos que integraban el parque porteño la llevan consigo. «La gente de Luján fue advertida —dicen—, se les dijo que no le pusieran Argenpark a su parque de diversiones, que así llamarían a la maldición. No hicieron caso y empezaron a pasar cosas. Ahora se llama parque "Buenos Aires", pero es demasiado tarde, el parque ya está maldito».

El universo de los mitos y las leyendas urbanas es como un laberinto de espejos, la realidad y la ficción se deforman, se funden. ¿Con qué versión quedarse? ¿Cuál de todos los espejos refleja la verdad?

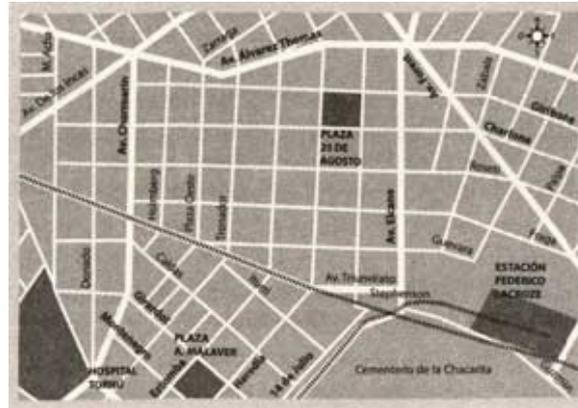
¿Será que el mundo de alegría, el paraíso que promete un parque de diversiones está condenado a pervertirse, a hundirse en la ruina, en lo fantasmal, siempre? ¿Será como lo plasman aquellas líneas en el inmortal libro *Juegos Malabares* del maestro Carlos Gardini?

En el parque de diversiones todos se ríen de sí mismos. Todos son muertos que hablan, altos cadáveres arrastrándose como imbéciles de un juego a otro, con su mal aliento, sus manos pegajosas de caramelos y gaseosas...

PARTE III

Desde el más allá

Villa Ortúzar



12:56 hs. - Magalí escribió:

Ya estoy en lo de mamá. Te esperamos. ¿A qué hora llegás?

13:00 hs. - Pablo escribió:

En un rato. Estoy a unas cuadras, en taxi. El tráfico es un infierno.

13:01 hs. - Magalí escribió:

Ok.

13:03 hs. - Mamá escribió:

¿A qué hora llegás? ¿Sabés algo de tu hermana?

13:05 hs. - Pablo escribió:

Ya le dije a Maga lo del tráfico. No estoy para bromas.

13:07 hs. - Mamá escribió:

Yo no te hice ninguna broma.

13:08 hs. - Pablo escribió:

Ya sé que Maga está con vos. Me escribió.

13:10 hs. - Mamá escribió:

¿Qué decís? Estoy sola. Tu hermana no llegó.

13:11 hs. - Magalí escribió:

Si podés antes de subir comprá una gaseosa. Mamá está cocinando. Te esperamos.

13:13 hs. - Pablo escribió:

Las dos son unas taradas.

Acaban de leer una serie de mensajes de texto guardados en el teléfono celular de PABLO G., mensajes que reproducimos bajo su autorización (para evitar confusiones, los mensajes se reproducen sin errores ortográficos y sin abreviaturas). El último de ellos fue enviado por Pablo tanto a su hermana como a su madre. Su hermana no

contestó. Su madre sí lo hizo, pero no mediante texto: un minuto después de recibir aquel mensaje, llamó directamente al celular de su hijo. Le manifestó que no le gustaba que la insultara, ni siquiera por intermedio de un mensaje escrito, y le pidió que le creyera, que Magalí no había llegado. Pablo le creyó y supuso que la bromista era pura y exclusivamente su hermana... hasta que llegó a su casa.

—Mamá me abrió la puerta y se me tiró a los brazos, llorando —nos dijo Pablo mientras esperábamos un café en un viejo bar de Villa Ortúzar, a dos cuadras del departamento donde su madre seguía viviendo sola—. Una amiga de Maga la había llamado unos minutos antes de que yo llegara. Le dijo que mi hermana había tenido un accidente. Al rato llegó la policía. Nos dijeron que un tren había arrollado el auto de Maga, que ella había muerto en el acto.

El accidente y el inmediato deceso de MAGALÍ G. acontecieron, según la policía, cuatro minutos antes del mediodía, a las 11:56 de aquel 13 de febrero de 2007, justo una hora antes de aquel primer mensaje de texto recibido por el celular de su hermano. ¿Cómo es posible que Pablo lo recibiera, entonces? ¿Cómo es posible que además recibiera los otros dos mensajes que indicaban a su hermana como remitente? Ella no se los pudo haber hecho llegar: Magalí no solo no llegó nunca a la casa de su madre, como aseguraba en sus mensajes, sino que en el momento en que fueron enviados, ella ya estaba muerta.

¿Pudo algún siniestro personaje sustraer el celular del cuerpo sin vida de la muchacha, husmear en la agenda de contactos del teléfono, elegir el número de Pablo y, haciendo gala de un implacable humor negro, enviarle aquellos mensajes? No lo creemos: el bromista tendría que saber que Pablo era el hermano de la víctima y, según se desprende de los mensajes, también debía conocer el encuentro en la casa de la madre de ambos. Demasiado.

Pablo nos da su respuesta.

—A mí no me lo saca nadie de la cabeza: fue el espíritu de mi hermana. Quizá tardó en darse cuenta de que estaba muerta. Quizá lo sabía y se despidió así, mandando mensajes de texto, como si nada hubiera pasado. No pienso borrar nunca esos mensajes.

Podemos suponer que las palabras de Pablo son solo el reflejo de una necesidad, la necesidad natural del ser humano de creer que la muerte física no es de carácter definitivo, de vislumbrar *algo* más allá de la exhalación final; pero también debemos tener en cuenta la existencia de cierto fenómeno cuyos resultados, nunca confirmados oficialmente, han sido materia de debate en muchas partes del mundo; resultados que, de alguna manera, avalan la opinión de Pablo. Algunos dirán que todo lo relacionado con este fenómeno se trata de un fraude, de una mentira sostenida por la misma necesidad a la que hicimos referencia, y tal vez tengan razón... aunque bien vale la pena echar un vistazo.

Todo habría nacido en los años 20, a partir de una entrevista que Thomas Alva Edison, el mítico inventor, concedió a la prestigiosa revista *Scientific American*. En un momento de la misma manifiesta:

«Si nuestra personalidad sobrevive, es estrictamente lógico y científico suponer que retiene la memoria, el intelecto y otras facultades y conocimientos que adquirimos en este mundo. Por lo tanto, si la personalidad sigue existiendo después de lo que llamamos muerte, resulta razonable deducir que quienes abandonan la Tierra desearían comunicarse con las personas que han dejado aquí. [...] Me inclino a creer que nuestra personalidad podrá afectar a la materia en el futuro. Entonces, si este razonamiento fuera correcto, y si pudiéramos crear un instrumento tan sensible como para ser afectado, o movido, o manipulado por nuestra personalidad —tal como esta sobrevive en la otra vida—, semejante instrumento, cuando dispongamos de él, tendría que registrar algo».

Y como si estas palabras se trataran de una profecía, por aquellos años comenzó el florecimiento del fenómeno que algunos dieron en llamar «Transcomunicación Instrumental» el cual puede definirse como «personas muertas comunicándose con personas vivas a través de diferentes aparatos», una especie de línea directa con el más allá. Y diremos que los teléfonos fueron uno de sus principales generadores.

Una de las primeras referencias que se tienen acerca de llamadas telefónicas paranormales son las que protagonizó el espiritista brasileño Oscar D'Argonnel alrededor del año 1925. Los detalles de estos contactos ultraterrenos quedaron reflejados en su libro *Vozes do Além pelo telefone* («Voces del más allá a través del teléfono»).

D'Argonnel asegura que mantuvo largas conversaciones con un espíritu que se identificaba como Manoel dos Santos Silva, sacerdote en vida.

Como si por aquellos años todas las líneas de ultratumba condujeran a Brasil, se cree que el escritor Coelho Neto, uno de los fundadores de la Academia Brasileira de Letras, pudo escuchar la voz de Ester, su nieta recientemente fallecida, en el teléfono.

El 7 de julio de 1923, el letrado le habría confesado a *Jornal do Brasil*:

«Oí a mi nieta. Reconocí su voz. [...] Mas no fue su voz lo que me impresionó, lo que me hizo llorar, sino lo que ella decía. [...] ¿Falsificación? ¿Qué falsificador sería ese que conocía episodios ignorados por todos menos por nosotros, episodios acontecidos en la más estrecha intimidad de mi familia? ¡No! Era ella, mi nieta, o su alma comunicándose de aquel modo [...]».

Dejemos Brasil y los años 20. Viajemos a Bélgica, a una fecha algo más reciente: 15 de enero de 1980.

Cuentan que la señora KATHE S., a dos semanas de la muerte de su progenitor, llamó a la casa de sus padres. Cuando el teléfono sonó por cuarta vez recordó que la única persona que podía atender, su madre, no lo haría: había salido de viaje junto a

su hermana. Entonces, cuando se disponía a colgar, alguien, del otro lado de la línea, contestó la llamada.

La voz que la mujer escuchó le resultó familiar. «¿Quién es?», preguntó Kathe. Le respondieron llamándola por el sobrenombre que usaba de pequeña.

Aquella voz. Aquel apodo. Era imposible, pero era él.

«¿Eres tú Atti?», se animó a preguntar la mujer, usando ella también el antiguo apodo de su padre. Y la voz le dijo «¿No me reconoces, Kathe?».

Con un último resto de cordura, la mujer alcanzó a contestar «Pero... tú has muerto»; a lo que el hombre en el teléfono, luego de dejar escapar la particular risa de su padre, dijo «¿Yo muerto? Yo no he muerto».

Kathe no lo soportó y, llorando desconsoladamente, colgó el auricular.

¿Yo muerto? Yo no he muerto. Aquellas últimas palabras escuchadas por Kathe nos llevan de regreso a Buenos Aires, a Villa Ortúzar, a lo que nos dijo Pablo intentando explicar los imposibles mensajes de texto que había recibido en su celular: «... fue el espíritu de mi hermana. Quizá tardó en darse cuenta de que estaba muerta».

¿Estará en lo cierto este joven porteño? ¿Sucederá eso con algunas almas, les costará tomar conciencia, o lo que sea que juegue ese papel en un alma, de que están libres, de que ya no están confinadas a un cuerpo, de que la persona a la que animaban ha muerto?

Existe una alternativa a la teoría de Pablo. Una interesante alternativa. La misma nos la sugiere una leyenda urbana de nuestra Ciudad, leyenda que debe tratarse, junto a «El chat diabólico» (ver dicho capítulo en *Buenos Aires es leyenda 2*), de la avanzada de una nueva Era en la mitología porteña.

Así como en los años 20 Brasil demostraba tener exclusividad en las comunicaciones telefónicas con el más allá, en el nuevo milenio parece ser un barrio de Buenos Aires el sitio en donde este escalofriante portal se abre a menudo. Pues los hechos que comentaremos a continuación habrían ocurrido en abril de 2006, en Villa Ortúzar, el mismo barrio donde, un año después, Magalí G. le enviaría aquellos imposibles mensajes a su hermano.

SEBASTIÁN J. (vecino del barrio): «Acá se lo conoce como el mito del picnic, porque parece que todo empezó con un mensaje de texto equivocado, un mensaje que hablaba de un picnic».

DORA B. (vecina del barrio): «El chico que recibió el mensaje ya no vive en Ortúzar. Algunos te van a decir que se suicidó, pero es mentira. Se mudó a la provincia, con los padres».

Y Dora tenía razón con respecto a la versión suicida...

DALMA G. (comerciante): «Yo no me creí la historia hasta que me mostraron la

necrológica en el diario. Decía algo así como "tu familia te ama aunque tu corazón pertenezca a otro universo". Dicen que el chico se pegó un tiro en una plaza».

Testimonios. Piezas de un rompecabezas, piezas que nos arman la historia que leerán a continuación.

Un muchacho, en la mayoría de las versiones nombrado como Nicolás y con su casa sobre la calle Charlone, recibe en su teléfono celular un mensaje de texto que diría más o menos así:

El picnic es mañana al mediodía. Nos juntamos en Heredia y 14 de julio.

Nicolás estaba seguro de que el mensaje no era para él. No tenía agenda de ningún picnic a confirmar. El remitente habría marcado su número por error, no era la primera vez que le pasaba.

Aunque este mensaje era diferente. Dos cosas le llamaban la atención.

Una era el número de origen: si no contaba mal constaba de dieciséis dígitos. Eran muchos números, hasta para uno de larga distancia.

La otra era la dirección citada en el mensaje. A Heredia y 14 de julio las conocía muy bien, eran calles de su barrio. El problema estaba en que eran paralelas, no se cruzaban nunca.

Nicolás estuvo a punto de borrar el mensaje y olvidarse. Pero la curiosidad es poderosa. Ese número, esa dirección...

Con llamar no perdía nada.

Llamó desde su celular a aquel número interminable.

Cuando desde el otro lado le llegó un «hola» pronunciado por una voz de mujer, se quedó mudo. Era la voz más hermosa que hubiera escuchado jamás. Un segundo «hola». Nicolás sintió que podría escuchar aquel saludo por el resto de su vida. Llegó un tercer «hola», y por el tono con el que fue dicho, el muchacho supo que sería el último. Era ahora o nunca. Tenía que responder, tenía que despabilarse, salir del hechizo.

Entonces él dijo su «hola» y la chica no cortó.

Se llamaba Aldana. Vivía en su mismo barrio, en Villa Ortúzar. Y parecía disfrutar del diálogo tanto como él, pues lo terminó invitando al famoso picnic. Él aceptó de inmediato. «Nos encontramos en la entrada a la calesita», le dijo ella. Luego se despidieron y cortaron.

Nicolás se había «embobado» de tal manera con aquella voz que olvidó lo de las dieciséis cifras del teléfono y, sobre todo, lo de la dirección equivocada. Pensó en llamar de nuevo a Aldana, pero no quería quedar como un pesado.

¿Cómo llegaría al picnic entonces?

Tenía que ser racional: había una única plaza ubicada entre Heredia y 14 de julio, al 1100 de ambas calles: la plaza «25 de agosto». ¡Y tenía calesita! Además Nicolás recordó que a comienzos de aquel año la plaza se había reinaugurado y la habían

dejado muy linda. El picnic se haría ahí, seguro. Aldana se habría equivocado y, en vez de poner dos de las calles que se cruzan en la plaza, puso dos paralelas.

Allí fue Nicolás al mediodía siguiente. Se instaló con su mochila a las doce en punto, en la puerta de la calesita.

Nunca había deseado tanto conocer a alguien.

Había comentado su conversación telefónica con uno de sus mejores amigos. «Mirá que las que suelen tener linda voz por teléfono después no son lo que te imaginás», fue la observación que recibió. Luego su amigo le había, citado el ejemplo de la cantidad de locutoras radiales que seducían con su hablar y que en persona eran una desilusión. Pero Nicolás sentía que, fuera como fuera el aspecto físico de Aldana, él la aceptaría. A través de su voz se había enamorado de toda ella. Conocerla sería un descubrimiento, nunca una desilusión.

Doce y media. La una de la tarde. Una y media. Nada. ¿Habría pasado algo? ¿Se habría suspendido el picnic? No, le hubieran avisado al celular. Pensó en llamar, pero una vez más el riesgo a quedar como un pesado lo detuvo. Podía esperar otro rato.

Dos de la tarde. Dos y media. Ya era suficiente; abrió la tapa de su teléfono para llamar a Aldana. No tenía señal. Puta madre, tal vez habían querido avisarle de un cambio de planes y no pudieron comunicarse. ¿Sería la calesita? ¿Algo en ella, algo en su mecanismo que bloqueaba la señal de su móvil? Pero si se alejaba de ahí, Aldana y sus amigos podían llegar justo en ese momento y pensarían que ya se había marchado o que ni siquiera había ido.

Tres y cuarto. Ahora sí, algo había pasado. ¿O habría sido todo una broma? Se alejó un buen trecho de la calesita, hasta que tuvo señal. Entonces llamó. Lo atendió Aldana. Aquella voz le sacó toda la bronca de la espera.

«Quería conocerte —pensó Nicolás—, mierda, quería conocerte hoy».

—¿Por qué no viniste? —le preguntó Aldana—. ¿Te pasó algo?

Era un boludo. Seguro que se había equivocado de plaza. Todo por no preguntar.

Nicolás le explicó a Aldana dónde había estado, y por qué había elegido esa plaza. Las palabras de ella lo desconcertaron:

—No me mientas. Nosotros estuvimos desde las once y media en la plaza que decís, la «25 de agosto». Yo misma te esperé en la entrada a la calesita. Empezamos a comer tarde, cerca de la calesita, por si llegabas. A las tres nos fuimos y vos no estabas. ¿Y de dónde sacaste que Heredia y 14 de julio son paralelas? Se cruzan en una de las esquinas de la plaza. Ahí me encontré con mis amigos antes de ir a esperarte a vos. ¿Sabés?, no sé por qué, pero tenía muchas ganas de conocerte. Ahora ya no.

Y le cortó.

Nicolás se quedó allí, inmóvil, tratando de asimilar el golpe. Tenía la boca abierta, como si estuviera a punto de comerse el celular. La música de la calesita, algo lejana

ahora, le indicaba que el Universo seguía corriendo a su alrededor.

Se habían desencontrado, no entendía cómo, pero se habían desencontrado. ¿A qué hora dijo Aldana que habían dejado la plaza? A las tres. Eran las tres y media. No podían estar muy lejos. La llamó. No atendió. La volvió a llamar. No atendió. Seguía ofendida. Le mandó un mensaje de texto:

Contestame, por favor. Algo pasó. No te mentí.

Esperó unos minutos. Su teléfono zumbó: *USTED TIENE UN NUEVO MENSAJE.*

Llamame. Pero esta vez decime la verdad.

La llamó. Le dijo que no le había mentido, que no entendía cómo se habían desencontrado, que le diera otra oportunidad, que él también quería conocerla. Nicolás le preguntó dónde estaba ahora. Aldana le respondió que estaba llegando a otra plaza, caminando por Estomba.

—Tiene que ser la plaza «Malaver» —le dijo él.

—Puede ser, no tengo ni idea de cómo se llama —le dijo ella.

—¿Podés esperarme en la esquina de Estomba y Girardot? Por favor.

—¿Girardot?

—Sí, justo en la esquina de la plaza.

Por un momento Nicolás pensó que ella le diría que las calles que le nombró no se cruzaban.

—Okey —dijo Aldana, y él respiró aliviado—. Te espero ahí.

Nunca corrió tan rápido. Estomba y Girardot. En la esquina había una anciana y un perro. Cuando él llegó, el perro salió corriendo hacia la plaza. La anciana dejó de darle de comer a las palomas y se lo quedó mirando.

Nicolás llamó a Aldana.

—¿En dónde estás? —le preguntó.

—Ya llegué. En Estomba y Girardot.

—No puede ser. Yo estoy ahí. Debés estar en otra de las esquinas de la plaza.

—¡No! ¿Me estás jodiendo? No soy tan boluda. Estoy parada en Estomba y Girardot.

—Perdoname, pero... no sé... algo anda mal. No te estoy jodiendo. ¿Qué tipo le haría una jada así a una chica que no conoce, a una chica con la que tiene una cita, que se muere por conocerla? Te juro que lo que más quiero en el mundo es verte, pero... no entiendo. Por favor, describime el lugar donde estás, lo que llegás a ver.

Aldana pareció creerle. Hizo lo que él le pidió. La descripción fue perfecta, estaba en la misma esquina donde él estaba. ¿Pero cómo?

—Una abuela —dijo Nicolás—. ¿Tenés cerca tuyo a una señora mayor, a una abuela, con maíz para palomas en la mano?

—No. No hay nadie. Estoy sola... y está empezando a lloviznar, me estoy mojando. Por eso nos fuimos temprano de la «25 de agosto», porque vimos que se venía la tormenta.

Aldana agregó algo más, pero Nicolás la escuchó como entrecortada, no pudo entenderla. Miró la pantalla de su celular. Todavía le quedaba batería, la había cargado a la mañana. Y tenía buena señal. Sería la tormenta... ¿pero qué tormenta, si estaba bajo un sol radiante? Lo único que llovía era el maíz que, en su reanudada tarea, la anciana lanzaba a las aves.

Entonces recordó algo. El número interminable de Aldana, los dieciséis dígitos de su celular. No supo por qué, pero se le ocurrió que en aquello podía estar la clave, la explicación a aquel misterio.

—El número de tu celular es raro, es muy largo —Nicolás tuvo que repetir su observación unas tres veces, para que Aldana la escuchara. La estaba perdiendo.

—No, el raro es el tuyo —la voz de Aldana llegaba muy baja—. Te lo quise decir desde un comienzo y me olvidé. Son pocos números y, además, no había conocido... —la voz de la muchacha se perdió en la rítmica estática de fondo, ¿las gotas de lluvia golpeando el móvil?

—No entendí lo último que me dijiste —le dijo Nicolás.

—Que no había conocido ningún número de celular que, como el tuyo, empezara con 1548. Pensé que todos empezaban con... —volvió a perderla.

—¡Hola! —gritó Nicolás. Nada.

—¡Hola!

Nada. Solo estática.

Fue entonces cuando un hilo de voz casi inaudible le llegó desde el otro lado.

—Dios mío, creo que lo entiendo —alcanzó a escuchar Nicolás—. ¿Pero cómo es posible? ¿Cómo? —¿estaba llorando Aldana?—. Espero que me sigas escuchando. Respondeme esta pregunta: ¿quién es nuestro presidente?

Nicolás dudó por un momento, intentando comprender.

—Kirchner —respondió luego sin titubear.

—¿Quién?

—¡Kirchner! —gritó. Pero ya no obtuvo respuesta. Ni Aldana. Ni estática. Nada. La había perdido.

Intentó volver a llamarla. Una máquina con voz de mujer le anunció que el número marcado era inexistente. Insistió. La misma máquina diciendo el mismo mensaje, mensaje que escucharía durante toda aquella semana, y durante la siguiente, y la siguiente, siempre que marcara aquellos números malditos.

Aunque no pudiera comunicarse, la voz de Aldana continuaba en su mente:

«Dios mío, creo que lo entiendo».

¿Y él? ¿Él entendía algo de lo que había pasado?

La clave, sospechaba, tenía que estar en la última pregunta que le había hecho Aldana, en la perplejidad de ella después de que él se la respondiera.

Aquella reacción, aquel contundente «¿Quién?» le había llegado debilitado, como desde el fondo de un pozo, pero aun así había podido apreciar sus matices. Aquel «¿Quién?» no era el de alguien que había escuchado mal, no, aquel «¿Quién?» tenía un tono especial, un tono que solo podía identificarse con el de un asombro extraordinario, un tono que solo podía surgir de alguien que jamás había escuchado el apellido del actual presidente, como si ese alguien habitara... un Universo diferente, un Universo donde Argentina estaba presidida por otro mandatario, un Universo donde los celulares tenían dieciséis números, donde las calles Heredia y 14 de Julio se cruzaban...

¡Eso era lo que había entendido Aldana! ¡Que ella y él pertenecían a Universos diferentes!

Dicen que Nicolás buscó durante meses a su «amor imposible»: si las dos plazas, la «25 de agosto» y la «Malaver», existían en ambos Universos, ¿por qué no podría pasar lo mismo con Aldana? La Aldana que habitara su Universo no lo reconocería a Nicolás, pero él le explicaría...

¿Y él cómo haría para reconocerla, si jamás la había visto?

Nicolás estaba seguro de que, llegado el momento, sabría quién era su Aldana. La descubriría por su voz, por sus pausas, por su manera de decir las cosas.

A pesar de las esperanzas de Nicolás, el final de esta historia sabemos que no fue el más feliz. A los testimonios que ya citamos, en los que, recordemos, hasta se hace referencia a un posible suicidio del muchacho, podemos sumarles otros, algunos asegurando que Nicolás se convirtió en linyera y que aún hoy andaría por las calles de Villa Ortúzar buscando a su Aldana, o incluso aquellos que dicen que murió de tristeza en la mesa de un bar sobre Álvarez Thomas.

Quizá nunca sepamos cuánto de verdad permanece en la historia de Nicolás y Aldana, tal vez nunca conozcamos el destino final de su protagonista masculino; pero lo que sí es una certeza es que «el mito del picnic», como lo llamó Sebastián J., está instalado en el barrio, y en consecuencia también se instaló la creencia de que Villa Ortúzar es un lugar favorable para recibir, en nuestros celulares, mensajes o llamados de procedencia misteriosa.

Lo que podemos decir a favor de este mito es que la ciencia aún no descarta la existencia de Universos paralelos, realidades alternativas en donde la corriente de los hechos, guiada por la relación causa-efecto, ha tomado otros caminos.

Juan Maldacena, físico teórico argentino reconocido internacionalmente, afirmó

en una entrevista concedida en julio de 2007 al diario *El País* de España que según las últimas teorías «... hay muchos Universos posibles, un número muy grande, y podrían estar todos coexistiendo, pero vivimos en uno de ellos y no sabemos en cuál...».

Ahora bien, la comunicación entre Universos, si es que hay más de uno, como asegura Maldacena, es un terreno, por ahora, explorado solo en obras de ficción. *Los propios Dioses* y *El fin de la eternidad*, dos de las mejores novelas del mítico científico-escritor Isaac Asimov, son buenos ejemplos.

Antes de que nos sumergiéramos en la leyenda urbana de Nicolás y Aldana, habíamos adelantado que la misma nos sugeriría un origen diferente para la mayoría de las comunicaciones imposibles que reflejamos en esta investigación.

PABLO G. estaba convencido de que aquellos insólitos mensajes de texto que abrieron este capítulo se los había enviado su hermana fallecida. Pero ¿no pudieron haber llegado desde un Universo paralelo en el que Magalí aún estuviera viva, en el que hubiera llegado a la casa de su madre sin un rasguño, como habían acordado?

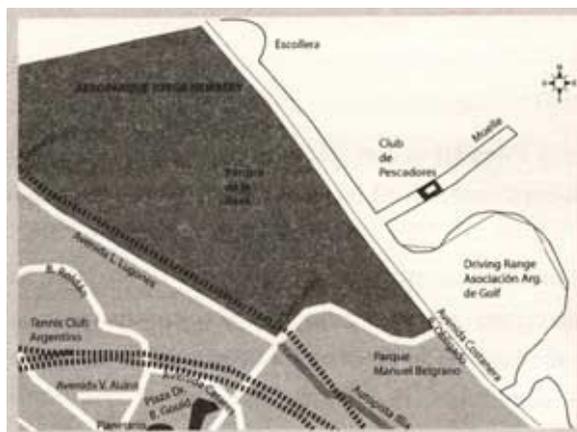
¿No pudo haber pasado algo similar en el caso de Kathe S.? «¿Yo muerto? Yo no he muerto», habría dicho su padre. ¿Y si el hombre se había comunicado con su hija desde un Universo en el que aún seguía respirando?

Como siempre, ustedes tienen la última palabra.

Eso sí, si quieren, antes de tomar partido, pueden pegarse una vuelta por ese barrio porteño llamado Villa Ortúzar.

Y no olviden llevar su celular.

Aeroparque



Cuando nos llegó la información, nos costó creer que tuviéramos una versión vernácula del fenómeno. Pero después dijimos, ¿por qué no?

La existencia de «La Zona», como algunos llaman a lo que fue el área de estudio para este capítulo, encaja en lo que podríamos denominar un reducido Triángulo de las Bermudas local. En él cabían todo tipo de fenómenos, desde OVNI hasta apariciones espectrales.

El material daba para mucho, pero nos topábamos con una barrera casi infranqueable: el dolor.

En «La Zona» y sus alrededores habían ocurrido dos eventos con consecuencias trágicas: la caída al río de una avioneta en la que viajaban destacadísimos bailarines del Teatro Colón, y el accidente, con el posterior siniestro, del vuelo 3142 de la extinta línea aérea LAPA. Pero también un episodio personal que involucró a un familiar de uno de nosotros.

Ahondar en esta leyenda era una decisión muy difícil.

Determinamos seguir con la investigación, porque además de ser nuestro deber, fue una forma de esperanza, de querer tener quizás una última información de un ser querido. Y así, de la angustia inicial de los involucrados fuimos encontrando, como dijimos, bisagras hacia una óptica positiva.

Del Triángulo de las Bermudas se han escrito libros que han sido best seller, como el del multifacético Charles Berlitz; se han hecho muchos documentales también y se han formulado numerosas teorías, desde las más lógicas hasta las más extravagantes. Pero por los motivos que sean, en esa área, los eventos anómalos son de una elevada concentración. Y no es ese el único lugar donde ocurren. Basta con citar el «Óvalo del Diablo», ubicado en el Mar de la China, y otros sitios en tierra firme, como veremos más adelante.

Investigando, nos empezamos a encontrar con todo tipo de hechos extraños que se desarrollaban en «La Zona».

Entre fenómenos OVNI documentados en fecha reciente encontramos desde una supuesta flotilla vista en 1999, hasta un hecho, registrado el 4 de noviembre de 2005 a las 4 AM, en el que un OVNI pasó muy cerca de algunos edificios de Palermo e inclusive muy cerca del Aeroparque metropolitano Jorge Newbery.

Pero necesitábamos alguna pista más concreta. La información que teníamos era

que una serie de avistamientos OVNI, en 2001, estaba relacionada, aparentemente, con los cortes de luz o sobrecargas en el sistema eléctrico de «La Zona».

Fuimos hasta la usina de Puerto Nuevo. Inaugurada en 1927, este extraño edificio es una postal irreal, una estética que podría hacernos recordar a la película *Brazil*. La usina está en la punta de Puerto Nuevo, un poco más alejado de «La Zona». Oficialmente, como es habitual, no había datos con respecto a aquel singular avistamiento, pero un empleado (prefirió mantener su nombre en el anonimato), además de quejarse de las condiciones laborales, nos aseguró que había ciertas coincidencias.

—Ese año fue muy jodido, plena crisis, imagínense que lo último que queríamos era un quilombo mayor. Me importa un pito si hay marcianitos verdes o caen soretes de punta, el sistema tiene que funcionar siempre. Ese día (26 de diciembre) y en medio del bardo del gobierno, se nos cayeron las líneas a las diez de la noche. Pero lo más cómico es que teníamos todo controlado. Veníamos relojeando el consumo y estaba bien. Después me contaron que a esa hora se vieron tres objetos sobre la ciudad. Yo estaba de guardia y puedo decir que fue así. Igual, otros compañeros me dicen que esto se ha repetido varias veces. No hay una explicación al respecto.

Al salir, aprovechamos para tratar de entrevistar a tripulantes de pequeñas embarcaciones apostadas en Puerto Nuevo. Los resultados fueron negativos salvo por una recomendación: «Pregunten en el Club de Pescadores, ellos siempre tienen cosas para contar». El tono burlón habría hecho dudar al más confiado. Pero, como aprendimos en nuestras investigaciones, nunca despreciamos las fuentes.

El Club de Pescadores tiene una larga historia de pasión y esfuerzo en común. El edificio, terminado en 1937, es una parada obligada si uno quiere disfrutar de una agradable panorámica del río. Además, su muelle de más de 500 metros favorece las condiciones de pesca.

Después de varios días encontramos un testimonio más que interesante. REMIGIO S., socio del Club, admitió conocer historias particularmente extrañas.

—Acá se miente mucho, para empezar, con lo que cada uno pesca. No digo que enganches algún pejerrey, algún dorado, pero te salen con cada cosa. A mí, pescar me relaja, me olvido de todo; de mi suegra, de las deudas.

Preguntamos si consumían lo que extraían, a pesar de la contaminación de las aguas.

—Nunca me pasó nada. Mientras no vengan ejemplares de tres ojos o dos colas. Volviendo al tema, a la tardecita nos reunimos con los muchachos, bah; los otros veteranos como yo, y entre mate y mate se cuentan cosas. Desde bichos que no existen y que andan lo más panchos por el río hasta cosas que no deberían estar ahí.

Pedimos más precisiones.

—Esto me lo comentó un señor, y cuando digo señor lo digo con todas las letras.

De esos hombres ya no quedan. No se fabrican más de esos. Y estoy hablando de Norberto Bevilaqua. Beto para todos. Un amigo de sus amigos.

Brevemente, en el rostro curtido de Remigio apareció otra expresión. Una expresión de añoranza, de nostalgia lejana y unas lágrimas diminutas asomaron de sus ojos profundos.

—Al principio nadie le creyó, pero Beto, a quien se le cruzara por el camino, le insistía con lo que había visto. Era a finales de septiembre y estaba muy frío todavía. Beto estaba empeinado con enganchar una boga. Y se quedó solo en el muelle, en la punta. El día se venía a pique pero él estaba ahí. La tarde era clara a excepción de una pequeña nube baja a escasos cien metros. En medio de esa nube bajísima había un barco. Un velero no. Un buque de porte considerable. Beto, siempre curioso (era un gran observador de aves), sacó su largavistas y lo que vio lo dejó helado. Como dije antes, si bien nunca lo pudo demostrar, Beto no dudó ni por un instante de qué barco se trataba. Él conocía de embarcaciones. Era una cazatorpedera, era «La Rosales».

Le preguntamos si se refería a la misma embarcación que naufragó frente a las costas de Uruguay en 1892 y que había salido del puerto de Buenos Aires y se dirigía a España con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América.

—Esa misma, enterita, con tripulación y todo, pero cien años después. Beto identificó perfectamente el nombre. También contó que la tripulación se mantenía activa.

Remigio tomó aire y continuó.

—Ese barco ya estaba condenado de entrada. A la salida del puerto fue colisionado por otro barquito. Beto notó algo de humo a estribor. Antes que me digan algo, no se trataba de una embarcación actual con el mismo nombre. Hacer semejante cosa sería la yeta máxima para un barco. Y otra cosa: Beto la vio (era tan sólida como mi caña) mientras duró esa nube. Cuando se disipó la nube también lo hizo «La Rosales».

¿Una persona con mucha imaginación? ¿Había visto algo en realidad? No podíamos preguntárselo directamente porque Norberto Bevilaqua había fallecido hacía más de cinco años.

Bordeando la Avenida Costanera Rafael Obligado y frente al Aeroparque Jorge Newbery, se encuentra una saliente de la escollera. Para uno de nosotros, la angustia se desplegó otra vez. Prácticamente allí había ocurrido aquel hecho que involucraba a un pariente muy cercano. Una etapa de dolor había cubierto todos esos años. Pero también había recuerdos agradables. Interminables tardes de andar en bici mirando el río, ver los aviones partir, o jugar al tenis en el complejo Punta Carrasco. Y los mitos, nos debíamos a ellos.

Este testimonio fue un golpe de suerte y se dio casi enseguida. Nicanor, dueño de dos ponis, se gana la vida con los chicos que se sacan fotos junto a estos pequeños

animales.

—Vengan —nos dijo—, esto que les cuento es posta. Yo los conocía a los pibitos, así que nadie me puede versear. Esto me lo contó uno de los dos que zafó.

Caminamos por la explanada pasando la mitad. Ya teníamos una idea de hacia dónde nos dirigíamos: al barco de ferrocemento. Una auténtica rareza pero algo definitivamente real.

Dada la escasez de metal después de la Primera Guerra Mundial, se había buscado este proyecto alternativo. Los barcos datarían de fines de los años 10 y principios de los 20. Hay uno que se conserva en buenas condiciones en el río Luján y que sirve a modo de muelle del Club Náutico Belgrano. En cuanto al de la Costanera, no hallamos datos contundentes de su procedencia y tampoco desde cuándo está ahí. Lo cierto es que en los días en que la marea es baja queda gran parte del casco al descubierto.

—Esto fue hace siete años y pico —aventuró, de pronto, Nicanor—. Un día de verano que te hacías sopa, y eso que acá siempre sopla vientito. Hoy justamente no sopla ni tampoco está muy bajo el río, pero cuando está bien chato, se ven esas tablas, al lado del barco de cemento. Ahí estaban estos tres: Jonathan, Maurito y Leopoldo.

»Los pibes se cruzaron al barquito (ya habían ido un montón de veces) y juntaban piedras y se cagaban a pedrazos. La cosa es que de repente, el cielo se puso muy fulero y empezó a soplar un viento raro, helado. La gente se tomó el palo rápidamente. Yo estaba en la otra orilla en ese momento, la que da al muelle de los Pescadores. Como empezó a llover con relámpagos y todo, me llevé a los animales a la camioneta. Se asustan mucho, pasa lo mismo con los petardos de fin de año. Como se puso feo, el Jonathan fue el primero en rajarse del barco. Yo vi cuando salió corriendo. Todavía quedaban los otros dos jodiendo a los pedrazos. Y esto me lo contó Maurito: en un momento, Leopoldo levantó una piedrita, canto rodado era. Hubo un chispazo, como un flash gigante y Leopoldo desapareció. Así se los digo, d-e-s-a-p-a-r-e-c-i-ó. Al principio se pensó en un accidente, o que sin querer, Maurito le hubiera dado en la saviola y Leopoldo se hubiese caído o dentro del barco o al río. Por supuesto, vino la Prefectura y toda la pelota. Revisó un par de días y listo, lo dieron como perdido. Como son pibes de la calle no se mataron mucho en buscarlo. Cuando lo volví a ver a Maurito, ese pibe perdió la sonrisa. Y hay algo más, algo que yo no escuché, pero flacos que vienen acá, sobre todo pescadores, me lo aseguraron: durante varios días después de que Leopoldo desapareció, se escuchaba a alguien que lloraba. Venía del barco, de arriba del barco, pero nadie vio nada.

Como dijimos al principio, las desapariciones o apariciones no se han dado solo en el mar, como en el caso concreto del Triángulo de las Bermudas, sino también en tierra firme. Son bastantes conocidas las supuestas desapariciones de batallones completos. Por citar algunas, en 1707, cuatro mil hombres desaparecen en los

Pirineos. En 1858, seiscientos cincuenta argelinos que peleaban al servicio de Francia no dejan rastros en Indochina y a plena luz del día, o más recientemente, durante la invasión japonesa a China, en 1939, unos tres mil hombres se esfuman con equipo y todo cuando tocaban territorio asiático. Pero si de desapariciones dramáticas y llamativas hablamos, podríamos citar el caso de Oliver Lerch, del pueblo de South Bend, estado de Indiana en Estados Unidos: Nochebuena de 1890. Aproximadamente veinte personas reunidas en aquella granja de los padres del joven Oliver. En un momento, la madre le pide a Oliver que vaya a buscar agua del pozo. Cinco minutos después, los testigos escuchan misteriosos gritos. El padre, acompañado de algunos de los invitados, se adentra en la noche apacible. Entonces oyen a Oliver gritar «¡Auxilio, me han agarrado!», y lo más grave es que la voz ni siquiera venía de la tierra (algunos pensaban que había caído al pozo), sino que parecía llegar desde el aire, desde *arriba*... La voz cada vez más desgarradora seguía pidiendo ayuda, y siempre como si Oliver estuviera flotando a unos quince metros del suelo. El padre y sus acompañantes descubrieron las huellas de Oliver en la nieve... pero se cortaban abruptamente a mitad de camino entre la casa y el pozo. Después de esa noche, jamás se supo del pobre Oliver Lerch.

¿Cabía la posibilidad de que Nicanor hubiera tenido conocimiento de esta crónica o de alguna de las versiones que viajan de boca en boca?

Detectando nuestra incredulidad, Nicanor nos dio un dato:

—¿Qué? ¿No me creen? Bueno, vayan a ver a Don Eliseo.

Fuimos. ¿El lugar?: el club CUBA (Club Universitario de Buenos Aires), en Núñez, y en teoría, alejado de la denominada «La Zona».

ELISEO P., dueño del velero «El talismán», tenía una curiosa historia para relatarnos.

Con un semblante similar a Popeye pero canoso, Eliseo nos recibió en su velero actual.

—«El talismán» se lo vendí a un colombiano y me compré este que es más amplio. A pesar de que me daba mucho trabajo porque era todo de madera, extraño a «El talismán». Estos nuevos de fibra de vidrio son bien prácticos pero tienen menos personalidad.

Eliseo nos confirmó que su antigua embarcación había salido del club una tarde de sudestada y se encontró, pasada la tormenta, con que era otra la escollera. ¿Adónde habían ido a parar?

—Estaba de novio con mi ex mujer, quería impresionarla. Yo sabía que las condiciones no eran buenas pero solo lloviznaba. La idea era dar una vueltita corta y listo. Esta rosca se formó de la nada. Alcancé a bajar la mayor (vela) porque con una tormenta así nos podía tumbar. En una de esas, sonó un trueno impresionante y después el barco, que tenía una escora importante, se estabilizó. Desaparecieron las

nubes, la tormenta, el agua, y soplaba una brisa del noroeste. Mi ex, que estaba en la cabina, salió de inmediato. Los dos pensamos que nos habíamos dado un golpe. ¿Dónde estábamos? Era el río, no habían dudas, pero todo se veía raro. En un momento, vimos a un flaco con una tabla de windsurf pero... el flaco volaba con la tabla, o eso nos pareció. Volaba a unos centímetros del agua. Además el río propiamente dicho estaba cambiado, no tan marrón, como si le hubieran puesto una sustancia de color azul. Traté de orientarme. Sabía que, más o menos, debíamos encontrarnos a la altura del Aeroparque, pero ahora no reconocía nada. En su lugar había una playa generosa. Vimos también unos enormes globos aerostáticos que llevaban gente. Antes de salir habíamos tomado unas copitas pero no podían pegarnos tanto. Instintivamente, decidí usar la radio de a bordo para contactar con alguien. Cuando estaba entrando a la cabina la lluvia me dio en medio de la cara y de repente nos hallábamos en medio de la tormenta otra vez.

¿Un imaginativo relato para contar entre camaradas?

Eliseo asegura que fue como él lo cuenta.

Cuando salimos del CUBA nos topamos con alguien que ya habíamos detectado antes. Esta persona nos miraba y tomaba notas, consultaba el reloj y volvía a mirarnos. Esa cara nos era conocida: ya la habíamos visto en el Muelle de Pescadores, frente al barco de ferrocemento, inclusive cuando fuimos a la Usina de Puerto Nuevo. Para ser correctos, lo reconocíamos por su gran estatura y el color de pelo. Su cara estaba semioculta detrás de unos anchísimos anteojos y una bufanda mullida.

Esta vez se nos acercó.

—Nosotros sabemos la verdad —afirmó, la voz parecía atorarse en los hilos de la bufanda, y nos extendió un papel con un número de celular y un nombre, un extraño nombre: Ángel 23.

Cuando levantamos la vista de aquella anotación, el misterioso mensajero ya caminaba dándonos la espalda, emprendiendo su regreso. Le gritamos un par de preguntas, pero aquel hombre permaneció imperturbable en su retirada.

Inquietante y para tener presente. Pero antes queríamos investigar el dolor.

Los primeros bailarines del Colón, Norma Fontenla, José Neglia y otros siete bailarines, salían en un vuelo hacia Trelew para dar una función a beneficio. Era el 10 de octubre de 1971.

Se embarcan a las 18:45 en el bimotor, un *Beechcraft Queen Air*. En el aparato los espera el experimentado piloto Orlando Golotilec, instructor y miembro de la Fuerza Aérea, así como de líneas comerciales.

A las 19.10, el piloto pone en funcionamiento el aparato.

19.15: la torre de Control del Aeroparque recibe un llamado del piloto

manifestando que el avión tiene fallas en el motor izquierdo. La torre le da pista libre. No sería la primera vez que Golotelec debería sortear una prueba semejante: tres años antes había logrado aterrizar otra nave luego de perder un ala.

Su voz aún suena firme, confiada.

19.21 (aproximadamente): la torre de control recibe otro llamado, pero esta vez el mensaje es contundente, dramático:

—¡Vamos al agua, vamos al agua, vamos al agua!

19.30: un helicóptero de Prefectura Naval sobrevuela el Río de la Plata y rápidamente visualiza el timón de cola. El bimotor yace en el lecho del río a tres metros de profundidad. Cerca navega un pequeño velero que se salva de ser colisionado por la avioneta.

No hay sobrevivientes.

El 31 de agosto de 1999 a las 20:53, el vuelo 3142 de *LAPA* despegó del Aeroparque Jorge Newbery. Este *Boeing 737* se dirige a la ciudad de Córdoba con noventa y cinco pasajeros y cinco tripulantes. El siniestro se produce cuando el avión no logra levantar vuelo, se pasa de la pista, embiste la empalizada perimetral, cruza la Avenida Costanera y termina en un terraplén del *Drive Range*, un campo de golf contiguo. El artefacto, en su carrera, arrastra un auto que cruza la avenida, lo que origina, junto con las chispas del rozamiento del avión en el asfalto y la explosión del tanque de combustible, un incendio que acentúa la tragedia. Mueren sesenta y cinco personas entre pasaje, tripulación y gente en tierra.

Ambas tragedias, tanto la del '71 como la del '99, tuvieron como escenario ese Triángulo de las Bermudas porteño denominado «La Zona».

Por respeto a los sobrevivientes del más reciente de los dos siniestros, no tratamos de interrogar a nadie directamente. La angustia no desaparece, aun pasados casi 10 años, y la resolución definitiva del juicio todavía sigue pendiente. Pero las historias se filtran inexorablemente, sobre todo una: la de los bailarines fantasmas del Colón. Entonces tratamos de buscarlas de una forma indirecta.

MARIANO R. iba con su coche por la Avenida Costanera aquella noche de agosto:

—Yo me salvé de pedo, como todos los que estábamos ahí nomás. Si el semáforo hubiera estado en verde, no sé qué pasaba. Todavía sueño. Sueño con ese monstruo de metal que se va a llevar todo por delante. Algunas veces sigue de largo, otras me agarra y siento cómo me quemo. Me despierto gritando. Mi mujer ya está tan acostumbrada que sigue durmiendo lo más bien.

»El asunto de los fantasmas de los bailarines no lo escuché, pero sé que dicen que en el golf, a la noche y cada tanto, se ven siluetas de gente que se mueven en la oscuridad. Ya sé, puede ser la neblina, pero el cagazo te lo pegás igual.

En el golf, hablamos con Luis C., empleado del lugar.

—Para mí son pájaros... Ya sé que es raro, porque generalmente a la noche los pájaros no vuelan. Pero yo sé por qué se los digo. Lo de los bailarines fantasmas, eso sí, me la contaron muchas veces.

Le preguntamos qué versión conocía.

—Parece ser que la puerta de la izquierda estaba trabada. Con el fuego y el choque la gente estaba atontada, las pobres azafatas hacían lo que podían. Lo que se cuenta es que un grupo de personas vestidas con ropa de ballet se pararon en la salida de la derecha y les marcaron el camino para que pudieran salir. Eso es lo que se dice.

Un mecánico del Aeroparque al que llamaremos Nero nos confirmó el mito.

—No solo eso, algunos pilotos dicen haberlos visto en la punta de la pista. Son nueve, siempre son nueve.

—Pero ¿qué hacen? —preguntamos.

—Nada, bailan.

Algunos ya están acostumbrados y no les da miedo. Me contaron que un piloto de *LAN Chile* logró sacarles fotos, pero nunca las vi.

La información era insuficiente y algo nos decía que si queríamos indagar bien a fondo tendríamos que arriesgarnos a contactar a ese tal Ángel.

Al mejor estilo de una película de suspenso, la persona que dijo llamarse Ángel 23, nos esperaba junto a una camioneta Chevrolet oxidada. Cubría su rostro con una bufanda. Completaban su camuflaje unos anteojos enormes, pasados de moda. No sin temor nos subimos a la camioneta.

—Quédense tranquilos, no los vamos a secuestrar —dijo enseguida Ángel 23, como leyéndonos el pensamiento—, pero tomamos nuestras precauciones.

Entonces pidió amablemente que nos pusiéramos unas vendas negras tapándonos los ojos, y sobre ellas unos anteojos parecidos a los que él calzaba. Lo hicimos y seguimos viajando durante un largo rato. Más de media hora después nos detuvimos. Nos hicieron bajar y lo primero que percibimos fue un fuerte olor a pasto recién cortado. Había máquinas de algún tipo, las oíamos funcionar, pero nunca pudimos precisar en dónde nos encontrábamos.

Lo sorprendente de Ángel 23 es que se adelantaba a nuestros movimientos.

Abrió una puerta que, de tanto ruido, parecía que jamás podría volver a cerrarse y nos tomó con firmeza de los brazos.

—Es por acá.

Entramos a un lugar cerrado (ya las máquinas eran un leve murmullo) y el olor a pasto recién cortado fue reemplazado drásticamente por una especie de incienso. Otra vez, Ángel 23 se nos adelantó:

—El incienso favorece la meditación.

Nos hicieron sentar sobre una superficie blanda. Por un momento no pasó nada.

No estábamos solos, eso era seguro. Podíamos percibir un par de respiraciones fuertes. Empezamos a inquietarnos. Esta vez una voz femenina respondió a nuestras dudas.

—Como dijo Ángel 23, no los hemos secuestrado, simplemente tomamos algunas precauciones. Lo que llevamos a cabo es muy serio y no queremos que se nos malinterprete. Muchos de nosotros somos personas reconocidas en cada una de nuestras especialidades.

—¿En qué consiste lo que ustedes hacen? —preguntamos.

La mujer hizo una larga pausa. Las respiraciones fuertes parecieron incrementarse; también los murmullos, algo así como mantras, se intensificaron.

—No somos una secta ni una logia, sé que piensan eso. Simplemente reconocemos algunas capacidades diferentes y nos hemos unido para mejorar el mundo. Seguimos básicamente los lineamientos de Carl Jung, por eso también se nos conoce como *Jungies*, aunque suena un poco despectivo para algunos. Básicamente, el universo es información y energía. Nosotros tomamos esa información y tratamos de hacer un bien.

—Suena ideal, demasiado utópico —arriesgó uno de nosotros.

—Tal vez lo sea, pero también hay motivos estrictamente personales. Ángel 23 me mencionó que estaban interesados en los eventos del accidente de *LAPA*. Bien. Yo «soñé» el accidente. Era tan vívido que recuerdo haber sentido que yo misma estaba ahí, ¡que me quemaba! Veía sufrimiento, llamas, mucho dolor, mucho fuego, gente corriendo. Pero no podía precisar en ese momento que se trataba de un sueño premonitorio. Cuando esa misma noche ocurrió la tragedia, lloré durante días enteros. A las pocas semanas, los *Jungies* se contactaron conmigo. Ahora, cuando ocurre algo así, estoy preparada. Muchos estamos en este preciso momento, me refiero a soñadores como yo, formando una red mundial. Entramos en estado Alfa. Tratamos de ver más allá y así salvar al mundo de eventos horripilantes. Para darles un ejemplo, algunos miembros pudimos salvar vidas el 11 de septiembre de 2001, evitando que varias personas fueran a trabajar ese día fatídico.

—Pero si es tan secreta, ¿por qué acudieron a nosotros?

—Por sus libros. Nos pareció un buen momento para ir acercándonos un poco a la gente. Y a gente de mente amplia, como suponemos que son sus lectores.

—¿Qué saben de «La Zona»? —preguntamos.

—Hay muchas cosas que tampoco nosotros entendemos... todavía. Aunque podemos pensar en las «zonas», en general, como una especie de agujeros témporo-espaciales, algo así como agujeros de ozono en el espacio-tiempo. Para darles un ejemplo, en el legítimo Triángulo de las Bermudas se habla inclusive de agujeros de gusano, pequeños orificios espacio-temporales que conectarían diferentes partes del universo.

—Por eso también los OVNI.

—Así es.

—¿Y los fantasmas o espectros?

—Cómo explicarlo... no les voy a decir nada nuevo. Ustedes bien saben que los que se denominan fantasmas son almas atrapadas en un plano de no ascensión por diferentes motivos, y pueden tener una carga positiva o negativa, según la muerte que tengan.

—¿Y los bailarines fantasmas, más puntualmente?

—El caso de los bailarines es complejo, pero digamos que «La Zona» los trajo ofreciéndoles, a los sobrevivientes, su corporización. En este caso ayudaron pero...

Alguien interrumpió a la mujer. Era una voz gruesa, muy gruesa.

—Es suficiente. Ahora deben irse. Ya les dijimos demasiado.

Fuimos levantados del suelo pero no sentimos que nadie lo hiciera, como si fuéramos impulsados por una fuerza invisible. ¿Algún tipo de droga que nos hacía alucinar? ¿Ese incienso tenía algo extra?

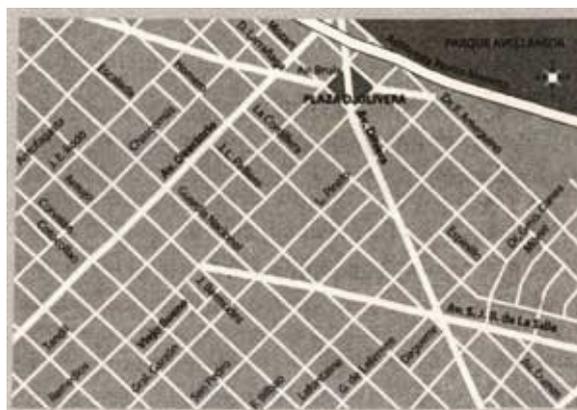
Otra vez el olor a pasto y la voz de Ángel 23 a nuestras espaldas, ahora sí tomándonos del brazo. La puerta de la vieja camioneta se abrió y de alguna manera la volvieron a cerrar. Antes de arrancar pasó algo que fue culminante: la voz gruesa y tremendamente poderosa habló una vez más.

—Un momento. Sé que uno de ustedes dos perdió un familiar en «La Zona», y no hace tanto tiempo. Quiero que sepan que, si bien lo que ocurrió no fue bueno y su alma está atrapada entre los dos mundos, el nuestro y el de *ellos*, su carga es positiva, como lo fue en vida, y ha ayudado inclusive en este plano. Quería que lo supieran.

Volvimos en silencio, pero uno de nosotros no pudo reprimir sus lágrimas durante casi todo el viaje, mojando los vendajes negros; el mismo que después volvió a ese lugar de la Costanera a hablar con su padre, su fantasma o su recuerdo. A hablarle al viento, al río. Simplemente a hablar con su padre.

PARTE IV

Buenos muchachos



*¿Quién quiere vivir para siempre?
¿Quién quiere vivir para siempre?
¿Quién se atreve a vivir para siempre,
Cuando el amor debe morir?*

A pesar de la emocionante letra de Queen en su canción «*Who wants to live forever?*», desde que la humanidad tomó conciencia de la muerte, siempre existieron aquellos que se lanzaron a la búsqueda de la «fuente de la eterna juventud», del «elixir de la vida», o de lo que fuera que ocultara la clave para demorar la mayor cantidad de tiempo el último suspiro.

Ya en la antigua Roma, según una vieja inscripción, un hombre llamado Claudio Hermippus consiguió vivir hasta la envidiable edad de 115 años gracias a un extraño sistema: inhalar el aliento de cuanta jovencita pudiera. Una de dos: o Hermippus era un vivo bárbaro o su mecanismo de longevidad estaba relacionado con la creencia de que el aliento era portador de vida, creencia que, a su vez, se originaba en el aliento creador de Dios.

Otros métodos para combatir la vejez fueron los baños en diferentes sustancias. Podemos citar las famosas inmersiones en leche de burra de Cleopatra, así como los siniestros baños de Erzsébet Bathory, condesa húngara que a comienzos del siglo XVII, si todo lo que se cuenta es cierto, se «duchaba» con la sangre de sus sirvientas.

Si abordamos técnicas extrañas de rejuvenecimiento, dos caballeros se debaten el primer puesto.

Uno es el Conde Alessandro di Cagliostro, cuyo verdadero nombre era Giuseppe Balsamo. Este pseudoconde sedujo a la nobleza de la Europa del siglo XVIII con su teoría basada en la metamorfosis de la mariposa, según la cual si tomábamos a una persona y la envolvíamos en una manta, a manera de capullo, y la dejábamos así durante meses alimentándola solamente con caldo de pollo, esta perdería paulatinamente el pelo, los dientes y las uñas, llegando a un estado de debilidad extrema. Y entonces, cuando la salud del voluntario tocara fondo, se pondría en marcha una especie de regeneración que le devolvería pelos, dientes, uñas, y una renovada vitalidad.

Parece que los pocos que se sometieron al «Sistema Cagliostro», confirmaron la veracidad de la primera etapa, pero no así de la segunda.

El otro caballero de raros métodos fue, según cuentan algunos, Sir William Fafanda, quien entre los años 1930 y 1939 habría sostenido que la inmortalidad se escondía en el chimpancé, a pesar de tratarse de un animal que, como todos, poseía una existencia transitoria. «Si pudiéramos beber el alma de estas criaturas —habría declarado el singular investigador—, pasaríamos a ser impermeables a la vejez».

¿Cómo «beber» el alma de un chimpancé? Según Fafanda debíamos aplastar bajo nuestra axila el testículo de una de estas bestias, pues allí anidaba su alma. Y en ese lugar, bajo la axila, debíamos dejar el genital destrozado, hasta que los líquidos liberados fueran absorbidos por los poros de nuestra piel.

Cuando le preguntaban a este misterioso Sir por qué no mejor comer los testículos, este respondía que los poros de la axila eran «... los más aptos de todo el cuerpo humano para beber el espíritu salvaje del chimpancé. Además, el genital del simio no debe ser diseccionado previamente a dentelladas o con utensilio alguno. ¡No! El testículo debe colapsar entero bajo la axila, para no perder ni una gota de su preciado contenido...».

Nos reservamos nuestros comentarios con respecto a este método.

Otros que buscaron afanosamente el elixir que derrotara a la vejez, fueron los alquimistas. Algunos de ellos lo llamaron *aurum potabile*, y estaban convencidos de que podía obtenerse al disolver o licuar la Piedra Filosofal en agua destilada (se nombraba «Piedra Filosofal» a cierta sustancia que, según este grupo de estudiosos, podía, entre otras propiedades extraordinarias, transmutar cualquier metal en oro).

Hay quienes creen que el hecho de que no se conozcan con certeza las fechas de la muerte de ciertos alquimistas se debe a que finalmente estos tuvieron éxito con sus experimentos y descubrieron la preciada poción; tal es el caso de Salomón Trismosin, Jean Lallemand y el famoso Conde de Saint Germain.

Acerca de ellos existen numerosos testimonios afirmando que fueron vistos con vida, sin signos de vejez, en diferentes momentos de la historia, con cientos de años de diferencia entre una aparición y otra.

Del Conde de Saint Germain se ha llegado a decir que ya vivía en tiempos de Jesucristo, continuando sus «avistamientos» hasta el día de hoy.

Y aquí podemos decir que nace nuestro mito urbano, aquel que da fe de la presencia de un verdadero alquimista entre nosotros: el Alquimista de Mataderos.

La historia que cuentan los vecinos de este rincón de Buenos Aires hace referencia a un hombre, descendiente de aquellos célebres experimentadores, que habitaría en algún lugar del barrio. Esta condición, la de pertenecer al linaje de los alquimistas, lo hace merecedor de una envidiable posesión: el tan mentado *aurum potabile*. Pero hay un detalle que hace aún más especial a esta persona. Escuchemos cómo lo cuentan algunas voces de Mataderos:

OSVALDO P. (quiosquero): «Hace rato que no escucho la historia, pero me la sé de

memoria. Dicen que en el barrio hay un tipo, nieto del Conde de Saint Germain o de alguno de sus colegas, que tiene el secreto de la juventud eterna. Lo insólito es que este hombre no es ningún pibe, sino que es un anciano encorvado y todo arrugado».

FLAVIO J. (vecino): «Por alguna razón no quiso permanecer joven, pero, aunque esté viejo, no se muere nunca».

MERCEDES S. (local de ropa): «Yo lo vi un par de veces. Para mí es un viejo ermitaño y nada más, de esos viejos que no le dan bola a nadie, que se mantienen apartados. Lo que pasa es que la gente inventa cosas y las dice como si fueran ciertas, y los que se las creen las siguen contando. Mirá si un tipo que sepa el secreto de la juventud eterna, va a dejarse envejecer, por más que siga saludable».

A su manera, Mercedes termina describiendo la matriz del mecanismo del boca en boca, el *aurum potabile* de las leyendas urbanas.

Pero toda historia que pretenda ingresar en ese circuito debe tener un origen, una piedra fundacional, por tenue que sea. En el caso del Alquimista de Mataderos debemos remontarnos a los tiempos de otro origen: el origen del barrio mismo.

A finales del siglo XIX se decide trasladar los mataderos de Parque Patricios, los cuales databan de 1872, después de que un desborde del Riachuelo los inundara seriamente.

Para los nuevos mataderos se eligió un sitio alejado de la ciudad, en el medio de lo que algunos conocían como los fondos de Flores, y otros simplemente como la Pampa. «... El lugar es el *finis terræ*; después de allí comienza el reinado de la nada», manifestaba el periodista Soiza Reilly refiriéndose a lo desolado de aquel territorio.

La zona fue bautizada como Nueva Chicago por la empresa constructora encargada de las flamantes instalaciones. El nombre homenajaba a la ciudad norteamericana que recibió a los técnicos argentinos que fueron a conocer sus modernos sistemas de faena, matanza y comercialización de la hacienda. Sin embargo, las personas que fueron poblando los territorios alrededor de los recintos en construcción fueron imponiendo, poco a poco, el nombre con el que finalmente se identificó a aquel reducto: Mataderos.

Y con aquellos corrales de matanza bovina llegarían extraños rituales, entre ellos uno que nos recuerda inmediatamente nuestra leyenda: beber una copa de sangre del ganado recién degollado era todo un privilegio, pues se decía que curaba cualquier tipo de enfermedad y, por ende, alargaba la vida.

Suponemos que esta creencia guarda una profunda relación con lo sangriento y tortuoso que en aquellos tiempos resultaba el aniquilamiento de las bestias condenadas. Y cuando decimos sangriento y tortuoso sospechamos que nos quedamos cortos. Échenle un vistazo si no a una crónica que data del año 1825, que si bien no se refiere exactamente a los corrales de Mataderos (que aún no existían), describe con asombro y hasta con miedo la sanguinaria rutina que se aplicaba en la

matanza del ganado. Dicha crónica pertenece a un inglés llamado Head y fue escrita durante su breve estadía en Buenos Aires:

«... los matarifes se sentaban o acostaban en el suelo junto a los postes del corral, y fumaban cigarros; mientras, el ganado, sin metáfora, esperaba que sonase la última hora de su existencia; pues así que tocaba el reloj de la Recoleta, todos los hombres saltaban a caballo, las tranqueras de todos los bretes se abrían y, en poquísimos segundos, se producía una escena de confusión aparente, imposible de describir. Cada uno tenía un novillo salvaje en la punta del lazo; algunos de estos animales huían de los caballos y otros los atropellaban; muchos bramaban, algunos eran desjarretados y corrían con los muñones; otros eran degollados y desollados. [...] Estuve más de una vez en medio de este espectáculo salvaje y algunas veces, realmente, me vi obligado a salvar, galopando, mi vida...».

En los orígenes del barrio, en los primeros tiempos de los nuevos corrales de Mataderos, el sistema de matanza no difería mucho del descrito por Head, salvo que este se practicaba sobre un piso de empedrado en lugar de hacerlo sobre playas cubiertas de barro y restos de cadáveres. La sangre de las reses derivaba hacia el arroyo Cildáñez, actualmente entubado, tiñéndolo de rojo y convirtiéndolo para los pobladores en el «arroyo de la sangre».

Algunos documentos cuentan que había quienes se arrojaban a este arroyo y bebían de él, suponiendo que «... las virtudes que la leyenda adjudica a la sangre de la hacienda recién sacrificada se mantienen, aunque debilitadas, en los primeros tramos donde el hilo de agua se hace escarlata».

¿Qué extraño equilibrio anidaba en aquellos mataderos, en donde convivía tanta muerte caótica con la posibilidad de engañar a la vejez?

Lo cierto fue que el mito de la sangre bovina se fue apagando a medida que, con el correr del tiempo, disminuía la labor en la hacienda; y siguió así hasta desaparecer por completo en 1929 cuando la matanza de animales se trasladó al edificio del Frigorífico.

Incluso podemos especular con la teoría de que la leyenda del Alquimista fue surgiendo a modo de reemplazo del extinguido mito, como si el barrio no pudiera continuar sin una cercana promesa de vida eterna.

Sin embargo, a pesar de nuestras conjeturas, no son pocos los que en Mataderos piensan que la historia del Alquimista es mucho más que un simple «cambio de figuritas mitológicas». Ellos dicen que el Alquimista existe realmente:

LEONEL F. (vecino): «No sé dónde vive exactamente, pero desde que tengo memoria anda por el barrio. Y siempre lo vi igual. Ahora hace un tiempo largo que le perdí el rastro; el viejo es así, se encierra por una temporada y después sale. Dicen que si tenés la suerte de que te convide un mate estás salvado. Al menos por ese año no te enfermás de nada».

ANA R. (vecina): «Esa es una historia muy antigua, pero nadie se pone de acuerdo. Algunos lo llaman Don Justo, otros Don Miguel, otros Don Ramiro. Y señalan siempre a un viejo distinto. Yo igual creo que el hombre existe, y le conviene toda esa confusión. Hay quienes llegan a hablar de su mate como si se tratara del cáliz de Cristo».

SARA G. (lencería): «Yo lo que sé, lo sé por mi abuelo. De chica, un día el nono me dijo "¿Sabés, Sarita?, lo que se dice del Alquimista es cierto. Mirá". Y me mostró dos fotos. Una muy antigua que no sé de dónde la había sacado. Era de cuando se inauguraron los mataderos en marzo de 1900 La otra foto la había recortado de un diario. Mostraba la toma del frigorífico Lisandro de la Torre en 1959. Me acuerdo que me asusté mucho cuando el nono me señaló que había un hombre mayor que aparecía en ambas fotos. Ahí estaba, idéntico, mezclado entre la gente, en una imagen y en la otra. Era el mismo. Ya estaba viejo en 1900, y sesenta años después estaba igual. Nunca pude olvidarme de su cara, de su barba, de sus ojos. Mi abuelo decía que ese hombre era inmortal, que se llamaba Miguel, como el ángel de la Biblia, y que todavía vivía en el barrio. A mí, una vez, me pareció verlo».

Lamentablemente el abuelo de Sara murió hace treinta años. Y las fotos se esfumaron con él.

Pero el tema se hallaba lejos de morir. Todo lo contrario: estaba a punto de dispararse en una dirección inesperada.

Si hay algo que hemos aprendido con el pasar de tantos mitos es que el ser perseverantes siempre nos conduce a algo singular, sorprendente. Y esta investigación no fue la excepción.

RAFAEL E. apareció cuando cumplíamos nuestra décima jornada de «rastrillaje barrial». Nos conectó con él el dueño de un puesto de diarios sobre la Avenida Directorio, quien se asomó entre sus revistas y se ofreció a ayudarnos a encontrar lo que sea que estuviésemos buscando, ya que hacía un par de días que nos veía deambulando por el barrio sin rumbo fijo. Cuando le revelamos el motivo de nuestro peregrinaje, nos habló de Rafael.

—Él sabe —nos dijo—. Y además le gusta hablar del asunto. Yo le creo la mitad de las cosas. Un día me dijo que recibía mensajes de Perón por la radio. Pero a ustedes les puede servir.

Debíamos esperarlo hasta las seis y media de la tarde.

—Nunca falta —nos aseguró—. Se acostumbró a cuando el *Crónica* sacaba la Quinta y la Sexta, y como ahora no salen más le tengo que guardar la edición de la mañana.

Y así fue. Rafael se hizo presente seis y media en punto. El dueño del puesto nos presentó al hombre, de unos cincuenta años, lentes de marco grueso, gorra de cuero con visera, rompevientos, pantalón de gimnasia y mocasines al tono. Todo un

personaje. Ya con el diario bajo el brazo, el recién llegado se dispuso a escucharnos.

No hizo falta mucho preámbulo para que Rafael hablara. Apenas nombramos la leyenda del Alquimista de Mataderos, sonrió y comenzó.

—Van a pensar que es el típico caso de la historia contada por el amigo del amigo, pero es así nomás: soy amigo de uno de los mejores amigos del hombre que están buscando. Yo tampoco quería creerlo en un principio, pero es hacerlo o reventar. Don Justo, el Alquimista, no se muere más.

Ante semejante certeza, tomamos la palabra.

—¿Usted llegó a verlo en persona?

—Sí, una sola vez, el día que mi amigo me llevó a su casa.

—Entonces sabe dónde vive.

—Sí, pero no se los puedo decir. Lo prometí. Son muchos los que saben que Don Justo está acá, en el barrio, pero muy pocos los «elegidos» que conocen la dirección exacta de su hogar. Y él quiere que siga siendo así. Dicen que entre esos pocos «elegidos» hay famosos, gente de la farándula que lo visitan periódicamente, como Nacha Guevara y Teté Coustarot, pero eso sí que no se los puedo asegurar.

—¿Es cierto que el mate de este hombre tiene algo de milagroso?

—Don Justo siempre le agrega a su mate unas gotitas del elixir de la vida, una cantidad que no te hace eterno, pero te deja con una salud de fierro. Así se mantiene él, tomando sus mates, y está siempre igual.

—Entonces los famosos que citó vienen por el mate también.

—Les repito que tengo mis dudas de que esas visitas existan. Pero de ser cierto, sí, pienso que vendrán a matear con Don Justo para seguir evitando la vejez.

—Pero él no la evitó, él se mantiene viejo.

—Eso es cosa de él.

La conversación se extendió unos pocos minutos, pero Rafael no nos dijo mucho más. Parecía apurado. Y realmente lo estaba.

—Me tengo que ir —se excusó—. Está por empezar el partido y no me quiero perder nada. Les voy a dar la dirección de mi amigo, me agarraron en un buen día. De todas maneras no creo que los reciba.

Nueva Chicago, el equipo de fútbol más popular del barrio, jugaba en menos de una hora.

Rafael nos dio la dirección de Ernesto, tal el nombre de su amigo y, según sus palabras, mano derecha del mítico Alquimista. Le dimos las gracias y Rafael se despidió con un extraño consejo.

—Conozco los libros de ustedes. Muéstrenselos a Ernesto, sobre todo el segundo.

Luego dio media vuelta y se alejó, el diario siempre bajo el brazo. Lo último que le vimos hacer fue meter una mano en el bolsillo de su rompevientos y sacar lo que nos pareció una radio portátil. Se la llevó al oído y dobló la esquina, desapareciendo

para siempre.

¿La previa del partido o un mensaje del más allá?

No revelaremos la dirección exacta de Don Ernesto, pero sí diremos que la misma nos resultó interesante.

Antes de desembarcar en Mataderos poseíamos diferentes versiones del mito del Alquimista. Unas pocas de ellas, si bien no especificaban el domicilio exacto del legendario personaje, arriesgaban la calle en la que se hallaría su morada, una calle con un nombre singular: Viejo Bueno.

Es más, guardábamos un testimonio que aseguraba que tal denominación homenajeaba al Alquimista, haciendo referencia a su espíritu bondadoso, espíritu que lo llevaba a compartir su posesión más preciada a través de algo tan sencillo como un buen mate.

Nos duele desacreditar un matiz tan romántico como este último, pero todo parece indicar que el nombre de esta breve arteria urbana (se extiende solo por tres cuadras, entre Albariño y Basualdo) no le hace honor a nuestro héroe. A pesar de que en muchos de los mapas que circulan por la ciudad podemos verla bajo la etiqueta que ya citamos, Viejo Bueno, debería verse, si queremos respetar su verdadero origen, bajo las mismas letras, en el mismo orden, pero formando una sola palabra: Viejobueno. ¿Por qué? Pues porque hacen referencia a Domingo Viejobueno, un antiguo jefe de la policía de Buenos Aires.

Así fue que cuando Rafael nos indicó que la casa de su amigo Ernesto quedaba sobre Viejobueno, no pudimos evitar que nos llamara la atención. ¿Casualidad? Seguramente. Aun así no podemos silenciar nuestras mentes: de ser ciertas las versiones que rescatamos, ¿vivirán sobre la misma calle Don Ernesto y el esquivo Alquimista? Esta cercanía, ¿habrá colaborado para el nacimiento de la amistad que, según nuestro informante, los une?

Llegamos al domicilio indicado. Luego de llamar a la puerta unas tres veces, la misma se abrió apenas unos centímetros, y a través de aquella mínima brecha surgió una voz lenta y carrasposa:

—¿Qué buscan?

—¿El señor Ernesto?

—¿Qué buscan?

—El señor Rafael nos dio su dirección. Nos dijo que usted era una de las personas más allegadas al hombre que llaman el Alquimista. Nosotros...

El hombre no nos dejó terminar.

—No me interesa. No tengo ganas de hablar ahora.

—Pero...

—Adiós.

La puerta comenzó a desandar el corto camino que había recorrido. Entonces recordamos el consejo de Don Rafael. Con la velocidad de un vaquero en un duelo, «desenfundamos» el ejemplar de *Buenos Aires es leyenda 2* que habíamos llevado y lo pusimos delante del ya casi inexistente espacio que separaba la hoja del marco.

—Somos escritores, queremos mostrarle nuestro traba...

La puerta se cerró con un ruido a madera rota. No habíamos sido lo suficientemente rápidos. Esperamos unos instantes. Nada. Pensamos en insistir, en golpear a la puerta una vez más. De hacerlo las cosas podían ponerse peor, sin dudas. Tal vez otro día...

—¿Por qué pusieron una paloma en la tapa? —la puerta se había abierto unos centímetros otra vez. La voz del hombre salía por el nuevo resquicio.

—Por muchas razones, pero digamos que ilustra la primera investigación del libro, acerca de un mito urbano referente a las palomas de Plaza Congreso.

No extendimos más nuestra explicación por miedo a que nuestro interlocutor pensara que nos abusábamos de su repentina predisposición a escucharnos.

El silencio se extendió durante unos segundos. Entonces la puerta se abrió hasta la mitad. Detrás de ella había un anciano de pelo y barba gris. Se paraba bien erguido. Era flaco y muy alto. Mediría, estimamos, cerca de los dos metros. Desde aquellas alturas nos miraban unos ojos vivaces que resaltaban en la penumbra del interior de la casa.

Brotó un «Pasen» desde algún lugar debajo de aquellos ojos, y la figura del anciano retrocedió, hundiéndose en las sombras.

Nuestras investigaciones nos han regalado momentos en los que creemos estar dentro de un capítulo de *Los Expedientes Secretos X*, en los que nos sentimos en la piel de los inolvidables Mulder y Scully.

Este fue uno de esos momentos.

Cruzamos el umbral.

Ruido a madera rota.

La puerta se había cerrado a nuestras espaldas.

Cuando nos acostumbramos a aquellas tinieblas pudimos distinguir un ambiente amplio de techos altísimos. La sala comunicaba por medio de arcadas a otras tres habitaciones. Desde una de ellas nos llegó la voz del hombre.

—¿Té, café, mate?

Nos inclinamos por el café. Al rato, la misma figura barbada que nos había recibido, apareció con dos tazas llenas y las dejó sobre un viejo escritorio, en el que descansaba una máquina de escribir y algunos papeles desordenados. El hombre acercó dos sillas al escritorio y él se sentó en otra que ya estaba allí. Luego nos señaló el par de asientos que acababa de traer. Obedecimos y también nos sentamos.

Mientras dábamos los primeros sorbos de café, nuestro anfitrión nos confirmó

que se trataba de Ernesto, amigo de Rafael, aunque amigo no fue la palabra que utilizó...

—Casi no me quedan amigos. A Rafael lo conozco y punto. He tenido buenas charlas con él. Nada más. ¿Puedo? —Ernesto se refería al ejemplar de *Buenos Aires es leyenda 2* que sosteníamos.

—Es todo suyo —le dijimos mientras se lo extendíamos. Ernesto lo tomó con manos arrugadas y callosas—. Acéptelo como un regalo, como un agradecimiento por su hospitalidad.

—Seamos honestos, caballeros: no soy bueno recibiendo gente. Así que lo de hospitalidad guárdenselo para otra ocasión. Me gustan las palomas.

—Ah, sí... qué bueno —dijimos rogando que no se pusiera a revisar el primer capítulo del libro. Allí no se describían a las palomas justamente como animalitos inofensivos.

—Me gustan en serio. Son de otro planeta.

Esa última afirmación, dicha por otra persona, habría significado algo así como «son extraordinarias» o «me apasionan». Dicha por Ernesto sonó a que realmente las aves provenían del espacio exterior.

Para nuestro alivio solo consultó el índice y dejó el libro sobre el escritorio.

—¿Y bien? —dijo acomodándose en su asiento. Tomamos la pregunta como una invitación a abrir el juego sobre nuestra leyenda urbana. Y así lo hicimos. Le hablamos de los rumores, del mito, de lo que decía la gente del barrio, de lo que decía Rafael.

—El Alquimista existe —sentenció Ernesto luego de escucharnos. Siguió un largo silencio, sus ojos quemándonos la vista. Temimos que aquel fallo fuera todo, que hubiéramos llegado hasta allí solo para esas tres palabras. Pero no, el anciano, gracias a los dioses del Olimpo porteño, continuó. Y lo hizo en otro tono, menos forzado, hasta casi podríamos decir que disfrutó de la charla que mantuvimos a continuación.

—Justo, tal el nombre que utiliza ahora, es uno de los pocos amigos que tengo. Ha utilizado muchos otros nombres y seguirá utilizando otros tantos. Lo conocí hace mucho tiempo, antes que trajeran los mataderos a estas tierras.

—Pero eso fue a finales del siglo XIX —retrucamos.

—Están bien informados. Acá, como me ven, tengo ciento cincuenta y seis años.

Aquel anciano aparentaba ochenta años, noventa como mucho; aunque su altura y aquellos ojos le daban un aire... extraño. Continuó diciendo:

—Justo me dio de su mate durante unos cuantos abriles, hasta que dije basta, hasta que estuve preparado para el final. Y aquí estoy, esperando ese final que parece no querer llegar, como si a la Muerte le hubiera ofendido el que la esquivase durante tanto tiempo.

Ernesto suspiró, como recordando algo entrañable, y siguió hablándonos. No queríamos interrumpirlo, pretendíamos aprovechar al máximo esta inesperada verborragia.

—Cuando Justo me reveló su secreto, no le creí. Siempre me pareció inteligente, con una memoria envidiable, con un conocimiento de la historia humana fabuloso, pero de ahí a que fuera descendiente de alquimistas, a que tuviera en su poder la receta de la fuente de la juventud, había un abismo. Pero con el correr del tiempo no pude hacer otra cosa más que creerle. Me contó historias que sucedieron cuatrocientos, quinientos años atrás con un detalle asombroso, me mostró fotos, dibujos, grabados, papiros, de diferentes épocas. En algunos aparecía su imagen, fotografiada o dibujada; en otros lo nombraban y hasta lo describían. Sin embargo, la mayor prueba eran sus ojos. No había dudas, aquellos ojos habían amado mil veces, habían llorado mil muertes, habían participado en miles de batallas, habían presenciado miles de descubrimientos, habían confiado mil veces el mismo secreto que me confiaron a mí.

Otro suspiro. Una breve tos. Luego un nuevo silencio. Era el momento de avivar la conversación con una pregunta.

—¿Por qué Justo no se mantuvo joven?

—Siempre le gustaron los viejos. Decía, y lo sigue diciendo, que cualquier viejo, por pobre que haya sido su vida, tiene una buena historia para contar. Le gustaba la mezcla de experiencia y tranquilidad que da la vejez. Justo eligió ser un viejo eterno, le agrega a su mate la cantidad necesaria del «vino especial», como yo le digo, y listo, así se mantiene.

Le comentamos lo de la casualidad de que él viviera en la misma calle donde, se decía, vivía el Alquimista.

—Ninguna casualidad —Ernesto volvió a su tono ermitaño—. Somos vecinos desde hace largo rato.

Le hablamos del nombre de la calle, de su origen según el rumor barrial.

—Domingo Viejobueno fue la identidad anterior de Justo. Él fue el Coronel Viejobueno. Así que el rumor no está del todo errado, el nombre de la calle termina haciéndole honor a mi amigo.

Ernesto se puso de pie.

La entrevista había terminado.

—Y siguiendo con los honores que merece mi amigo, espero que reflejen su mito con el debido respeto. Será una forma de homenajear también a tantos compañeros de aventuras. Recuerden estos nombres: Honoria de Funes, José Michelini, Don Pabellón, Nicolás Decusa y su madre, Catita Roemer. Todos inmortales, al menos en mi memoria.

Le agradecemos a Ernesto el habernos recibido. Su «de nada» fue sepultado por el

ruido de la puerta de calle al cerrarse.

Caminando de vuelta por los senderos de Mataderos, pasamos en limpio tan singular encuentro. Nos detuvimos en los nombres del final, en aquellos contemporáneos de Ernesto. José Michelini nos resultaba muy familiar. Es que se trata de otra leyenda del barrio, ya que se dice que su casilla de madera era la única construcción existente al momento de ponerse la piedra fundamental del Mercado Nacional de Hacienda, en abril de 1889.

¿Habrían dejado su marca barrial los otros «amigos» de Ernesto?

Decidimos sacarnos la duda consultando algunos documentos históricos del barrio.

De repente, revisando una antigua crónica nos sorprendió un nombre: Honoria Alegre de Funes. Se trataba de la primera maestra de una de las primeras escuelas de Mataderos, abierta en mayo de 1911. ¿Se trataría de aquella mujer citada por Ernesto? Era muy posible. Si tomábamos como cierta la extraordinaria edad que nos dijo tener, Ernesto sería un hombre de unos sesenta años en la época en que se inauguró la escuela.

Lo de «Don Pabellón» parecía insondable, destinado al anonimato, no encontrábamos referencia alguna que pudiera estar relacionada con aquel extraño nombre... hasta que revisamos un ajado y amarillento documento que listaba los pocos establecimientos que funcionaban en Mataderos en el lejano año de 1895. Uno de ellos era un reñidero de gallos, propiedad de un hombre conocido como Pabellón. ¡Eureka!

Alentados por el éxito conseguido, buscamos datos de alguien llamado Nicolás Decusa así como de su citada madre. Pero esta vez sí fue en vano. Después de horas y horas de hurgar en la historia de Mataderos no encontramos ningún registro con esos nombres. Madre e hijo, de haber existido, tal vez no hubieran hecho nada que valiera la pena documentar.

Tuvimos que esperar unos seis meses para quedar mudos al ver, al fin, uno de aquellos nombres impreso.

Revisábamos una vieja revista de astronomía para otra de nuestras investigaciones, y al repasar una nota sobre el tamaño y forma del Universo, leímos: «... Nicolás de Cusa siempre sostuvo que el Cosmos era infinito, y que las lejanas estrellas que llenaban el cielo no eran más que lejanos soles como el nuestro...».

El verdadero nombre de este estudioso alemán era Nicolaus Krebs, pero fue conocido como Nicolás de Cusa por su ciudad natal, Kues. ¿Sería este nuestro Nicolás, compañero de Ernesto? Un dato que prácticamente despejaba toda duda: el nombre de su madre era Catherina Roemer.

El único problemita se centraba en que este alemán había nacido en el distante año de 1401 para morir en Italia en 1464...

¿Por qué Ernesto incluyó, entonces, esta personalidad en su listado de honor? ¿Nos estaría queriendo decir algo? Él nunca pudo haber vivido en la época de Nicolás de Cusa, salvo que tuviera muchos más años de los que declaró.

Si a esto le sumamos que vivía en la calle Viejobueno, y que conocía más que nadie al mítico Alquimista... su voz suena como si siguiéramos delante de él: «Sin embargo, la mayor prueba eran sus ojos. No había dudas, aquellos ojos habían amado mil veces, habían llorado mil muertes, habían participado en miles de batallas, habían presenciado miles de descubrimientos». Ojos así no se olvidan, ojos como los de Don Ernesto.

El mito seguirá siendo mito. Algunos dirán que la historia del Alquimista es solo la reformulación de la leyenda que hablaba de las bondades ocultas en la tibia sangre de las reses, otros dirán que es todo un invento de un par de abuelos aburridos y seniles, y otros seguirán yendo y viniendo por las tres cuadras que dura Viejobueno, con la esperanza de que algún día les salga al cruce un anciano de barba gris y les ofrezca un mate.

En cuánto a nosotros, aún seguimos lamentando el habernos inclinado por el café en nuestra visita a la casa de Don Ernesto.

Villa Lugano



¿Quién alguna vez no soñó con tener una fuerza descomunal y sentirse invulnerable a cualquier trauma físico? Sin duda, eso nos daría una confianza ilimitada y nos sentiríamos dignos de respeto. Sin embargo, la pregunta más importante es: si nos concedieran ese poder, ¿cómo lo manejaríamos?

En la mitología y también en la historia, tenemos muchos ejemplos de hombres con una fuerza colosal. Pero concentrémonos en tiempos más modernos.

Vladimir Kudenka, un capitán del Ejército Rojo, oriundo de Ucrania, podía cargar casi una tonelada de troncos de árboles, después de haberlos cortado él mismo.

Chandra Brahambharapati, integrante de un circo de la India, se decía que podía levantar —por unos segundos— dos elefantes, uno por brazo.

O en la actualidad, Rigoberto Molina, conocido popularmente como «El Bola», el hombre más fuerte de Cuba, es capaz de arrastrar camiones y hasta vagones de ferrocarril que pesan toneladas. Este hombre de 1.75 metros de altura y 107 kilos de peso dice que su fuerza es algo interno. «Tengo fuerza de voluntad para hacerlo porque lo hago por amor. Me complace que las personas se sientan felices viendo mi humilde esfuerzo», declara.

También encontramos ocasionales actos de fuerza de gente común, sin ninguna preparación atlética. Los ejemplos son interminables. Vale citar el caso de Martina González, una madre que iba con su hijo en un colectivo de la línea 60. Este, después de una mala maniobra, vuelca. Se desprenden varios asientos, que atrapan a su pequeño hijo. La única forma de intentar un rescate es volviendo el vehículo a su estado original. Aún malherida, pero con toda la determinación, esta madre, y solo ayudándose con un pedazo de paragolpes, logra equilibrar el colectivo.

Actos que no tienen lógica pero son posibles.

Y llegamos al caso particular de nuestro mito.

De chico, sus padres se dieron cuenta de que su hijo era diferente. Se dice que a los 6 años, el turquito Alí (apodado de esa manera a causa de sus cejas abultadas, de sus ojos negrísimo y porque hablaba poniendo «s» al final de casi todas las palabras), ya se apartaba de la escala normal.

Un día, mientras cursaba primer grado, la maestra vio una rata. Entonces, Alí levantó un mueble enorme, él solo, y la rata huyó aterrada. Unos años después, en el recreo, jugaba a la calesita humana: varios compañeros se le colgaban de los brazos y él los hacía girar.

Nunca usaba la fuerza porque sí. Era muy pacífico.

Hasta que un hecho capital cambió para siempre su vida: en un incendio que consume por completo su humilde casa, fallecen sus padres (en algunas versiones se menciona a dos hermanos). Imaginemos esa escena: Mí viniendo de la escuela y llegando despreocupado a su hogar, cuando escucha la sirena de los bomberos. Al principio no se inquieta, pero a medida que se acerca ve claramente que los bomberos y los policías están en su cuadra, a la altura de su casa. *No, tiene que ser un error, es por la rifa, claro, todos los años pasan, pero son demasiados... ¿y qué hace esa gente ahí?, ¿por qué tantos vecinos?* Empieza a correr, presiente que algo terrible pasó. Unos brazos pretenden acercarse, pero los aparta como si fueran el humo que brota de los cimientos de lo que fue su hogar. Corre en silencio, no hay más sirenas, no hay más colores. El mundo, su mundo se evapora con las llamas.

Necesitan más de cinco personas para poder frenarlo. Es en ese momento, debajo de esa montaña humana y tragándose las lágrimas más amargas, que implora al cielo y hace un juramento.

A partir de entonces es criado por un tío. Para poder distraer al muchacho y dadas sus condiciones especiales, lo estimula, anotándolo en una institución deportiva del barrio: el Club Social y Deportivo Yupanqui. Aquí hacemos notar que los destinos, tanto de este querido club como de nuestro personaje mítico, se tocan. Tal vez, la leyenda se nutre de estas coincidencias.

Fundada en 1935, esta institución debe su nombre a una ocurrencia de su fundador, el señor Alfredo Gibaut, quien halló en la palabra quechua «yupanqui» el reflejo de todos sus deseos, ya que significa «de ti hablará la posteridad». Al igual que del protagonista de nuestra leyenda. Pero hay un suceso que profundiza el paralelismo con Alí. La noche de carnaval del 28 de febrero de 1961, un incendio estuvo a punto de destruir por completo el lugar.

Alí, según se cuenta, habría llegado allí a principios de los 70.

Fuimos a las instalaciones actuales del club, en la calle Guaminí al 4500, para averiguar algunos datos más.

Como era de esperarse, las autoridades actuales no sabían del turco. Tuvimos que indagar pacientemente, pero la búsqueda valió la pena. Encontramos un personaje que merece ser retratado. Uno de nuestros viejos vizcachas, memorias vivientes de los barrios porteños. Un señor de más de 80 años, o al menos es lo que aparentaba, de nombre Silvano. La ironía del destino quiso que al amigo Silvano, como no tiene dientes, le silben los labios. Las palabras parecían moldearse en su boca en una especial forma de música y entonar una canción nostálgica más que relatar una historia.

Nos hizo pasar a su casa, una burbuja de tiempo fijada en los años 50.

—Uffff, yo estoy acá hace más tiempo del que me puedo acordar. Si se descuidan,

hasta armé la pista del aeródromo de Lugano.

Silvano se refería al primer aeródromo del país, creado en 1910 y llamado con ese nombre y que funcionó hasta el año 1934.

Le preguntamos por Alí.

—Por supuesto que me acuerdo de ese muchacho. Todavía lo puedo ver con la musculosa y los pantalones cortos. Yo trabajaba de jardinero. Bueno... hacía de todo. El club casi cierra después del incendio y estaba en muy mal estado. Tenían un pequeño gimnasio. El pibe era grandote, pero no una mole. Calladito, calladito, iba todos los días y hacía sus ejercicios. Se empezó a hacer amigo de la gente, y con el tiempo empezaron a comentarse cosas.

Hizo una pausa en su testimonio. Sacó un cigarrillo algo maltrecho, lo miró con sorpresa pero igual lo encendió. El humo se le escabullía por esa boca desdentada sin ninguna contención. Por un momento, Silvano se asemejaba a un hongo de humo. ¿Sería del mismo material su testimonio?

—Había una persona, un tano bruto que se llamaba igual que el Diego. Pero este Maradona era el triple de grande. Había trabajado en el ferrocarril y amasó algo de guita haciendo repuestos para los trenes, si no me equivoco. Como había puesto algo de plata para levantar el club, se creía el dueño. Pero claro, ¿quién se animaba a decirle algo? Todo el mundo sabía, encima, que fajaba a la mujer. Un día la «jermu» lo vino a buscar con los dos pibes, y el bestia la empujó. Justo ahí estaba el muchacho este, que le dijo un par de cosas a Maradona. El tano le contestó que no se metiera en lo que no le importaba y también lo empujó. Me acuerdo que se escuchaban gritos y ruidos muy fuertes. Yo estaba dándole estuco a una pared y me fui corriendo a ver qué pasaba. Me encontré al tano y al muchacho tirados en el piso. El tano estaba encima. Chau, pensé, lo aplastó al pobre pibe. Lo insultaba en italiano y estaba colorado como una ciruela. El tano parecía un lobo marino como esos de Mar del Plata, encima de una foquita. Pero el pibe gritó algo, se zafó del brazo y salió de abajo no sé cómo. El tano se levantó y el pibe lo agarró de atrás. Lo abrazó, un abrazo de Sansón, y después ¡lo levantó más de un metro! Le dio varias vueltas en el aire y lo largó. Fue a dar contra unos cajones de gimnasia... los partió todos y, encima, después se le cayó un bolsa de pelotas de básquet. Cuando se intentó levantar, el pibe rompió la bolsa con las pelotas y se las empezó a lanzar. Era como que tenía un arco en el brazo. El tano terminó llorando y suplicando por favor. Con eso, se ganó el respeto de todos. Además, empezó a colaborar en la organización de eventos para levantar el club. Así fue que conoció a Martín Karadagián.

Esta referencia merece un capítulo aparte. Silvano citó a una figura que de por sí ya es toda una leyenda. Un hombre que marcó a varias generaciones con «Titanes en el Ring», un espectáculo de lucha libre con coloridos personajes y situaciones absurdas que se transformó en un icono popular. Figuras como La Momia, El

Caballero Rojo o El Indio Comanche. Personajes secundarios como El hombre de la barra de hielo, La viuda misteriosa o La mujer del paraguas. Episodios entrañables como cuando el mismo Martín Karadagián peleó contra ¡el hombre invisible!

—Ellos salían de gira —rememoró Silvano—. Iban por los barrios y alguien los convenció para que vinieran. Me acuerdo que ese día vino con Ararat, el hombre montaña, un gordo peludo casi más grande que el tano; El Caballero Rojo también estaba. Yo me encargué de hablarle del pibe. Cuando Karadagián lo vio, quedó impresionado. Sobre todo después de voltear al gordo Ararat. Es como Sansón, le dije. Se entusiasmó enseguida y quiso llevárselo con la troupe. Pero cuando se avivó de que era menor de edad, se echó para atrás. Una lástima. Ya se había imaginado para Alí un traje de romano, con una barba y todo. Le gustó lo de Sansón y le iba a poner ese nombre. Una pena. Igual, el pibe no sé si hubiera agarrado, porque no quería foto ni nada de eso. Creo que por un juramento que hizo.

Por un tiempo, el derrotero de nuestro héroe se pierde. Algunas versiones señalan que se fue a trabajar a un frigorífico del barrio de Mataderos; otras, al mercado de Hacienda de Liniers. En relación con estos casos, se cuenta que podía sacrificar una res de un solo golpe. Pero esta variante no parece propia de nuestro personaje.

Queremos hacer hincapié nuevamente en la supervivencia de los mitos. La leyenda se adapta a los diferentes momentos. De los ingenuos 60, los politizados 70, la esperanza de los 80, el espejismo de los 90, llegamos a la problemática actual y vemos a nuestro protagonista en esa lucha.

Como mencionamos antes, Villa Lugano fue protagonista de los inicios de la aviación. Cerca de los terrenos, se erige un tótem característico del lugar. Estamos hablando del barrio General M. N. Savio, conocido popularmente como Lugano 1 y 2. Un complejo de edificios construidos en los 70 con la intención de dar vivienda a familias de bajos recursos. Es una zona de una extrema complejidad social. En este lugar, se escucha todo tipo de historias. La de Alí no podía estar ausente, aunque aquí toma características épicas.

Como dijimos, los mitos reflejan la temática actual, por lo tanto, teníamos que entrevistar a los chicos de un hoy incierto. Un grupo de adolescentes que casi siempre andan juntos. Muchos no terminaron el secundario. Algunos trabajan y se sienten orgullosos por demás, de su barrio. Se manejan por apodos y se hacen llamar «Malacate».

Lalo, alias *El Pipi*: «A los ratis que venían a cometejar, les repartió a todos juntos. Cazó una bolsa de arpillera y la llenó de ladrillos y se la tiró como si fueran papelitos. Lo que digo es posta. Esos no jodieron más».

Tal vez en este mito se da un fenómeno similar al que vimos en el primer volumen de nuestra saga literaria, el caso del Golem de Once, un ser creado de arcilla por un Rabino, como protección; aquí nuestro hombre superforzado ejerce una

función similar, protegiendo a determinados grupos sociales o actuando ante injusticias contra ellos.

Jonathan, alias *El Raro*: «Estaba esperando el Premetro en la Estación Larrazábal, cuando pasa un chabón con una bicicleta, recolgado el vago, y el Premetro se lo lleva puesto. Suerte que estaba llegando, porque si venía a full lo hace puré. Pero la bicicleta y la pierna del chabón quedaron enganchadas. ¡Cómo gritaba ese flaco! Todos gritaban, pero nadie sabía qué hacer. No se animaban a mover el tren. En eso apareció el turco Alí; era él, estoy seguro. Tenía un fierro. Se puso en las vías y, te lo juro por mi vieja, levantó el coche y pudieron sacar al flaco».

Kevin, alias *El Púa*: «Esto me lo contó mi viejo. Hacía poco nos habíamos mudado. Yo ni pintaba nacer y mi hermano mayor era muy pendejo, ni caminaba. Parece que los vecinos reclamaban por una rajadura en una columna del 4 (torre 4 del Lugano 1). Rompían las bolas, pero nadie del gobierno venía. Una noche escucharon ruidos muy feos, de algo rompiéndose. Los vecinos salían a los piques, en calzoncillos, las minas en bolas. Dice mi viejo que cuando llegó abajo, estaba el turco sosteniendo la columna. Estaba rojo como un tomate. Pidió si alguien tenía una mezcladora. Como mi viejo trabajaba en una construcción y se traía algunas cositas, le alcanzó todo. El turco abrió la boca y alguien le metió la mezcla en la boca. Después escupió esa pasta en la columna. Entre varios muchachos le trajeron unos fierros que son para el hormigón armado y también los puso en la columna como si fueran alambrecitos. "Por ahora aguanta", dijo. Y aguantó hasta que lo arreglaron».

Esta anécdota sumamente febril pero pintoresca, podría haber tenido su probable origen en el gran terremoto ocurrido en el año 77, con epicentro en la ciudad de Caucete, San Juan, y que tuvo una onda expansiva que se hizo sentir en nuestra ciudad. Las torres de más de 20 pisos tuvieron una oscilación importante. Lo suficiente para alarmar a cualquiera.

Por último, preguntamos si alguien sabía en dónde estaba Alí y de qué se trataba ese famoso juramento del Sansón porteño. La única chica del grupo nos contestó.

Melina, alias *Coqui*: «Emilio sabe, es su mejor amigo. Juramento no sé, pero al que nos quiere joder le decimos que no se metan con nosotros, que conocemos al turco».

Después de esto, los Malacate se juntaron, empezaron a hacer algunos movimientos espasmódicos y, bajando las viseras de sus gorras, nos improvisaron un tipo de rap muy particular, uno que permite la utilización de la boca, no solo para cantar, sino para imitar los ruidos de cada uno de los instrumentos. Empezó *El Púa* y terminó *El Raro*:

*«Aquí estamos, en Villa Lugano
para hablar del turco
que es como un hermano,*

*Que nadie venga con lo malo,
porque acá están los Malacate que le dicen:
¡arreglalo!».*

¿Podía ser que lo que había dicho Silvano tuviera algún sentido?: «El abrazo de Sansón».

Este héroe bíblico, que aparece en el *Libro de los Jueces* (capítulos 13 al 16), vivió en el siglo XI a.C. En ese momento, los israelitas eran dominados por los filisteos. Un ángel le avisa a la mujer de Manóaj que tendrán un hijo que liberaría a Israel de la opresión filistea. Pero le advierte que su primogénito no debe ingerir bebidas alcohólicas ni comer nada impuro y, por supuesto, «la navaja no debe pasar por su cabeza», si no perderá toda su fuerza.

Sabemos que en el caso de nuestro Sansón se puede arriesgar que su fuerza extrema la obtiene después de aquel trágico siniestro en el que perdió a parte de su familia. Pero ¿cuál fue ese juramento?

Encontramos al tal Emilio en la plazoleta Aeronáutica Argentina (Avenida Francisco Fernández de la Cruz y Larrazábal).

—¿Ven este avioncito que está puesto ahí? —nos dijo de entrada, refiriéndose al Mirage III C emplazado en la plazoleta como homenaje a los pioneros de la aeronáutica de nuestro país—. Cuando se armaron los quilombos de saqueos en el 2001, el turco se mandó a la plazoleta, levantó el avión del pedestal y amenazó con tirárselos por la cabeza con *cuetes* y todo a los que afanaban los supermercados. Está bien que no tiene motor pero ¿saben lo que pesa eso? Los tipos se quedaron tan cagados que la cosa se calmó. No salió en ningún lado porque todos miraban lo que pasaba en el centro. Pero yo estaba ahí, y sé lo que pasó.

Sin que nos ganara el asombro, tratamos de preguntar en qué consistía su juramento.

—Después de lo del incendio, le pidió a Dios que si le daba mucha fuerza, pelearía contra la injusticia y le daría una manito a los que más necesitan. Yo lo conocí en un comedor infantil. El turco no se cansaba nunca, qué lo parió.

—¿Alguna foto? —interrogamos.

—Nada. No quería fotos, decía que era parte del pacto con Dios. Además, tenía y tiene una razón muy inteligente. Como la gente no sabe realmente cómo es ni siquiera su nombre real, los *garcas* deben cuidarse. Les puedo decir que obviamente es enorme, con unas cejas que parecen dos almohadones. Nada más.

—¿Pero dónde está ahora? —preguntamos ansiosos.

Por primera vez, Emilio nos miró directamente a los ojos. Unas ojeras gigantes y unos pequeños ojos con expresión derrotada.

—Me gustaría saberlo. Es que se metió con la pesada de la merca. Al turco lo mataba el tema del *paco* y estaba muy obsesionado con darle una patada en el orto a

todos los *dealers* que encontrara.

Queríamos saber qué había pasado.

—Minas, al turco le gustan con locura las minas. Las quiere bien, las trata bien. Un día le prepararon una *partuza* con tres putas, pero de calidad, ni parecían trolas las muy guachas. Y yo creo que por ahí se le va la fuerza que tiene, ¿me explico? Después de eso, entraron unos tipos y lo molieron a palos. El pobre turco no entendía nada. Lo metieron en una caja atado de pies y manos, y lo mandaron al Amazonas de Colombia.

—¿A la selva colombiana?

—Sí, eso. Pero yo creo que el turco va a volver. Tiene que volver. Nos hace mucha falta. Los brazos se te cansan de tanto pelear en este mundo al revés, los puños se te pelan mucho y vos sabés que no podés confiar en nadie.

Y como en la historia bíblica, todos, inclusive nosotros, esperamos ese último regreso del héroe, o al menos de la leyenda, un último acto que equilibre las fuerzas. Un abrazo de Sansón.

—Si Dios es argentino, Papá Noel es de Villa Pueyrredón.

Quizá sean estas palabras, pronunciadas por MARCELO M., las que mejor resuman este mito urbano, un mito urbano que, así como nos habla de bondad y de entrega desinteresada, también nos muestra el peor costado de una nación (la nuestra) y sus consecuencias.

Pero antes de justificar las palabras de Marcelo M., un joven vecino del barrio que él mismo cita, antes de develar la relación oculta entre el personaje icono de la Navidad en todo el mundo y Villa Pueyrredón, hurguemos en el pasado en busca de las raíces de este alegre gordito vestido de rojo... que ni era gordito, ni vestía de rojo.

Para llegar hasta la persona de carne y hueso en quien se basa la leyenda de Papá Noel debemos retroceder unos mil setecientos años. En aquellos lejanos tiempos, más precisamente alrededor del año 280 de nuestra era, nace en el pequeño poblado de Patáras, distrito de Licia, en lo que hoy es territorio turco, un tal Nicolás (del griego Nikolaos).

Y la leyenda nace con él, ya que, según atestiguan ciertos escritos, nada más nacer, Nicolás, se sostuvo de pie por sí mismo.

Hijo de una familia rica, hereda una fortuna cuando la peste se lleva a sus padres, dejándolo huérfano en su adolescencia.

Aquí es donde se gesta su fama de persona bondadosa y caritativa, ya que se cuenta que, luego de su desgracia, repartió gran parte de su fortuna entre los pobres y partió hacia la ciudad de Mira, uno de los principales puertos de Licia, donde se ordenaría como sacerdote.

Son muchas las historias extraordinarias que se le atribuyen a Nicolás.

Una de las más conocidas, la cual contribuiría a popularizar su buena relación con los pequeños, habría sucedido durante uno de sus viajes, cuando ya había sido consagrado como obispo. Las versiones son muchas y, en algunos casos, contradictorias, pero, aun así, terminan delineando la siguiente historia: cierto hombre, trastornado por la terrible hambruna que assolaba sus tierras, decidió asesinar a tres niños para luego poner sus carnes en salmuera. Nicolás habría sorprendido al asesino luego de que este ya hubiera acuchillado reiteradas veces a sus víctimas. El sacerdote consiguió llegar hasta donde estaban los moribundos, se arrodilló sobre el charco de sangre que los rodeaba, rezó y los jóvenes sanaron inmediatamente.

Otra de sus aclamadas caridades consistió, según las crónicas, en la desinteresada ayuda que brindó a tres muchachas sumidas en la pobreza. Era tal la miseria en la que se hallaban estas mujercitas que les resultaba imposible casarse, por lo que su padre pensaba prostituirlas para poder sobrevivir. Fue entonces que el bueno de Nicolás, cierta noche, lanzó unas monedas de oro por la chimenea de aquella humilde casa, las cuales cayeron justo dentro de unas medias que las jóvenes habían colgado para que se secaran. Con aquel dinero pudo casarse la mayor de las muchachas. Nicolás repitió aquella acción en las dos noches siguientes, salvando a las tres chicas de un oscuro destino.

Chimenea, medias, regalos, noche... átomos primordiales del mito de Papá Noel.

Así y todo, el amado San Nicolás fue encarcelado y torturado, como parte de las persecuciones a los cristianos que llevó a cabo el emperador Licinio entre los años 316 y 318. Se cuenta que cuando fue liberado, gracias a otro emperador, Constantino, su aspecto distaba mucho de la rechoncha imagen del actual Santa Claus. Denegrido y raquítico, lleno de cicatrices y con el rostro quemado, el sacerdote regresó a Mira.

Según consta, murió el 6 de diciembre del año 345. Y fue esta la fecha que se tomó en algunos países europeos para instalar la leyenda: San Nicolás repartiría regalos a todos los niños buenos durante la noche del 5 al 6 de diciembre. En aquellas primeras versiones llevaba sus vestiduras eclesiásticas, generalmente verdes y blancas, montaba un burro o un caballo y, además de los numerosos obsequios, transportaba un manojito de varas para los niños desobedientes.

Uno de los países que alimentaba esta creencia era Holanda. Allí San Nicolás era *Sinter Klaas*, y tenía un ayudante, un tal *Zwarte Piet* o *Pedrito el Negro*. Los holandeses que luego emigraron a Norteamérica llevaron con ellos al santo de los regalos y dejaron a su ayudante.

En la tierra del Tío Sam, con la complicidad de escritores, dibujantes y la misma gente, *Sinter Klaas* se convirtió en Santa Claus, su caballo fue reemplazado por un trineo tirado por renos (tal vez el legendario equino no pudo soportar el sobrepeso ganado por su patrón), y el 6 de diciembre original se corrió al 25, fusionándose con la Navidad cristiana.

Las últimas pinceladas a la actual versión de San Nicolás se dieron en 1931, en la campaña navideña de *Coca-Cola*, donde aparece con su traje rojo, cinturón y botas negras.

Hasta aquí la metamorfosis mítica que dio origen a Santa Claus, Papá Noel para nosotros (del francés *Bonhomme Noël*), que transformó a un sencillo sacerdote en casi un superhéroe con residencia en el Polo Norte.

Ahora volvamos allí donde empezamos: Argentina. Buenos Aires. Villa Pueyrredón.

Hasta no hace mucho tiempo, en la noche de Navidad, los habitantes del barrio

recibían sus respectivos regalos... de las manos del mismísimo Papá Noel. O, al menos, eso es lo que dice el mito urbano.

¿Cómo es esto?

La historia comienza cuando un viejo residente de Villa Pueyrredón, al que todavía se lo suele citar con nombre y apellido, Patricio Luis Pretiche, Don Patricio para la mayoría, gana el Gordo de Navidad. El hombre había jugado solo por tradición: para él comprar un billetito en todas las Fiestas, era tan importante como el pan dulce. Y decimos solo por tradición porque Don Patricio tenía un muy buen pasar económico merced a una herencia familiar que bien guardada estaba en el Banco.

Alma bondadosa, el afortunado ganador decidió invertir el dinero del premio en la felicidad de los niños de su amada Villa Pueyrredón. Fue así que, un poco en honor al premio ganado, otro poco aprovechando su natural barriga y su barba canosa y enrulada, se convirtió en el Papá Noel del barrio, un Papá Noel con todas las letras.

Algunos comentan que este buen hombre no habría podido tener hijos con su difunta esposa, y que ahí residía la raíz de su amor a los niños.

—Todavía recuerdo cuando Don Patricio vino a contarme su idea —nos reveló LUCRECIO M., padre de Marcelo, el mismo cuyas palabras abrieran este capítulo—. Me pidió que las cartas que los chicos le escribieran a Papá Noel se las dejáramos en el buzón de su casa, y que no compremos ningún regalo, que él se iba a encargarse. Y así fue. Se apareció la noche de Navidad, a eso de las doce menos cinco, vestido de rojo y riéndose ¡jo, jo, jo!, con los regalos que Marcelito y Josefina habían pedido. Por las dudas, con mi señora habíamos comprado otras cositas, así que ese año los pibes se llenaron de juguetes. Y después nos enteramos. Don Patricio había hecho lo mismo con cada familia del barrio. Era un fuera de serie.

Cuentan que en aquella Navidad, a la que algunos sitúan a comienzos de la década del ochenta, si bien en algunas casas se recibieron los obsequios antes de la medianoche y en otras después, los adelantos o los retrasos, según el caso, no fueron de importancia. Así que, sencillamente, todos quedaron contentos: los chicos por haber recibido sus regalos de manos del mismísimo Papá Noel, los grandes por la alegría de los pequeños y porque se ahorraban el dinero de las dádivas, y Don Patricio por haberle podido brindar a su barrio una Navidad diferente.

De más está decir que estaba todo dado para que aquel «evento» barrial se repitiera en la siguiente Navidad. Y, según el mito, así sucedió, Don Patricio volvió a calzarse el traje rojo. Y en la Navidad que le siguió a aquella volvió a hacerlo. Y en la siguiente también. Y parece que cada año que pasaba mejoraba sus entradas: dicen que, a pesar de su edad, más de cincuenta por aquella época, comenzó a ingresar por alguna que otra ventana, y hasta aseguran que había una o dos casas a las que entraba por la chimenea.

¿Serán estos últimos rumores síntomas de que el boca en boca metió la cola

exagerando una historia relativamente sencilla?

Es posible.

Como todo mito, este tiene dos extremos. En uno están las personas que defienden la veracidad de las andanzas navideñas de Don Patricio, como Marcelo y su papá, mientras que en el otro están los que desconfían de todo el asunto, como ABEL O., mozo de un bar sobre la calle J. L. Cabezón, quien nos dijo:

—La historia del Papá Noel ese la escuché mil veces y siempre le cambian algo. Que a mí me conste, el tipo ese ni existió. Mirá que llevo cuarenta años de mozo en el barrio y nunca lo vi. A mi casa, por lo menos, no vino a dejarme ni un sorrentino.

FERNANDA D., dueña de una librería, también guarda sus objeciones al mito:

—Villa Pueyrredón no será grande como Palermo pero tampoco son tres manzanas locas. Por más que le busques la vuelta es imposible que una sola persona recorra todas las casas del barrio en hora, hora y media. No se puede. Lo de Patricio es un lindo cuento y nada más.

Matemática y físicamente, Fernanda tiene razón. Pero no es tan fácil matar un mito, pues aun agonizando se revuelve buscando una oportunidad, una posibilidad de seguir existiendo.

Versiones que hablan de un gemelo de Don Patricio que lo ayudaría a repartir los regalos (una suerte de *Zwarte Piet* porteño) o de cierta máquina teletransportadora, bien pueden tratarse de una muestra de esos manotazos desesperados que da la leyenda urbana al sentirse atacada.

Y parece que esa lucha por persistir da sus réditos, al menos en este caso, ya que terminamos escuchando en la boca de algunos vecinos una variación de la historia que resuelve los problemas planteados en los últimos dos testimonios. Esta línea alternativa afirma que Don Patricio fue realmente el Papá Noel que se cuenta, pero su recorrido se habría restringido a tan solo una docena de hogares, aquellos donde vivía gente que apreciaba. De ahí que no acusara serías impuntualidades en su labor. De ahí que Abel, el mozo, no recibiera nunca su visita.

No es una opción descabellada. Es más, quizá se trate de la más lógica de todas, y funciona muy bien como base real del mito urbano: luego el boca en boca, con su tendencia a exagerar las historias, habría extendido el itinerario de nuestro personaje a toda Villa Pueyrredón.

¿Y qué fue lo que pasó con nuestro Santa Claus barrial?

El destino de Don Patricio es asombroso. Su final, o, al menos, el que cuenta la gente, es en sí mismo un relato cercano y perturbador.

Diciembre de 2001. Crisis económica. Cacerolazo. El despiadado corralito no perdona a nadie... ni siquiera a Papá Noel.

Sí, Don Patricio fue una de las tantas víctimas de aquella masacre financiera. De los ahorros que guardaba en el banco, los que no se devaluaron simplemente

desaparecieron. Y fue así que se encontró cerca de los ochenta años, sin familia y casi en bancarrota.

Aquella Navidad porteña no fue tan feliz, y menos en Villa Pueyrredón. En el barrio no hubo Papá Noel, al menos en persona, como estaban acostumbrados sus habitantes.

Se dice que en un primer momento, en agradecimiento a tantos ¡jojijos!, los vecinos realizaban una colecta mensual para ayudar a Don Patricio, pero parece que la buena voluntad no era suficiente porque en los días previos a la Navidad de 2002 o 2003, depende la versión, aquel hombre que nunca había tenido problemas de dinero, aceptó una changa: hacer de Papá Noel en una galería comercial, para que los chicos se saquen fotos con él.

Patricio Luis Pretiche volvía a calzarse su mítico traje. Si bien no repartiría regalos de casa en casa, el fin era el mismo: llevar alegría a los más pequeños.

Cuentan, entonces, que en una de esas calurosas tardes de mediados de diciembre, la cola, a la espera de un saludo y una foto, era inmensa. Y aquella Diosa Fortuna que le sonriera unas décadas atrás, haciéndolo poseedor de un dineral, ahora, no contenta con lo del Corralito, le volvía a dar la espalda a Don Patricio: el aire acondicionado del complejo se descompuso de repente, lo que provocó que, por primera vez, no la pase nada bien dentro de aquel traje rojo y blanco. El anciano comenzó a transpirar y transpirar, de gotas a ríos, de ríos a cataratas, la presión le fue bajando, hasta que ya no pudo mantenerse en pie y tuvo que permanecer sentado. Sin embargo, a pesar de su sufrimiento, él no demostraba nada, seguía como si estuviera en el Polo Norte, sonriéndole a cada chico que se sentaba en su regazo.

Él amaba a los niños.

Y sucedió que, así como estaba, sentado en su trono de terciopelo, empapado de sudor bajo el colorido traje, Don Patricio se descompuso del todo y, sin que tuviera tiempo a nada, sufrió un infarto fulminante.

Dicen que el débil quejido que emitió se perdió en el barullo de la galería, y que hasta pudo haberse confundido con un cansino *jojijo*.

Don Patricio había muerto... y nadie se dio cuenta. Su grueso cuerpo quedó en la misma posición, sentado en el trono. Su cabeza se ladeó un poco, el gorro se inclinó ocultándole los ojos.

Y nadie se dio cuenta.

Los chicos se siguieron sacando fotos. Algunos pensaron que Papá Noel estaba cansado, que por eso ya no se reía y se quedaba en su asiento. Pero habían esperado tanto aquel momento que, ni bien les tocaba, se sentaban en el regazo de su ídolo, lo abrazaban, clic, y a buscar la foto.

Nadie sabe con certeza cuánto duró aquello, pero gente como ADOLFO A. no pueden olvidar el instante en el que se supo la verdad.

—Fue terrible. Yo estaba haciendo la cola con mi hijo, y el chico que pasó a sacarse la foto estaba emocionadísimo. Se tiró encima de Papá Noel para abrazarlo, y el viejo se desplomó sobre el pesebre, haciéndolo pedazos. Todos los nenes empezaron a gritar. Nunca se me va a borrar de la mente la cara de aquel chico, el que había pasado: estaba pálido, asustado, como si a Papá Noel lo hubiera matado él.

La versión «oficial» encuadra el siniestro acontecimiento en una galería cerrada, como citamos; pero algunos, como Adolfo, no opinan lo mismo.

—Ninguna galería. Pasó al aire libre, en el Centro Comercial. ¡Me lo van a decir a mí, que estuve presente! No se rompió ningún aire acondicionado, no, era un día que hacía un calor de locos, más de cuarenta de térmica. El pobre viejo se tuvo que haber cocinado dentro de ese traje.

Por un lado Adolfo parece opinar certeramente, ya que para Navidad y Año Nuevo suelen hacerse celebraciones a cielo abierto en el Centro Comercial de Villa Pueyrredón.

Pero por otro lado el sentido común indica que, de haber sucedido los hechos en este tipo de festejos, los empleadores de Don Patricio deberían haberlo ubicado, aunque más no fuera por su edad, en algún lugar climatizado. Y aquí la versión del aire acondicionado roto vuelve a ganar validez.

Desandamos algunas de las calles del Centro Comercial, como Artigas, Griveo y Mosconi, buscando mayor información acerca del día final de Don Patricio. Muchos de los comerciantes dijeron no haber oído nunca la historia, y los pocos que sí la conocían, la tildaron de fábula navideña sin bases reales.

¿Escepticismo o pocas ganas de manchar el negocio propio con una muerte? Quizás ambas cosas... o quizá ninguna, quizá todo el asunto se trate de eso, de una fábula. ¿Pero cómo se originó entonces? MAVI G., una paseante de aquel Centro Comercial, fue la que nos brindó una posible pista:

—Yo no estaba en el Centro, ese día. Aunque después me lo contó medio barrio. Parece que un tipo vestido de Papá Noel se descompuso y se desmayó; pero nada más, el hombre no se murió, al rato volvió en sí. Me dijeron que los chicos que esperaban para sacarse una foto entraron en pánico. Lógico, pobrecitos; ver a Papá Noel en ese estado fue un shock para ellos.

Y luego tendríamos una vez más el boca en boca haciendo de las suyas. No es difícil imaginar a algunos de esos chicos huyendo de aquella galería inmediatamente después del incidente, demasiado asustados como para aguardar y enterarse de la recuperación de su ídolo. Para ellos Papá Noel había muerto delante de sus narices y así lo transmitirían.

Una cosa más: en ningún momento Mavi identificó al Santa Claus desvanecido con nuestro Don Patricio.

—Que yo sepa, era un tipo cualquiera —nos dijo—, nadie de importancia.

Ahora, si analizamos las dos mitades de esta leyenda urbana, tanto la que describe la «época de oro» de Don Patricio como la que relata su final, veremos que cada una parece valerse por sí misma, como si en un origen hubieran existido por separado. ¿Estaremos ante la fusión de dos mitos que tiempo atrás supieron ser independientes? De ser así, las últimas palabras de Mavi bien pueden tratarse de un eco de aquella condición perdida.

La ecuación parece sencilla: dos leyendas urbanas surgidas, cada una, de hechos reales luego exagerados por el boca en boca, ambas compartiendo un protagonista de características similares. Solo habría que conseguir que sendos protagonistas sean la misma persona y listo, mitos fusionados. ¿Pero cómo hacer que un adinerado habitante del barrio termine trabajando por unos pesos en un Centro Comercial? ¿Se agotó su fortuna? No es muy creíble, Don Patricio era bueno, pero no tonto. ¿Se la robaron? Esta versión pudo haber existido durante un tiempo, pero al tildar a Villa Pueyrredón de «peligrosa» no les caería muy simpática a sus habitantes y habría perdido fuerza. Y así, mutando, tanteando una y otra variante, respetando las leyes darwinianas del mito (la supervivencia de la versión más apta), en algún momento alguien relacionó los hechos de finales de 2001 y descubrió que era la amalgama perfecta: Don Patricio había sido víctima del corralito.

Nunca sabremos si la leyenda urbana se construyó de esta manera, pero no deja de ser una posibilidad, interesante por cierto.

Una última observación. Tal vez se trate de una coincidencia, pero no podemos hacer la vista gorda.

Las crónicas dicen que, para aquella célebre campaña de *Coca-Cola* de 1930 que consolidó la iconografía de Santa Claus, el primer modelo que se tomó para delinear el aspecto del personaje fue un vendedor jubilado llamado... Lou Prentice. ¿No les suena? Lou Prentice, Luis Pretiche. Sí, el nombre completo de nuestro Papá Noel barrial: Patricio Luis Pretiche. ¿Será esta la prueba de que Don Patricio no existió, de que alguien inventó la historia y que luego su protagonista fue tomando el nombre, porteñizado, de este olvidado vendedor, en quien se basa la actual figura del Padre Navidad? ¿Habrán que darles la razón a aquellos que aseguran que el desinteresado periplo de Don Patricio es solo una fábula navideña?

Pero por más que ataquemos, una y otra vez, la veracidad de este relato, solo volveremos a comprobar lo difícil que es echar por tierra un mito: cuanto más apretamos el nudo, más lucha por existir.

Piensen si no en el mito de Papá Noel, pero no en el barrial, piensen en ese mito que vivió en cada uno de nosotros cuando éramos niños, ese que llenó de magia nuestras primeras Navidades, ese que fue derribado por aquel desconsiderado compañero de escuela. Papá Noel son los padres. ¡Qué idea tan absurda! Idea que, sin embargo, terminábamos por creer, porque todos la creían, porque nosotros mismos

padres se revelaban como tales. Pero ¿qué autoridad tenía ese compañero para desacreditar semejante leyenda? ¿Qué sabían, en definitiva, nuestros padres de la existencia o no de aquel ídolo? Ellos dejaron de creer en Papá Noel por las mismas razones que nosotros, y luego habían tomado su lugar, y a sus padres, nuestros abuelos, les habría pasado algo semejante, y así. El escepticismo hacia Papá Noel tiene todo el aspecto de un mito, pues se trata de una costumbre que se transfiere de generación en generación sin hacerse grandes preguntas: Papá Noel no existe y punto. ¿Cuál es la leyenda entonces? ¿La que nos habla de aquel gordito vestido de rojo que nos visita el 24 de diciembre a la noche o la que nos asegura que nuestros padres se hacen pasar por ese mismo gordito?

No es fácil matar un mito. Y el de Papá Noel no es la excepción. O me van a decir que, en el fondo, oculta por un manto de «madurez», no guardamos la esperanza de que Papá Noel realmente exista.

Aquel regalo junto al arbolito, ese que no dejamos nosotros ni vimos que fuera dejado por nadie, ese de envoltorio brillante; podemos suponer que fue dejado por algún familiar sin que nos diéramos cuenta, o podemos pensar que lo dejó... ¿por qué no?... Él.

PARTE V

Forasteros

Barracas



El Flautista de California y La Vieja del Agua

¿Quién no conoce este cuento de hadas?

En la ciudad alemana de Hamelin había una imparable invasión de ratas. Los roedores eran los dueños de la ciudad y parecía que nada los detendría.

En un gesto desesperado, el alcalde ofreció una enorme bolsa llena de monedas de oro para aquel que eliminara la plaga. Nadie se presentaba.

Cuando las esperanzas se estaban perdiendo, apareció un personaje inusual. Alto, delgado, vestido de brillantes colores, un sombrero con una pluma y una flauta. El personaje aseguró que antes del final del día terminaría con el problema.

El flautista se dirigió a la calle principal y al hacer sonar su mágico instrumento, las alimañas quedaron automáticamente fascinadas y siguieron al flautista hasta un precipicio. Las ratas se lanzaron y desaparecieron para siempre. Completada su obra, volvió a la ciudad para hacer efectiva su recompensa. Y entonces...

Este es uno de los antiguos barrios de Buenos Aires y como tal, cercano a las derivaciones del *Mar Dulce*, como denominó el español Juan de Solís al Río de la Plata.

Los inicios del barrio vienen del siglo XVII, cuando empezaron a instalarse construcciones rústicas que almacenaban cueros y otros productos que entraban o salían de la ciudad. Estas construcciones se conocían como «barracas». Ya en el siglo XIX era utilizado por las familias más adineradas del país como lugar de esparcimiento, lo que produjo la edificación de esmeradas casonas y casas quintas. Familias como los Álzaga, los Balcarce o los Montes de Oca se codeaban y lucían sus poderosas mansiones. Ese momento de esplendor se interrumpió de manera abrupta debido a la epidemia de fiebre amarilla de 1871, que se lleva la vida de al menos 13.000 personas. La peste alcanza tales dimensiones que produce una reestructuración definitiva de Buenos Aires. En el caso de Barracas, las familias, dueñas de esas prodigiosas mansiones, huyen hacia el norte de la Capital.

Acá queremos detenernos para puntualizar lo que podría ser un antecedente de las leyendas actuales.

Cuando se produce el brote de fiebre, en un conventillo de San Telmo se celebraba el carnaval. Cuenta la leyenda que, al año siguiente, junto con el Rey Momo, la máxima autoridad del festejo, aparece un muchacho negro de apellido

Apey, el negrito Apey, que tocaba una especie de tambor llamando a las almas en pena que no querían abandonar sus casas y las conducía directamente al Riachuelo para que se purificaran y ascendieran para su descanso eterno. Recordemos que en esa época el Riachuelo, si bien era sucio por los desperdicios, sobre todo de las curtiembres, no estaba prácticamente contaminado. Según se cuenta, estas ceremonias que tomaban algunos elementos africanos y autóctonos fueron prohibidas por la Iglesia, horrorizada de esos «ritos paganos». Pero los carnavales continuaron igual...

Barracas entonces se pobló con inmigrantes de muchas nacionalidades pero en especial italianos, reconvirtiendo al barrio en un lugar de gente trabajadora y también de gente de baja calaña que se juntaba en diferentes cafetines de la zona. La incorporación de varios puentes entre la capital y la provincia le dio un lugar estratégico y Barracas tuvo un vertiginoso crecimiento que se mantiene hasta mitad del siglo XX, cuando comienzan a cerrarse fábricas. Finalmente, una autopista a principios de los ochenta desvaloriza al barrio.

Y llegamos a fines de los 80.

Y al Flautista.

Todo o casi todo nos remite a José Schiarrota, mejor conocido como Don Pepe. Este verdadero monumento de ternura y abnegación para con los más chicos merece un párrafo aparte. Su historia se remonta a los años 40. Junto a un grupo de amigos construyó dos plazas, una para varones y otra para niñas, ubicadas en General Hornos y Aristóbulo del Valle. No contento con esto, Don Pepe sorteaba juguetes que le pedía a los fabricantes como donación. Aparentemente esto no era por casualidad, ya que Don Pepe era corredor de juguetes, y por ese motivo conocido por todos los fabricantes de los mismos. La cuestión siguió y aprovechando su fama los recolectaba y donaba a escuelas y hogares de Barracas. En las fiestas se disfrazaba de Rey Mago.

En los 90, gracias a la Municipalidad y a la ayuda de comerciantes y vecinos, se pudo construir, en el predio de las plazas, un Polideportivo, con la particularidad de que es el único que fue bautizado con el nombre de su personaje inspirador estando este aún vivo. Por lo tanto, al lugar se lo bautizó como Polideportivo Don Pepe.

Como decíamos antes, nuestra leyenda tiene mucho que ver, o al menos uno de sus posibles orígenes, con este personaje apodado El Papá Noel de Barracas.

Don Pepe, en uno de sus últimos viajes al interior, habría conocido a nuestro Flautista, que se hacía llamar Hassan y provenía de Túnez. Esto habría ocurrido a finales de los 80, cuando la Argentina se encontraba sumida en plena hiperinflación. Don Pepe veía con mucha preocupación este proceso y redoblaba sus esfuerzos para llevarle alegría a sus queridos niños. Por lo que se trae a Hassan y lo lleva a diferentes lugares, entre ellos al hospital de Pediatría Pedro de Elizalde, donde el Flautista (y aquí se mezclan diferentes estereotipos) habría fascinado a una serpiente

cobra para salir de su canasta y también habría alejado a todos los roedores del hospital. Se cuenta que la melodía que producía su extraña flauta curó a varios niños.

Como en todo mito, la tarea de rastrear testimonios fue sumamente ardua. Recorrimos el viejo edificio del Hospital de Niños, ubicado en Av. Montes de Oca y Av. Caseros sin obtener resultados. Las negativas e inclusive las burlas eran lo corriente. Después de dos días de investigación en el hospital, nos marchamos con las manos vacías. Resignados, nos fuimos a tomar un café a un pequeño buffet del hospital. La investigación no venía demasiado bien, ya que Don Pepe había fallecido y se había llevado muchos detalles de nuestra leyenda a la tumba.

En eso, se nos acerca un hombre de unos cuarenta años con una bata verde, de las que se ponen los médicos. Aquí reproducimos el diálogo:

—Sé que están buscando información sobre Hassan, el tipo de la flauta, ¿no?

—Así es.

—Yo soy médico del Pedro Elizalde y no les voy a revelar mis datos porque en la institución se ha arrojado un manto de silencio sobre Hassan.

—¿Por qué?

—Imagínense, alguien que con la música puede curar a la gente. El caso es que cuando ese personaje pasó por acá, yo era practicante. Me acuerdo que ese día el hospital estaba conmocionado porque vendría Don Pepe.

—Lo conocemos.

—Ah, bueno, me ahorro los comentarios. Cayó con un montón de bolsas de juguetes y detrás de él apareció un hombre rarísimo, muy delgado. Tenía la cara de un color... como si se hubiera puesto betún. Y los ojos parecían dos piedras negras.

—¿Es verdad que tenía una serpiente, una cobra exactamente, que hizo salir de su canasta?

—Eso no lo vi. Si bien como practicante no me manejaba libremente, pude observar cuando entró en Oncología. Hacía sonar ese instrumento y el sonido parecía acariciarnos. Por favor, ver la sonrisa de esos pibes, no tenía precio. Pero lo más increíble sucedió días después. Era comentario en todo el hospital. Cada uno de los chicos a los cuales el Flautista les había obsequiado, digamos, su melodía, mostraba cierta mejoría. Hubo un par de casos de remisión tumoral. Oficialmente no hubo comentarios. Como yo era todavía joven decidí ir a buscar al Flautista, quería traerlo de vuelta. ¡Ya me imaginaba ganando el premio Nobel!

—Fue a verlo a Don Pepe, seguramente.

—Claro, eso fue lo primero que hice. Me acuerdo que hasta llevé radiografías. Le pregunté cómo ubicar al Flautista. «Me encantaría, muchachito,» me dijo, «pero se las tomó. Tenía otros compromisos. ¿Pero estuvo bien?».

Me dio una palmada en la espalda con una de sus manos enormes, como diciendo «y qué le vas a hacer» y me habló de sus otros proyectos. No me quedé satisfecho

con la respuesta, y traté de averiguar. Ahí me enteré lo del pacto.

—¿El pacto?

—Sí. Parece que hubo un malentendido. El Flautista entendió que Don Pepe le iba a pagar por sus servicios. Cuando se enteró de que no era así, se fue. Dijo que esa promesa incumplida tendría consecuencias. Nunca pude averiguar cuáles. De todas maneras, utilicé la música con algunos pacientes. No sé si se curan, pero al menos les hace bien. A veces me dicen que soy como un Patch Adams, ese médico que, dicen, utilizaba la terapia del humor como tratamiento.

—¿Y pudo encontrar al Flautista?

—No, pero me dijeron que lo habían visto varias veces por el barrio, por la calle California. Estuve recorriéndola varios días pero jamás me lo crucé. Aunque pasaron muchos años, si se enteran de algo, tendría muchas preguntas para hacerle. Y no por mí, sino en nombre de la ciencia.

De inmediato orientamos nuestra investigación a la calle mencionada. Los resultados preliminares eran muy desalentadores. Era como una respuesta colectiva: «Por acá vimos pasar de todo, chorros, villeros, políticos, pero nunca alguien con una flauta, seguramente se la hubieran afanado». Archivamos el mito un largo tiempo. Esperábamos que la leyenda siguiera su curso y saliera a la luz.

Dio resultado.

Y no solo eso, nos topamos con un personaje inesperado: la «Vieja del Agua».

Si bien se la asocia con un personaje servicial, amiga de sus amigos, alguien rústico y de buenos sentimientos, su historia alcanza dimensiones inesperadas.

«Estamos un poco mejor gracias a la vieja del agua», es la respuesta casi unánime.

Y algo de esa respuesta estaba en el Riachuelo, ese curso de agua impura, que rodea parte de la zona sur de nuestra Capital.

Tampoco el nombre es algo aleatorio. En los ríos de Argentina y mucho tiempo atrás, se podían encontrar (inclusive en el mismo Riachuelo) unos extraños pececitos, llamados «viejas del agua». Estos animales tienen su cuerpo revestido de placas o escudos, son algo así como peces acorazados. Son limpiadores que se alimentan de musgo. Metafóricamente son peces que limpian impurezas y están preparados para resistir cualquier cosa con su armadura natural.

¿Nos encontrábamos, entonces, frente a un mito social? ¿Una simple imagen de resistencia del barrio ante todos sus contratiempos no sólo económicos sino naturales, como las crecidas del Riachuelo enfermo en las sudestadas?

En parte sí...

Después de caminar por casi todo el barrio, nos familiarizamos con la trágica historia de Ernestina Miranda, una mujer que junto a su esposo, poseía una pequeña empresa textil. En la década del noventa y con la apertura indiscriminada de la

importación, no pudieron mantener los costos y la empresa se fundió. Al poco tiempo, el esposo de Ernestina falleció de un infarto y ella se quedó sin su cónyuge pero con deudas. Después de rematarse todo, inclusive su casa, quedó prácticamente en la calle.

Siguiendo su pista, llegamos a un lugar que se conoce como Barrio Ferroviario. Ubicado en Australia al 2700, se destaca del resto de las edificaciones por ser un apretado conjunto de 300 departamentos de tipo inglés construido para la gente que trabaja o trabajaba en los ferrocarriles.

Hablamos con MARÍA B., ex vecina de Ernestina, que nos arrojó un poco de luz sobre su destino y esta fue la increíble revelación:

—La señora Ernestina era muy buena persona. Sufrió mucho esa señora. Ella me contaba cómo vivían antes. No era rica pero vivían bien. Yo siempre fui pobre, así que estoy acostumbrada, pero ella iba a la peluquería todas las semanas. Después de lo que le pasó, y con esa pensión de mierda que tenía, gracias que podía comer.

Le preguntamos si tenía algún familiar.

—Tenía dos hijos que nunca iban a visitarla. La pobre siempre hablaba de ellos, pero esos desagradecidos ni siquiera llamaban. Me acuerdo el día anterior a lo que pasó, que vino a mi casa como loca. «María», me dice, «si vienen mis hijos deciles que no estoy». «¿Por qué?», le pregunto. «¡Me quieren internar en un geriátrico!, ¡se quieren quedar con esta casita también!» «Tranquila, doña», le decía yo, «y tómese unos mates conmigo, si vienen esos guachos, los sacamos a patadas». Esa noche nos quedamos hasta bien tarde. Hasta jugamos al truco con mi cuñada. Al otro día me enteré. No lo podía creer.

Nos imaginamos qué podía ser pero le pedimos que nos contara.

—Parece que bien tempranito salió de la casa. Hasta se cruzó con don Tomás, un señor que es sereno en un garaje y que llegaba en ese momento. Lo saludó bien normal. Don Tomás la vio llevar un changuito que parecía pesarle mucho. Todavía le preguntó si iba a hacer las compras tan temprano y Ernestina le contestó algo que don Tomás no entendió.

María abrió una de las ventanas que daba a la calle y siguió:

—Agarró por Australia, después por Santa Magdalena, dobló en California y después Vieytes hasta el viejo puente Pueyrredón. Y se tiró de ahí. Pero nunca la encontraron. Nunca. Pero ella volvió.

Nos quedamos callados sin saber qué decir.

—Después que falleció, vinieron esos cuervos de los hijos a querer vender todo. Casi les prendemos fuego. Al final la casa la compraron como depósito de algo. Yo estaba con bronca y también muy enojada. Lloraba todo el día, hasta que una noche se me apareció la señora. Estaba muy cambiada, como si se hubiera metido en barro, con unas costras. Igual yo sabía que era ella. Estaba muy asustada pero ella me

tranquilizó. «Quedate tranquila», me dijo, «yo voy a estar cada vez mejor. Así como me ves, estoy bien protegida. Todo lo malo lo voy a limpiar. Y te adelanto una cosa: tu casita va a valer más porque van a venir a ponerla muy linda. Vas a recibir ayuda, ya no se te va a llover el techo». Les juro por la virgencita de Luján que a los meses vinieron los gallegos y pusieron plata para arreglarlo todo.

Nos despedimos de María, no sin antes notar el cartel donde se mencionaba a la embajada de España como impulsora de las obras de recuperación del conjunto de departamentos que acusaban más de 110 años de existencia.

Debíamos, no obstante, seguir profundizando sobre la leyenda. Consultado sobre la posibilidad de que una persona no pueda ser encontrada en el río, el prefecto MIGUEL G. nos confirmó que no es imposible esa variante:

—Si el individuo se arroja con un peso y este a su vez está fuertemente sujeto, es probable que permanezca un tiempo ilimitado. Además, en el Riachuelo, tenemos el agravante de la gran cantidad de basura de un amplio espectro, como por ejemplo, partes de cascos de barcos semienterrados. Si el cuerpo queda enganchado ahí, puede que se interrumpa su ascenso. Por último, la visibilidad en este curso de agua es prácticamente nula, lo que dificulta aún más la búsqueda.

De inmediato, recordamos lo que nos había dicho María acerca de que Ernestina llevaba un changuito muy pesado. La historia cerraba muy bien. Pero lo que seguía iba a ser más sorprendente.

Al recorrer la calle California, en la que supuestamente se había refugiado Hassan, el Flautista, empezaron a aparecer, como por arte de magia, los testimonios que se nos habían negado.

TITO O. (empleado de un salón de fiestas, en California al 1300): «Antes no hablábamos porque teníamos miedo. Ese chabón era como de la mafia. Te tocaba la flauta de prepo y si no le dabas plata, se te venía la malaria. Yo todavía no trabajaba acá, pero la dueña me contó que vino un par de veces y ella le tuvo que dar algo. No quería plata, quería oro. Dice ella que le dio un anillo de su abuela. Ahora que la vieja del agua lo limpió, no jode más».

HUGO S. (jefe de depósito de una distribuidora de libros en Montes de Oca al 1600) fue más cauteloso: «A mí me contaron que hace algunos años, y podrido de las ratas, un empresario se trajo a un viejo que tocaba la flauta en la calle Florida para que las espantara. Hasta se jugaron apuestas a ver si las sacaba o no. Este empresario les ganó a todos porque aquello resultó. Así el flautista limpió varias fábricas. La macana vino cuando esta persona quiso cobrar. La mayoría se hicieron los boludos. Dicen que muchos después quebraron. Desde entonces, por las dudas, ni se lo nombra. Ahora parece que se las tomó, al menos del barrio».

Lo que nos obliga a volver sobre el cuento del Flautista de Hamelin.

Después de terminar su tarea volvió al pueblo para cobrar su recompensa. Para su asombro, encontró las puertas de la ciudad cerradas. Golpeó varias veces y dijo: «Habitantes de Hamelin, déjenme entrar, soy yo, el flautista que los ha liberado». Pero el alcalde le agradeció y le dijo que podía irse. El flautista reclamó su recompensa. «¿Recompensa? Yo nunca te prometí nada», contestó el alcalde. El flautista enojado advirtió que si no cumplía su palabra, Hamelin, al final del día, se convertiría en la ciudad más triste del mundo. El alcalde socarronamente le preguntó cómo iba a hacer semejante cosa, ¿con su flautita tal vez?

El flautista entonó una extraña melodía que atrajo a todos los niños de Hamelin, menos a uno que no podía caminar rápido por tener muletas. Se llevó al resto a una montaña. Con un ademán suyo, la montaña se abrió revelando en su interior un mundo mágico de juguetes, dulces y felicidad eterna. Entonces todos los niños entraron y aquellas gigantescas rocas se cerraron tras ellos para no abrirse nunca jamás.

Como el flautista predijo, la ciudad se convirtió en la más triste del mundo.

Quizás algún día cuando los hombres sean puros como los niños y pierdan su avaricia la montaña se vuelva a abrir.

La moraleja del cuento nos vuelve a introducir en la arquitectura de nuestro mito, de neto carácter social. El barrio, desagradecido con este singular músico, primero se encandila a principios de los 90 pero cae en desgracia a partir de pasada la mitad de la década. Como en el relato, Barracas se puso silenciosa y triste. Sus fábricas cerraban y la pobreza se extendía. Se volvía a repetir el ciclo que venía de la época de la fiebre amarilla. Imprevisión, avaricia. Lo que rompería en este caso el ciclo sería el ascenso de otra leyenda que vendría a mitigar semejante castigo. Curiosamente, una víctima, Ernestina Miranda, o la popularmente llamada Vieja del Agua, devuelta por las contaminadas aguas del Riachuelo para cumplir esa misión reparadora.

Por eso dejamos para el final este «enfrentamiento» entre estos dos personajes míticos porque es digno de mención.

Este testimonio fue recogido en un clásico bar de California y Montes de Oca. Nada de lo que se dijo ahí fue refutado por los presentes. Muchos habían escuchado la historia y aseguran que es cierta y, además, muy reciente.

Demetrio (empleado municipal y cantante de tango de fin de semana. Mezcla lavada de Gardel y un timbre de voz lejanamente parecido al de Julio Sosa) se sentó en una de las sillas de madera y se quedó mirando la calle un largo rato como si el asfalto tuviera memoria y él pudiera leerla.

—Ese Hassan salió de acá nomás —nos dijo—, decían que estaba guardado en la fábrica abandonada de Noel, en esta (California) y Av. Patricios.

»Yo venía de hacerle el aguante a unos muchachos como invitado en el Viejo Almacén. Venía escamoteando un aguacero, se me ocurrió meterme por Santa Magdalena. No sé si sabrán, al menos las dos primeras cuadritas, la hacen la calle más angosta de Buenos Aires. Justo estaba por ahí. Enseguida me di cuenta de que no era el único.

»Hacía un tornillo que te la regalo. Encima las gotas de lluvia parecían escupidas de muerto de tan heladas. Igual, algo me decía que no me tenía que rajar. No me equivoqué: en medio de la lluvia estaban el Flautista con su ropas que brillaban con los relámpagos, y la vieja, más oscura que la noche. Hassan manejaba su instrumento como si fuera una espada, la música salía de la flauta con cada estocada, y aquellas notas parecían atravesar la lluvia y deshacer a esa montaña de barro que era la vieja. Y la señora pegaba unos gritos horribles que, les puedo asegurar, no eran de este mundo, porque no le venían de la garganta, era como que todo ese cuerpo turbio largara ese sonido que te hacía castañear la dentadura. La cosa habrá durado casi media hora. La vieja estaba deformada por los «tiros» de la flauta, pero igual se le acercaba al músico. Hasta que lo arrinconó contra una pared y lo empezó a cubrir de barro. Reconozco que yo le había dado bastante al tinto, pero esas cosas no te las hace inventar el alcohol. Eso lo quiero dejar bien clarito. Bueno, como decía, abrió la boca que le llegaba hasta el piso y simplemente se lo tragó. Lo último que se morfó fue la flauta. Después de eso, se perdió en la tormenta.

»Me contaron que ahora el alma de la vieja está en una mujer, una loquita que se pasea casi todos los días por Montes de Oca llevando un changuito de súper, vacío. Tiene unos treinta años y lleva siempre un moño en el mando, y dibujada sobre el moño, una flauta.

Nos aseguraron que Hassan, el Flautista, no volvió a aparecer, pero hay gente que no se confía. Muchos vecinos de Barracas llevan, en todo momento, unas monedas, por si acaso, no vaya a ser que aquella dulce melodía los sorprenda a la vuelta de la esquina.



El mito que investigábamos era simple y seductor: dicen que en cierta ocasión, hace mucho tiempo, pudo verse un barco pirata navegando por las aguas del Riachuelo, e incluso anclando en su antiguo puerto. Y, como ya nos ha pasado otras veces, al sumergirnos en el mito, fuimos conducidos a otro.

El origen del asunto parece estar cientos de años atrás, allá por 1537, cuando el marino y comerciante genovés León Pancaldo pretendía llegar a Perú con su valiosa carga, vía el Estrecho de Magallanes. Sucedió que nunca llegó a Perú, ni siquiera al Estrecho. Una de sus embarcaciones encalló frente a la desembocadura del Riachuelo y se vio obligado a desembarcar en el puerto de Buenos Aires, en tierras que hoy pertenecen al barrio porteño de La Boca. En aquel tiempo aún se encontraba la población fundada por don Pedro de Mendoza, la cual, con la excusa de haberle encontrado dos esclavos entre la tripulación, le decomisó a Pancaldo toda la mercancía que llevaba y lo obligó a venderla allí mismo. Entonces los habitantes, en medio de su escasez, le compraron todo... a crédito, crédito que el marino jamás cobró, muriendo triste y pobre, tres años más tarde.

Hasta aquí la versión «oficial». La otra versión, la «extraoficial», asegura que el embaucado genovés pudo rescatar, antes de que le decomisaran todo, lo más preciado de su cargamento y alcanzó a enterrarlo en algún lugar de las tramposas tierras donde había encallado. Y nunca llegó a desenterrarlo.

¿En qué consistía aquello tan valorado por Pancaldo?

La leyenda habla de un tesoro, por supuesto: joyas, oro, piedras preciosas. Es que León Pancaldo había protagonizado innumerables aventuras por Asia y Europa, llenando sus barcos de quién sabe cuántas riquezas.

Así fue que el rumor de que algo inmensamente valioso se escondía en los lejanos parajes del Río de la Plata habría recorrido los siete mares y, como consecuencia de ello, los buscadores de tesoros comenzaron a invadir las aguas rioplatenses. Y no podían faltar, entre ellos, los míticos piratas.

Como dijimos al comienzo: un mito basándose en otro; los míticos corsarios tras la leyenda de un tesoro perdido en lo que hoy es La Boca.

¿Cuánta fuerza puede tener un mito, o dos en este caso? La suficiente como para atravesar navegando más de cuatrocientos cincuenta años y seguir vigente...

CRISTINO J.: «Donde hay piratas hay un tesoro. Esa historia viene del tiempo de la República de La Boca».

PAULA P.: «Yo pensaba que era un invento de los viejos del club, hasta que hace poco me encontré a dos mochileros ingleses que decían buscar un tesoro enterrado acá, en La Boca».

Profundicemos primero en el asunto del tesoro. Haciendo un seguimiento histórico de la mercancía «vendida» por Pancaldo pueden rastrearse algunos de sus componentes hasta el Paraguay. Siempre se habla de muebles, armas y vestimentas de valor. ¿Cuánto más valioso sería lo que decidió no mostrar, lo que supuestamente escondió en la tierra que lo vio morir?

Cierto documento fechado el 30 de noviembre de 1875, el cual algunos indican que se originaría en Asunción, sería uno de los pilares que mantiene al mito en pie. Nadie lo firma, pero correspondería a la bitácora de un marino francés de paso por el Paraguay.

En dicho documento el marino asienta que a los dos días de desembarcar en tierra paraguaya, un descendiente de *carios* (los carios guaraníes se extendían del río Paraguay hasta la costa atlántica del sur brasileño) le entregó, a cambio de *mercancía asiática*, un mapa que habría encontrado tras el forro de un antiguo ropaje de caza. El mapa indicaba la ubicación de un valiosísimo tesoro. El lugar marcado con una cruz concernía al que había sido el lugar de origen de la prenda, el Río de la Plata. En el documento se indica que el mapa llevaba escritas dos iniciales: L.P.

Algunos dicen que el marino francés llegó a nuestras tierras, se apoderó del tesoro, que no sería otro que el de León Pancaldo, y se marchó, haciendo vanas las búsquedas de cualquier explorador posterior.

¿Habría tenido tiempo Pancaldo de confeccionar un mapa, firmarlo, abrir el forro de un traje de caza, esconder el mapa allí y volver a coser la prenda, antes que le decomisaran su carga? Por la urgencia con la que se desarrollaron los acontecimientos diríamos que muy difícilmente.

Además, ¿para qué tomarse tantos riesgos? ¿Por si le fallaba la memoria? En ese caso lo más lógico es que hubiera guardado el mapa consigo.

Estas dudas parecen conservar la esperanza de los incansables buscadores de tesoros que silenciosamente invaden La Boca.

Esperanzas que tampoco parecen ceder ante los rumores, muchísimo más recientes, de que el Doctor Jorge Eckstein habría encontrado el mítico tesoro en las excavaciones que realizó, junto al arqueólogo Daniel Schavelzon, en la esquina del Pasaje San Lorenzo y Defensa, y que luego, gracias a su descubrimiento, pudo costear las nuevas obras del «Zanjón de Granados».

Aquí tendríamos que suponer que Pancaldo llegó hasta los parajes que hoy corresponden a San Telmo, donde se ubica la esquina mencionada, para esconder allí su precioso secreto.

O si tenemos en cuenta que el Zanjón estuvo en el pasado conectado con el río de

La Plata, podemos especular que el tesoro fue, de alguna manera, arrastrado por las caprichosas aguas hasta él...

Pasemos ahora a los piratas. Y volvamos a las calles de La Boca para encontrarnos con un miedo centenario.

FÉLIX E.: «Esa historia sí que es vieja. Miren, yo tengo sesenta pirulos, y mi abuelo ya me la contaba porque se la había contado su abuelo. Parece que uno de los últimos corsarios, viejo y arruinado, anduvo por estos pagos buscando cierto botín, uno que había sido enterrado en la época de Pedro de Mendoza. Igual, por más viejo y arruinado que estuviera el pirata, a mí la historia siempre me daba miedo. Acá todavía hay gente, y hablo de viejos más viejos que yo, que miran con desconfianza el horizonte».

RICARDO S.: «Acá se les tuvo siempre mucho miedo a los piratas. Fíjense si no la cantidad de túneles que existen. Hay túneles que van por las calles Santa Elena y Luzuriaga, y que siguen hasta la estación Solá, al menos la parte que se puede recorrer. Si los del ferrocarril dejaran paso creo que se podría llegar hasta el puente Victorino de la Plaza, donde hay un enrejado. Y no son los únicos, hay más túneles. Y todos fueron hechos para defenderse de posibles ataques piratas. Y para esconder mercadería también».

Ya nos hemos enfrentado al poder del miedo y sus consecuencias. El mito del barco pirata en el Riachuelo bien pudo haberse forjado en el horno del miedo colectivo. Miedo que, como ya dijimos, es centenario.

Según algunas crónicas, un solo pirata habría puesto sus pies en lo que hoy es La Boca: el inglés Juan Drake, sobrino del célebre Francisco Drake, junto con otros dos ingleses integrantes de su tripulación. Pero su estadía no habría sido muy feliz.

Luego de perderse en el Río de la Plata y obligado a hacer tierra en la costa uruguaya, Juan Drake y toda su dotación cayeron en poder de los indios charrúas. Después de trece meses de confinamiento, el mismo Drake, un tal Juan Daclós y el maestre Richard Farewether escaparon en una canoa hacia Buenos Aires. Cuando llegaron en marzo de 1584 a nuestra ciudad, luego de un increíble viaje (algunas leyendas afirman que el bote en el que viajaban soportó terribles tormentas y hasta el hostigamiento de una enorme «serpiente marina»), las autoridades españolas aquí presentes los apresaron y, pasados unos días, los enviaron a Santa Fe, para luego seguir viaje hasta Asunción donde continuaron presos.

Tal vez lo más parecido a un ataque pirata fue lo que ocurrió en 1607.

Cuentan que en cierto día de marzo de aquel año, cuando tocaban las doce de la noche, llegaron al puerto, nadando desesperadamente, un grupo de marineros que aseguraban haber saltado de una nave saqueada por piratas. Y según las investigaciones de la época, estaban en lo cierto: unos quince piratas holandeses,

franceses e ingleses provenientes de un gran navío andado en la isla Maldonado, habrían alcanzado, a bordo de una embarcación pequeña, el puerto de Buenos Aires, en donde asaltaron una nave y se llevaron otra que estaría amarrada. El grupo de corsarios tendrían como guía a un escocés llamado David, quien conocía los canales submarinos de la boca del Riachuelo gracias a haber ingresado a Buenos Aires, tiempo atrás, acompañando a una expedición de soldados españoles que se dirigían a Chile.

Sin embargo, este «saqueo a la distancia» del escocés David, y el breve y pacífico paso del Juan Drake sobre tierras ahora porteñas, habrían bastado para que el miedo a un ataque pirata prendiera en Buenos Aires, y, sobre todo, en la gente que vivía cerca del puerto, en la desembocadura del Riachuelo.

Este miedo provocó la creación de una fortificación contra los posibles ataques, y hasta de un torreón en la entrada del Riachuelo, pero ninguno de estos fuertes terminó siendo de gran envergadura, y la mejor defensa contra los piratas siempre fue otra: los bancos de arena bajo las aguas que hacían prácticamente imposible la entrada al puerto de navíos de gran calado.

Pero para lo que no hubo defensa alguna fue para los rumores.

En 1620, don Diego de Góngora, a cargo de la gobernación del Río de la Plata en aquel momento, le envió una carta al rey de España afirmándole que en cualquier momento recibirían el ataque de piratas holandeses, los cuales llegarían desde las costas de Brasil. El ataque nunca se hizo efectivo.

El miedo volvió en 1628 cuando una nave holandesa transitó por aguas rioplatenses, pero lo más osado que realizó fue dejar herejes inscripciones sobre algunas rocas costeras.

Un año después, los holandeses volvieron a sembrar escalofríos cuando el virrey de Perú alarmó al gobernador de turno, don Francisco de Céspedes, con la noticia de que un gran número de naves de ese origen se acercaba al Río de la Plata. Y no solo eso: estarían diseñadas para burlar bancos de arena y hasta para navegar por los ríos. Pero los barcos jamás aparecieron.

Fueron eje de pánicos similares once naves de piratas franceses, en 1631, y tres pertenecientes al temido Monsieur Daniel, en 1658. Pánico y nada más.

Según algunos, fue otro el acontecimiento que pudo haber dado origen a la leyenda.

MIGUEL M.: «Las historias de tesoros y piratas se multiplicaron luego de lo del Graf Spee».

El Almirante Graf Spee fue un acorazado que integró la marina de guerra de la Alemania nazi. Considerado como una obra maestra de la ingeniería naval, salió de su país de origen en 1934 y, luego de una agitada existencia de persecuciones y enfrentamientos, llegó a finales de 1939 al puerto de Montevideo con la intención de

reparar los daños que le había ocasionado la llamada «Batalla del Río de la Plata», donde arremetió contra tres cruceros ingleses. Pero las reparaciones fueron saboteadas y mientras el acorazado alemán retrasaba su partida, nuevos cruceros ingleses se aproximaban a las aguas cercanas a la capital uruguaya.

En uno de los informes de la situación en Montevideo, el capitán del Spee, Hans Langsdorff, le decía al almirante a cargo del alto mando naval alemán, Erich Raeder, lo siguiente:

Me propongo avanzar hasta el límite de las aguas jurisdiccionales. Si es posible abrirme paso hacia Buenos Aires, librar combate con el resto de mis municiones. Para el caso en que tal tentativa condujera a la destrucción cierta del Graf Spee sin proporcionarle la oportunidad de causar daños al enemigo, pregunto si ha de hundirse el navío en el estuario del Plata, aunque los fondos en él son insuficientes, o bien debe permitirse su internamiento.

En su respuesta, Raeder, incluyó una línea histórica:

... Procure que la destrucción sea total si se ve usted obligado a hundir su barco.

Y como si se hubiera tratado de una profecía, aquel fue el destino final del Graf Spee, hundido por sus propios tripulantes al verse desbordados por los navíos británicos recién llegados. El acorazado explotó y se hundió a la vista de la gente del puerto de Montevideo. Mientras el gigante metálico agonizaba, su dotación de marinos era trasladada a Buenos Aires.

Días después, Hans Langsdorff se suicidaba de un tiro en su habitación.

Estos sucesos dieron pie a incontables mitos. Desde incursiones de submarinos nazis en las playas de Necochea, Miramar y Tres Arroyos, hasta fortunas ganadas por ex marinos del Graf Spee en el Casino de Mar del Plata (ver «Negro el once» en *Buenos Aires es leyenda 2*).

Y como bien dijo Miguel, también generaron una proliferación de historias de piratas y tesoros.

Si bien los piratas fueron protagonistas de una época anterior al hundimiento del Spee, el enfrentamiento con los cruceros ingleses y el hundimiento del acorazado alemán a la vista de los ojos del puerto, puede pensarse como una experiencia que reflató viejas historias de corsarios, historias que no tardarían en llegar a Buenos Aires.

Los mismos sucesos habrían tenido el poder de generar los más diversos rumores de tesoros hundidos, como antes lo hiciera, según vimos, el desembarco «forzoso» de

León Pancaldo en nuestras tierras. Pero sobre todo fue aquella respuesta del alto mando naval alemán, aquella que aconsejaba al capitán del Graf Spee la destrucción total del barco en caso de tener que hundirlo, la que creó numerosas sospechas. Aquel renglón desesperado llenó de dudas a las mentes más curiosas.

¿Guardaba el acorazado algo más que los secretos de su diseño? Una orden tan terminante, ¿no sugería algo extraordinario en su interior?

La gente no tardó en hacerse estas preguntas... y en responderlas con mitos y leyendas.

—A mí no me quita nadie de la cabeza —concluyó Miguel— que dentro de aquel pantano que es el Riachuelo se esconden muchos tesoros. Y vaya uno a saber cuántas otras cosas.

Volvemos entonces a 1629, a aquella advertencia del virrey de Perú al gobernador del Río de la Plata; pues fueron esas las únicas palabras oficiales que se refirieron a la posibilidad de corsarios navegando ríos como el Riachuelo.

Quizá no todo terminó con la advertencia, quizás algún navío sí pudo abrirse paso a través de los bancos de arena y alcanzó el riacho, quizá los antepasados de los hoy habitantes de La Boca siguieron su andar con miradas temerosas.

Esperanzas, por ahora, solo esperanzas de los buscadores de tesoros. Esperanzas que los lleva a imaginarse el día en que saquen a la luz un cofre de joyas hundido en las fangosas y contaminadas aguas del Riachuelo, o a contentarse también con la simple imagen de una vieja bandera pirata flotando en aquel líquido negro.



¿Qué es la vida?

Podríamos definirla como una progresión de recuerdos. Vivencias, momentos fijados en nuestras neuronas.

La seguridad de abrazar a tu madre, el orgullo que sentiste por el aplauso al haber hecho ese truco de magia, jugar al fútbol bajo la lluvia con tus amigos, el olor de un asado, tu primer beso, el color de sus ojos al atardecer, el llanto de tu primer hijo, ese vino, hacer las valijas, la ansiedad de ese viaje, ese gol que festejaste tanto, el segundo sin respirar por el miedo mirando aquella peli, otra vez amigos, besos, sonrisas, el agua tibia en tus pies. Recuerdos. Hermosos recuerdos.

Sería terrible perderlos. Pero peor sería que alguien los robara.

En el film, «Eterno resplandor de una mente sin recuerdos» (*Eternal Sunshine of the Spotless Mind*, 2004) se planteaba la posibilidad de borrar voluntariamente ciertos recuerdos problemáticos. Yendo aún más lejos, en «El vengador del Futuro», (*Total Recall*, 1990) se hablaba de implantes de recuerdos.

Acá no.

Haciendo un trámite de rutina en el barrio de Caballito, descubrimos un cartel pegado en una columna de alumbrado público que nos llamó mucho la atención:

«NO PERMITAMOS QUE NOS ROBEN LA MEMORIA».

Debajo de semejante título y en letra más chica se planteaba una serie de recomendaciones. Estas iban desde no salir solos de casa pasadas las 7:00 PM, hasta las cosas más mínimas como atarse una cinta de un determinado color en la muñeca. Y daba una advertencia, una insólita advertencia.

Allí había un mito.

Como si fuera un barrio salido de la película «Memento» (*Memento*, 2000), en donde el protagonista perdía la memoria a corto plazo a partir de un hecho traumático, comenzamos a ver anotaciones por todos lados. Carteles, cosas básicas como por ejemplo:

Esta columna es un semáforo. Si está en verde espere, amarillo esté atento, rojo puede cruzar.

Al principio, nadie quería hablar del tema. Entonces, nos sumamos a la movida de los carteles y empezamos a pegar los nuestros.

Por fin, y después de un mes, un tal Ariel nos mandó un correo electrónico con un recorte de diario. Era sobre un accidente que involucraba a un colectivo. «Oficialmente» al transporte de pasajeros le fallaron los frenos, se subió a una vereda y terminó incrustado en el living de una casa. Por suerte solo hubo heridos leves en el colectivo y la casa estaba vacía.

«Eso es lo que se dijo —aclaró Ariel en su mail—, pero la verdad es otra. Al colectivo no le fallaron los frenos, el chofer simplemente no recordaba cómo tenía que frenar. Le robaron ese recuerdo, se lo afanaron. Y el barrio sabe que fueron ellos, Los Albinos».

Por fin la primera pista concreta. ¿Quiénes eran Los Albinos?

Recorriendo el barrio, nuestra leyenda se fue armando de pequeños fragmentos y todos confluían, en apariencia, en dos personas, dos hombres con esas características, es decir, con una ausencia total de pigmentación.

Pronto, los testimonios se acumularon:

ERNESTO Z. (comerciante): «Son albinos, no sé de qué tipo pero son horribles, con esos ojos rojos, el pelo más blanco que la leche y encima, mellizos».

MARCOS F. (homeópata): «Dicen que tienen más de cien años y que son inmortales porque logran que sus células olviden que deben morir».

EVA C. (empleada): «Algunos dicen que se llaman Mika y Boris pero para todo el mundo son Los Albinos».

La confitería *Las Violetas* merece un párrafo aparte porque es patrimonio histórico de nuestra ciudad. Inaugurada en 1884 su estilo ecléctico pero con un leve predominio de art déco, sus molduras doradas la hacen una esquina que llena de orgullo al barrio de Almagro.

Ariel, la persona que nos había enviado el mail, estaba nervioso. Las gotas de sudor hacían extraños dibujos en su calva a pesar de que en la confitería había aire acondicionado.

—Hay veces que, como ahora, me siento un pelotudo contando esto, pero les puedo asegurar que es muy real y si te pasa sentís como... como si se hubieran metido con algo muy íntimo, como si hubieran violado las cosas que más preciabas.

Unos segundos de silencio, luego Ariel continuó.

—Los cité acá porque me siento más seguro fuera de Caballito, sobre todo por lo que tengo que contarles.

A pesar de aquella seguridad manifiesta, Ariel miró hacia los costados antes de empezar.

—Ese día me encontré con Alberto, un coleccionista de sobres de azúcar o glucófilo, como yo. Un flaco muy pero muy grosso y súper acelerado.

—¿Quién te habló de Los Albinos? —preguntamos.

—Justamente Alberto. En ese momento todavía se podía fumar tranquilo, no

como ahora. Me acuerdo que estaba envuelto en una nube de humo. Se notaba que tenía algo importante para contarme, movía los dientes como si tuviera algo metido ahí, pero no sabía cómo arrancar y me empezó a hacer toda una historia.

—¿Cuál?

—Después de que apagó el pucho, sacó con mucho cuidado varios sobres de su colección y los puso sobre la mesa. «¿Qué ves?», me dijo. «Algunos ejemplares que no tengo», le contesté. «No, boludo, de verdad», me insistió. «Y bueno, vos sabés que estas cositas me gustan, es como si los dibujitos de los sobres me transportaran a lugares, a épocas que ya no existen». «Perfecto, ¿y eso qué viene a ser?», me preguntó. «Recuerdos», le mandé, rápido. Entonces, Alberto empezó a guardar en sus bolsillos los ejemplares hasta dejar uno solo. «Sería terrible quedarse sin recuerdos, ¿no?». Y ahí me largó lo de Los Albinos. Que a él lo habían atacado y que después se avivó de lo del azúcar.

—Amplíanos más, por favor.

—Sé que ustedes escuchan de todo. Así que no se cierran. Parece que el azúcar funciona como un símbolo. O directamente funciona como algo orgánico.

—Creo que entendemos. Siguiendo ese razonamiento, jugaría el papel de la cruz en el caso de los vampiros, como un símbolo del bien.

—Algo así... pero esto sería como el ajo. Como que neutraliza su capacidad.

—Pero a tu amigo no lo ayudó.

—A mí sí, pero déjenme comentarles algo más de Alberto. Después de que guardó los ejemplares puso varias fotos sobre la mesa. Eran unas fotos que tenían unos cuantos años. En una, Alberto se veía con el pelo muy negro, con mucho pelo, en la playa, con dos chiquitos. Los tres cagándose de risa. Entonces me explicó, más o menos con estas palabras: «Estas fotos me las tomaron en Mar del Plata en el 93. Y según me dijeron mis hijos —porque esos dos pendejos que ves son mis hijos—, fueron las mejores vacaciones de nuestras vidas. Bueno, no me las acuerdo un carajo». «No entiendo lo que me querés decir», respondí. Y ahí fue directo al grano: «Esos engendros, no sé de qué manera, te sacan los recuerdos, te los sacan ¿entendés?, te los extirpan como si fuera con un bisturí. Los tenés y después no los tenés más. No es amnesia. Yo miro esa foto y es como si mirara a otro tipo muy parecido». «Pero si ves fotos, ¿no volvés a recordar?», le pregunté. «No», me respondió llorando de bronca.

La entrevista no terminaba acá. ARIEL S. se refirió a su «enfrentamiento con Los Albinos».

—Fue en Rosario y Viel, frente al Parque Rivadavia. Entonces, no había dónde refugiarte. Era una noche de junio con una neblina terrible y ahí estaban esas dos cabezas blancas que se confundían con la bruma. Tenían ropas negras y les juro que parecía que flotaban. Uno de cada lado de la calle. Eran ellos, estoy seguro. No lo

dudé y me zampé dos sobrecitos de azúcar y seguí caminado como si nada. Me temblaban tanto las piernas que casi me tropiezo. Igual alcancé a escuchar como si fuera un susurro que me heló la espalda, era algo en otro idioma, algo agudo, tenía el tono de una orden, y se te metía por los oídos, por los dos oídos. Doblé por Beaucheff y no miré hacia atrás.

La cuestión era saber el origen del mito. Ariel nos dijo que buscáramos en un hogar para ancianos, ubicado en las inmediaciones del Parque Centenario. Alguien le había contado que Los Albinos habían «practicado» ahí.

Después de varios días, logramos obtener el testimonio de EMANUEL G., enfermero de ese geriátrico, un pequeño hombre con un guardapolvos enorme.

—Les aclaro que yo nunca los vi. Esto primero me lo contó un enfermero que trabajó hasta el año pasado y después un abuelo de acá me lo confirmó. Ellos trabajaban de voluntarios. Eran muy callados, pero laburaban bien. Hacían las camas, les ponían y sacaban las chatas a los viejos, los llevaban al jardín que ven ustedes ahí, a tomar sol. Todo iba bien hasta que empezaron a caer como moscas. Obviamente, si se te muere la clientela te empezás a preocupar. Al principio se pensó que era una especie de virus.

Emanuel se arregló el guardapolvo pero era inútil. Las arrugas eran demasiadas, inocultables. Luego continuó.

—El director notó que la tasa de mortandad más alta se localizaba en donde se movían los albinos, que por otra parte nadie sabía distinguir, porque eran casi iguales. Otro dato curioso es que todos los que morían tenían un gesto de felicidad en la cara.

—¿Cómo es eso? —preguntamos mientras Emanuel no dejaba tranquilas las mangas de su guardapolvo.

—Imagínense un vampiro, un vampiro sediento... Estos albinos eran medio pendejos y no tenían medida. La cuestión para mí es muy sencilla. Hasta orgánica. Si vos sacás todos los recuerdos, hasta el corazón deja de funcionar, olvida su función, y estas ramitas secas que son los vejetes no oponían resistencia. Igual, me sigo quedando con lo que decía don Remigio.

—¿Quién?

—Un jovato divino, un personaje querido por todos, pero bueno, no podía durar para siempre. Don Remigio había sido químico o algo así, o al menos es lo que decía. Importante era, porque el gobierno le bancaba su estadía acá. Su muerte no tiene nada que ver con los Albinos. Don Remigio vivió hasta los cien. Y no quiso vivir más. «Ya está, pibe», me dijo esa mañana, «cien es una linda cifra. Hice todo lo que se me cantó en este mundo. Vamos a conocer los otros mundos, nomás». Ese mismo día palmó. Pero a lo que voy, es que un día, mucho antes, lo encontré apretando con fuerza una pelotita de goma con sus dientes, ¡tenía todos los dientes el hijo de puta! Pensé que era un ataque o algo así. «Quedate tranquilo —me dijo—, es una forma de

sintonizar. De concentración. Hacés presión con la mandíbula, la sangre circula mejor y pensás mejor también. Y a veces es de mucha ayuda, creeme». «¿Por ejemplo?», le pregunté. «Con los cazadores me ayudaba», me dijo. Y ahí me contó de dos personajes que, según don Remigio, eran lo que antiguamente se denominaba devoradores de pecados, una especie de limpiadores de pecados. Mucho tiempo después me avivé de que seguramente se refería a estos flacos. El viejo, re pícaro, decía que él se acordaba de todo y ningún pelandrún chupacirios le iba a sacar nada. También habló de que la Iglesia ortodoxa rusa podía tener algo que ver. Según Remigio, los rusos hicieron desaparecer a los mellizos; él creía que estaban escondidos muy cerca. Habló de La Casa Rusia, si no me equivoco.

Representante de la Federación Rusa en la Argentina, La Casa Rusia, ubicada en Rivadavia al 4200, tiene entre sus objetivos «promover el conocimiento de la historia y la cultura de su pueblos. Igualmente, difundir su actual política interna y externa, su *potencial científico*, cultural y económico».

Subrayamos lo de potencial científico porque la leyenda tomaría este concepto para sustentar que tal vez los albinos, Mika y Boris, vivirían allí.

En la Administración, una mujer, una auténtica *mamushka*, con el aspecto estereotipado que el imaginario popular tiene de los rusos —típicos rasgos eslavos, una figura contundente y un acento inconfundible— atribuyó todo a una persona: Ávalos, el loco Ávalos como todo el mundo lo conoce.

Como buen paranoico extremo, fue muy difícil ubicarlo.

Nos mostró expedientes en ruso o eso aparentaba. Lo más curioso de todo fue la forma de la entrevista: un viejo auto Valiant. Toda la información que Ávalos nos proporcionó fue arriba de su vehículo.

—Si te movés permanentemente, les cuesta más ubicarte —nos aclaró de inmediato este hombre de unos 50 años, de riguroso pelo teñido azabache y un bigote tipo anchoíta aún más oscuro. Su vestimenta también aparentaba mimetizarse con su auto. Hasta podríamos decir que parecía ser un actor y se lo planteamos. Ávalos no se inmutó y siguió desarrollando su teoría.

—Los rusitos, al igual que los alemanes, son gigantes dormidos, sanguíneamente expansionistas. En el caso de Rusia, con el comunismo no les funcionó. Ok, entonces tenemos la mafia rusa y el capitalismo a lo ruso y el poder, el dominio, ¿me entienden? Ahora se hacen los buenos, los democráticos, me lo van a hacer creer a mí. Antes que me digan algo, los yanquis son una mierda también pero al menos si no los jodés no te joden, sólo te espían, nada más. Cuando todavía Rusia era comunista y se llamaba URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) en plena Guerra Fría, se utilizaban técnicas de lavado de cerebro o reprogramación cerebral para adoctrinamiento o simplemente para que el enemigo no pudiera, en caso de atrapar a

un espía, poder extraerle información. Por supuesto, y como todo era secreto, a lo largo del tiempo se han tejido las más variadas historias al respecto.

Para seguir con el paralelismo con el séptimo arte, dos películas, «El Candidato de Manchuria» y su remake, «El Embajador del Miedo» (2004), reflejan la reprogramación cerebral. Pero ¿qué hay de cierto?

—Hace algunos años —continuó Ávalos—, hubo un rumor tan fenomenalmente fantástico que se desechó por completo tiempo después: el proyecto Vladivostok P21 que hablaba de una reversión al proceso de borrado, es decir, el agente borraba la información y la incorporaba a la suya. Los albinos estos son globos de prueba que tiran los rusos para ver qué pasa.

Le preguntamos cuál sería el fin de *robar los recuerdos*.

—Es lo más parecido a *1984* (se refiere a la famosa novela de George Orwell) que vi en mi vida. En el libro, que habré leído unas cincuenta veces, el partido y el protagonista, Winston Smith, se encargaban de alterar los datos y reemplazarlos por otros falsos que después se daban por ciertos. Imaginen un ejército de estos individuos. Primer paso, unos te borran los recuerdos... y ¡quién les dice! tal vez después venga otra «serie» de ellos y te meta ahí, en el vacío que te dejaron, otras memorias. A mí que no me jodan. Yo estoy bien con mis recuerdos.

Le comentamos la experiencia de Ariel y de Alberto con los sobres de azúcar.

—Esa solución no es tan mala pero no es demasiado efectiva. No sé por qué raro motivo les cuesta más con el azúcar. Yo encontré, mejor dicho encontramos, una receta magistral que dura más, al menos por ahora. La idea sería que el barrio se vacunara. Igual, todo esto es tan imposible que no puede ser difundido en forma masiva porque pueden crear conciencia. No tengo pruebas concretas, fotos ni nada porque Los Albinos te hacen olvidar por un segundo su presencia y cuando reaccionás ya no están. Y para eso no hay azúcar ni ninguna receta magistral que valga.

Si bien Ávalos no nos quiso revelar cuál era la farmacia o droguería, ciertos rumores nos llevaron a una que se ubicaba en las cercanías del monumento al Cid Campeador.

Antes de entrar, nos topamos con dos pequeños gemelos. Idéntica ropa, idéntica sonrisa. Nos dedicaron una breve mueca de simpatía y siguieron de la mano de su madre.

La farmacia es ya una recuerdo de por sí. Una aliada de la memoria, como Las Violetas, que se resiste a los cambios, pero los termina aceptando de alguna manera. Fotos de los antiguos dueños se mezclan con los nuevos. Todos de guardapolvo. Era lógico.

Mencionamos a Ávalos y su preparado, y el farmacéutico se nos quedó mirando un largo rato.

—¿Otra vez me van a preguntar lo mismo? —fue la increíble respuesta.

Le comentamos que tal vez nos había confundido con otras personas.

—En absoluto, tengo mucha memoria visual. Además fue ayer.

El farmacéutico nos «volvió» a contar, que Ávalos se refería a un tónico para la memoria, un preparado que se hacía unos años atrás a base de vitaminas y que, por una extraña razón, alguien imaginativo (y que no era él) había echo correr como un antídoto contra alguien en especial.

Todo poseía una cierta lógica: tanto Ariel como Ávalos tenían ciertos aspectos en común. Sobre todo eran personas que por diferentes motivos estaban sometidas a una situación de estrés: frecuentemente, las pérdidas de memoria son parte de la patología. Lo extraño es que, al parecer, también nos había afectado a nosotros. Es que, por más fuerza que hacíamos, no lográbamos recordar el haber estado en aquella farmacia. Y menos veinticuatro horas atrás.

Lo que sí recordábamos era que aquella se trataba de la zona frecuentada por «el loco de los carteles» (ver el primer tomo de esta saga). Si el loco existía, no había llegado a profanar aquella advertencia que habíamos ignorado. Allí estaba, a una cuadra de la farmacia, pegada en un poste de luz.

VECINOS ESTÉN ATENTOS

Esto recién comienza.

Los Asesinos de la memoria están sueltos y van a ser más.

Vienen por todo y por todos.

Entonces, por si acaso, abrimos dos sobres de azúcar, pensando en esos dos pequeños gemelos.

Por suerte, todavía los recordamos.

PARTE VI

Historias con mística

Recoleta



Nos topamos con ella por casualidad. Uno de nosotros debía ir al médico y para hacer tiempo se quedó en la Plaza Vicente López. Mientras la sombra de un frondoso gomero le daba una pausa al calor de enero, se encontró con algo muy curioso: un mini altar con la foto de una chica llamada Belén y una pequeña estatuilla. Era la imagen en colores de una adolescente muy bonita y muy delgada sonriendo a cámara con un gesto tímido. Por un extraño efecto de la impresión, de su cabeza salía un destello considerablemente luminoso, lo que le daba un halo de particular santidad. Porque de eso hablamos. De una ¿santa? y en pleno barrio de Recoleta, entre edificaciones ostentosas y pasto prolijamente cortado.

Decidimos investigar, y la información se acumuló inexorablemente. Capas y más capas de datos y teorías se superpusieron para convertir a esta leyenda en una de las más polémicas pero, a su vez, alucinantes que nos tocó investigar.

El primer rumor dice que fue una invención de la gran artista plástica Marta Minujín, que vive muy cerca de la Plaza Vicente López. Según se dice de ella, le pareció «divertido tener una santita postmoderna en el barrio» y, en consecuencia, habría armado ese pequeño altar y «tratado» la foto para que se pareciera a la imagen que uno tiene de una santa. Pero al entrevistar a un mozo del coqueto restaurante ubicado en Vicente López y Ayacucho empezamos a dudar.

—Acá guardamos todos los dibujitos que hace en las servilletas —nos dijo—. Ella misma dice que los guardemos, porque en el futuro pueden valer mucho.

Cuando le mencionamos a Belén, pensó unos segundos antes de responder.

—Ahora vuelvo —nos contestó.

Ya con el pedido en nuestra mesa, una picada de gran variedad que incluía muchos tipos de quesos y fiambres, sacó unas fotos de su bolsillo.

—Estas obritas me las dejó sólo a mí. Son fotos de mi señora y de mi nene. En la que está mi hijo pintó la foto con algo, y lo hace parecer un angelito, ¿no? Con esa chica hizo lo mismo. Antes de irse de viaje me mostró la foto, no le pregunté de dónde la había sacado, pero estaba muy entusiasmada. Nunca me dijo que la existencia de esa piba fuera un invento suyo.

Con esos datos escasos salimos a recorrer la zona.

Por lo que pudimos investigar, Belén llevaba comida a los indigentes que se juntan delante de la Iglesia del Corazón Eucarístico de Jesús, frente a la plaza. Generalmente, una monja de la congregación da números para que la entrega de un

digno desayuno sea ordenada y democrática. Ninguna de las religiosas quiso comentarnos nada al respecto. No obstante, fuimos varias mañanas y obtuvimos algunos testimonios:

—Algunos vecinos del barrio se nos acercan, la mayoría para decir boludeces —nos declaró una señora que mantenía una presentación muy digna, salvo por el estado desprolijo y sucio de sus cabellos—, que tenés que buscar trabajo, que si te gusta estar así y otras mierdas. Lo que no saben es que, no te digo que vivía por acá, pero tenía mi casa... Lo perdí todo en el casino, todo. Y por mi edad no me toman en ningún lado y mis hijos... a ellos no le quiero decir nada.

»De esta chiquita me hablaron apenas llegué. Me dijeron tantas cosas que me hubiera gustado conocerla. Era muy menudita, demasiado linda, evidente que era de la zona, las ropas limpias con olor a rosas y llevaba una bolsa marrón. Hablaba muy poco.

—Yo no vi nada —nos dijo un hombre de mediana edad, sin dientes—, pero me contaron de que sí. Que la piba, muy flaquita, muy blanquita, venía y daba pan, sobre todo pan, hasta repartía las miguitas a las palomas. Una mañana se comentó mucho. Resulta que traía una bolsita marrón y empezó a repartir pan, y era bueno el pan, ni siquiera era de ayer, estaba fresquito y empezó a repartir y sacaba y sacaba. Era como hacer magia. No sé qué tenía esa bolsa, pero no paraba la piba. Ese día, ella solita le dio de morfar a todos.

¿Un truco?

Su figura frente al árbol aparece con un pedazo de pan. Curiosamente, Belén en hebreo significa *Casa de Pan*.

También el mito nos llevó a la muy conocida villa 31, ubicada detrás de la Estación propiamente del Retiro, en la que supuestamente estuvo.

El lugar podría ser el paraíso de un artista posmoderno. La villa 31 representa los deseos y las frustraciones, todo junto. Antenas parabólicas se mezclan con callejuelas de tierra y como fondo, no tan lejos, la desarrollada y promocionada zona de los docks de Puerto Madero.

Hablamos con PEDRO V., delegado vecinal.

—No lo digo por ustedes, muchachos, pero ya me hinchan las pelotas los que vienen para darse un poco de corte acá, hasta hacen desfiles de moda y después que se apagan las luces y la cámara, se van como si nada. Cualquier periodista de esos de cuarta cree que haciéndonos una notita se va para arriba. ¿Cuál era la pregunta?

—Sobre una chica de nombre Belén que ayudaba en el barrio.

—Menos plata y soluciones para que seamos un barrio como la gente, tenés de todo. ¿Belén dijeron? —Pedro llamó a una mujer que aparentaba unos 70 años—. Esta es Matilda, ve de un solo ojo pero con el que le queda se entera de todo.

Pedro le alcanzó una desvencijada silla de madera y apenas la señora se sentó,

empezó a acumularse gente, sobre todo chicos.

—Belén, Belén... humm, acá vino hace un tiempo una chica muy delgadita. Una muchacha muy bonita; decía que quería ayudar. De entrada nomás pensamos que era de esas nenitas de mamá que para sacarse la culpa de toda su plata vienen acá, para ayudar a los pobres —esta última palabra la alargó sarcásticamente, lo que produjo una risa instantánea por parte de Pedro y los demás—. Esta chica se notaba que era cogotuda, muy fina, pero no se le cayeron las joyas en ningún momento.

—¿Qué tareas realizaba?

—Hacía de todo. Además de traer comida, casi siempre pan, cuidaba a las criaturas y les enseñaba hasta palabras en inglés. Ya la conocían por acá. Las últimas veces que vino estaba tan flaquita que parecía flotar en vez de caminar.

Uno de los chicos que se había juntado a escuchar a Matilde empezó a tironearle una de sus mangas.

—Decile, doña Matilde —exigió.

—Eso de flotar no era una manera de decir parece, muchos la vieron despegar los piecitos del suelo. Eso le pasaba solo frente a las criaturas, y les decía: «Recen mucho que Él los escucha, siempre los escucha». Me suena a camelo, pero bueh, si las criaturas lo dicen, será verdad eso de la santita.

Anotamos un dato que se repetía sistemáticamente en todos los testimonios y que era la extrema delgadez de la joven. Una delgadez que excede la constitución física y se transforma en patología. Hablamos de la anorexia. Como ahora sabemos, esta enfermedad hace que se vea la paciente siempre excedida de peso y, en consecuencia, interrumpe la ingesta de alimentos. A veces se combina con la bulimia, que consiste básicamente, en darse atracones compulsivos de comida para después provocarse el vómito. Si bien el tema de la anorexia ha adquirido mucha trascendencia en la actualidad, no es privativo del presente. Hay varios estudios que señalan la anorexia en muchas de las Santas conocidas.

Basta con citar a Santa Catalina de Siena (1347-1380 d.C.) que ayunaba y utilizaba hierbas para purgarse para alcanzar el estado de pureza ideal, o Santa Teresa de Jesús, que, a través del ayuno, entraba en una zona de éxtasis espiritual y hasta se decía que podía levitar.

Actualmente, en muchas sociedades de Occidente, se exalta la extrema delgadez como sinónimo de perfección. Se multiplican los sitios de internet con adolescentes (la gran mayoría, mujeres de entre 14 y 18 años) que no solo ven con buenos ojos su estado, sino que lo estimulan. Se habla de un estado, de una forma de vida. Podemos encontrar desde personas que actualizan su blog con la cantidad de calorías que consumen, hasta fotos de modelos esqueléticas a las cuales quieren parecerse.

Ya era momento de conocer la identidad de nuestra Santa, y fue entonces cuando la leyenda se enrareció y nos llevó por caminos disímiles. Solo teníamos una foto, un

nombre y la casi certeza de una adolescente con problemas de anorexia.

Poseíamos un posible origen del mito o protomito, y por las características de la persona que lo generó, decidimos tomarlo en cuenta. Se trataba de otra figura ilustre del barrio: la escritora argentina Beatriz Guido, que vivió una parte importante de su vida en una casa de la calle Vicente López 1756. Títulos como *Fin de Fiesta* y *El incendio y las vísperas* le valieron el reconocimiento general y la ubicaron, junto con Marta Lynch y Silvina Bulrich, como exponente literario femenino importante y masivo de los 60 y 70.

Según se cuenta, la escritora habría plasmado toda una historia «verídica» sobre una niña de la alta sociedad que por rebeldía y por sentirse asqueada de los de «su clase», decidía dar la vida por los pobres. La versión, en un formato mecanografiado, se habría encargado de distribuirlo ella misma por el barrio, y con la ayuda de algunos amigos, empezó a circular. Casualmente, en ese escrito de Guido aparece el nombre de Belén. El contenido sería más o menos así.

A quien corresponda:

Debo decir en mi descargo que lo he pensado muy bien. No es una decisión alocada, por cierto. He visto lo que mi familia hace con la servidumbre, las injusticias se multiplican día a día. Madre, Padre, tal vez jamás me perdonen, pero me niego a ser cómplice. Ya no más. Mi refugio en Dios no es nuevo. He considerado la posibilidad de meterme a monja en un convento pero tendría una utilidad más fútil. Tengo que estar en las calles. Detrás de estas fachadas aristocráticas se esconden secretos, pequeñas y grandes miserias humanas en mi barrio. La tarea es mucha e interminable pero siento que Dios me guía y ha de cuidarme.

Amorosamente, Belén.

No sabemos si el supuesto experimento, que podríamos fijar a principios de los 70, habría cubierto las expectativas de su autora.

¿Para qué alguien querría inventar a una santa?

Tal vez, en el caso de un escritor, para medir el poder de su oficio. Pero en otros casos...

Dentro de las posibilidades del mito, se rumorea también que la Iglesia habría encargado a una agencia de publicidad «inventar» una santa para el barrio. Siguiendo esta línea de investigación, y luego de un estudio de mercado, se habría llegado a la conclusión que de esta manera, se atraería a los fieles de alicaída fe de la zona.

Consultado sobre el tema, un sacerdote que pidió reservar su identidad negó enfáticamente esa versión del mito, aunque agregó:

—La competencia es muy fuerte. Tenemos que lidiar con los protestantes, sectas

de todo tipo y tal vez la Iglesia a nivel oficial no logra comprender los cambios de la sociedad. Dios no te pide nada, solo que lo escuches y que, siguiendo las enseñanzas de Jesús, seas una persona más espiritual. No damos soluciones mágicas ni regalamos autos, solo enseñamos la fe, a ser mejores personas. Por supuesto, la institución puede tener miles de defectos, como toda institución humana y algunos de sus miembros pueden equivocarse su camino. No somos seres perfectos. El único perfecto es Él. Con respecto a esta niña, el tiempo dirá si estamos ante algo cierto. Si sirve de inspiración para otros, bienvenida sea.

Fuimos a los colegios secundarios de la zona y las historias prototípicas se multiplicaron.

VANINA D.: «No sé si se llamaba Belén, pero yo conozco a una chica que venía a este colegio. Era medio gordita y el novio se lo dijo, el muy imbécil. La boluda no comió más y la tuvieron que internar. Se salvó de pedo».

EILEEN M.: «Creo que es una conocida de una amiga de mi hermana. Estudiaba diseño de indumentaria y cada vez que se veía al espejo no se soportaba. Comía tan poco que se re-piró y le pintó la onda religión».

DARIA Z.: «Yo no la tuve como compañera, pero sé que tenía problemas de peso. Aunque siempre fue medio del tipo "ayudo en la capilla del colegio". Cuando se supo la noticia, la echaron. La verdad, estuvieron súper mal».

Si juntamos todas las versiones, nuestra leyenda se empieza a conformar completamente. Y también a evolucionar, perfeccionándose.

Volvamos por un momento al relato de Matilde en la villa 31.

—Lástima que tuvo que dejar de venir —dijo la mujer de un solo ojo.

—¿Por qué?

—Se dice que estaba embarazada.

—Acá no fue —intervino Pedro—. Eso sí que me acuerdo... Acá tenemos códigos y les puedo asegurar que no pasó nada raro con esa chica.

—Es que se dice (ojo, yo no lo creo ni medio) que nadie la embarazó.

—¿Cómo es eso?

—Sí —afirmó la tuerta levantando la voz, y moviendo descontroladamente su ojo sano— como la Virgen María. Lo tuvo sola, sin estar con nadie. ¿Eso se entiende? Si me escuchan los muchachos de la iglesia, me matan (se refiere a la Iglesia Cristo Obrero, que trabaja con la gente del asentamiento).

Esto coincide con «la noticia» a la que se refiere Daria.

Quedaba entonces por resolver la supuesta identidad del hijo de Belén. Aquí la prueba se eleva hacia alturas insospechadas, pues ya estaríamos hablando de un hijo concebido por una virgen. Pero ¿quién o qué sería ese hijo? La leyenda se adelanta a cualquier especulación y le da un nombre: Emanuel, que en hebreo significa «Dios está con nosotros».

Ante la pregunta sobre la posibilidad de concepción sin espermatozoides, el médico genetista, José R., nos sorprendió.

—Sí, es posible. Este hecho se da en ciertas especies, como algunas hormigas o abejas. El proceso se conoce como partogénesis. Hay unos tipos de ranas hermafroditas que no necesitan del esperma del macho. En el caso del hombre, sería una cuestión rarísima pero puede ocurrir que el óvulo, estimulado por un factor externo, pueda empezar a dividirse. Una espora puede ser la responsable. Pero tengo que aclarar que es una multiplicación incompleta y jamás podría desarrollarse un embrión porque falta la carga genética de los espermatozoides. De todas maneras, en el 2006, dos colegas argentinos, Ester Polak y José Cibelli, mediante sustancias químicas lograron fecundar óvulos. En este caso, la idea es producir células madre para tratar enfermedades. Insisto que de esta forma no puede desarrollarse un feto. Es una reproducción incompleta.

Aquí el mito se desvía hacia rumores más terrenales que hablan de que Belén habría concebido ese hijo con alguien de maestranza de la mansión en la que vivía. En otras versiones, se trata de un muchacho que trabajaba en el aristocrático Jockey Club (Avenida Alvear 1345). Cuando los padres se enteraron, habrían echado a Belén. La adolescente, ya con tendencias anoréxicas y sumado a esto su embarazo, habría tenido delirios místicos. Cabe destacar que todas las versiones coinciden en que Belén no habría superado el nacimiento. Lógicamente, en estado de gravidez y con escaso peso, las posibilidades de sobrevivir a un parto prematuro son muy escasas. Y la familia se habría encargado de borrar toda evidencia del hecho. En otras variantes, se habla del arrepentimiento de la familia, que la habría llevado a quedarse con el bebé.

Se cita el Hospital Bernardino Rivadavia, en el barrio de la Recoleta, como lugar del nacimiento.

En referencia a esto, MARÍA C., caba del área de obstetricia del hospital, fue terminante:

—¿La santita anoréxica? Cada tanto vienen con esa historia. Este argumento es sostenido por gente ignorante que cree cualquier cosa. Les puedo decir concretamente que las pibas, sobre todo las que vienen de afuera (refiriéndose al Gran Buenos Aires) son madres casi adolescentes que tienen un himen prácticamente intacto. Recuerdo el caso de una chica que realmente parecía virgen, no tendría más de doce. Venía con el padre. Después nos enteramos de que ese individuo había tenido algo que ver, ¿me explico? Por la edad de la niña, la fecundidad es extremadamente alta. Ella aseguró que habían jugueteado y que este sujeto no habría llegado a realizar el acto.

«Pero», la palabra favorita del mito. Siempre el mito se alimenta de la duda...

Debemos decir que las añejas instalaciones de la institución —su construcción data de 1887— dan pie para historias de todo tipo. Al recorrer un poco más

detalladamente el hospital y hablar con madres recientes, al menos un par conocían la historia de Belén. Una joven que había pasado por un parto complicado, reconoció haber pedido el auxilio de Belén.

Dejamos para el final este último testimonio de la que denominamos «La mujer de la mochila». Le dicen así porque casi siempre se la ve con una voluminosa mochila a cuestas, tanto en verano como en invierno. Frecuenta la calle Montevideo casi Santa Fe y pide dinero a los automovilistas. Cuando le preguntamos el porqué de esa mochila permanente, la respuesta nos dejó descolocados.

—Estoy esperando a La Santa que me prometió el lugar más hermoso de la Tierra, en donde ya no tendremos hambre.

—¿Quién?

—Belén, Belencita... Van a venir los dos, yo sé que sí. Ella me lo prometió, va a venir con su hijo y nos vamos los tres.

Más allá de los evidentes trastornos mentales de este personaje, nos parece improbable que alguien la programara para dar esa respuesta. ¿O sí? Casualmente y poco después de comenzada esta investigación, empezaron las obras de remodelación de la Plaza Vicente López y el altar fue sacado de allí.

De tener algo de cierto, nada podrá con el mito de Belén, y quién sabe también, de su supuesto hijo Emanuel. Solo el tiempo lo dirá.

Amén.

Atrápenme si pueden.

JACK EL DESTRIPIADOR

Se filtró en la bruma como un pulpo de humo, confundiendo con las paredes, los adoquines, el sudor de esas noches agotadas, exhaustas de tanto mal y para cumplir esa doble misión: liberarlas del sufrimiento y limpiar del mundo esa escoria inmunda y alejada de la mano de Dios.

Extrajo un espejuelo que había tomado prestado a su madre para poder ver cómo lucía. No cabían dudas, ese disfraz funcionaría a la perfección.

Pero antes, la tarea de hacerse pasar por un cliente. No tendría problemas con eso tampoco. Además, sentía cómo sus venas empezaban a latir energicamente. Las sienas eran como martillos orgánicos exigiendo ese sacrificio. ¡Hazlo ya!, ¡ya!, ¡hazlo ya!

Ahí estaba esa cara regordeta, esos gestos vulgares, esa perdición que se notaba en los ojos. Se enfrentaría a la nada, a la negación del espíritu. Por un momento, dudó. ¿Se podía acaso matar lo que ya estaba muerto?

Sus propias palabras le sonaron ajenas.

«Una copa y unos peniques», alcanzó a oír que esa criatura caída en desgracia le contestaba.

Buscó un lugar oscuro, mientras hacía sonar sus palabras como el canto de un pájaro de otro mundo, de una dulce música que ella tenía el privilegio de escuchar. Pero lo bueno no podía durar y ella lo sabía, así había sido siempre. Cuando vio la hoja del cuchillo brillar en la oscuridad no se sorprendió, cerró los ojos.

Tomó ese rostro hinchado por el alcohol y empezó su trabajo. Matar lo que ya estaba muerto. Pero debía asegurarse. Después de todo, tenía sangre, casi podía decir que la sangre huía de ese cuerpo corrupto.

Sus manos volaban trazando círculos imaginarios, abriendo canales de pureza.

Y se entusiasmó.

No estaba mal después de todo que fuera así.

Se sentía agitado, eufórico de completar su obra, superando sus más íntimas expectativas.

Un ruido a cascos puso punto final a su labor.

Antes, un recuerdo, un souvenir de la batalla contra la corrupción.

Cortó, rápido, tan rápido que no hubo siquiera sonido. Levantó su capa, giró sus talones como para alborotar esa bruma cómplice y se desvaneció en la noche.

Leyenda urbana y atemporal, la historia de Jack el Destripador es la historia perfecta del crimen atroz e impune, de la cual se urden tantas teorías como sospechosos podríamos encontrar (la cifra llega a 175). Además, se desarrolla en una ciudad populosa como Londres, más precisamente en Whitechapel, la zona del East End de esa urbe.

¿Podría haber una conexión argentina con Jack El Destripador, más precisamente en Buenos Aires? Como veremos más adelante, desandamos los caminos del mal y calamos bien hondo. Y lo que empezó como un juego, un acertijo, nos hizo comprender (moraleja que el mito urbano siempre revela) hasta dónde puede llegar la oscuridad de la mente humana.

Inicialmente, manejábamos varios rumores sobre la vinculación de este desequilibrado formidable con nuestra ciudad.

Por ejemplo, para el fallecido Juan Carlos Bajarlía, escritor y ripperólogo (término asociado a los investigadores o curiosos sobre *Jack the Ripper*, Jack el Destripador), un serio candidato era un tal Alanzo o Alfonso Maduro, un financista argentino que estuvo en la época de los asesinatos en Londres. La evidencia la habría dado alguien que trabó amistad con este personaje, un joven llamado Griffith Salway, con quien Maduro tuvo varios almuerzos comerciales. En primer lugar, Salway lo habría escuchado decir, unos días después del asesinato de Emma Smith, que todas las prostitutas debían morir. En segundo lugar, tras fracasar en su misión comercial, el mismo Griffith lo ayudó a preparar las valijas. Para su sorpresa descubrió que uno de los baúles tenía doble fondo y en él encontró un sobre enteramente gris, un sombrero flexible, un delantal ensangrentado y un juego de bisturís, vestimenta asociada a El Destripador. Esto acontecía unos días después del asesinato de Mary Kelly, la última de las víctimas oficialmente declaradas. Según Bajarlía, Maduro murió en Buenos Aires en 1929, en una casa frente a la Plaza Roma.

Otro rumor nos llevaba al Hospital Británico, al lecho de un enfermo terminal, un tal doctor Stanley que confesaba (en algunas variantes era a un colega, en otros a un religioso) que él había sido Jack el Destripador y la causa de sus crímenes era que Mary Kelly había contagiado de sífilis a su hijo. En venganza, este prestigioso cirujano de Londres se habría vengado no solo de Mary sino también de sus amigas.

Sin embargo, el mito más curioso señala que entre 1910 y 1920 funcionó un pub llamado «Sally bar» en la calle 25 de mayo, frecuentado por la comunidad británica, y que habría sido propiedad de Jack el Destripador.

Ante tantas versiones, nuestro instinto nos llevó a investigar una pista en el corazón mítico del barrio: las barrancas de Belgrano, una formación de rocas muy

duras de color gris oscuro, con una antigüedad de dos mil millones de años y que se asientan a unos trescientos metros bajo el suelo porteño. Además de ser estas barrancas una característica distintiva del barrio, habrían sido protagonistas de nuestra leyenda.

Recorrimos los empinados senderos, apoyando nuestros pies en los ladrillos originales del siglo XIX, con la inscripción San Isidro en cada uno; trasparamos un busto de San Martín y rodeamos el de Belgrano y, finalmente, llegamos a una casa ubicada en la esquina de 11 de Septiembre y Echeverría. Exactamente en esa esquina nos esperaba FEDERICO G., para darnos un testimonio que empezó a inquietarnos.

—Yo fui vecino de esa casa a partir del 86. Mis padres se mudaron en el 85. Para ganarse unos mangos extras, las personas que decían ser los dueños utilizaban una parte de la superficie como garaje. Yo guardaba el auto ahí. Me acuerdo de un pasillo largo, habitaciones vacías, pisos de madera, techos de madera. Daba miedo a la noche. Al poco tiempo, me entero de que supuestamente en ese lugar habría vivido Jack el Destripador. Se decía que había parado unos días en esa propiedad que había pertenecido a Adolfo Alsina. Y me daba más miedo.

—Pero ¿dónde estaba el garaje?

—Era el espacio para los antiguos carruajes. Me acuerdo que tenía que ir por un pasillo con muchas puertas y en la última estaba el garaje muy oscuro. Ahora es la sede de la fundación de un banco, pero en esa época era otra cosa, del Estado, capaz.

—¿Y tus padres cómo se enteraron?

—Les llegó el rumor desde varios lugares pero básicamente de una persona que se dedicaba a investigar al flaco este.

A quien se refería Federico G. era a EFIGENIO B., columna basal para intentar desentrañar uno de los misterios más importantes de la historia policial. Nos costó varios meses poder contactar a Efigenio. Estaba semirretirado y ya no daba entrevistas. Cuando le contamos de nuestra investigación, comenzó a ceder. Igual, no íbamos con las manos vacías. Repasamos los datos que teníamos hasta el momento:

En la casa de 11 de Septiembre 1990 mencionada por Federico G., que había pertenecido a Valentín Alsina, fundador y ciudadano ilustre del barrio, se había alojado por espacio de unos días un personaje que tiene peso propio en este mito. Nos referimos a Albert Víctor, duque de Clarence, hijo del príncipe de Gales y nieto de la reina Victoria, indicado como uno de los principales sospechosos de ser Jack el Destripador. Albert había arribado con su hermano George el 31 de diciembre de 1880 en la cañonera *Elk*. Fue hospedado por el ministro inglés Horace Rumbold, quien alquilaba la propiedad en esos tiempos. Finalmente, partió rumbo a Montevideo el 5 de enero de 1881.

Muchacho de pocas luces, cuenta la historia que su padre lo quería mantener ocupado conociendo el mundo, aventurándose en «tierras exóticas» para cultivar su

espíritu y fortalecer su carácter timorato.

Teníamos una versión que explicitaba una de las actividades del noble: en el transcurso de esos días habría participado de la *Worm to Top Competition* o *Worm to High Competition*, algo así como la carrera del gusano a la cima y que consistía en que el participante, desnudo y atado fieramente con tientos de cuero para inmovilizar el cuerpo, debía ascender hasta la parte más alta de la barranca. Recordemos que en esos años la barranca terminaba prácticamente en el Río de la Plata con el consiguiente riesgo de caer al agua. Esta actividad era desarrollada en forma anónima por la colectividad inglesa.

Levemente parecido a una foto de Borges en los años 60, Efigenio nos recibió en una planta baja en la que parecía que el sol se había cansado de pasar. Plantas secas, las rejas de la ventana despintadas y un penetrante olor a humedad. Pero Efigenio mantenía las formas con su saco cruzado, un poco pasado de moda, pero impecable. Nos saludó con la mano izquierda, mientras que la derecha permanecía oculta dentro del bolsillo. Cerró rápido la puerta y observó por la mirilla, después nos sonrió. Ese lugar oscuro, a pesar de que eran las cinco de la tarde, era jalonado por algunas lámparas boyas que descubrían algunos detalles del lugar. Una impresionante biblioteca y fotos de viajes. Arriba de una luz llena de polvo, alcanzamos a ver en una foto enmarcada, en la que se leía *Whitechapel Road*, a un Efigenio con el mismo traje pero nuevo, señalando algo con la punta de un paraguas.

Para iniciar la conversación, le preguntamos por la casa de ir de Septiembre y Echeverría.

—¿Saben las veces que quise comprar esa casa? Ahora sabrán por qué ellos nunca me dejaron. Después se me fueron las ganas de insistir, y ya estoy un poco pasadito de años. Soy un convencido de que en los dobles fondos o detrás de las paredes se oculta la verdad. Pero bueno, qué le vamos a hacer. Igualmente, lo que he averiguado no está mal. Lo que les voy a decir pueden tomarlo como quieran. Como la verdad más absoluta o la mentira de un moribundo. Sí, porque tengo cáncer de próstata y no sé cuánto me queda. No tengo hijos y tanta obsesión por investigar tiene que quedar en alguna parte, ¿o no?

Asentimos.

—Seguramente, el nombre que les mencionaré ahora no les dirá nada pero puedo asegurarles que a ciertos niveles, niveles ocultos, es conocido. Me refiero a William Puffy, un soldado que vino con la Segunda Invasión Inglesa. Pero no era un soldado cualquiera. Sus camaradas le habían dado el apodo de *Butcher*, el carnicero, por su inescrupulosa sed de sangre. Se decía que era muy bueno con la bayoneta y que se pintaba la cara con las tripas de sus enemigos. De ser un soldado raso, cuando desembarcaron las fuerzas de Whitelocke, pasó a ser nombrado sargento. Lo cierto es que Puffy cae herido y es tomado prisionero. Cuando se produce el intercambio de

rehenes, luego de la rendición inglesa, decide quedarse un tiempo más en Buenos Aires. Al poco tiempo, funda una logia masónica llamada «Logia Esplendor Purificación y Destino» LEPD o LSPD.

La historia del inglesito sádico parecía interesante, pero no veíamos la conexión.

Como adivinando nuestros pensamientos, Efigenio levantó su mano izquierda enérgicamente.

—Espérense, la paciencia es una buena virtud. Como decía, este muchacho utilizó el escudo, en apariencia noble, de la logia para montar un espantoso negocio. Por un lado, organizaba con esta logia «ajusticiamientos purificadores» y por otro, ofrecía a algunos clientes ser observadores de este evento a cambio de una considerable suma de dinero. Casi todas las purificaciones recaían sobre mujeres. Si bien no quedaron muchos registros, antes de la abolición de la esclavitud en 1813, hubo varias desapariciones de mujeres negras muy jóvenes, principalmente adolescentes. Puffy se volvió a Inglaterra con una considerable fortuna y allí habría seguido con esta idea... pero acá dejó sus herederos.

Como si fuera el cuadro principal de una obra, Efigenio estiró su brazo izquierdo como dirigiendo un pincel imaginario, después se pasó la mano por la cara y mirándonos fijo nos dio su gran noticia, tan lógica, tan sencilla que aterraba.

—Como dije, tanto en Londres como en Buenos Aires, «la logia» siguió adelante, inclusive después de la muerte de Puffy. Y llegamos a 1888, y los asesinatos en Whitechapel; Scotland Yard quedando en ridículo una y otra vez y... ¿por qué? Porque no hubo un solo Jack... ¡fueron varios!

Lo dicho: la teoría era tan lógica que asustaba. Todo parecía encajar. Efigenio se entusiasmó y por un momento, su rostro, pálido como su casa, adquirió algo similar al color.

—Víctor, el duque de Clarence; Aarón Kosminski, el judío polaco; Sickert, el pintor, hasta Alfonso Maduro también podrían haber tenido algo que ver. Es más, el nombre de Jack hace alusión directa a la *Union Jack*, la bandera inglesa y lo buscaron como un genérico, una especie de Fuenteovejuna. Pero vamos por partes, como decía, bueno ya conocen el chiste me imagino. Por lo que sé, Puffy hablaba de *Executers* (ejecutores) y *Witness* (testigos) cuando se producían las purificaciones. En el primero de los asesinatos (aunque después quisieron descartarlo) se vieron a dos personas vestidas de soldados, hablando con Martha Tabran, la primera de las víctimas.

Tratamos de derribar la versión de Efigenio citando la teoría de la escritora e investigadora norteamericana Patricia Cornwell, que afirma rotundamente que el pintor Sickert era El Destripador y no solo por su supuesto perfil psicótico sino también por su refinamiento y creatividad para mandar infinidad de misivas a Scotland Yard desafiando a las autoridades.

Efigenio se rio de costado pero llenó sus pulmones de aire para darnos una extensa explicación.

—Estos gringos se creen que con plata arreglan todo. Esta señora o señorita gastó mucho dinero para empecinarse en demostrar la culpabilidad exclusiva y definitiva de Sickert. Pero en su tozudez no entra una variante diferente. Ella misma afirma que el pintor gastaba mucho dinero, sobre todo de su mujer. Bien, yo puedo afirmar que este señor fue uno de los más refinados *Witness* de esta historia. Tiene un cuadro que llamó *Dormitorio de Jack el Destripador*. Era muy afecto a los disfraces y fantaseaba con un asesinato, pero para mí no los llevó a cabo. Sí un tipo como Kosminski. Ese polaco que estaba probablemente desequilibrado fue uno de los ejecutores pero no el único, no.

Preguntamos por el Duque de Clarence.

—Sin duda un *Witness*, era estúpido pero no asesino, pero quería verlas sufrir, había sido extorsionado por una mujer de mala vida, digamos, y quería desatar su furia. En cambio, a su hermano George nadie lo tiene en cuenta. Era muy diferente a su hermano, una persona oscura, muy oscura.

Teníamos muchísimos interrogantes pero inesperadamente y contradiciendo su predisposición inicial, Efigenio dio por terminada la entrevista.

—Suficiente, suficiente.

Para nuestro asombro nos mostró la mano que había escondido sistemáticamente durante toda la entrevista. Un par de dedos estaban horriblemente torcidos o con cicatrices severas.

—Una noche se me acercaron dos personas y me metieron en un auto, uno agarró una tenaza y me arrancó así nomás dos dedos. Me desmayé. Aparecí con una venda en la mano en la puerta de mi casa. Al lado mío había una cajita. A pesar del dolor la abrí. Ahí, en una bolsa de hielo, estaban mis dedos, fracturados pero conservados, y una nota en inglés escrita con mi propia sangre: la próxima tu cabeza no va a ser *on the rocks*.

Nos acompañó a la puerta, pero nos dijo que él no era el único que sabía la verdad.

—Delgado, hablen con Fabio Delgado.

Y nos dio un número de teléfono.

El horror ya se había instalado y debíamos seguir.

Como si las Barrancas de Belgrano fueran un círculo mágico, el tal Delgado arregló una cita en un lugar curioso, muy poco conocido para la mayoría de los porteños: teníamos que verlo frente a la reproducción de la Estatua de la Libertad, que da ala calle Pampa. La réplica, prácticamente idéntica a la original ubicada en Nueva York, fue creada por Frederic Bartholdi, el mismo artista, y está fabricada en hierro rojo.

La imagen de la famosísima estatua contrastaba dramáticamente con la de nuestro entrevistado. Un hombre con aspecto de ardilla y anteojos de montura gruesa se paseaba enérgicamente sin dejar de mirar el reloj. En la otra mano sostenía un pesado maletín que en algún momento había sido negro.

—Me estaba por ir —nos dijo dándonos una mano muy pequeña y sudorosa—. Pero bueno, ahí están.

—El tránsito —nos excusamos—, la lluvia de ayer, las calles inundadas, no esperábamos ese contratiempo. Ahora salió el sol pero parece que va a seguir lloviendo. ¿No sería conveniente buscar un lugar cerrado?

—No —afirmó casi violentamente Delgado—. Tiene que ser acá, en lugares abiertos es más difícil para ellos, en lugares cerrados se complica la cosa.

—¿Ellos?

—Saben a qué me refiero, a la logia, créanme que está más activa que nunca y también créanme que es una pesada carga todo esto para mí.

—¿Qué quiere decir?

Como si el cielo fuera un telón magnánimo, otra vez se fue el sol, empezaron a caer las primeras gotas. Delgado titubeó pero finalmente abrió su maletín y de ahí salieron unos expedientes muy deteriorados.

—Esto es una maldición familiar que yo también heredé. No saben lo que es vivir con miedo, no, no se lo imaginan. Vivo con tranquilizantes. Esto arruina a cualquiera. Los expedientes que ven aquí son de mi bisabuelo, Pristino Delgado, Principal de la Federal. Él, muy valientemente investigó a la logia, y se hizo pasar por uno de ellos. Hasta estudió inglés para poder acceder. Todos los informes los presentó prolijamente y en vez de darle apoyo lo trasladaron a Corrientes, y lo que es peor, murió «ahogado» en el Paraná, cuando era un nadador excelente. Con mi abuelo pasó algo similar: se le cayó una pared encima cuando ampliaba su casa y a mi padre lo atropelló un camión. Todo por esto.

La lluvia se hacía más intensa, pero no podíamos movernos. Delgado se limpió los lentes con dificultad, sus manos temblaban. Guardó el enorme mamotreto y siguió.

—Lo del Destripador fue, podemos decir, un forma insolente de actuar de esta logia, organización o como quieran llamarla. El líder de esa época, un tal señor Green, Chester Green quería un perfil alto, ni antes o después fue así, y créanme que son muy fuertes. Ahora ampliaron el negocio. Son muy poderosos. ¿Oyeron hablar de las películas *snuff*?

Por supuesto que conocíamos el término, y la sola posibilidad hieló la sangre. El concepto sería el de filmar a una o varias personas reales, no actores, mientras se le infligen todo tipo de vejámenes, inclusive la muerte. Los rumores sobre la existencia de estas filmaciones nunca fue confirmada hasta ahora, a pesar de la cantidad de

versiones de este mito moderno. Como particularidad, estas películas casi siempre son efectuadas en lugares remotos o en la mansión de un perverso hombre rico.

Por un segundo la lluvia paró, pero Delgado era una catarata de palabras.

—Como dije, mi bisabuelo se infiltró en la logia y presencié ceremonias. En ese momento no eran películas, pero se sacaban fotos. Siempre hubo dos grupos: los *Ejecutores* y los *Testigos*, siempre. El gobierno sabía. Después del Destripador, acá se tomaron algunas medidas para disimular y por eso los traje a este lugar. Afrancesaron todo lo que pudieron. En 1892, Thays se encargó de estas barrancas. Después, por si quedaba alguna duda, encajaron esta réplica de la Estatua de la Libertad.

»Como la sangre no se hace agua, yo también hice algunas averiguaciones. No pude evitarlo. El primer caso con el que me topé fue el de Oriel Briant, la profesora de inglés que fue encontrada muerta a los días de haber desaparecido. Una mujer muy bella. Se dijo que fue un allegado, después que había sido una secta satánica y, tímidamente, se comentó que la habían hecho participar forzosamente en una película pornográfica. Fue decididamente una *snuff*. Pobre chica. Sin entrar en detalles fue un procedimiento parecido a los de los Destripadores. El caso quedó incluso pero yo sé positivamente que fueron *ellos*. ¿Quieren ir más para acá? Martín Ríos, el apodado *francotirador de Belgrano*, que tiró a mansalva en la Avenida Cabildo, mató a una persona e hirió a otras. Está desequilibrado y justamente la logia lo utilizó para esto, aunque lo más macabro es que todo estaría filmado por los testigos, ¡inclusive con varias cámaras!

Delgado se detuvo. Miró su reloj y sacando dos copias del voluminoso expediente, sentenció:

—Lo que investigó mi bisabuelo está todo aquí. No les doy el original porque mientras lo tenga voy a estar seguro. Hagan lo que quieran con ellas.

Y se fue sin saludar.

Antes de analizar el documento fuimos a los archivos policiales y no hallamos datos de Prístino Delgado, tampoco de ninguna institución, logia u otra agrupación mencionada por su bisnieto. Cuando intentamos volver a comunicarnos con Fabio Delgado, nos encontramos con la sorpresa de que el número ya no correspondía a ningún cliente. Entonces, fuimos a la casa de Efigenio B. No había nadie. Indagamos con los vecinos, hasta que finalmente uno nos dijo que estaba casi seguro de que Efigenio estaba internado. ¿Dónde? No sabía.

Retomamos el «documento» en forma de fotocopia entregada por Fabio Delgado.

Básicamente, el expediente redactado en los años veinte estaba escrito a máquina. Solo unas cuantas anotaciones en apariencia jalonaban el material. La mayor parte carece de verdadero valor, porque tiene referencias de la época, inclusive de la política, algo atípico en este tipo de documentos. Sin embargo, rescatamos un pasaje, en el que Prístino se infiltra en la logia y presencia un acto de purificación a una

«insana mental».

«... el lugar estaba en penumbras casi en su totalidad. Ya nos habíamos puesto las túnicas rituales. Previamente habíamos tenido que desnudarnos en una pequeña sala. Las túnicas eran de un color violáceo intenso y al contacto con la piel era algo similar a la pana, pero un poco más ligero. A cada uno le fue dada una vela mientras alguien entonaba un canto que, pude indagar, sería en un dialecto celta. La víctima ya estaba allí cuando ingresamos a un salón amplio, desnuda y atada a una mesa redonda mirando hacia el reducido auditorio. Mí instinto me decía que debía intervenir pero cualquier cosa que hiciera sería rápidamente reducida con las consecuencias del caso. La víctima había sido drogada, eso era seguro. Los ojos en blanco. Era más que evidente su retraso mental, como así también que no tendría más de quince años. Intervendría, debía impedir cualquier mal. Me adelanté un par de pasos en ese piso alfombrado. En eso entraron dos figuras más oscuras. Con túnicas negras y alguien con un aparato negro. Alguien mencionó algo (siempre en inglés) y de las túnicas negras salieron dos enormes cuchillos de matarife, brillantes. Las palabras urdían órdenes y los cuchillos se movían con las palabras. El horror no duró mucho. Varios tajos y la niña se desangró rápidamente. Pero lo más perturbador fue ver que esa máquina era un cámara de fotos. Varios fogonazos se dispararon para cronocar ese acto aberrante. La víctima fue cubierta con una túnica roja y las velas fueron apagadas una a una. A pesar de mi profesionalismo debí mantenerme estoico para no perder los estribos y reaccionar con naturalidad».

El relato es bastante esquemático. De las más de quinientas fojas, en ningún momento se explica claramente cómo Pristino Delgado llega a esa situación. Pero había un par de cosas que nos daban vueltas y la conclusión nos resultó francamente siniestra.

Como el viejo dicho afirma, la principal astucia del demonio es hacernos creer que no existe. Dos palabras sonaban a fuego en nuestro cerebro:

Ejecutor, Testigo... ¿Efigenio B. y Fabio Delgado, tal vez?

Dando vuelta la ecuación podríamos transformarlos de víctimas en victimarios.

Nunca vimos la supuesta nota que le mandaron a Efigenio. Los datos de Delgado nos fueron proporcionados por el mismo Efigenio. Luego, ambos personajes desaparecieron.

Un escalofrío nos recorre la espalda.

¿Los hijos de Jack se ríen a nuestras espaldas, juegan con nosotros o tan sólo son una leyenda urbana?

PARTE VII

Sed de venganza

San Cristóbal



Como todas las mañanas, Estela se despertó un par de minutos antes de que se encendiera la radio.

Estaba en la cama, boca arriba.

Como todas las mañanas lo primero que observó fueron aquellas manchas en el techo. De tanto mirarlas creía reconocer en aquel entramado amarillento el rostro de Luis.

Eso era lo único que le quedaba de su esposo muerto: unos hongos inmundos imitando sus facciones. Eso y las Melli, por supuesto. Si era por ellas que vivía.

La radio se encendió. Seis menos cinco. Había paro de subtes.

Estela fue hasta el cuarto de sus hijas. Las Melli dormían sobre sus camas enfrentadas. Tenían los cuerpecitos prácticamente en la misma posición. Parecía como si un espejo cortara la habitación en dos, como si una fuera el reflejo de la otra.

Eran hermosas. Eran Luis. Eran su vida.

Como todas las mañanas Estela se pegó una ducha, se secó, se vistió y tomó mate hasta que sonó el timbre: era Tito, ella cuidaría de las chicas hasta su regreso.

Estela besó a sus hijas dormidas y se fue.

La calle era un infierno.

El paro de subtes parecía haber hecho brotar gente de todos lados, como si salieran de las paredes, como si surgieran del mismo asfalto.

Los colectivos iban a paso de hombre.

Hubiera dado cualquier cosa por poder volver a su hogar, por quedarse con sus hijas, por hacerles el desayuno, llevarlas al cine.

Pero bien sabía que aquello era imposible, que tenía que ir a esa inmundita peluquería a maquillar viejas. Solo así podía darles de comer a sus amores, solo así podía ahorrar para pagarles el tratamiento que les salvaría las vidas. Los médicos le habían dicho que era un virus nuevo, mortal si no se lo combatía, sobre todos en chicos de tan poca edad. La medicación era cara, muy cara. Por eso tenía que subir al colectivo.

Llegó tarde.

Ninguna de sus máscaras faciales hubiera podido arreglar la cara de pocos amigos con la que Betty, la dueña de la peluquería, la recibió. De nada sirvió que Estela le dijera lo del paro de subtes y los embotellamientos. Betty la dejó sin descanso por ese día. No se perdía de mucho. Quince minutos a la mañana y media

hora a la tarde.

El verdadero castigo lo tuvo de parte de las clientas. Que «tanto rubor no me gusta», que «el labial que me pusiste es de atorranta», que «apurate, querida, que no llego a la reunión». No era un ser humano para ellas, era una «cosa» que maquillaba y punto. Si hasta cuando la cruzaban fuera del local, cuando iba a tomarse el subte, la miraban extrañadas, como si no pudieran aceptar que tuviera una vida fuera de la peluquería.

Fue una de estas señoras la que desató la tragedia. Entró cuando estaban cerrando. Estela tuvo la esperanza de que quisiera un corte de pelo y nada más, entonces ella podría irse y ver a sus hijas y contar sus ahorros y calcular lo que le faltaba para pagarles el tratamiento...

Corte y maquillaje. En ese orden. La señora, cliente de la casa, tenía que ir a que le tiraran las cartas, y por cábala iba siempre arreglada.

Cuando a la vieja le estuvieran diciendo que en la semana entrante se le iba a resfriar la tortuga, ella todavía estaría viajando para llegar a su casa.

Estela tuvo que esperar los cuarenta minutos que duró el corte de pelo, como si fueran pocas las doce horas (de ocho a ocho) que llevaba trabajando.

La catástrofe se desató cuando una pizca de sombra para los ojos cayó sobre el cuello blanco de la camisa de la cliente.

«¿Qué hiciste, tarada?» fueron las palabras que la condenaron. Cuando trajo una gasa húmeda para limpiarle la mancha, Estela recibió un lapidario «No me toques», y entonces la cliente fue a hablar con Betty.

La echaron.

Las Melli murieron cinco meses más tarde.

El último beso que Estela les dio a sus hijas fue como el de todas las mañanas, con los ataúdes enfrentados, como si uno fuera el reflejo del otro.

La tragedia de Estela (algunas versiones la nombran como Stella Maris, otras con el extraño y redundante nombre de Estela-Estela) es contada y recontada, con más o menos palabras, por ciertos habitantes de San Cristóbal, barrio en el que habría estado, si es que aún no está, la peluquería de Betty.

Los que dicen conocer la historia aseguran que Estela, luego del entierro de sus dos hijas, se suicidó. Los que arriesgan más detalles cuentan que llegó a su casa, se puso de pie bajo el techo del dormitorio, se introdujo un revólver en la boca y gatillo. Si bien toda la habitación quedó salpicada de sangre y materia encefálica, fue el techo el sector que más restos de Estela recibió. Y aquellos restos se transformaron en manchas, manchas que nadie pudo limpiar, manchas que se agregaron a las otras manchas, las de humedad, las que Estela veía todas las mañanas.

—La que fuera la casa de Estela y las Melli —nos dijo JESUSA P., habitante de una típica «casa chorizo» sobre Avenida Independencia— es ahora la planta baja de un

edificio en Once (otros testimonios la situaron en Caballito). Nadie podría darse cuenta de que es así si no fuera por un detalle: aquel cielo raso del dormitorio permanece intacto.

Al parecer, el boca en boca continuó agregándole elementos a esta versión, pues nos encontramos con testimonios que iban aún más allá, como el de PATRICIO G., que nos dijo:

—Muchos quisieron limpiar aquellas manchas de humedad y sangre, pero ninguno lo logró. Ni siquiera los que las taparon con pintura, porque al tiempo brotaron de nuevo. Yo nunca vi las manchas, pero dicen que el dibujo es eterno, que aún puede ser visto en la planta baja de un edificio, y que si lo mirás bien descubrás que las manchas de humedad forman la cara de un hombre, y las de sangre la de una mujer. Y que hasta parece que se estuvieran besando.

Incluso hubo otros que llegaron a decir que de alguno de los rincones de aquel techo aún cuelgan «estalactitas de sangre seca y tejido».

No es esta la única versión que pretende poseer la verdad con respecto a lo ocurrido luego del fallecimiento de las hijas de Estela. Nosotros buscábamos otra, una versión que también coqueteaba con cierto aspecto de la eternidad, pero que tenía más olor a mito urbano, una versión que había llegado a nuestros oídos tiempo atrás.

Dicha versión nos aguardaba en la segunda peluquería que visitamos en San Cristóbal. Resultó que el dueño conocía esa «otra historia de Estela», esa que solo unos pocos se animan a contar. Nos hicimos los asombrados, como si no conociéramos esa historia apócrifa, y dejamos que el hombre hablara:

—Hace tiempo me lo contó una clienta. Parece que la mujer, esa Estela, no fue la que se mató. La que se pegó un tiro fue la tipa que le cuidaba las hijas. Ella también tenía que pagarle un tratamiento a uno de sus hijos, y como al morirse las nenas de la maquilladora se quedó sin trabajo, bueno, no lo soportó.

—¿Y con Estela qué pasó, entonces? —preguntamos.

—Miren que son todas pavadas —nos advirtió el hombre—, cuentos de viejas.

—¿Las recuerda? ¿Recuerda cuáles eran esas «pavadas»?

—Sí, más o menos. Como les dije, es un chisme que corre entre las señoras. Esta mujer, la clienta, me dijo que si algún día le llegan a tocar el timbre ofreciéndole una sesión de maquillaje gratis, no abre ni borracha, porque dicen que se trata de Estela vengándose de todas las clientas de la peluquería donde trabajaba, y de las amigas de las clientas, y de las amigas de las amigas también, y así, como son estas clase de historias, de manera que ninguna mujer pueda decir «a mí no me puede pasar, yo no tengo nada que ver con esa peluquería».

—¿Pero qué ocurre si le abren la puerta? ¿Cómo se venga Estela?

La respuesta la conocíamos, pero queríamos escucharla en boca de aquel hombre.

—Dicen que las maquilla pero que no lo hace nada bien, que les deja la cara muy

pálida, como si estuvieran muertas. No le reprochan nada porque es gratis, entonces esperan a que se vaya para sacarse aquel desastre. Pero el asunto es que el maquillaje no sale.

Volvimos a hacernos los desinformados.

—¿No sale? ¿Por cuánto tiempo no sale?

—No sale más. No pueden sacárselo con nada. No les digo que es una pavada, si hasta hay algunos que dicen que Irma, la que vive al lado de la farmacia, tiene la cara deformada porque cayó en la trampa de Estela y quiso sacarse el maquillaje con ácido, cuando todos sabemos que la pobre sufrió esas quemaduras cuando su antigua casa se incendió.

Fuimos a lo de Irma, pero no quiso hablar con nosotros. Una vecina suya nos confirmó lo del incendio, pero también nos comentó que a ella le parecía que Irma tenía esas cicatrices en la cara desde antes del siniestro.

Dejamos en paz a Irma y seguimos recomendando San Cristóbal, buscando algún rastro de la que fuera la peluquería de Betty. Pero, tanto los dueños como los empleados de algunos de los locales que visitamos, nos confirmaron que nunca habían ofrecido servicio de maquillaje.

Nos encontramos con una Betty, sí, pero sólo era una joven empleada que lavaba el cabello de los clientes en una peluquería ubicada unas cuadras más allá de los límites del barrio.

También nos encontramos con dos construcciones abandonadas que, en el pasado, habrían funcionado como peluquerías; pero nos fue imposible confirmar si algunas de ellas se trataba del cadáver de nuestro mítico local.

La búsqueda tampoco rindió sus frutos en la otra dirección, en la de Estela: ni San Cristóbal, ni Balvanera, ni Caballito guardaban rastros del paradero de alguna maquilladora que hubiera perdido algún hijo a raíz de alguna extraña enfermedad.

Nada de Betty, nada de Estela; pero las leyendas urbanas tienen muchos tentáculos, y siempre hay alguno de ellos que, si uno es paciente y está atento, se deja ver.

Fue así que nos topamos, dentro de San Cristóbal, con lo que podríamos llamar «la esquina de los espectros», un lugar cuya fama, en un comienzo, no parecía guardar ninguna relación con la leyenda de la maquinadora.

Pudimos haberlo dejado de lado, pero nuestra experiencia nos decía que nunca está de más profundizar un poco: los disfraces del mito urbano son muy variados y astutos, y uno debe animarse a ver qué hay debajo de la máscara.

Profundizamos entonces, y bien que hicimos.

Nos enteramos que, según los vecinos, dos formas fantasmagóricas pueden ser vistas, durante ciertas noches cenadas, en la esquina de Urquiza y Estados Unidos.

DORA P.: «Yo las vi tres veces, y les confieso que es una experiencia aterradora.

Son dos figuras blancas que flotan cerca de la esquina, justo delante de la cara de piedra».

La *cara de piedra* que menciona Dora se trata de un rostro de mujer tallado sobre la antigua fachada de una casa, sobre la calle Estados Unidos, a pocos metros de la inquietante esquina. Y a decir verdad, aquel semblante de granito es siniestro. Más que la obra de un humano, da la impresión de ser el rostro de una mujer atrapada bajo el cemento. Pero aquellas facciones no parecen estar pidiendo ayuda, sino todo lo contrario: casi puede asegurarse que estudian el mundo desde algún lugar sin nombre, si hasta sus ojos de roca parecen seguir el tránsito de los mortales que se atreven a pasar delante de ella.

¿Y qué tiene que ver todo esto con Estela y su venganza?

Ocurrió que los testimonios se fueron sucediendo, arriesgando diferentes explicaciones a este fenómeno, la mayoría asociando a las figuras blancas con espectros de algún tipo. Y esto fue así hasta que nuestra perseverancia dio sus frutos:

ALEJANDRA C.: «Mi tía dice que son mujeres que fueron víctimas de Estela, que se juntan para ver si alguna de ellas descubrió la manera de sacarse el maquillaje. Empezaron a ir a esa esquina tapadas con largas mantas blancas para que nadie les viera el rostro. Ahora ya lo tomaron como una especie de uniforme. Por eso las confunden con fantasmas. Mi tía dice que a veces son tres o hasta cuatro las que se juntan. Lo que no entiendo es por qué, mejor, no usan el teléfono».

Algunos creen poder responderle a Alejandra: dicen que estas pobres mujeres se juntan allí para pedirle piedad al rostro femenino tallado en la vieja fachada, ya que esta escultura se trataría del semblante de la temida Estela. Los que defienden esta versión aseguran que la maquilladora, luego de «embellecer» las facciones de tan solo unas diez víctimas, murió, pero dejó su rostro grabado en piedra para que las diez desgraciadas lo veneren como si fuera la imagen de un santo, para que le supliquen, para que le rueguen que les devuelva el aspecto que antes lucían. Las desgraciadas se habrían ido suicidando, de ahí que solo queden tres o cuatro.

Nos llamó la atención cómo lo que parecía tratarse de una simple (o compleja) historia de fantasmas, se transformó, al menos en una de sus versiones, en un elemento de nuestro mito de la maquilladora. Algunos llaman a este tipo de paralelismo «sintonización entre mitos», y dicen que suele darse en lugares donde, gracias a un ambiente que estimula la imaginación, deambulan tantas historias que terminan confundándose unas con otras.

Un breve paseo por los alrededores de la «esquina de los espectros» basta para descubrir que estamos en una zona de esas características.

Primero podemos ver cómo, sobre Estados Unidos, las casas antiguas se suceden unas a otras, incluyendo la que exhibe el rostro de piedra. Los descascarados frentes, en algunos casos, están tapiados.

Luego tenemos, justo frente a la esquina en cuestión, la imponente iglesia Santa Cruz de los misioneros pasionistas, con un pequeño camposanto propio.

Y para completar el cuadro, nos acechan, aquí y allá, vidrieras de canterías repletas de figuras e ídolos, algunos escalofriantes.

No quedan dudas entonces de que el aire que se respira en este sector de San Cristóbal lo hace un semillero de mitos, desde cuentos de fantasmas y demonios, hasta la leyenda de un «club» de víctimas de Estela.

Es más, ¿no habrá nacido aquí la historia de la maquilladora? ¿No será el mito de Estela producto de la «sintonización» entre un relato oscuro contado en una santería, y algún comentario de la novela de la tarde en una peluquería?

Para sacudimos un poco las tinieblas y volver a nuestro camino, decidimos atacar el mito que investigábamos con especulaciones de carácter más científico, y consultamos a una profesional del maquillaje la posibilidad de que una venganza como la de Estela se llevara a cabo.

Nos asombramos cuando a GISELLE B., cosmetóloga matriculada, no le resultó tan extraña la idea de un maquillaje eterno:

—Existen productos especiales que se utilizan para tapar cicatrices y manchas permanentes en la piel. Suelen tener más cuerpo que los maquillajes comunes, por eso es que pueden llegar a ofrecer mayor resistencia a ser removidos. Algunos duran las veinticuatro horas del día, y más también. Si algo como la depilación definitiva ya es una realidad, no veo por qué no puede serlo el maquillaje eterno. Quizás estos productos especiales sean el comienzo de algo así. Aunque la única veta comercial que les encuentro es esa: tapar imperfecciones que los demás no tapan. No podrían utilizarse para belleza. Ninguna mujer quiere, por más linda que la hayan dejado, llevar el mismo maquillaje facial de por vida.

Giselle no solo nos sorprendió en el campo de la cosmetología, sino también en el nuestro, el de la mitología.

—La historia que están investigando —nos comentó— se parece a una que, hace un tiempo, anduvo de boca en boca en nuestro ambiente.

Le pedimos más detalles, por supuesto. Giselle los entregó:

—Habían lanzado una nueva línea de lápices de labios y, al parecer, una de las partidas que pusieron en el mercado era defectuosa; creo que tenían un componente químico en una concentración mayor a la debida. Las primeras quejas hacían hincapié en el sabor del lápiz, decían que era muy amargo. Y entonces se murió una chica que, luego se supo, llevaba puesto el nuevo cosmético. Aunque los médicos llegaron a la conclusión de que la joven había muerto por una causa que ahora no recuerdo, una embolia cerebral, creo, no pudieron evitar los rumores que señalaban al lápiz de labios como el asesino. El rumor bastó para que aquella partida anómala fuera retirada del mercado. Y luego alguien echó a rodar el cuento: un pariente cercano de

la chica fallecida se habría apoderado de cierta cantidad de estos «lápices de la muerte» para ofrecerlos a muy bajo costo, casa por casa, a manera de venganza contra aquellos que hacen prevalecer lo físico por sobre lo espiritual.

¿Tendrá esta historia relación con el mito urbano de la venganza de Estela? ¿Algún creativo narrador no habrá adaptado el incidente de los lápices labiales transformándolo en un final perturbador para un relato que no lo tenía, como la tragedia de una pobre maquilladora?

Puede que no, puede que Estela vague realmente por las calles de San Cristóbal buscando, casa por casa, más rostros en los que maquillar su venganza. Tal vez concrete sus obras con productos similares a los nombrados por Giselle, productos creados con modernas fórmulas mucho más duraderas, casi eternas...

O quizás Estela nunca existió, quizá solo sea un símbolo de nuestros tiempos, una fábula de empleados explotados y clientes impiadosos.

Pero por más respuestas lógicas que encontremos, estas nunca dejarán satisfecho al porteño. Su naturaleza lo arrastra a buscar otras respuestas, más oscuras, respuestas que simpaticen con lo desconocido. Es por eso que nunca faltarán testimonios como el de ALICIA G.:

—Te marca. Si Estela pasa a tu casa y te maquilla, lo que en realidad está haciendo es marcarte, como se marca al ganado. Lo hace para las Melli, para que sus espíritus sepan a quién deben visitar esa noche.

Caprichosas complejidades en la trama cósmica han generado una insólita moda entre los porteños: el odio a los mimos. La gente que la practica no habla de una simple molestia o de cierta incomodidad, no, la palabra que utilizan es esa, odio. La moda ha llegado a tal punto que hemos podido ver a mimos masacrados en la apertura de programas televisivos, agrupaciones antimimos perpetrando sádicos planes, sitios en internet haciendo públicas sus macabras ideas en contra de estos payasos mudos.

Como muestra de esta tendencia y de los oscuros sentimientos que despierta, transcribimos el siguiente pasaje que integra una de las tantas páginas que conforman el cyberspacio, cuyo tipo ha tomado el onomatopéyico nombre de «Blog»:

Aquellos movimientos lentos y estilizados, me resultaban particularmente repugnantes; y cada vez que tenía la desgracia de toparme con uno [un mimo], nacía en mí un placer morboso por asesinarlo de un modo violento. Imaginaba al mimo atropellado por un automóvil que cruzaba el semáforo en rojo a más de 80 km/h; el mimo era lanzado varios metros por encima del coche, y luego caía sobre el parabrisas del auto que venía detrás, destrozándolo; el conductor pierde el control al intentar frenar, pero por supuesto no puede evitar estrellarse contra una camioneta mal estacionada: el mimo queda atrapado entre la parrilla del auto y la caja de la camioneta.

No revelaremos la dirección del sitio que refleja semejante texto, pero si el lector siente deseos de visitarlo, solo le bastará con utilizar un buen buscador de internet.

Son inevitables las sospechas de conexión entre este odio hecho moda y el mito que trataremos en este capítulo, sobre todo después de leer el texto extraído de internet, ya que nuestra historia, la leyenda del Mimo Zombi, comienza cumpliendo el siniestro deseo del internauta.

Cuentan que en una esquina del barrio de Almagro, hasta no hace mucho, podíamos observar cómo, todos los fines de semana, un inocente mimo aguardaba cada semáforo en rojo para pisar el asfalto y hacer las delicias de los pacientes conductores. Segundos antes de que la luz cambiara a amarillo culminaba su rutina y se disponía a pasar su singular gorro entre los bólidos, permitiendo a los involuntarios espectadores premiar su breve performance con unas monedas y, por qué no, con algún que otro billete. El mimo recién subía a la vereda una milmillonésima de segundo antes de que el semáforo pasara de amarillo a verde.

Había estudiado y practicado durante incontables horas cada uno de los movimientos que componían su número callejero, y los había recreado en aquella esquina tantas veces que, dicen, aún quedan marcas de su rastro en el asfalto.

Manejaba de tal manera su energía corporal que nunca había fallado, siempre había llevado sus movimientos hasta la mueca final con éxito... menos en aquel día. El último día.

Estaba oscureciendo. Quizá se trataba de la representación que le pondría punto final a aquella jornada artística. A mitad de su show urbano, uno de los automovilistas, que hasta ese momento había permanecido observando como uno más, aceleró de repente y cruzó el semáforo en rojo a gran velocidad.

Si bien todas las versiones coinciden en que el auto atropelló al mimo, provocándole la muerte instantánea, hay algunas que brindan más detalles de aquel terrible momento. En ellas se asegura que el artista tuvo la posibilidad de salvar su vida, pues no se encontraba en la misma línea del automóvil cuando su conductor aceleró. Pero ocurría que el siguiente movimiento de su obra lo llevaba justo frente a aquella máquina lanzada hacia delante. Nuestro protagonista habría considerado una ofensa a la pantomima interrumpir su número, y no hizo otra cosa más que moverse, inmutable, hacia donde su muda rutina le indicaba. La vida por su pasión. Se cuenta que antes de ser embestido clavó la mirada en su asesino, a través del parabrisas. Sus ojos habrían guardado cada detalle de aquel rostro tras el volante, como si supiera que hacerlo era de suma importancia. Hay personas que afirman que antes de caer muerto sobre la calle, en el aire, ensayó una última mímica, la definitiva, con la que se despidió del mundo. Aunque también están los que dicen que solo se trató del azaroso ondular de sus miembros destrozados.

Mientras el automovilista huía, la gente se agolpaba alrededor del cuerpo inerte del mimo.

—Estaba muerto pero no había perdido su sonrisa de caricatura —nos reveló HÉCTOR C., quien, según sus propias palabras, habría estado junto a los despojos del artista—. Y no me refiero a su maquillaje. «El Selenita», ahí tirado, tenía la sonrisa de un chico.

«El Selenita», así le habrían puesto amén a que una de sus más celebradas mímicas recordaba a aquel paso de baile que Michael Jackson eternizó bajo el nombre de «caminante lunar». También están los que lo mencionan utilizando el que habría sido su verdadero nombre: Xavier.

—Era el Marcel Marceau del barrio —declaró una vecina que se dio a conocer simplemente como Mimí—. Todos le tenían mucho respeto. Salvo aquel hijo de puta. Hoy le dan el carnet de conducir a cualquiera.

Según los vecinos, uno podía ver al mimo realizar su show en cualquiera de las cuatro esquinas de la plaza Almagro, aunque la mayoría concuerda que encontró la

muerte en el semáforo de Sarmiento y Salguero.

Con aquella tragedia, con el fin de nuestro artista, nace el mito.

Se asegura que nadie reclamó el cuerpo del mimo, que la poca familia que le quedaba vivía en Europa, en la lejana Andorra (otras versiones hablan de Gibraltar), y nunca aparecieron.

—De la morgue del hospital lo retiró una señora que tenía una santería, o eso fue lo que me dijo un amigo —nos confió LUCAS G., un joven estudiante del Conservatorio de Música, ubicado a cuatro cuadras de la plaza—. Coimeó a un enfermero y se llevó el cadáver. Parece que la mujer conocía gente rara.

—Al enfermero le pagaron, eso es verdad —nos dijo CARLOS A., portero de un edificio sobre la calle Humahuaca, mientras barría la vereda—. Por eso no quedó registro de la desaparición del cuerpo, como si el tipo nunca hubiera existido. Dicen que los que se lo llevaron practicaban brujería.

¿Por qué estas extrañas personas querían llevarse el cadáver de Xavier?

Habíamos citado ya, como un elemento presente en el mito, el excelente manejo que «El Selenita» hacía de su energía corporal. Y esto no parece ser intrascendente para JURGOS BRANDON P., parapsicólogo porteño.

—Antiguos rituales de magia, la mayoría de origen africano, se basan en el «nommo», la energía vital que llena todas las cosas y les da vida. Incluso el ritual que convierte a un muerto en zombi se basa en ella; ya que al morir, esta energía no nos abandona de inmediato, sino que lo va haciendo paulatinamente. La velocidad con la que se produce esta pérdida depende mucho del aura que mantuvimos en vida. Aquellos que utilizaron su aura para estructurar y educar su energía vital, su «nommo», son los que dejarán, cuando descansen en paz, un cadáver altamente energético; y cuanto más hayan profundizado en esta educación, más lenta será la pérdida de esta energía. O sea: se tratan de los mejores cuerpos para utilizar en esta clase de rituales.

Veamos ahora qué dice Alberto Ivern en su libro *El Arte del Mimo* sobre la energía en el ámbito de la pantomima:

«Somos energía, liberada durante el entrenamiento y también luego, al constatar los cambios que produce en nosotros dicha liberación.

[...]

»La energía es "mensaje" en la medida en que modifica la calidad de los movimientos, de las acciones, de las posturas y demás caracteres del personaje. Pero si quisiéramos definir cuál es el punto de llegada del entrenamiento del ser energía, diríamos que el ser energía es la vivencia de sí mismo como energía global.

[...]

»... somos la energía universal. La energía universal que se despereza..., que se levanta...

[...]

»Soy una energía que asume posturas escultóricas elocuentes. Paso de una a otra en cámara lenta, me disuelvo y me transformo en otro ser...».

Ante semejante panorama de «disciplina energética» en el mundo de los mimos, nuestro parapsicólogo no duda:

—Podemos decir que el cuerpo de uno de estos artistas, por su entrenamiento y filosofía en lo que a energía vital se refiere, es ideal para practicar en él la zombificación.

Estábamos ante nuestro mito, pues la leyenda asegura que «El Selenita» volvió de la muerte y vaga por las calles de Almagro como un verdadero zombi.

De ser cierto lo de la sustracción del cuerpo de la morgue, no es difícil imaginar que esa extraña gente que lo perpetró estaba vinculada con el mundo de la magia, como sugieren los testimonios recogidos y, conociendo las ventajas energéticas del cadáver del mimo, practicaron en él el ritual.

¿Para qué? ¿Con qué fin lo convirtieron en un muerto-vivo?

Algunas voces arriesgan que entre las personas que participaron de la zombificación se hallaban amigos del artista fallecido, incluso mimos que llegaron a conocerlo íntimamente. Ellos querían venganza, pero como nadie se atrevía a consumarla, habrían traído al propio Xavier de entre los muertos para que él lo hiciera, para que castigara a su asesino.

—Si llego a ver a un mimo por el barrio, salgo corriendo —nos confiesa LEOPOLDO V., vecino de Almagro—. No vaya a ser que me confunda con el automovilista ese y me quiera matar.

Son muchos los que comparten el sentimiento de Leopoldo. La admiración que se le tenía en vida a «El Selenita» ha sido reemplazada por el miedo. Y es este miedo el que ha llevado a tejer aún más el entramado del mito, ya que hasta se habla de diferentes técnicas para no ser atrapado por el Mimo Zombi.

—Yo escuché que la única manera de detenerlo —nos reveló ZULEMA Q., profesora de teatro—, es dibujando en el aire el contorno de una pared, como hacen ellos, los mimos. Parece que el zombi se choca contra esa pared imaginaria y no puede atravesarla.

—No es tan fácil —retrucó JUAN C., empleado del almacén donde Zulema se hallaba haciendo las compras—. El loco ese con la cara pintada de blanco lo persiguió a un amigo de mi hermano. No es joda. Si te agarra te hace boleta. Al pobre flaco casi lo atrapa, y eso que sabía lo de la pared y la hizo en el aire, pero el payasito chiflado dibujó una puerta sobre lo que sería la pared, la abrió y pasó. Es zombi pero

no boludo. Tenés que ganarle de mano. Me contaron que tenés que dibujar vos primero la puerta en la pared y después hacer la mímica de cerrarla con llave. Y otra cosa: la pared tiene que ser lo más larga posible, porque si no el guacho la rodea y listo.

MARÍA DEL PILAR V., paseadora de perros, le agregó a esta insólita receta una pizca de poder mental:

—Cuando dibujás la pared en el aire, tenés que concentrarte y pensar que la pared realmente está ahí, como hacen los mimos. Si no te lo creés vos mismo, no sirve.

¿Un combate de realidades entre vivos y muertos o pura inventiva porteña?

Ya vimos que desde el punto de vista «mágico» son muchas las posibilidades de éxito en la zombificación practicada al cadáver de un mimo.

Ahora veamos, según lo que se entiende por zombi, qué tan posible es que nuestro muerto-vivo de Almagro se comporte como la leyenda urbana nos cuenta.

No se ha llegado a un acuerdo con respecto al verdadero origen de la palabra zombi. Puede que derive del nombre que recibe en algunos lugares de África una especie de serpiente divina, o que sea una deformación de *nzambi*, término que en ciertas zonas del Congo y Angola significa *dios*, aunque también se le encuentra relación con *zemí*, voz caribeña que se refiere a la representación material de un espíritu muerto.

En lo que sí se suele estar de acuerdo es en la descripción de lo que es un zombi. La Real Academia Española incorpora la palabra y nos da su definición, que es un perfecto resumen de casi todas las que podemos escuchar:

«Persona que se supone muerta y que ha sido reanimada por arte de brujería, con el fin de dominar su voluntad».

Se dice que el fin que persigue el brujo o *houngan* que convierte a un muerto en zombi consiste en hacer del «resucitado» su esclavo, su bestia de carga, con la tranquilidad de que no encontrará ningún tipo de resistencia, ya que el zombi posee únicamente una sombra de vida: es un autómatas que solo realiza las funciones esenciales para subsistir, además de escuchar las órdenes de su amo y cumplirlas.

En Haití, tierra de zombis, muchas familias se aseguran de que sus muertos no sean esclavizados por un *houngan*. Algunos sostienen que se debe matar al recién fallecido por segunda vez, por lo que inyectan al cadáver un implacable veneno o directamente lo decapitan; otros piensan que si el espíritu del muerto se encuentra entretenido no oír la voz del brujo ordenándole salir de la tumba, es así que dentro del sepulcro dejan semillas de sésamo, para que el espíritu las cuente, o agujas y carretes de hilo, para que se distraiga enhebrando. Están también los que directamente entierran a los suyos en las cercanías de una carretera o algún camino concurrido, lugares evitados por los «hacedores de muertos-vivos» a raíz de la falta de privacidad que demandan sus rituales.

Aquellos que aseguran haber estado frente a un zombi, confirman la condición de siniestra idiotez que los domina. Uno de los casos más comentados fue el de la folclorista norteamericana Zora N. Hurston quien en 1937 pudo fotografiar a Felicia Felix-Mentor, de quien se decía había muerto en 1907 y que 29 años después de ser enterrada, en octubre de 1936, fue hallada deambulando cerca de la casa de su hermano. Hurston escribió con respecto a aquel encuentro:

«La visión fue tremenda. El rostro carecía de expresión, y los ojos estaban muertos. [...] No se le podía decir nada, ni obtener nada de ella; solo podía ser contemplada. Y la contemplación de aquel despojo humano era imposible de soportar durante mucho tiempo».

Otro testigo directo habría sido el periodista, también norteamericano, William Seabrook, quien en los años veinte estuvo cara a cara con una de estos «golems haitianos», luego de que un granjero lo llevara hasta él. Es asombroso cómo la descripción de Seabrook coincide en muchos puntos con la realizada por Zora Hurston.

«Lo peor eran sus ojos —dice el periodista en su crónica—. No eran imaginaciones mías. Eran verdaderamente como los ojos de un hombre muerto: no eran unos ojos ciegos, pero estaban fijos, desenfocados, sin visión. Toda la cara... no solo parecía inexpresiva, sino incluso incapaz de adoptar expresión alguna».

Volviendo a nuestro Mimo Zombi, el mito porteño no parece presentarlo como un autómatas sin voluntad. Incluso, como vimos en algunos testimonios barriales, las personas que dicen haberlo enfrentado llegaron a temer por su vida, inventando increíbles estrategias para detenerlo, algo que desafía claramente la mansedumbre del zombi clásico.

Además hay otro punto en el que nuestro espécimen y el haitiano-africano se desencuentran: se dice que este último no recuerda nada de su vida anterior e, incluso, no comprende su condición de zombi. Con «El Selenita» no parece ocurrir eso: debe guardar algún recuerdo de los acontecimientos que lo llevaron a la muerte. Si no, ¿cómo vengarse? ¿De quién? ¿Por qué?

¿Serán estas diferencias una muestra de la vanagloria porteña, de que nunca podemos ser menos que otros? ¿Nuestro boca en boca habrá deformado esta leyenda hasta convertir al Mimo Zombi en el zombi más grosso de todos los que deambulan por la faz de la Tierra?

MARITA Z., locutora de una humilde radio de la zona, nos brinda otra mirada interesante:

—Hace un par de años hicimos una serie de programas dedicados exclusivamente a los mitos urbanos. Cuando fue el turno del Mimo Zombi, uno de los testimonios, no recuerdo bien de quién, aseguraba que el brujo que trajo de entre los muertos a Xavier le mostró una foto apenas abrió los ojos. Vaya uno a saber de dónde la

consiguió, de un archivo policial, tal vez, la cuestión era que se trataba de la imagen del único acusado por el asesinato del artista, que luego, por falta de pruebas, recuperó la libertad. El brujo, que además, dicen, era un ex mimo, le ordenó al flamante zombi matar al hombre de la foto.

Por lo tanto, según este punto de vista, Xavier no tiene por qué ser extraordinario, estaría respetando el mandato de todo zombi: cumplir las órdenes de aquel que lo levantó del eterno letargo. Algunos agregan un detalle: si bien la semidormida mente de este Lázaro urbano memoriza las palabras que escucha, no puede hacer lo mismo con una fotografía, al menos no en todo su detalle, por lo que solo terminaría albergando un borroso *déjà vu* de la misma. Esto explicaría el terror que se le guarda en el barrio, ya que se cree que «El Selenita» ataca a todo aquel que posea algún vago parecido con la desdibujada imagen que guarda de su asesino.

Pero como de versiones vive el mito, las mismas se siguen reproduciendo a medida que se suceden los narradores; y es así que nos llegó una variante que proclama que a Xavier, ya convertido en zombi, se le dio de beber agua salada. Esto le habría hecho recordar, sin necesidad de la nombrada foto, el rostro de aquel impiadoso automovilista, e incluso ya lo habría ajusticiado. Esta versión, lamentablemente, tampoco termina muy bien para los vecinos de Almagro, pues nuestro personaje parecería haberle tomado el gustito a esto de matar por mano propia, llevándolo a deambular por las calles del barrio, ahora en busca de gente inocente, de víctimas que lo hagan sentir «vivo» al menos durante el instante que dura la agonía que les provoca, esa agonía que transforma en mimo hasta al menos expresivo, amén a los desesperados movimientos que el cuerpo hostigado ensaya en su intento por aferrarse a la existencia.

¿Y qué tiene que ver el agua salada? Esto está conectado con la leyenda clásica de los zombis. Según ella, si uno de estos entes ingesta algo salado, perderá su docilidad inmediatamente, ya que de alguna manera la sal consigue que tome conciencia de su pasado y de su actual condición. El zombi «avivado» sufre, entonces, un ataque de rabia en el que puede llegar incluso a matar al brujo que lo revivió. También dicen que buscará su sepultura dejando un camino de destrucción a su paso.

Luego de analizar todo lo expuesto, descubrimos que no son pocas las posturas que uno puede tomar frente al mito. Para poner un poco de orden en esta diversidad, las separamos en tres lineamientos.

En primer lugar podemos sostener que, a grandes rasgos, la leyenda urbana del Mimo Zombi es real. Podemos creer en un Xavier con el coeficiente intelectual por sobre la media de sus hermanos de ultratumba, o suponerlo tan estúpido como el resto; pero tanto si elegimos a uno como a otro, caminaremos con cierto miedo por las calles de Almagro, rogando no cruzarnos en el camino de esta vengativa criatura.

¿Será el miedo de los vecinos y sus ocurrentes trucos para escapar de nuestro

singular zombi, una muestra de lo «real» que es esta leyenda urbana? ¿Es otra prueba de esa «realidad» la inmejorable situación energética que presenta el cadáver de un mimo para ser resucitado como zombi, según un sector de la parapsicología? Tal vez.

Otra opción que tenemos es darle crédito a la primera parte del mito, aquella que narra la tragedia de Xavier, su deceso desparramado en lo que antes fuera su escenario; y ser indiferentes a la realidad de la segunda parte, aquella que nace con la zombificación del cadáver del mimo. En este caso diremos que la fatalidad del artista fue el origen de la fábula del zombi, la cual pudo haber sido echada a rodar por los mismos vecinos de Almagro, no tanto para mantener vivo al admirado showman, sino para advertir a los automovilistas de las serias consecuencias que puede traer una mala acción de ese tipo.

¿Será una prueba de que este razonamiento es el correcto el que hayamos encontrado testigos directos solo de la época humana de «El Selenita» e incluso del mismo accidente, pero no así de cuando era un muerto-vivo, salvo las clásicas e indirectas experiencias vividas por el amigo de un amigo? Tal vez.

En una tercera y ¿última? línea de conclusiones podemos echar por tierra toda la historia, incluyendo la existencia de su mudo protagonista. De ser así, tomaremos la leyenda del Mimo Zombi como la simple porteñización del clásico mito caribeño. ¿Y cómo es que pudo originarse este traslado? FEDERICA F., alumna del ya citado Conservatorio de Música, nos revela algo que bien puede tratarse de una pista:

—Recuerdo que cuando ingresé al establecimiento, mis compañeros contaban una historia muy parecida a la del mimo, pero el protagonista era un muchacho de acá, del Conservatorio, que tocaba el saxo. Creo que tenía apellido italiano, y que por eso lo llamaban «El Tano». Los que aseguraban haberlo escuchado decían que tocaba mejor que el gran Hugo Pierre. También decían que cuando no estaba en clase o estudiando, tocaba el saxo en alguna esquina del barrio. Lo hacía para practicar, para ganarse unas monedas y porque era su pasión. Lo hizo hasta que lo mató un auto, igual que en la historia del mimo. Luego afirmaban que su alma en pena vagaba por el barrio tocando melodías tristísimas con su saxo, buscando a su asesino para vengarse.

¿Habrà provocado el boca en boca almagrense una cruza entre la historia del saxofonista y el mito clásico de los zombis? ¿Será esta la génesis de la porteñización que desembocó en la leyenda de Xavier? Una vez más la misma respuesta: tal vez.

«... somos la energía universal. La energía universal que se despereza..., que se levanta...», afirma, como ya vimos, Alberto Ivern en su libro *El Arte del Mimo*, como si se refiriera a una nueva generación de Lázaros. También hemos citado, de la misma obra, aquellas palabras que dicen «... me disuelvo y me transformo en otro ser...», como si el destino de todo mimo fuera ese, transformarse en una criatura diferente. ¿Sabrán los artistas de la pantomima algo que nosotros no sabemos, algo que dejan entrever en esas líneas, algo que solo ellos conocen merced al disciplinado manejo de

las energías corporales que mantienen?

Hasta aquí llegamos, hasta lo que denominamos «las puertas del mito», puertas que esconden los posibles corolarios que puede tener la leyenda urbana en cuestión. Y, como siempre, los que deciden qué puerta abrir, si creer o no creer, o creer a medias, son ustedes.

Eso sí, en este caso en especial, estén muy atentos, no vaya a ser que elijan una puerta imaginaria, una puerta que no debería estar allí, una puerta dibujada en el aire por un mimo, el mismo que puede estar esperándolos del otro lado; un mimo diferente a todos, un mimo... zombi.

PARTE VIII

Feos, sucios y malos

Nueva Pompeya



La bruja del puente

*Viejo puente, solitario y confidente,
sos la marca que, en la frente,
el progreso le ha dejado
al suburbio rebelado
que a su paso sucumbió.*

Puente Alsina. Tango, 1926
Letra y música de Benjamín Tagle Lara

El lugar geográfico de la primitiva Buenos Aires —aunque muchos la sitúan en el Parque Lezama, una zona más alta— fueron justamente las cercanías del puente Tte. Gral. J. F. Uriburu (ex Puente Alsina). En los primeros tiempos llamado Paso de Burgos, por Bartolomé Burgos, uno de los primeros propietarios de la zona. Este paso poseía un fondo lo suficientemente duro para que pudiera cruzar la hacienda. En 1859 se hace una versión de madera que en 1910 es reemplazada por una de hierro. Finalmente, la construcción actual de estilo colonial se inaugura en 1938. Sitio de saladeros, luego de curtiembres y matarifes, y zona muy inundable, la hacía susceptible a todo tipo de alimañas.

Es allí que se empezó a hablar de extrañas muertes y no solo de animales.

Podemos citar un episodio ocurrido en 1880, cuando hubo un serio enfrentamiento cerca del puente, entre las fuerzas nacionales que apoyaban a Julio A. Roca y las revolucionarias a favor de Carlos Tejedor. El mito cuenta que la noche del 21 de junio y sobre los cadáveres se vio rondar una figura extraña, que no tocaba el piso. Algunos atribuyeron esta aparición al biguá, un ave de considerable tamaño, aunque la mayoría mencionó una forma netamente humana.

¿Pero cuál fue el origen de esos raros eventos?

Mucho se ha escrito acerca de la fallida primera expedición del adelantado don Pedro de Mendoza en 1536. Como se sabe, los españoles intentaron establecer un puerto con dos pequeños fuertes en una zona en apariencia reparada, con recursos de agua potable. Al principio, los pobladores naturales del lugar, los indios querandíes, fueron seducidos con obsequios por los conquistadores; sin embargo, al ser maltratados, empezaron los enfrentamientos.

¿Pero vieron algo más los querandíes aparte del engaño invasor?

Con el título de adelantado, lo que le habilitaba a conquistar tierras en su beneficio y en el de España pero invirtiendo sus propios recursos, don Pedro de Mendoza partió hacia el nuevo mundo en 1535. Zarpó el 24 de agosto del Puerto de Sanlúcar de Barrameda con aproximadamente 1.500 hombres y más de 11 naves. En la expedición iban, además de varios nobles, militares y ocho sacerdotes.

Si bien los datos son muy confusos y se han transportado de forma oral, no deja de ser inquietante el origen de estos extraños eventos, que tendrían relación con Las Brujas Acuáticas. Conocidas con este nombre, serían un aquelarre identificado en la antigua España y manifestaban una incontrolable fascinación por el agua. La historia dice que estas brujas también decidieron embarcarse para el nuevo mundo.

Si bien poseían la capacidad de pasar desapercibidas, por alguna causa fueron descubiertas. Por esta razón se produjo una batalla entre ellas y las fuerzas de don Pedro en un lugar concreto: frente a las costas de Brasil. Al parecer, la violencia del combate fue el detonante de una terrible tormenta que dispersó a la flota. Los sacerdotes lograron expulsarlas o eso creyeron...

Al menos una habría sobrevivido y no solo desembarcó con la expedición, sino que también maldijo a don Pedro, ya de por sí muy enfermo de sífilis. Precisamente, la falta de liderazgo del adelantado fue una de las causas del fracaso del asentamiento. Se cuenta que don Pedro veía alucinaciones y no paraba de quejarse, sobre todo por las noches.

Los querandíes, a través de sus hechiceros, habrían detectado el mal que venía e hicieron todo lo posible por expulsarlo.

A pesar de todo, la pequeña ciudad prosperó. Ya no solo eran casas de barro. Se sembraba y había hasta gallinas. No obstante, insólitamente y por luchas de poder entre los propios españoles, en 1541 se decidió destruirla por completo.

Los nativos respiraron con alivio: a través del fuego, se habían librado del invasor y de esa fuerza maligna. Se equivocaron.

El 7 de enero de 2007 encontraron a un hombre sin identificar flotando en el Riachuelo cerca de puente La Noria (Villa Riachuelo) entre las dos pasarelas del puente.

«A simple vista el cuerpo no presentaba signos de violencia —dijeron las fuentes policiales—. También se encontró un llavero con una bandera de España y un reloj pulsera».

Era una noticia curiosa y no dejaba de despertar ese sexto sentido agudizado de investigadores. Repasamos las noticias de los diarios y televisivos y finalmente lo encontramos: un par de tomas fueron suficientes para reconocerlo, anciano pero inconfundible: Genaro Badía.

Este hombre era un muy joven periodista en la década del 30 y le tocó cubrir una tragedia que enlutó el despertar de lo que luego se denominó «la década infame».

Estamos hablando de la tragedia de un tranvía de la línea 505 de la Compañía de Tranvías Eléctricos del Sur, que cayó al Riachuelo el 12 de julio de 1930 y en donde murieron 56 personas.

Genaro Badía empezó a entrevistar a testigos que tenían versiones diferentes a las que salían en los matutinos. En su niñez, uno de nosotros, guardó prolijamente, una nota que salió para el cincuentenario de la tragedia, en el periódico barrial *Aires de Nueva Pompeya*, ya sin circulación, forzada por el gobierno militar de entonces.

PERIODISTA: Usted insiste en que no fue una fatalidad. ¿Puede ampliarnos este concepto?

G. B.: Yo lo llamo «El Día del Festín» y a medida que fui teniendo pruebas me fui convenciendo de mi verdad.

PERIODISTA: Refresquemos a los lectores. A eso de las 6 de la mañana y por el puente Bosch, circulaba el denominado «tranvía obrero», repleto de trabajadores —muchos de ellos niños, que explotaban por un mísero jornal en talleres y frigoríficos—. Era una madrugada de mucha niebla y el puente se elevaba para dejar pasar embarcaciones por el Riachuelo. Justamente, la chata petrolera «Itaca II» debía pasar en ese momento. El empleado del puente empezó la elevación de una parte de dicho puente al tiempo que activaba las luces de advertencia. Para estupor del empleado, el tranvía no solo no aminoró su marcha sino que la incrementó y se precipitó sin dudarle a las negras aguas del río. La investigación arrojó como resultado una conjunción de hechos lamentables. Una falla mecánica habría dejado sin posibilidades de frenar al convoy, acusando también a la empresa por negligencia y desidia, y al Estado por no hacer algo al respecto. Como siempre, los pobres, las principales víctimas.

G. B.: Así es, y acá por partida doble. Como usted citó, fallecieron 56 personas, pero «milagrosamente», hubo 4 sobrevivientes y me contaron otra historia.

PERIODISTA: ¿Podría explayarse al respecto?

*G. B.: Cómo no. Dos de los sobrevivientes, Remigio Benadasi y Cabina Carrera me contaron algo que, con diferentes detalles, me erizó la piel. Como usted bien señala, era una mañana muy brumosa. El señor Benadasi declaró al prestigioso diario *Crítica* que «viajaba sentado en uno de los asientos delanteros. Cuando el tranvía dio vuelta para llegar al puente, vi las luces rojas de peligro y me extrañó que no se detuviera. Sentí una sensación parecida a las ascensores que bajan rápido y me encontré en el agua». Pues a mí me dijo otra cosa. Se lo transcribo textualmente: «estaba bastante dormido pero eso es algo de todos los días. Vi las luces rojas pero también vi*

a la ragazza —Remigio era italiano—. No se notaba bien la cara por la niebla pero ella estaba por completo desnuda, de eso estoy muy seguro, y en medio del puente». La señorita Gabino me declaró algo similar pero con un hombre. «Estaba sin ropas. Al principio pensé que quería arrojarle del puente o que el tranvía lo pasara por encima. Estaba desnudo, lo recuerdo bien. Cuando caímos y antes que se llenara el tranvía de agua me pareció ver a ese hombre delante mío, pero eso no puedo afirmarlo. Gracias a Dios, sé nadar muy bien, y lo único que pensé en ese momento fue en salir de allí». Esto coincide con el testimonio de un buzo de rescate que me declaró que mientras buscaba los cadáveres y, a pesar de la escasa visibilidad, pudo distinguir algo en el agua merodeando por ahí.

PERIODISTA: Pasemos en limpio para los lectores. Señor Badía, usted me habla de unas especies de sirenas como las que hostigaban a Ulises en La Odisea.

G. B.: ¡Espérese! Déjeme darle más información. El empleado del puente, Manuel José Rodríguez, un español con mucha experiencia, me amplió el testimonio de los otros testigos. Apenas escuchó el alerta de la embarcación que debía pasar vio una forma humana posarse en el puente en medio de la bruma. Intentó llamarle la atención en vano. Era una mujer y estaba vestida de blanco o no tenía ropas. Se paseaba felinamente por el borde de los hierros del puente Bosch. La teoría de Rodríguez es que esta mujer distrajo al motorman del tranvía.

PERIODISTA: Entonces era una mujer.

G. B.: No exactamente. Para los hombres es una mujer y para las mujeres un hombre, siempre muy atractivo. Pero solo cuando caza. Porque lo que hizo esa madrugada fue eso. Por eso lo de «El Festín». Se llevó la energía de la vida de esas personas. Sobre todo de esos pobres muchachitos.

PERIODISTA: ¿Se refiere al alma?

G. B.: ¿Yo dije eso? No tiene ese poder, porque es de carne y hueso. Se alimenta de la energía de la vida de esos moribundos para seguir viviendo.

PERIODISTA: Una pregunta personal. ¿Por qué no continuó en el periodismo?

G. B.: Muy fácil. La bruja, porque de eso hablamos, me marcó. Es una particularidad que tal vez es peor que la muerte. Es un conjuro de por vida, o al menos mientras uno de los dos siga existiendo.

PERIODISTA: ¿Una marca física?

G. B.: No precisamente. Ellas toman algo de uno, basta con algunos pelos, inclusive una uña o hasta una foto y realizan un conjuro. Mi maldición fue la frustración. De más está decir que cuando llevé lo investigado me pusieron en ridículo y se me cerraron todas las puertas. Hasta me tuve que ir del país. Si no hubiera sido por mi familia, creo que no habría podido seguir.

¿Cuál era, entonces, la relación entre Genaro Badía y ese hombre muerto en el Riachuelo?

Paralelamente a la investigación, nuestros esfuerzos se concentraron en ubicar a Genaro. Teníamos la información de que durante años se había ganado la vida haciendo árboles genealógicos. Teníamos algunos datos e hicimos el intento. En todos los casos, hacíamos la misma pregunta:

—*Estamos interesados en saber el origen de una dama y un caballero que vinieron con Pedro de Mendoza. La dama se llamaría Zamara y el caballero Lamar (dos de los nombres más frecuentes que, según la leyenda, se le darían a la bruja).*

En este caso, la persona que nos atendió contestó de inmediato y con vehemencia.

—*¿Quiénes son ustedes? Este teléfono está intervenido por la policía, y va a ser rastreado de inmediato, ¡hable!, ¡hable, ya!*

Le explicamos lo más sintéticamente posible y al notar nuestras intenciones la voz pareció relajarse un poco, inclusive sincerarse un tanto.

—*Es que está muy fuerte otra vez la muy desgraciada y tengo que estar muy atento. Si ustedes investigaron un poco sobre mis cosas, sabrán que me la tiene medio jurada. Hagan algo: hablen con Nora, ella les va a clarificar un poco la cuestión. Yo no salgo demasiado de casa, y no estoy para entrevistas.*

Alcanzamos a anotar el número de esta tal Nora y después nos cortó la comunicación sin darnos tiempo para preguntar nada más.

Cuando marcamos el número de Nora, nos atendió un contestador automático en el que una voz muy susurrante bajo una melodía típicamente *new age* nos avisaba:

—*Soy Nora. Tus problemas tienen solución. Si me encontraste es el primer paso para que salgas adelante. Dejame tu teléfono y me comunicaré.*

Parecía una típica autodenominada vidente, tarotista y demás rubros, una más de los cientos de engañadores profesionales. De todas maneras, dejamos nuestros datos.

Pasaron los días y al no recibir ninguna respuesta proseguimos nuestra propia línea de investigación.

Al principio se había tornado dificultosa porque era tomada en tono de burla. Las contestaciones más frecuentes mencionaban a parientes, en forma admirativa o despreciativa, hasta que por fin la información mítica empezó a fluir.

Tratando de recopilar más datos fuimos directamente al puente Uriburu.

ALBERTO C.: «Mi primo estaba en la parada del 160, en la del puente. Hacía un frío de cagarse y de repente, aparece una mina, caminando. Al principio, mi primo pensó que se trataba de un *trava*, un gato o una piba que habían violado, porque estaba prácticamente en bolas. Me dice que la flaca esta era la cosa más *grossa* que jamás vio. Una morocha alta, unas gambas larguísimas. Igual le daba miedo, algo de la mina no estaba bien. Le pareció que decía algo en voz baja y no en nuestro idioma y movía las manos en forma rara, sobre todo los deditos. En eso vino el bondi y mi

primero se lo tomó sin mirar para atrás».

El testimonio de Alberto, un vendedor de la Avenida Sáenz, la avenida que llega directamente al puente por el lado de capital, no dejaba de ser sugestivo pero no alcanzaba. Era bastante obvio que una de las claves era entrevistar a los colectiveros. No fue fácil pero perseveramos una vez más.

MANUEL T. (chofer): «Se cuentan muchas cosas, pero más que algún troto o cartonero no vi nada. Lo única que es una fija es la baranda del riacho este de mierda. Igual pregúntenle a Esteban, del interno 34 de la línea 85, ese sí que ve de todo».

Le preguntamos.

—¿Un bruja? No sé si es una vieja con escoba y todo, pero me hablaron de una mujer que cuando la ves se te aparece hermosa. Una mina así que se te ofrece, y encima te habla en gallego, o una mezcla. «Ven para aquí, guapo, no seas boludo, ¿no quieres probar esta carne?», o cosas así. Se te regala y cuando estás concretando te das cuenta de que es una vieja horrible con un olor más feo que la mierda y que te hace boleta.

El testimonio coincidía con el nombre que teníamos anteriormente: Zamara. Preguntándole acerca de alguna otra historia fuera de lo común, Esteban sin saberlo nos habló de lo que sería la otra parte del mito, es decir, la masculina y representada por Lamar. En este caso se trataba de una joven que lo habría conocido en una bailanta de la zona. Desde ahí se habían ido a la Plaza Pompeya y comenzaron a besarse. Pero algo muy raro pasó, algo sobrenatural porque la chica se refugió en la iglesia que está enfrente a la plaza, es decir, la iglesia de Nuestra Señora del Rosario de Pompeya.

Inaugurada como capilla en 1900 y posteriormente ampliada a la categoría de iglesia cinco años después, fue la precursora espiritual del barrio. Hacia allí nos dirigimos. Como es casi costumbre, las autoridades no conocían la historia, pero la supervivencia de los mitos es prácticamente indestructible. Esta vez, fue un empleado de limpieza. Mientras repasaba con un cuidado extremo las superficies marmoladas del altar nos dijo:

—Algo oí. Yo todavía no trabajaba acá pero me contaron que una muchachita boliviana conoció en un lugar bailable a un hombre bastante mayor que ella. Se dice que era español. Y bueno, cuando empezaron a intimar, ocurrió algo que la asustó de tal manera que entró a la iglesia a los gritos, «¡No dejen entrar al demonio! ¡Cierren las puertas!».

Todo el mundo pensó que era un violador. Lo que fuera el tipo ese, la piba tuvo suerte porque era la Vigilia Pascual y había fieles, que si no...

Por último, este señor, de nombre Pedro, terminó diciendo que la chica era o es del Villa Barrio Charrúa, en donde viven principalmente inmigrantes bolivianos.

Se trata de un barrio de emergencia lleno de carencias pero las historias brotaron

sin esfuerzo. Todos tenían que contar algo distinto sobre la leyenda, aunque confluyeron en un punto en común: la indiferencia.

Las voces se multiplicaron y pudimos asistir a las variaciones del mito. La gente se reunió en torno de nosotros como si fuéramos trabajadores sociales en un deseo de ser escuchados, de no ser ignorados. Resumiendo las diferentes versiones, la leyenda sería la siguiente:

Hay un ser maligno que seduce a nuestros maridos, corrompe a nuestras niñas y roba a nuestros bebés. Cuando hemos querido detenerlo, una niebla nos confunde y este ser, a veces caminando, otras veces volando, desaparece por completo. Las autoridades no lo toman en cuenta alegando que «estos bolitas son todos vagos y borrachos». Somos gente de trabajo y estamos agradecidos de poder estar aquí, lo único que pedimos es no vivir con miedo.

Esta variante dura de la leyenda nos dolió, pero también nos hizo objetar de su verosimilitud, aunque el reclamo social fuera muy válido. Tampoco nadie había mencionado a la chica abordada por la variante masculina de la bruja.

Empezamos a dudar seriamente de toda la composición del mito, hasta que alguien dejó un mensaje en nuestro contestador. Era Nora.

Llegamos a una casa antigua, llenos de desconfianza. Pero apenas nos abrió la puerta nos llevamos la primera sorpresa.

—No se queden ahí, entren que hace frío —nos dijo una mujer de mediana edad, proporciones considerables, aspecto sajón. Esto incluía un tinte de color pelirrojo, las infaltables pecas pero también unos rasgos indígenas, sobre todo en los ojos algo rasgados—. Pasen que ya tengo preparadas las cartas y la bola para adivinar el futuro. Es un chiste, las brujas nos valemus de otros elementos.

Ya estábamos ahí, el ambiente poseía un aroma agradable y afuera realmente hacía mucho frío, el invierno más riguroso en años. La pregunta se impuso naturalmente.

—¿Usted se considera bruja?

—Así es, como también soy enfermera y de eso vivo. Pero no se puede renegar de la sangre. Antes de que me pregunten por mi aspecto (esto es pura lógica y no estoy adivinando sus pensamientos), mis bisabuelos eran irlandeses y vinieron para el tendido de las líneas férreas. En las prolongadas ausencias de su marido, mi bisabuela se enamoró de un autóctono, y de ahí nació mi abuela. Lo más increíble es que ella y mi madre eran mucho más anglo que yo. Nada es casualidad.

—Pero ¿qué hace exactamente una bruja?

—Muchas cosas. Puede predecir el futuro, manejar los elementos, dañar o curar a personas o animales, transportarse por los aires sin medios mecánicos, discernir los pensamientos y emociones ajenos o provocarlos. Generar espirales energéticas de tiempo y materia. En mi caso, como en la mayoría, tuvieron o tienen una acción

benéfica.

—¿Así se contactó con Genaro Badía?

—Sí, era un caso muy complicado, una marca o hechizo muy difícil de deshacer. Después de eso nos hicimos muy amigos. Antes de seguir, quiero comentarles que jamás cobro nada por ayudar. Si la persona insiste y quiere dejarme dinero, hago una donación. Por otra parte, me tomé el tiempo en contestarles porque quería saber a qué respondían ustedes.

—Salimos bien.

—Me compré sus libros, analicé lo del «otro Buenos Aires», como dicen ustedes. También les hice un mapeo áurico y la carta astral y me quedé tranquila. Ustedes saben que somos seres de energía y las malas energías contaminan todo.

—Háblenos de la denominada «bruja del puente», entonces.

—Debo decirles que existe y es tan real como nosotros. Por supuesto, se le atribuyen muchas cosas.

—Lo de la tragedia del tranvía del Riachuelo sería una —acotamos.

—Ese fue un hecho extraño porque ella se mueve cerca del Puente Uriburu y el puente Bosch está bastante alejado. Fue un gesto desesperado, sin duda. Mi teoría es que ella «vio» lo que iba a pasar esa madrugada y contribuyó, pero no fue la causante, aunque lo aprovechó muy bien. Esta bruja tiene la capacidad de camuflarse logrando captar los deseos de «la víctima» y lograr el espejismo de convertirse en esa persona. Es un efecto momentáneo pero efectivo. Con entrenamiento yo también lo puedo hacer pero requiere mucha preparación. Por lo demás, envejece mucho más lento pero en algún momento va a morir, estoy segurísima. Por eso se alimenta de la energía vital de las personas.

Se hizo un silencio incómodo. Entonces Nora nos propuso un curioso desafío.

—Como veo que siguen desconfiando de mí, vamos a hacer una pequeña experiencia. Escriban en un papel la próxima pregunta que quieran hacerme y guárdenla. Yo voy a intentar descifrarla. Antes, claro, voy a utilizar una pequeña ayuda. Este frasquito que ven acá contiene elementos naturales que, mezclados adecuadamente, más mi predisposición genética, van a hacer el resto.

En un lado apartado del ambiente escribimos en el papel nuestra pregunta, mientras Nora, de espaldas, parecía temblar un poco.

—¿Ya está? —preguntó.

Asentimos.

Nora se dio vuelta y como en trance dijo una a una las exactas palabras que habíamos escrito en el papel:

—*¿Sabe la relación entre Genaro Badía y el hombre que encontraron flotando en el Riachuelo?*

Espejos, lógica, debía ser un truco. Además de autodenominada bruja, Nora había

tomado un curso de ilusionismo. Pero lo que nos hizo aterrar es que estos pensamientos también eran repetidos por ella.

Un truco, pensamos.

—Un truco —dijo.

Si te las sabés todas decime el número que...

—... estoy pensando... 345, 6789... 75758, 55566.

Tuvimos que rendirnos por el momento.

Nora tomó un vaso de agua. Se secó una gota de sudor, mitigó un par de tics y siguió explicando.

—Les digo por si acaso, que no puedo adivinar los números de la lotería, mi capacidad se limita a un radio de unos cuantos metros de distancia y ni siquiera podría explicar con demasiada precisión cómo ocurre. En el caso de Zamara, Lamar o como quieran llamarla, tiene la habilidad para eternizarse y para sentir el poder de someter a un ser vivo. Con respecto a la pregunta, Genaro cree que ese hombre es de una secta masónica muy antigua, no muy conocida, y que entre otras cosas, se dedica a cazar brujas. Este tipo de brujas.

Inesperadamente, Nora se levantó de su silla, abrió los ojos como si hubiera visto un fantasma y nos dijo que teníamos que irnos en ese momento y que nos vería el 31 de octubre a las 0 horas en el Puente Uruburu para ver «acción».

—Eso es Noche de Brujas.

—Por supuesto, investiguen por qué, ¿a eso se dedican, no?

Un segundo antes de despedirnos y en un estado visible de agitación, nos alcanzó un frasco rosado con un fluido verde.

—Casi me olvidaba, esto es para uno de ustedes que tiene esa alergia crónica en la nariz, una cucharita en el desayuno y se acabó.

Y cerró la puerta con violencia.

Teníamos muchos interrogantes sobre Nora, la bruja, pero también gran curiosidad en saber qué podría ocurrir ese 31 de octubre en el Puente Uruburu.

La noche de Brujas o *Halloween* se remonta a más de 2200 años y proviene básicamente de los celtas que ocupaban principalmente Gran Bretaña y el norte de Francia. Los druidas, los sacerdotes o chamanes célticos tenían una festividad denominada Samhain (Dios de la Muerte) hacia fines de octubre y coincidiendo con el fin del año celta y la llegada del invierno y en consecuencia los días más cortos. Se hacían diferentes actividades. Una de ellas y que hacían los mismos druidas, era ir por las aldeas exigiendo principalmente alimentos como ofrendas. Si alguno de los aldeanos se negaba, los druidas lanzaban una maldición y alguien de esa familia moría ese año. En la actualidad se piden golosinas y en vez de los druidas lo hacen los niños. Con respecto a la calabaza, elemento emblemático de esta celebración, se asemejaban a los nabos tallados y con una vela adentro que también portaban los

druidas.

Con la llegada del cristianismo y para darle orden, el papa Gregorio IV instaura el 1º de noviembre como celebración de los mártires y santos de la iglesia Católica Romana y tratando de lidiar con las costumbres paganas heredadas. Por lo tanto, el 1º de noviembre sería el «Día de todos los Santos» o *All Hallows Day*, por lo tanto, la víspera de ese día era *All Hallows Even*, que con el tiempo adoptó la forma conocida: *Halloween*.

Cuando los inmigrantes irlandeses traen *Halloween* a América del Norte, se nutren de la influencia india. Ahí aparece la costumbre de contar historias de fantasmas o los disfraces y, por supuesto, las películas...

Pero habría un costado mucho más oscuro de la celebración. Los druidas creían que el 31 de octubre, los límites entre los vivos y los muertos eran prácticamente nulos y que algunos fantasmas venían del «otro lado» a llevarse a algunos vivos. También las brujas aumentaban sus poderes.

Esa noche era bastante fría para la época. Había poco tránsito por el puente, lo que acentuaba la sensación de soledad, de una boca enorme aguardando tragarnos irremediablemente. Pero no estábamos solos. Al costado de la subida había tres formas. Una era la de Nora. Había un señor mayor, de pie, pero apoyado en un bastón y una persona joven a su lado.

—Vinieron —dijo de inmediato Nora—. Me imagino que sabrán a quién tengo a mi lado.

No hacía falta decirlo: era el mismísimo Genaro Badía. Y a su lado, después nos enteramos, estaba su bisnieto, Sebastián.

—¿Qué van a hacer? —preguntamos.

—Vamos a «convencer» a esta señora —contestó con decisión Genaro— para que se quede tranquila y que algún espíritu se la lleve.

Entonces Nora se desembarazó de una campera liviana y quedó al descubierto una túnica ritual de color blanco.

—Vamos a hacer un círculo protectorio —dijo Nora—, y en cada uno de los cuatros puntos cardinales pondremos velas. También tenemos ajenjo que es muy poderoso y otras sorpresitas. Con eso voy a intentar conjurar a esta señora.

—Pero tenemos entendido que *Halloween* tiene que ver con el hemisferio norte y por lo tanto...

—¿Y de dónde se creen que viene? Estas tipas son de origen celta, celtas que llegaron a España.

—Vamos, Nora —interrumpió bruscamente Genaro—, ya casi es la hora.

Nos preocupaba el tránsito, pero Genaro dijo que tenía todo arreglado, por lo menos por una hora.

Y así avanzaron por el puente mientras el bisnieto se encargaba de bloquear el

punto con balizas.

Empezaron a subir. El anciano caminaba con la determinación de un joven, el bastón parecía ridículo en ese rostro que por un momento burlaba al tiempo.

Trazaron dos círculos. Uno para Genaro y otro para Nora, en el que ubicaron las velas.

Nora empezó a entonar cantos a la vez que se movía en diferentes direcciones, básicamente hacia adelante y hacia la derecha.

Debemos confesar que el espectáculo era inquietante y si no hubiera sido por el aspecto decididamente colonial del punto, nos remitía a algo mucho más antiguo. Y hubo un detalle que no podemos pasar por alto: en la media hora aproximadamente que duró todo, se formó en el punto y solo ahí una levísima bruma de un color grisáceo, muy semejante al humo.

Después de entonar cantos indistinguibles, Nora sacó algo parecido a un cuchillo («athame», en la jerga brujeil) y blandió aquellas profundidades de la noche. Luego, todo quedó en silencio. Genaro apagó las velas y ayudó (sí, como se lee) a Nora a caminar hacia nosotros.

—¿Cómo les fue? —preguntamos tímidamente.

—Creo que la jodimos —dijo Genaro con una voz sumamente juvenil—, la jodimos bien.

—Pero ¿no la vieron? —preguntó jadeando Nora—. Vino en forma de animal, un bicho que no sé... Nunca vi nada igual... Fue realmente duro... Estoy cansada, quiero irme a casa.

Sebastián retiró las balizas y abrió la puerta del auto que estaba a escasos metros del punto. Nos saludó y dijo casi entre dientes: *Si a mi bisabuelo lo hace feliz...*

Días después llamamos al teléfono de Genaro Badía, para que nos relatará las impresiones de aquel 31 de octubre. Una voz más joven que reconocimos como la de Sebastián por fin nos atendió.

—Ah, ustedes. Miren, mi bisabuelo falleció.

—¿Cómo?

—Sí, por favor no llamen más.

—Pero qué ocurrió.

—Murió, era muy grande, la gente se muere.

—Perdone la insistencia, pero ¿de qué murió?

En ese momento se escuchó que tapaba el tubo del teléfono y apenas un murmullo se filtraba de fondo.

—Dejó algo para ustedes. Es una carta. Díganme dónde se las mando y terminemos con esto.

La carta decía:

Como ya ustedes sabrán, estos seres pueden aprovechar sus dones para el bien, como nuestra amiga Nora, o para el mal, como Zamara. De todas maneras, estoy satisfecho con lo que hicimos y estoy muy tranquilo. Ahora le toca a gente como ustedes ocuparse de estos seres que existen con nosotros y por nosotros.

Un abrazo, Genaro.

Nos quedamos mirando el papel y recordando las palabras de Esteban: *Si a mi bisabuelo lo hace feliz...*

Dejamos varios mensajes en lo de Nora que hasta ahora no fueron contestados. Muchas preguntas, demasiadas, pero también un agradecimiento: de la alergia no quedó el menor rastro...

Villa Soldati



Todo hasta donde se podía ver se cubría ya de aquella nevada. Nevada irreal, nevada de dibujos animados. Y mortal, terriblemente mortal...

Así se leía en las primeras páginas de *El Eternauta*, la inmortal historieta imaginada por Héctor G. Oesterheld y dibujada magistralmente por Solano López.

Todo empezaba con esta extraña nevada de copos fosforescentes sobre la ciudad y alrededores, presagio de la «invasión» que se avecinaba.

Hasta aquí la ficción.

El 9 de julio de 2007 hubo realmente una nevisca que cayó sobre Buenos Aires. Para todo el mundo fue un hecho inusual pero grato.

Para algunos vecinos de Villa Soldati, la confirmación de que el cambio empezó.

Nada más y nada menos que la leyenda de los Acuosos.

A través de la historia, se han registrado diferentes tipos de precipitaciones que difieren de las pluviales. La lista incluye gran variedad de peces, ranas e inclusive una que habría ocurrido en 1901 en un pequeño pueblo cerca de Monte Athos, en Grecia. Era mediados de marzo y el cielo se oscureció de una manera extraña. Las nubes se desplazaban en forma irregular, ¿emitían sonidos? La incógnita no tardó mucho en despejarse ya que al cabo de unos minutos empezaron a llover... camellos. Además de curiosa, esta precipitación causó un número considerable de heridos. De todas maneras, por rareza pero también por la cantidad de evidencia que la hacen única, la denominada «Lluvia de Sangre de Kerala» merece una mención especial. Aquel estado de la India fue invadido por este fenómeno entre los meses de julio y septiembre de 2001. Durante este período cayeron por lo menos 50 toneladas de esta precipitación espesa. El gobierno de la India determinó que las partículas eran células de algas y que de alguna manera habían sido lanzadas al aire y depositadas poco después por la lluvia. Sin embargo, unas horas antes, varios testigos presenciaron un muy intenso trueno y a continuación un relámpago de color violáceo. Algunos científicos sugirieron que la causa fue un meteorito desprendido de un cometa. Analizando las células de esta lluvia descubrieron que tenían un cierto tipo de ADN y se parecían mucho en forma y tamaño a las células de la sangre.

¿Puede ser posible, entonces, que estemos sufriendo una invasión a través de la

lluvia o la nieve?

En Villa Soldati y bordeando la Avenida Rabanal, se nota una renovada actividad. Muchos depósitos antes semiabandonados han tomado nuevo impulso por la fiebre exportadora. Aun así, el barrio tiene sus propios tiempos, tiempos de un pasado nostálgico cobijado a la vera del riachuelo, un cerrar de ojos e imaginar espacios más abiertos, y el riachuelo limpio, viejos tiempos.

Nuestra primera escala era la parrillita de Rabanal y San Pedrito. Parada obligada de camioneros y trabajadores de la zona. Un conocido de un amigo nuestro, justamente conductor de camiones de larga distancia, nos había referido la historia que escucharíamos a continuación.

Allí nos esperaba ERBAN M., ex vigilador de un depósito de material de construcción que se convertiría en nuestro guía mítico.

Cuando nos dijo que estaba excedido de peso no imaginamos las dimensiones.

«¡Y ahora estoy más flaquito, je, je, no saben lo que era antes!».

Sopló un poco de viento y la camisa de Erban era tan voluminosa que por un momento daba la ilusión de ser una sábana.

«No paraba de comer *patys*, como que tenía la idea fija en la cabeza, comer *patys* y rascarme, comer y rascarme. Y me mandaron al médico. El doctor me dijo que era psico algo (psicosomático), de la cabeza, bah, pero yo no estaba convencido. Igual seguía engordando tanto que si venía algún chorro no lo podía correr ni a la esquina, además era un blanco más que fácil. Y me terminaron rajando».

Preguntamos desde cuándo había notado los cambios.

«Me acuerdo como si fuera hoy. Fue una lluvia, ni siquiera era una tormenta. Como tenía que estar atento a todo, ya me llamó la atención algo de entrada: la forma de las gotas al caer. Cómo les puedo explicar, parecían gotas más pesadas, como que dejaban una huella. Entonces y como un verdadero pelotudo salí a ver. Me acuerdo que, ¡hasta abrí la boca! Las gotas eran más tibias que de costumbre, como sí San Pedro te diera una duchita gratis, pensé en ese momento. Ya esa misma noche tuve sueños raros, pero muy raros. Soñaba que era otro, y en otra parte. Me desperté sudando como un chivo y tuve que dormir con la luz prendida, como los pendejos. Y al día siguiente empecé y no paré nunca más: comer *patys* y rascarme. Solo esa idea».

—¿Y cómo se curó?

—¿Quién dice que me curé? Antes que ustedes llegaran me bajé un *sánguche* de *mila* y un *paty* completo. Esto es como tener adicción a los fapos o a la merca. Nunca se va. Pero al menos sabía que no era a mí solo que me pasaba.

Erban se levantó como pudo y comenzamos lentamente a caminar por la avenida. Era un día nublado pero notamos que nuestro interlocutor miraba el cielo casi permanentemente.

»Te queda la costumbre; otra dosis, no sé si pudiera bancármela, casi seguro que

me comería a mí mismo pensando que soy un *megapaty*».

Más allá del carácter bizarro de sus palabras, podíamos notar una auténtica mirada de terror en Erban.

«Quiero que se convenzan de lo que digo, esto lo está dirigiendo alguien que no es ningún boludo, por eso, ahora vamos acá cerquita sobre Castañón, que vive Bombitas, un muchacho que está desde siempre. Él les va a contar más cosas».

Ahí estaba, sentado en la puerta de su humilde casa, pegada a un almacén, el apodado Bombitas.

Hombre de rasgos rústicos pero noble, manos de trabajador, con una boina verde tapando unos rizos rubios muy desprolijos.

Nos presentamos.

Todo lo que duró la entrevista Bombitas no cambio de posición ni por un instante: sentado con los brazos apoyados en sus piernas.

—Erban les debe haber contado sobre el miedo —su voz sonaba lejana, como si otro hablara por él—, pero cagazo en serio. Por eso, estos hijos de puta casi me matan.

—¿Podría explicarnos con exactitud?

—Los que vienen con la lluvia, o lo que tiran con la lluvia o la nievecita esa de mierda, porque yo averigüé cosas, deduje cosas. Para hacerla corta, yo trabajaba y digo trabajaba porque también como a Erban me dieron una patada cuando empecé con todo esto. Laburaba acá cerquita, en el puerto, manejaba grúas, lo que me pidieran, hasta esa tarde. Como me venía caminando para hacer ejercicio y de paso ahorrar, ese día me agarró la lluvia. No me empapé pero me mojé bastante. Y ahí empezó.

—¿A qué se refiere?

—A tener ganas de tomar cerveza. Una birrita cada tanto me habré bajado, pero esto era otra cosa. Era solo pensar en eso. Necesitaba sentir ese gusto en la boca, si hubiera sido necesario habría reventado a alguien para conseguir más. Un día me gasté todo el sueldo en el almacén que ven acá, y me metí un pedo como nunca en mi vida. Pero en sueños seguía con ganas de chupar, veía granos de cebada, botellas por todos lados. Como estaba siempre en pedo me echaron del laburo y hace meses que estoy así. Cuando fui al *tordo* me dijo que tenía que hacer un tratamiento para el alcohol pero yo sé que esto es otra cosa y como ven no soy el único. Es por la lluvia. Es fija que somos un experimento, las ratitas esas de laboratorio. Son empresas internacionales que tiran cosas a través de la lluvia para que uno se vuelva loco por determinadas cosas: Erban, *patys*; yo, cerveza. Me dijeron de una señora que se la pasaba comprando pañales, y está Gaby, claro el caso de ella sí que es raro.

¿Quién?

Al despedirse, Bombitas nos señaló un icono del barrio que ya habíamos notado

ni bien llegamos: la torre del Parque de la Ciudad, una elevación longilínea de casi 200 metros de altura que corona ese parque de diversiones. Según él, todo venía de allí.

Antes de seguir teníamos que ordenar algunas ideas, racionalizar lo ilógico. No era la primera vez que nos enfrentábamos a lo insólito, lo delirante, pero era solo el comienzo, basta con recordar la historia de los ígneos en el segundo libro, por ejemplo.

Decidimos consultar con un ambientalista antes de ver a Gaby. Las precipitaciones llamadas lluvia ácida cada vez son más frecuentes en núcleos urbanos. ¿Podría tratarse de una variante severa de este fenómeno?

«Concretamente —nos aseguró JUAN CARLOS C.— les podría hablar de los efectos de lo que se denomina sedimentación ácida o lluvia ácida que es causada primordialmente por emisiones de bióxido de azufre y de óxidos de nitrógeno. Estos contaminantes primarios se deben, por ejemplo, al uso del carbón en la producción de la electricidad, de la combustión en los automóviles. Cuando llegan a la atmósfera, pueden convertirse químicamente en contaminantes secundarios como el ácido sulfúrico o el ácido nítrico. Estos se disuelven en el agua y pueden volver a la Tierra en forma de lluvia, nieve e, inclusive, niebla. El problema es que afecta al hombre que respira, come o bebe que entró en contacto con este tipo de contaminación. Lo que ustedes me citan es algo nuevo para mí pero no puedo descartar nuevas formas o formas mutantes de contaminación. El área que ustedes mencionan combina varios factores (Riachuelo saturado de agentes contaminantes, fábricas sin los debidos filtros de seguridad, excesivo tránsito sobre todo de vehículos de gran porte). Solo tengo un antecedente registrado en las afueras de Montreal. Allí se registraron casos de alucinaciones colectivas momentáneas, enrojecimiento cutáneo. El gobierno reforzó los controles ambientales de la zona y la situación fue mermando. Todavía se investiga el caso».

Ante nuestra pregunta de que si cabría la posibilidad de un componente no terrestre, Juan Carlos se rio un poco pero contestó.

«No se puede descartar nada. Hay algunas teorías que sostienen que el origen de la vida, concretamente en el caso de la Tierra, fue exógeno, es decir, bacterias traídas por un cuerpo celeste, como un cometa o un asteroide, pero para qué vamos a complicar las cosas, ¿no?».

Las declaraciones de Juan Carlos nos hicieron recordar una investigación que quedó inconclusa por —una vez más— el mutismo de los organismos de control, pero que nos venía una y otra vez.

Aquella investigación se iniciaba así:

El 70 % de nuestro organismo está conformado por agua. Necesitamos agua para vivir. Tomamos agua para seguir viviendo. ¿Sabemos qué agua tomamos?

Las leyendas sobre «el caso del agua» son de lo más variadas. Investigando encontramos algo muy concreto. En la presidencia del doctor Illia se propuso ponerle flúor al agua corriente para prevenir enfermedades dentales. Al principio, todos estuvieron de acuerdo, pero los laboratorios se dieron cuenta de que no era negocio que la gente no tuviera caries. Y entonces, ¿si alguien pudiera ponerle algo al agua para dominar o forzar una elección? ¿O simplemente aletargar a la población?

Consultamos a un bioquímico, el doctor ARNALDO M. Este es el extracto más importante:

—Supongamos, doctor, que decidieran poner algo en el agua. ¿Cuánto tardaría en esparcirse?

—Muy poco, ciertamente. No quiero alarmar a nadie pero cuando las autoridades se dieran cuenta, el problema sería muy grave.

—¿Y un ataque selectivo?

—Depende la cepa.

Eso nos remitió a lo que podríamos denominar megamito de la modernidad: el sida. El mito, cualquiera lo conoce. El sida es creado en un laboratorio y el virus se descontrola...

«Ese mes podía hablar con las plantas, lo digo totalmente en serio».

Así declaraba Gaby, una chica con un aspecto curiosamente vegetal: muy delgada, huesitos nudosos, el pelo muy pajizo, como para no que no quedaran dudas de su contundencia.

«Percibí lo que sentía un malvón, por ejemplo. No hablan, pero transmiten ideas concretas, cosas básicas. Sé que esto es ridículo, imposible, pero hay muchísimas cosas ocultas. Igual, después de que me alcanzaron el librito del japonés... nada me parece imposible».

¿A qué libro se refería?

Gaby nos dejó un segundo y al cabo de unos minutos volvió con un pequeño volumen: *Los mensajes ocultos del agua* de un tal Masaru Emoto.

En ese particular libro, un doctor en medicina alternativa efectuó un curioso experimento. Encontró en las gotas congeladas a 20 grados centígrados durante tres horas e iluminándolas, que se formaban diferentes cristales. Y como buen oriental, muy paciente, hizo interminables experimentos, con diferentes tipos de agua. Notó, por ejemplo, que el agua de un manantial creaba cristales más formados que el agua corriente de red. Y fue más lejos. Puso música clásica y después realizó el experimento. Increíblemente, los cristales se agrupaban en forma más armónica que con una melodía en teoría más disonante, como una de *heavy metal*. Pero esto no le alcanzó y probó cubriendo los recipientes de experimentación con palabras. Los cristales expuestos a la palabra *gracias* diferían en estética de los que lo habían sido a la palabra *tonto*. El libro es complementado con cuantiosas ilustraciones, inclusive

una que muestra un cristal formado por agua de Buenos Aires. Más allá del mensaje *new age*, sería más que evidente que existe una cierta relación entre el agua y el entorno. Y si nosotros influenciáramos a ese vital fluido, ¿no podría ser al revés?

«Por ejemplo —continuó Gaby—, si tomo este jugo de naranja me vienen imágenes a la cabeza. Siento lo que esta naranja experimentaba cuando estaba en el árbol. Una especie de sentimiento de comunidad, de "está todo bien"».

Buscamos la manera de no ser ofensivos y le preguntamos si había visto a un facultativo. Ocasionalmente, algunos tumores cerebrales producen cierto tipo de alucinaciones. Nos contestó que sí.

Cuando preguntamos cuál sería el origen, no titubeó en señalarnos, como Bombitas, la torre de Parque de la Ciudad.

«Para mí hay lluvia mala y buena, y a mí me tocó la buena. El día de la nieve estaba eufórica, para dar un ejemplo. Eso me hace comprender, quien sea que haga lo que está haciendo o de donde venga, que hay una batalla. Pero para mí viene de ahí. Soñé muchas veces con la torre».

A partir de este momento y una vez conocido el testimonio de Gaby, nos convencimos de que el mito se deslizaba por caminos movedizos cada vez más grandes. Tranquilamente, podíamos considerar a nuestros entrevistados como adictos y nada más pero la ansiedad de llegar al fondo nos hizo continuar y sabíamos hacia dónde debíamos dirigirnos.

A medida que nos acercábamos al citado Parque de la Ciudad, su torre se hacía más visible y por momentos adquiría el carácter siniestro de un «Ojo de Sauron», el mal personificado por Tolkien en *El Señor de los Anillos*. Pero si nos dejábamos llevar por lo que decía Gaby, la Meca en donde estarían todas las respuestas, respuestas tan blancas y puras como el color de la torre.

Inicialmente planificada a principios de los 80 como la gran propuesta municipal para competir con el otro parque de diversiones de la época, el Itaipark, se apostó fuerte. Al inaugurarse, se lo conoció como Interama y además de poseer los consabidos juegos típicos como la montaña rusa, tenía la famosa «Torre Espacial». Construida en Austria y concebida como una inmensa espada —el rumor popular la asemeja a la mítica espada Excalibur—, y hasta hace poco la construcción más alta de Buenos Aires, mide 120 metros hasta el restaurante y treinta metros más hasta el mirador que corona la estructura. Pero todo arrancó mal. Malos manejos financieros, juicios y una ubicación alejada, decretaron su agonía. El parque cerró. El restaurante nunca abrió. El silencio se apoderó del parque.

Por suerte, hace algún tiempo, el lugar volvió a abrir parcialmente en un emprendimiento entre el Gobierno de la Ciudad y una empresa privada.

Elegimos un domingo para empezar nuestra tarea. Emplazado en Parque Almirante Brown, es una extensión de varias hectáreas, un pulmón para la ciudad y

un lugar increíble para cantidad de historias, algunas muy surrealistas. Un final para esta leyenda que superó nuestra propia imaginación.

Apenas llegamos hasta las puertas, la campana de advertencia del premetro —el brazo terrestre del subte que pasa por allí— nos advirtió que estuviéramos atentos, que no desperdiciáramos ningún detalle. Pagamos la módica entrada de 1 peso y accedimos a la zona central pasando una fuente. Para nuestra sorpresa no solo había mucho movimiento sino también muchas actividades, pero nada podía ser más imponente que la llamada Torre Espacial. Fuimos directamente hacia allí. Pasamos unas vallas, nada nos podría detener hasta llegar al mirador, nada. ¿O tal vez sí? A pesar del viento escuchamos alguien que gritaba, y movía las manos, alguien vestido de amarillo: era una persona de seguridad. Antes de volvernos, alcanzamos a ver los ascensores con una gran faja de CLAUSURADO.

—No está habilitado al público, señores —nos dijo el hombre.

Preguntamos el porqué.

—Desde lo de Cromagnon que los controles son más estrictos y no se permite el acceso.

Pacientemente explicamos nuestras razones para subir.

—Escúchenme, son más de 60 pisos y sólo hay una pequeña escalera, no se los recomiendo.

Fiel a nuestra costumbre, insistimos, una y otra vez.

—Vamos a hacer una cosa: para llegar al mirador, se tarda una hora. Si en dos horas, no están acá abajo, cierro el acceso y chau, picho. Lo digo en serio. ¿Estamos?

Asentimos.

Nuestro pequeño portal fue abierto y para ubicar la escalera entramos a un depósito. Ahí estaba aquella escalera al cielo. Si bien todavía nuestro estado físico no es ruinoso, fue una pequeña proeza llegar hasta el primer objetivo: el restaurante giratorio. Por un momento creímos que no llegaríamos nunca, moriríamos de hambre y de sed subiendo escalones infinitos que por un siniestro designio se extendían indefinidamente. Además, y para empeorar la situación, había tramos de total oscuridad que nos daban la sensación de no avanzar.

Al fin llegamos al frustrado restaurante giratorio que jamás funcionó. Ventanas rotas, los techos algo vencidos y el viento, único habitante real, exclusivo. Y la vista, una impresionante vista de toda la ciudad. Una sensación, a esa altura, de estar en el restaurante abandonado de la torre Eiffel. Pero debíamos seguir porque nuestro tiempo era mínimo.

Superando el restaurante fallido había un poco más de luz. Apuramos los pies porque sentíamos que estábamos cerca. También sentíamos cerca una humedad cada vez más molesta, una segunda piel forzosa. A cada rato debíamos secarnos la transpiración de la frente. Con poco aire y respirando mal llegamos al mirador. El

mismo anfitrión nos recibió pero extrañamente moderado. No era el viento lo que inquietaba, la humedad en el aire parecía tener una cierta entidad. Hasta que lo vimos. Nos miramos y reímos nerviosamente, pero no sabíamos si avanzar o quedarnos quietos.

Entonces el cielo se nubló repentinamente y hubo algunos relámpagos. Por unos segundos no respiramos. No había duda de lo que veíamos, podía ser una cuestión física. Racionalmente pensamos en la oscilación lógica de tremenda edificación, sumado al viento, pero *eso se movía*. La visión era tan sencilla como intrigante, lo cierto era que entre algunos vidrios dobles del mirador había agua atrapada, con el pequeño detalle de que se movía. Esa «agua viva» parecía palpar. Más relámpagos, truenos. Y el agua moviéndose como un pulpo transparente. ¿Podría ser que este fenómeno hubiera trascendido e hiciera de base para la leyenda de esta agua corporizada, terrestre, extraterrestre? Nos empezaba a doler la cabeza, tal vez por la presión o simplemente nervios. Debíamos volver. No queríamos quedarnos encerrados.

La bajada fue más rápida pero aun así con ese ritmo pasaríamos las dos horas. Empezamos a bajar de a varios escalones. Uno de nosotros por poco se rompe una pierna por no ver un descanso. Y si bien la humedad era menos violenta, estábamos empapados de sudor.

Reconocimos el depósito y buscamos la salida como si fuera un laberinto de espejos, había sonido a llaves. Luz, luz natural.

—Casi los dejo adentro, miren que les dije. Salgan rápido y por favor, nunca hablaron conmigo. ¿Estamos?

Jadeábamos de tal manera que solo atinamos a hacerle señas.

Al salir, curiosamente, el cielo se había despejado y la actividad continuaba.

Fuimos dos veces más pero no pudimos volver a la torre. Nos limitamos a recoger otras historias.

Hablamos con prácticamente todos los empleados, incluidos muñecos vestidos de pantera Rosa, el oso Yogui y otras representaciones ochentosas, inclusive con un payaso llamado Corchito que tiene un número propio.

—Hermanos —nos dijo una voz muy gruesa, totalmente diferente a la de sus personajes—, yo no subo ni loco. Ahí hacen cosas turbias. Pregúntenle al flaco del traje de Mandibulín. En realidad no te va a decir nada. Resulta que una día se le trabó el traje, el cierre, pero como es un orgulloso de mierda prefirió bancárselo solo. Ya era de noche y el flaco metido en un traje de tiburón. A eso de las diez de la noche cayeron varios autos y gente muy rara. Unas minas como modelos y unos tipos con túnicas. El pibe se escondió y lo vio todo. Entraron a la Torre como si nada. En un momento dice que hubo un par de truenos y la Torre, la parte de arriba, tenía otro color. Todo muy pirado. Del *julepe* que se pegó salió corriendo con el traje puesto y

todo.

¿La broma de un payaso?

La información no oficial consigna que, algunas veces, la Torre fue alquilada para eventos o fiestas privadas. Pero ¿qué tipo de fiestas? ¿Y si no eran fiestas sino experimentos?

Tal vez la lluvia sea una advertencia de algo que está por venir o tan solo y cuando miremos el cielo y sintamos las gotas de agua en nuestro rostro sea lluvia, solo lluvia.



Esta leyenda podría empezar con un simple aviso en cualquiera de los diarios de Buenos Aires:

IMPORTANTE PRODUCTORA PUBLICITARIA
BUSCA SEÑORITAS DE ENTRE 15 Y 20 AÑOS
PARA COMERCIAL DE COSMÉTICOS
DE PRESTIGIO INTERNACIONAL

Mamá lo lee. O alguien ve el aviso y se lo comenta. Mamá piensa: mi hija es hermosa, lo que pasa es que no la han descubierto. Quién te dice que esto puede ser el inicio de una brillante carrera. Y sí, el que no arriesga no gana.

Mientras Carolina (aunque en realidad debería anotarse como Carola, suena mejor) no está, revisa sus fotos y busca la que pueda ser la más adecuada. Están las de fiesta de egresadas. La del último verano también, sobre todo la de la malla turquesa. No, no, se le tiene que ver esa carita. Mamá se pasa un largo rato hasta que finalmente la encuentra: es en la que hace una sonrisa cómplice con la cámara, un primer plano. Sin duda es la mejor porque se le ven los ojitos. No tiene ojos celestes, son «color del tiempo». Con mucha luz son bien verdosos. Seguro, es lo que buscan. Mamá se imagina concediendo entrevistas para hablar del «fenómeno» de Carola. Bueno, pero ahora viene lo más complicado. Convencer a la nena.

Por suerte sale todo bien y al día siguiente las dos esperan en una pequeña oficina del centro. El lugar no parece imponente, pero para hacer un *casting*, no se necesita estar en un hotel de cinco estrellas. Mamá mira a las otras candidatas. Pobrecitas, no tienen ni para empezar. Qué caraduras, ¿cómo se presentan para una propaganda de cosméticos teniendo granos?

Hacen pasar a la nena. Mamá le da los últimos consejos y ve cómo se cierra la puerta. Sí, la van a elegir.

Después de un rato que a mamá se le hace interminable, sale un hombre de una sonrisa más grande que su rostro y le dice: «Bueno, señora Ramírez, su hija ha quedado entre las preseleccionadas».

A mamá se le acelera el pulso, quiere darle un beso al hombre pero se contiene.

«Lo que le voy a pedir ahora, ya que utilizamos material de 35 mm, porque lo exige el proyecto, nos abone un canon de 100 pesos. Si no llegara a quedar seleccionada le entregamos el material que le va a servir como *book*».

Mamá duda. Mira a la nena que se ve bastante entusiasmada. ¿Tengo los 100 pesos?, piensa. Sí, llego. Los servicios los pago mañana y nos volvemos a casa en subte. Después le explico a Roberto.

Entrega el dinero, le dan un recibo.

«Bueno, señora Ramírez. Carola nos dio su teléfono. En este recibo figura el nuestro. Estén atentas porque esto no puede demorar mucho. No más de una semana. Las llamaremos».

Madre e hija se van satisfechas.

Espera esa semana.

Nada.

Mamá impaciente, no aguanta más y llama al teléfono celular que figura en el recibo.

No pertenece a un abonado en servicio, dice una y otra vez el mensaje grabado.

No puede ser.

Al día siguiente y con un mal presentimiento va al edificio donde estaba la oficina del *casting*.

Para su asombro, descubre que no sólo no la atienden, sino que esa oficina está deshabitada desde el día posterior al que Carola y ella fueron.

Ahora, Roberto me mata, piensa mamá.

El universo de este tipo de estafas es ilimitado. Más bien parece algo bien real y cotidiano. ¿Entraría en la categoría de mito urbano? La historia que vamos a relatarles ahora sí.

El *casting* en esta oportunidad no sería diferente ala mayoría. En este caso, solicitando bebés o niños pequeños para una campaña publicitaria. También, en una ignota oficina del centro. En algunas versiones se habla de un sótano, en otras de una especie de altillo. A diferencia de lo habitual, este *casting* sería por una recomendación de un amigo. Otro detalle importante es que en la primera entrevista, a los precandidatos se les entrega una suma de dinero.

Patricia, ama de casa, nos contó su experiencia:

«Ya de entrada no me gustó nada. Las paredes parecían transpirar y eso que no hacía mucho calor. Había bastante gente, algunas criaturas lloraban.

»Vino una persona muy bien vestida, pero tenía un aliento como a cebolla que te daba arcadas.

»Me senté y me hicieron llenar unos datos del nene. Al principio venía bien, pero cuando una de las preguntas fue si estaba bautizado, sentí como que me sonaba una alarma. ¿Qué carajos les interesaba si estaba bautizado?

»Como esa persona vio que me estaba poniendo inquieta, me hizo pasar a otra habitación más estrecha en donde había un foco enorme y un par de cámaras como

las de la tele.

»Un señor de edad mediana miraba por la cámara y le decía a alguien más que estaba a su lado.

»—*¡Bienvenida!*, me dijo, *¿preparada para ganar plata?*

»Miren, yo sé que los artistas se visten raro pero ese tipo se veía y tenía un olor extraño. No era el olor a cebolla del otro, no. Era muy raro, como a tierra vieja.

»—*¿Un baño?, el nene se hizo pis*, le mentí. Tenía que pensar. Necesitaba la plata pero... Entonces vino un tipo enorme con cara de matón y nos acompañó al baño. Y si antes estaba inquieta, después de entrar a ese baño quería irme lo antes posible. No me animé a ver bien porque estaba con el nene pero en la bañera había restos de algo, un animal, no sé, algo muerto, pero la cortina lo tapaba. Me temblaban las piernas como loca y le pedí a San Expedito poder salir ahí con mi bebé, sanos y salvos. Cuando abrí la puerta, tenía la cara del tipo ese.

»—*Me quedé sin pañales*, dije, *tengo que comprar*.

El tipo tardó en contestar.

»—*Acá tenemos, si gusta pasar a...*

»—*Mejor los compro yo, faltaba más, de ninguna manera*, le decía mientras agarraba a mi hijo con todas mis fuerzas buscando la salida. Pero algo me detuvo el paso: era ese hombre con olor raro que ahora tenía un fajo de billetes impresionante en una mano y una cajita en la otra.

—*¿Justo ahora se me va? ¿Cuando estamos por empezar a ganar dinero?*

»—*No, no, ya vengo, solo voy a la farmacia*, le contesté o algo parecido.

»Entonces, el del olor le hizo un gesto al grandote y me abrió la puerta de calle. Lo miré por última vez y todavía recuerdo esa cara. Los ojos no eran de este mundo. Al nene lo hice bendecir por un cura. Y prometí no querer ganar plata con él».

Seleccionamos este testimonio porque nos pareció el más emblemático. Pero lo llamativo del caso es que de todas las personas entrevistadas, ninguna podía recordar exactamente el lugar. Una especie de trauma o censura les inhibía ese conocimiento. Al comienzo, pensábamos que era solo una historia que funcionaba con un único propósito: la advertencia. Pero todos los entrevistados aseguraban haber estado en esa situación.

Debíamos recurrir a una ayuda externa y un amigo nos acercó el nombre de un detective privado.

Ellos existen, tal vez no tan épicos, pero se mueven entre las sombras de nuestra ciudad.

Más parecido a Columbo (lo llamaremos así para reservar su identidad), que a un Spade o un Poirot, este policía retirado se gana un dinero extra con lo que él llama «changas».

Nos atendió frente a un escritorio desordenado, cientos de fotos desparramadas,

recortes de diario y una computadora que tenía rastros de haberse quemado, parte del teclado y la pantalla y todo, cubierto por una persistente capa de polvo.

—Generalmente son casos de infidelidad —afirmó—. Nada que ver con las películas, es un trabajo más bien rutinario. Pero el caso que ustedes investigan me pega muy mal. Yo no tengo pibes pero sí sobrinos y esos padres que usan a las criaturas no tienen perdón.

—¿Cuál es la versión que Ud. tiene?

—Que con la excusa del *casting*, les hacen un informe que lo disfrazan de *book*, totalmente detallado. Prácticamente les sacan una radiografía a los pibes. Todos esos datos llegan a los compradores que «eligen» por catálogo.

—¿Y no los pueden sustraer de una *nursery* de un hospital público, por ejemplo?

—Sí, por supuesto, pero esas son banditas. Yo me refiero a un negocio organizado. Se supone que cuando los llevan a un *casting*, son más estéticos, más linditos si se me permite la expresión. Inclusive me llegó una historia que no la creo privativa de nuestro país pero es una luz de alarma. El *modus operandi* es el siguiente: principalmente se da en un centro comercial o shopping, donde hay mucha circulación de gente. Tiene que ser un menor que ya pueda ir al baño solo. El padre o la madre lo espera en el pasillo. El niño se mete en los baños privados. Apenas cierra la puerta se da cuenta de que hay alguien adentro. La víctima es rápidamente reducida con algún tipo de droga y se le cambia la ropa, se le pone una peluca (en algunos casos se le tiñe el pelo) y/o una gorra. En breves minutos se completa la operación y el sujeto sale del baño. El padre espera y espera y ya impaciente entra al baño. ¿Te falta mucho?, pregunta. Alguien contesta, a lo mejor, pero no es la voz de su hijo. El padre se empieza a inquietar y golpea todas las puertas de los privados. Una puerta se abre sola. En el momento que ve la ropa de su hijo, generalmente el padre se desmaya.

—¿Esto puede ser posible?

—Analicemos fríamente. Casi siempre, en estos sitios hay una persona que está en los baños, una persona fija. Pongamos el caso de que no se encuentre momentáneamente. Una tintura es muy difícil que pueda ser aplicada en tan poco tiempo. ¿Cómo la prepara? ¿Y si entra otra persona?

—Suponemos que dice que está ocupado.

—Correcto, pero tiene que estar en el baño una cantidad de tiempo importante. Por supuesto, si son muy organizados, y lo admito, puede ser factible. Improbable pero factible.

Columbo nos dio una posible dirección, pero nos advirtió del peligro: «como dije, estos no son principiantes, tengan cuidado».

Decidimos ir directamente a esa mítica oficina, y lo que ocurrió fue una de las cosas más extrañas de las que hayamos tenido memoria.

Previamente, se nos planteaba cómo nos presentaríamos. Ambos tenemos hijos pequeños pero la posibilidad de un mínimo riesgo nos hizo desechar la idea de inmediato. ¿Entonces? Decidimos hacerlo de la siguiente manera: el padre, la madre y un tío. ¿La madre? Luna C., una víctima de estos castings impiadosos. Visto en retrospectiva se torna hasta imprudente pero en ese momento nos pareció una idea ingeniosa y divertida. ¿Qué podría pasarnos a nosotros? Habíamos investigado enanos vampiros, gigantes, fantasmas, recorrido túneles, edificios y casas abandonadas y conocido todo tipo de personas. Faltaba solucionar el problema del hijo de la parejita. Compramos un bebé en una juguetería. Los modelos actuales son asombrosamente reales. Al menos podríamos mantener la ficción el tiempo suficiente para comprobar el supuesto lugar del mito.

Apenas entramos al edificio se empezaron a suceder hechos curiosos. Al transponer la puerta de entrada había un macetón con una de esas plantas típicas para adornar entradas. Al avanzar por el pasillo, notamos que el macetón ya no estaba ahí... ¿alguien se lo había llevado? Recorriamos un pasillo interminable. A pesar del día fresco, en el lugar hacía un calor sofocante. Los ascensores no aparecían. Seguimos caminando. El pasillo daba una curva, bajaba y ¡ahí estaban el macetón, la planta y el ascensor! No se nos ocurre cómo ni quién podría haber movido ese objeto pesado y en tan poco tiempo, porque no cabían dudas de que era el mismo. Difícilmente alguien podría repetirse en tan mal gusto. El macetón obstruía la entrada al ascensor casi en su totalidad. Esperamos pacientemente. Subía y bajaba pero nunca llegaba a planta baja. Finalmente llegó, vacío. Seguramente, pensamos, no debe funcionar correctamente. Como no vimos la escalera y seguíamos sin cruzarnos con nadie, nos arriesgamos. El ascensor no era muy antiguo pero se veía avejentado. Cada piso que pasábamos hacía un ruido como si el metal de la caja raspaba algo, un sonido agudo como el que hacen los subtes. Calor, dentro de ese ascensor que era un horno móvil. ¿Ya no habíamos pasado el tercer piso? De pronto, las luces, que ya parpadeaban al subir, se apagaron. Uno segundos después, todo se detuvo. Nos quedamos en silencio esperando que volviera la energía. Nada. Encontramos el botón de alarma: no funcionaba. El calor, sentíamos náuseas. Tendríamos que salir de ahí. Orientados con la pequeña luz de un celular encontramos el mecanismo para abrir. ¿Una mano? Sin duda alguien quería ayudarnos. A lo mejor era el portero. No, la mano desapareció. Los mecanismos, cerrados. Fuerza, fuerza y se abrió la puerta con una queja espantosa. Salir, salir para arriba. Primero hicimos pasar «al bebé», después subió Luna y luego nosotros (padre y tío). Inmediatamente pasó algo que muchos, en nuestra peor pesadilla, solemos temer: el ascensor simplemente se desplomó. Un poco más y... sin embargo no escuchamos el ruido de la caída. ¿En qué piso estábamos? El pasillo era gris pero no había puertas. Las baldosas estaban flojas y hacían un ruido indescriptible, el pasillo se angostaba, enrojecido como una lengua de

dragón. Encontramos una puerta y cuando la abrimos: ¡daba al vacío! ¿Cómo habíamos llegado al último piso? Demasiado calor y también humo, que salía ¿del suelo? Nos quemábamos los pies y debíamos huir de ahí. Ahora las puertas se multiplicaban, pero el edificio estaba deshabitado. Sentíamos ya el olor del fuego, como una presencia, un único vecino mortal, cuando las escaleras, un gusano blanco y obeso, casi se nos viene encima. Nuestros mareos eran más agudos y nos sentíamos débiles. No sabemos de qué manera llegamos a la planta baja y ni siquiera tropezamos con ninguna maceta. En la calle paramos un taxi y con el aire fresco nos sentimos algo mejor. Para añadir un detalle tragicómico, se nos resbaló «el bebé» cuando subíamos al taxi y fue a dar contra el cordón. El taxista se puso a los gritos aun explicándole que no era de verdad. Cuando llegamos a destino, el mundo nos daba vueltas y no entendíamos qué había pasado.

Teníamos que volver a ese lugar pero con testigos. Algo muy peculiar nos había ocurrido y teníamos la posibilidad de documentarlo. Pero había un pequeño detalle: ni recordábamos la dirección ni podíamos encontrar dónde había quedado registrada. Llamamos a Columbo pero siempre nos atendía el contestador. Fuimos a su oficina pero no estaba. Interrogamos al encargado del edificio y nos dijo que la última vez que lo habían visto, Columbo se chocaba literalmente contra las paredes un segundo después que un hombre de sombrero se le había acercado. Como si hubiera actores invisibles peleando contra él, Columbo se debatía consigo mismo.

Dejamos pasar unos días y lo hallamos en su oficina en medio de una nube de oscuridad. Nos asustó su aspecto. Le comentamos lo que nos había dicho el encargado. Se sonrió y negó con la cabeza.

—Eran bien reales, les puedo asegurar —decía el investigador mientras nos mostraba unos moretones en sus brazos y un corte cicatrizado en su cuero cabelludo—. Se ve que a los muchachos no les gustó que averiguara algunas cosas.

—¿Qué le pasó?

—Fue la semana pasada. Era de noche y en la cortadita no había nadie. Cuatro monos. Me dieron para que tenga y guarde por un largo tiempo. La próxima sos boleta me dijeron. Y les creo.

Columbo rebuscó algo en sus bolsillos llenos de agujeros y sacó un pequeño objeto. Se parecía mucho a un juguete infantil.

—Me dejaron este sonajero. Más claro hay que echarle agua. Hasta acá llego yo. Le preguntamos por la dirección y nos dijo que había quemado todo.

Solo nos quedaba recorrer las calles del centro hasta recordar el lugar exacto. Eso tardaría bastante. Hasta que la realidad nos dio una nueva oportunidad.

Conocido como «el ladrón hipnotizador», un hombre con aspecto de Rasputín excedido de peso utilizaba las técnicas del hipnotismo para poder robar en diferentes comercios de Italia. Inclusive había videos de este hombre en los que claramente se

acercaba a, por ejemplo, una cajera, murmuraba unas palabras y como si nada, esta le entregaba el dinero. Después del hecho, juraban no recordarlo. ¿Cabía la remotísima posibilidad de que alguien nos hubiera hecho algo similar, y no solo a nosotros sino también a Columbo?

Consultamos a FAUSTINO B., licenciado en parapsicología y, en teoría, experto en técnicas de hipnosis.

Le explicamos pacientemente nuestro caso. Los rasgos relajados. Su cara, con una cierta cercanía a la del perro bóxer, nos escrutaba desde unos ojos como piedras negras brillantes.

«Un *locker*, es un *locker*», dijo sin titubear. Preguntamos a qué se refería.

«Es una traba, un cepo que el operador coloca para bloquear un recuerdo. Se utiliza terapéuticamente para inhibir un trauma. Lo que me plantean ustedes es de otra índole, más parece lo que vulgarmente se conoce como trabajo».

Que tuviéramos conocimiento, nadie nos había hipnotizado en ningún momento y lugar.

«Hipnosis a distancia, o telehipnosis. Puede hacerse. Inclusive se pueden programar sensaciones asociadas a ese cerrojo. Es una técnica sumamente complicada y yo no la utilizo. No me convence. Esto requiere algunos días y no surte efecto de inmediato. También tiene funciones terapéuticas y se le hace a la persona que uno está interesado en curar sin que esta se entere. Se utiliza la radiónica. Insisto, es un método muy discutible».

Faustino bajó las luces de su consultorio dispuesto a investigar lo que realmente había ocurrido. Nuestro último recuerdo antes de caer en trance fueron esas piedras-ojos penetrantes. Y su voz como un mantra constante:

Cuento uno, dos, tres y cerramos los ojos. Tenemos los brazos pesados, muy pesados. Nos relajamos, relajamos...

El primer recuerdo después del trance fue el rostro muy pálido de Faustino. Sus ojos se habían tomado huidizos y se lo notaba visiblemente nervioso. Una pequeña gota de sangre asomaba de su nariz. Preguntamos si había podido descubrir algo.

«Sí, pude indagar pero recomiendo que lo dejen así».

Insistimos.

«Estamos hablando de fuerzas muy poderosas. Es gente que evidentemente tiene oscuros intereses. Les programaron cosas sumamente perturbadoras. Aléjense de ahí. Aléjense. Es, es algo sumamente dañino, podríamos decir maligno. Ustedes fueron sometidos a ese *locker* directamente en ese lugar porque se dieron cuenta de quiénes eran o para qué iban. Tienen mucha suerte de estar vivos, se los aseguro. El *locker* se los saqué pero fue doloroso y no sólo para ustedes. Mejor les alcanzo unos pañuelos».

Recién en ese momento caíamos en la cuenta de que nos sangraban los dedos. Se nos habían quebrado varias uñas. Las huellas sangrientas todavía estaban en los

apoyabrazos de los sillones en donde habíamos hecho la sesión.

Aun al despedirse, Faustino nos trató de persuadir de que nos olvidáramos del tema.

No nos convenció.

La dirección estaba muy clara y no sólo en nuestras mentes. La habíamos anotado en varios papeles, en nuestros archivos. ¿Cómo no la vimos?

Era un lugar, un típico edificio de oficinas, ubicado en la calle Esmeralda al 500. Estaban la planta, el pasillo, pero había gente. Una persona de seguridad nos preguntó adónde íbamos. Le dijimos la oficina.

—Ahí no hay nadie, —contestó.

—Pero estamos seguros de que es el lugar...

—No hay nadie ahí, señores. Está deshabitada hace unos días.

—No puede ser, dejamos unos equipos fotográficos —mentimos.

El hombre nos autorizó a subir.

Llegando al piso, el pulso se nos aceleró. No hacía calor ni frío. El ascensor funcionaba bien. El de seguridad nos había dicho que la puerta estaba abierta para ventilar el ambiente.

Antes de entrar notamos ese olor penetrante, una mezcla de sahumero y de tierra. Tuvimos que salir de ahí. Más allá de eso, nada. El más completo vacío.

Pegada al edificio había una casa de antigüedades. Algo nos llamó de inmediato la atención: una pequeña caja de madera con algunas muescas. La caja parecía resplandecer entre los demás objetos. El parecido era peligrosamente cercano al de *Hellraiser*, el libro hecho película del escritor Clive Baker. Una caja que después de abierta liberaba unas fuerzas letalmente infernales.

Le preguntamos al vendedor de qué se trataba.

—No está a la venta, me la dejó un diente por un tiempo. Dice que te da buena suerte.

Nos miramos entre nosotros. El mito parecía no querer dejarnos. Una caja era mencionada por el relato de Patricia. A nosotros mismos, aun sin poder recordar si realmente habíamos estado antes en esa habitación, se nos presentaba sumamente familiar.

—No me dijo bien —contestó el vendedor, arreglándose un moñito desteñido— es muy antigua. Es como un receptor de buena onda. Y la verdad, como viene la cosa, mal no me viene.

Investigando el tema y varios días después volvimos al negocio. La caja ya no estaba y el vendedor... había fallecido.

Un escalofrío nos recorrió el cuerpo: una caja similar fue encontrada en unas excavaciones en Egipto hace algunos años. La llamaban «colector de almas», o «el ojo de Rha». Supuestamente, el hechicero recogía almas, en lo posible de gente

joven, buscando su fuerza vital para poder prolongar la vida del faraón. Seleccionaba a los jóvenes más sanos y vigorosos, principalmente esclavos. El primer y peligroso *casting* de la historia.

«He soportado las peores torturas, pero no hay nada más terrible que un agudo y constante dolor de muelas».

Con estas palabras se habría manifestado una víctima anónima del Tercer Reich, quien, al ser liberada, rogaba por un dentista que aplacara el tormento que le provocaban, hacía ya unos días, un par de muelas cariadas.

Luego de semejante confesión, ¿cómo no querer salir corriendo, aunque sea a altas horas de la noche, en busca de alguna guardia odontológica o de algún dentista particular, cuando uno de nuestros dientes nos hace ver las estrellas? Muchas veces el dolor es tan profundo que ni siquiera nos importa quién nos atienda con tal de que lo haga lo más rápido posible.

Y esto lo sabe muy bien el protagonista del mito de este capítulo. Lo sabe y lo aprovecha al máximo.

—Es como el mito del Doctor Colombo (ver «El falso médico» en el primer tomo de esta saga) o como el cuento de que te duermen para sacarte los órganos —razona JULIAN V., vecino de Paternal—. La idea es jugar con el miedo y la urgencia de la gente.

Y nuestro amigo razona muy bien.

Sin embargo, son muchos los que no encuentran en la razón «anestesia» suficiente para paliar una posibilidad tan perturbadora, la posibilidad de que exista un dentista que atienda urgencias y que, en vez de curar a sus pacientes, se ensañe con ellos causándoles dolor hasta morir. Porque el mito es ni más ni menos que ese: un dentista particular a la espera del próximo inocente que se sienta en su silla, que se deje maniar hasta quedar inmovilizado, todo con tal que le drenen la putrefacción que lo hace llorar de dolor, entregadito como una oveja mansa para que el torno agujeree, rompa, agujeree, rompa, agujeree...

Si bien puede escucharse localizar a este psicópata en el barrio de Balvanera, la mayoría cree que su infernal consultorio se alza sobre alguna de las calles de Paternal.

DOMINGO J. (almacén): «Eso es lo que dicen, que el dentista asesino atiende acá, en el barrio. Y con los tiempos que corren, no me parecería nada raro. Además, para mí, todo el que estudia para dentista está medio pirucho. Hay que tener ganas de escarbar bocas ajenas, de meter mano en la podredumbre de otro».

LARRY J. (cuidador de perros): «Yo cuido los perros del barrio pero no soy del

barrio. Mi viejo sí es de Paternal. Él decía que el dentista ese atendió un tiempo en una de las cortadas. No me acuerdo si era Granada o Bella Vista. Pero mando el tipo se mudó le perdió el rastro».

Le preguntamos a Larry acerca de la posibilidad de entrevistar a su padre. Nos dijo que no había problema, que si nos apurábamos lo encontraríamos en su casa todavía. Nos dio la dirección y hacia ella fuimos. Larry tuvo razón, su padre nos recibió con una sonrisa en cuanto supo lo que buscábamos. Eso sí, nos atendió en la puerta.

—Yo nunca lo vi, pero son esas cosas que se saben. El dentista loco atendía en una de las cortadas del barrio. Y les soy sincero: yo tampoco me acuerdo en cuál de ellas. De lo que sí me acuerdo es que al guacho no lo agarraban nunca porque tenía un contacto en la policía, o en el municipio, alguien *grosso*. Igual llegó un momento en el que no pudieron tapanlo más y lo obligaron a dejar el barrio. Ahí le perdí el tren.

Tobías, el padre de Larry, no tenía mucho más para contarnos, aunque el último dato que nos dio terminó siendo de gran valor.

—Dicen que «el loco de la motosierra» quedó así, medio boludo, después de escapar de lo del dentista. «El loco de la motosierra», sí, como el de la película, pero tranquilos que este es inofensivo. Le dicen así porque camina haciendo un mido muy particular con la boca, y a alguno se le ocurrió que el mido se parecía a una motosierra. Igualmente en el barrio tienen mil apodos. Yo lo conozco por ese. Si tienen suerte lo van a encontrar caminando por Paternal. No sé dónde vive, pero siempre se lo ve ir y venir de Parque Chas para acá, y de acá para Parque Chas. Por ahí, ¿quién sabe?, tenga una casita en ese barrio retorcido. Para mí, por la pinta del tipo, debe de cirujear por toda la zona. Igualmente no pienso seguirlo a Parque Chas para averiguarlo. Ustedes saben que es bien jodido meterse en ese laberinto de calles locas.

Bien que lo sabíamos.

Le dimos las gracias a Tobías y seguimos desandando las calles menos locas de Paternal, que bien podría cambiar su nombre al de Maternal, amén a la gran cantidad de mujeres en la dulce espera que nos cruzamos durante nuestro rastrillaje. Muchas de ellas nos dieron su testimonio, así como dueños de puestos de diarios, empleados de diferentes comercios y vecinos varios.

Estábamos ante un mito urbano clásico: nadie había estado frente a la presencia de aquel dentista psicópata, pero un amigo de un amigo sí. Y esto basta para que posea un alto grado de adherentes, de personas que creen en él, como también basta para que el boca en boca teja su urdimbre implacable. Lentamente los rumores suman detalles, arman al protagonista del mito.

La clase de rostro del asesino y la música que escucha durante sus «faenas» fueron dos de los aspectos en los que coincidió la mayoría. Muchos dijeron que

«tiene la cara de un santo, apenas lo ves te entregás, en ese momento de dolor desesperante sentís que él es el enviado del Cielo para calmar tus penas». Con respecto a los compases que inundan su consultorio, se asegura que son definitivamente de música clásica. Hasta algunos se animaron a nombrar una pieza específica. «El demente escucha, una y otra vez, *O Fortuna* antes de la carnicería, durante y después». Los testimonios se refieren al famoso fragmento de la colección de cantos antiguos conocida como *Carmina Burana* llevados a escena por el compositor alemán Carl Orff.

El boca en boca, además, le puso nombre a nuestro monstruo: Doctor Juan Enrique Sarrasqueta, lo cual sugeriría o una bien informada elite de narradores porteños o, de existir, un asesino con la necesidad de homenajear a sus «colegas».

¿Y por qué decimos esto?

Veamos, se puede decir que hace unos mantos años hubo otro famoso odontólogo asesino llamado Juan Enrique. Nos referimos a John Henry «Doc» Holliday (1851-1887), pistolero norteamericano, del entorno del mítico Wyatt Earp, que, antes de dedicarse al juego y a las armas, recibió de manos de las autoridades del Colegio de Pennsylvania el grado de doctor en cirugía dental.

A pesar de haber estado involucrado en muchas escaramuzas (es muy recordada su participación en el tiroteo de O. K. Corral), no encontró la muerte en ninguna de ellas, sino que fue la tuberculosis quien se lo llevó a la corta edad de 36 años.

Ahora vayamos al supuesto apellido del «tornocida de Paternal». Esta vez no debemos ir tan lejos.

Ciudad de La Plata. 15 de noviembre de 1992. Otro dentista se hizo famoso, y no exactamente por sus habilidades odontológicas.

«Andá a podar la parra, conchita», le habría dicho despectivamente Gladys McDonald a su esposo, el dentista Ricardo Barreda, llamándolo por el apodo que menos le gustaba a este. La respuesta del hombre llegó un minuto más tarde de la manera más espeluznante: armado con una escopeta mató a su esposa, a su suegra y a sus dos hijas. Eran las 9:15.

¿La marca de la escopeta? Era una *Víctor Sarrasqueta*.

Volvemos a preguntarnos: ¿estamos ante un asesino real que con su seudónimo quiso rendirles homenaje a Doc Holliday y a Barreda, o se trata de la misma gente que cuenta la historia e incorpora elementos, como el sugerente nombre de Juan Enrique Sarrasqueta, para hacerla más atractiva?

Si la respuesta correcta es la segunda, debemos decir que la gente no se detiene con hallarle un nombre odontológico al malo de la historia. También le brinda un móvil. Es así que pueden escucharse tres versiones que intentan explicar por qué el dentista del mito hace lo que hace.

La primera es simple: es un psicópata. Mata por matar, por el primitivo placer que

experimenta observando la agonía de sus pacientes.

Testimonios como el siguiente apoyarían esta corriente.

GUSTAVO M. (estudiante): «Dicen que a una de las víctimas se la encontró decapitada, y que los forenses, luego de estudiar el colapso de la carne, de las arterias, del hueso en el lugar del corte, aseguraron que el hecho solo podía haberse consumado con un único instrumento. El torno. ¿Se imaginan la sangre fría, la locura, la paciencia que hay que tener para decapitar a un cristiano mediante el solo uso del torno?».

La segunda vertiente habla de una búsqueda...

VICTORIA V. (negocio de calzado): «Me contaron que el loco ese busca el diente perfecto o algo así, que te arranca todos porque recién los puede analizar cuando están fuera de la boca».

¿Qué entenderá este homicida por «diente perfecto»? Algunos dicen que se fija en ciertas medidas de la pieza dental, otros aseguran que lo que estudia es la calidad del esmalte. Aunque también pueden ser ambas cosas.

Y la tercera línea de rumores hace hincapié en un hobby, un hobby convertido en obsesión...

GUILLERMINA V.: «Colecciona dientes. Te los arranca y después se fija en todo: el tipo de raíz, el brillo del esmalte, si está cariado o no, etc. El tipo los tiene clasificados en una carpeta especial, una carpeta con compartimentos plásticos. Esto lo sé porque me lo contó la madre de una amiga que tuve. Ella le hacía la limpieza del consultorio al dentista ese y un día vio la carpeta. Ah, y cierta vez me confesó algo que nunca entendí muy bien; me dijo que lo había escuchado hablar, al dentista, de que quería hacer una especie de Frankenstein de dientes».

¿Qué? ¿Cómo? ¿Un Frankenstein? ¿Un «nuevo hombre» hecho solo de piezas dentales de diferentes personas? Parece no tener techo la imaginación del porteño... o la del dentista.

Penúltimo día en el barrio. Eran las doce del mediodía, pero parecían las doce de la noche: el cielo negro sostenía a duras penas una tormenta que se adivinaba épica.

Un rayo se incrustó en la tierra y por el estruendo que lo acompañó no podía haber caído muy lejos de donde estábamos.

Quizá fuera la sugestión «dental» que nos dominaba, pero imaginamos a aquel rayo como un gigantesco torno perforando la superficie del mundo, como si este último se tratara de una simple muela. ¿Y qué éramos nosotros, entonces, solitarios peatones bajo la amenaza de un diluvio? Los microbios. Las caries.

Cayó otro rayo. Y otro. El agua parecía revolverse dentro de las nubes. Y entonces nos llegó el sonido de lo que pensamos sería el estruendo de un cuarto rayo que no habíamos llegado a ver. Pero no, el sonido se alargó, se arrastró... como el encendido de una motosierra.

Y el sonido parecía venir a nuestro encuentro.

Seguimos caminando por la calle Paz Soldán, y entonces, cuando llegábamos a la esquina siguiente, lo vimos: por Ávalos apareció trotando «el loco de la motosierra».

Era él. No solo por el sonido que hacía con la boca, sino por su aspecto: vestía únicamente un pantalón jogging celeste, bastante gastado, y un cuello polar al tono. Tenía los pies y el torso desnudos, y eso que el viento que soplaba era cada vez más intenso y frío.

Casi nos lleva por delante en aquella esquina de Paz Soldán y Ávalos. Apenas nos vio, tuvo una reacción inesperada: bajó la cabeza y escupió, con semejante puntería que dejó su esputo chorreando en la punta del zapato de uno de nosotros. Acto seguido, se limpió los labios con el dorso de la mano y nos dijo mirándonos directamente a los ojos:

—Ahí tenés, Moreira. Te la tenía jurada. Ahora ya podés contar cuántos pares son tres botas.

—¿Perdón? —acertamos a decir.

—Los machos no piden perdón, los machos escupen y toman mate amargo. Vos, Moreira —el dedo acusador del loco nos señaló, primero a uno, luego al otro—, vos tenés jeta de yerba saborizada.

Era el loco, no podíamos dejarlo pasar, teníamos que sacarle algo interesante. Era el único testigo potencial de primera mano del que teníamos referencia, el único que habría estado sentado en la siniestra silla de Sarrasqueta y vivió para..., bueno, teníamos que averiguar si era capaz de contarle o no. Decidimos atacar.

—Nos hablaron de usted —le dijimos—. Nos dijeron que conoció a Sarrasqueta, el dent...

—Muzzarella, Moreira —nos ordenó el loco, interrumpiendo—. No lo nombre al tordo del torno. ¿Está usted, *crazy*? Sí, *crazy* ha de estar, Moreira, como lo está Pancho Dotto —entonces levantó la vista al cielo encapotado y gritó—: ¡Dottoooooooooo!

El firmamento le respondió con el estruendo de un trueno.

Y más que el alarido o el trueno, nos paralizó otra cosa: la dentadura del loco. Pudimos verla con bastante detalle cuando el hombre semidesnudo gritó. Era un desastre. Le faltaban más de la mitad de los dientes, y los pocos que tenían estaban tan corrompidos y deformados que más que dientes parecían pezuñas.

—Por favor —tratábamos de domarlo—, por favor, necesitamos saber si lo que dicen es verdad, si usted conoció a Sarra... a ese dentista.

—Usted sabe que es verdad, Moreira. ¿Cómo no voy a conocer a Rentistas, el club del que fui hinchta gran parte de mi vida? Todo muy lindo hasta que perdió con los de Juventud de Bernal. ¡Los muertos de Juventud! Ahí no más, le retiré el saludo a mi Rentistas querido y me hice de Mandiyú. ¿O no ven la remera que traigo puesta?

Maradona nos va a sacar campeón.

Cada vez nos convencíamos más de lo difícil de nuestra empresa: sacarle algo de información racional sobre nuestro mito al loco de la motosierra. De todas maneras, aún no nos dábamos por vencidos.

—No, estimado —aclaramos de la manera más suave posible—, Rentistas no. Le preguntamos por el den-tis-ta asesino.

—Maradona y Pancho Dotto —el loco no daba señales de habernos escuchado—, ¿qué equipo tiene una dupla técnica como esa? Pelusa y Panchito... —tomó aire y, otra vez, lanzó su grito al cielo—: ¡Dottooooooooooooo!

Increíblemente, obtuvo como respuesta otro trueno. Empezaron a caer las primeras gotas. No nos quedaba mucho tiempo antes del aguacero.

Intentamos seguirle el juego.

—¿Sabe usted que Sarrasqueta también es hincha de Mandiyú?

—¡Pero, la gran puta! ¿No me escucha, Moreira? ¿Quiere un hisopo? ¡No lo nombre más a ese hijo del demonio! Además está diciendo boludeces, el tipo es alemán, de la tierra de Frida y Otto... ¡Ottooooooooooooo!

Un nuevo alarido dedicado a la esfera celeste. Esta vez no hubo trueno. Las gotas eran cada vez más grandes y más numerosas.

Los que ahora también queríamos gritar, pero de alegría, éramos nosotros. Acabábamos de obtener los primeros datos de boca de aquel delirante personaje. Teníamos que aprovechar aquel puntapié inicial.

—¿Alemán? ¿Sarrasqueta?

—Sí, Moreira, alemán de Alemania. Otto Berger, ese es su verdadero nombre. Decile sí a Tita, decile sí a Terrabuuuusi, Moreira. Pero nunca le digas sí a Otto porque te rompe el otto, ja ja. Y la boca, por supuesto, si te agarra Otto te deja la boca como si te hubieras fumado un cartucho de dinamita.

—Usted estuvo bajo el torno de Otto, según nos dijeron.

—¿Y por qué pensás que tengo la boca como la tengo...? ¿Por comer mucho turrón en Navidad?

La conversación ya se desarrollaba bajo una lluvia de caudal considerable. Estábamos empapados. Al loco le chorreaba el cuello polar como cuando se aprieta una esponja.

—¿Y cómo hizo para escapar? —preguntamos.

—¿A qué viene tanta preguntita, Moreira? ¿Estás escribiendo un librito o algo así? Tenés pinta de escritor de libritos, ¿sabes? Pero ahora me toca preguntar a mí. ¿Qué es un «chizo»?

Si queríamos seguir preguntando teníamos que responderle algo. Un nuevo rayo quemó el cielo.

—¿Un tipo de murciélago? —fue la primera cosa delirante que se nos ocurrió.

—No, Moreira. Es la abreviatura de «chicito». Pero fue bueno el intento.

Supusimos que nos tocaba a nosotros.

—¿Cómo hizo para escapar del consultorio de Otto Berger? —tuvimos que repetirle la pregunta unas tres veces. La tormenta hacía cada vez más complicada la comunicación.

—Le rompí el grabadorcito choto que tenía arriba de un mueble. ¡Grabadorcito chotooooooooooooo! —el loco gritó de cara al firmamento, una vez más. Las gotas le rebotaban en el rostro, le entraban por la boca abierta. Conseguimos arrastrarlo bajo el techito de una parada de colectivos. La lluvia igual nos mojaba, pero podíamos escuchar mejor. El loco continuó—. Yo ya estaba medio boludo por la sangre que perdí y por el dolor... ¡el dolor! ¡Moreira, querido! Me acuerdo y me duelen las encías, ja ja. Era como si masticara carbón al rojo vivo. Pero como soy igual que «Termidor», ¿viste?, el robot de la película, que cuando parece muerto saca energía de no sé dónde (luego coincidimos en que nuestro interlocutor se refería a «*Terminator*», el robot del futuro interpretado por Arnold Schwarzenegger para el cine), saqué fuerzas de algún lado, me solté una mano que no estaba muy bien atada, agarré un molde de dentadura que tenía cerca y se lo tiré a la jeta. El alemán se corrió y el molde le dio de lleno al grabadorcito ese que tenía todo el tiempo con música clásica. Fue como si le hubiera matado a Frida.

—¿Frida?

—Frida Agor, su esposa. Fue como si le hubiera pegado a ella. Otto se olvidó de mí y se puso a arreglar el aparato. Yo aproveché. Con la mano libre me desaté y me fui a la mierda. Rompí una ventana y salté.

El loco de la motosierra parecía transformado, como si el recordar aquella vivencia le hubiera anulado un poco el delirio que lo dominaba. Hasta parecía una persona normal. Una persona normal vestida con jogging y mello polar. Pero aquello no duró mucho. Un instante después el brillo de la demencia se reavivó en sus ojos y nos dijo.

—¿Y qué hago yo perdiendo el tiempo con vos? No te das cuenta de que es jueves, chiquito. ¡Jueves! Los jueves yo no hablo con nadie más de cinco minutos. ¿Sabés por qué? —el loco nos puso una mano en la cabeza a cada uno y acercó tanto su rostro a los nuestros que pudimos oler la peste que anidaba en sus fauces—. Porque me lo ordenó el Chómpiras —nos dijo en tono confidente.

Nos soltó y corrió bajo el diluvio.

—¡No se vaya! —le suplicamos dejando el techito. El mundo era una cortina de agua. No se veía a diez metros—. ¡¿Dónde está el consultorio?! ¡¿Qué más sabe de Sarrasqueta?!

Lo último que le escuchamos gritar antes de que se perdiera en la tempestad con su motosierra invisible fue:

—¡Moreiraaaaaaaaaaaaa!

Cada uno sacará sus conclusiones acerca de este delirante encuentro. Lo que podemos decir es que este singular testimonio, al menos, volvió sobre ciertos elementos del mito urbano: el sadismo del dentista, la inmovilización del paciente-víctima y la música clásica en el consultorio. Y agregó otros, como el origen alemán del asesino y la existencia de una esposa.

La mitología porteña no nos da tregua, está en constante movimiento. Hay mitos que nacen en el lugar menos pensado, y mitos que se hunden en la oscuridad del más profundo de los callejones, mitos que resucitan, mitos que gritan su historia, pero, sobre todo, mitos que evolucionan, que mutan para sobrevivir en nuestra salvaje Buenos Aires.

Es así que cuando nos hallábamos a punto de cerrar, este, el tercer volumen de nuestra saga, la realidad nos sorprendió.

Mayo de 2008. Nuestra ciudad recién comenzaba a librarse del humo generado por la quema de pastizales en el delta, cuando un nuevo humo, el humo implacable del miedo, comenzó a invadiría a raíz de la posibilidad cada vez más real de que Ricardo Barreda, el dentista culpable del cuádruple homicidio en La Plata, dejara la cárcel.

No importó demasiado que, en realidad, Barreda no fuera a quedar en libertad, sino bajo arresto domiciliario. Es más, muchos vecinos de Belgrano protestaron ante la casi certeza de que el asesino se instale en aquel barrio a cumplir dicho arresto, más precisamente en Vidal al 2300, donde se ubica el PH de su novia, Berta «Pochi» André, a quien conoció en la Unidad N° 9 de La Plata, lugar en el que Barreda estuvo desde su detención. Berta solía visitar a un familiar alojado en aquella prisión.

«No creo que se haya recuperado. No sé si le hicieron el tratamiento exacto en la cárcel. Habría que hablar con los demás vecinos a ver si se juntan firmas y este hombre puede vivir en otra parte».

«Que viva donde quiera, pero no me siento segura con él acá por los hechos que cometió».

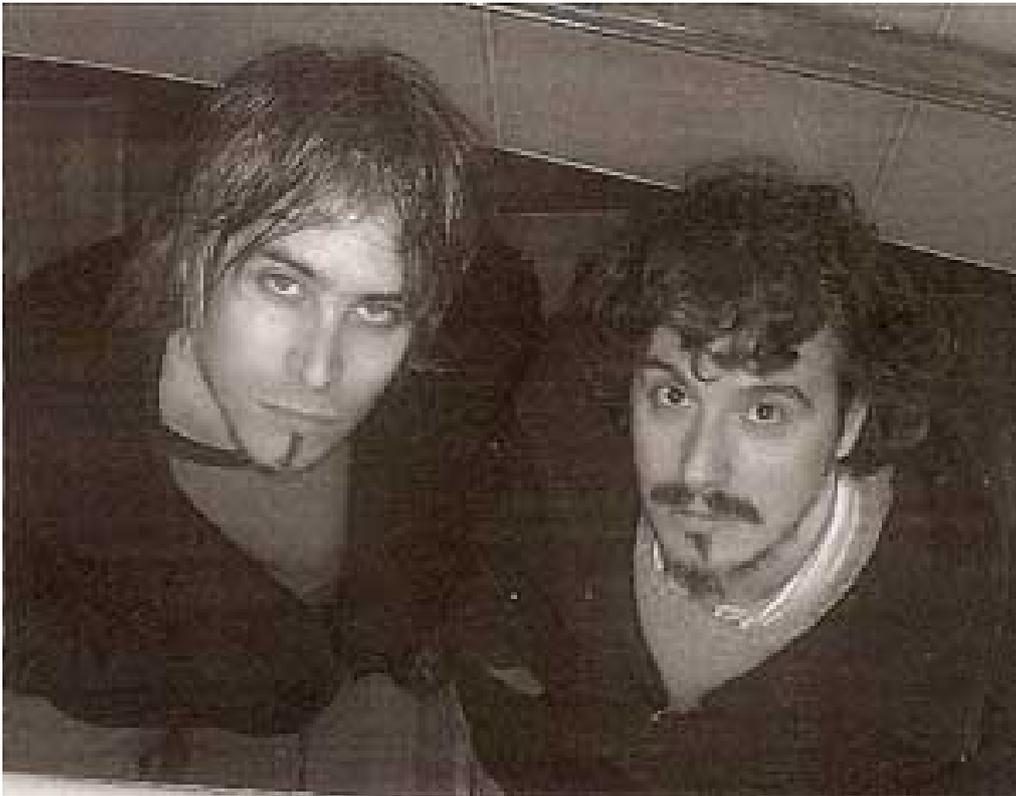
«Es un asesino, y eso no cambia. Que no venga, no lo queremos».

Estos testimonios, recogidos por el diario *Clarín* en una nota del 9 de mayo de 2008, reflejan el miedo al que nos referimos, así como el dato de que ninguna de estas personas se animó a dar su nombre.

Y este mismo miedo, de alguna manera, reavivó el mito del Doctor Juan Enrique Sarrasqueta (o de Otto Berger, según el loco de la motosierra). Y decimos «de alguna manera» porque son muchos los caminos que puede tomar una leyenda urbana para surgir, aunque suponemos que el camino más directo habrá sido el de la asociación: al ver a Barreda nuevamente en los titulares, el «archivo mental de dentistas psicópatas»

se les habrá activado a muchos trayéndoles el recuerdo de aquel odontólogo de Paternal que, según dicen, tortura hasta la muerte a sus pacientes mientras escucha música clásica. «Es un disparate. La gente inventa cualquier cosa», se dirán algunos ante el recuerdo del mito barrial. «Cómo puede un dentista guardar semejante monstruo adentro». Pero si siguen leyendo las noticias, tal vez cambien de opinión, sobre todo ante ciertas declaraciones, publicadas el 20 de mayo de 2008 por el diario *Infobae*, realizadas por el mismo Ricardo Barreda con respecto a la tragedia que ocasionó:

Creo que hubo un desdoblamiento de la personalidad, [...] no era yo. Era medio como Dr. Jekyll y Mr. Hyde.



GUILLERMO BARRANTES, nació en Buenos Aires en 1974. Sus cuentos forman parte de numerosas antologías. Uno de ellos, «Tierra virgen», obtuvo en 1998 una Mención de Honor en el concurso anual de cuentos organizado por el Círculo Argentino de Ciencia-ficción y Fantasía. Integró los programas radiales *Libros que muerden* (FM Palermo / 1999-2000), *Babel: realidad y ficción* (FM Suburbana / 2001) y *Mil horas* (FM Los Cuarenta Principales / 2007). Fue colaborador de la revista *Colegios & Empresas*. Tuvo a su cargo diferentes suplementos, tanto literarios como de cine.

VÍCTOR COVIELLO, nació en Buenos Aires en 1967. Fue nominado varias veces con el «Premio Más Allá», el mayor galardón del género fantástico y de ciencia-ficción en la Argentina, y que ganó en 1997 con «El chip verde». Sus relatos fueron publicados en diversas antologías y próximamente editará un libro para jóvenes: *Buenos Aires de terror*, con el sello Emecé. Colabora con *Axxon*, la primera revista de formato electrónico del mundo. Es publicitario y librero.

Actualmente los dos autores participan en *Voces anónimas*, programa de la televisión uruguaya (Teledoce / temporadas 2006, 2008, 2009). Además integran el programa radial *Metrópolis* (Radio Continental AM 590 / FM 104.3).